

PENSÉ QUE ERA CIERTO



De la autora de
En la puerta de al lado
y *No es lo que parece*

Huntley Fitzpatrick

Lectulandia

Gwen Castle nunca había tenido tantas ganas de decir adiós a la isla en la que vive hasta que Cassidy Somers, su gran error del verano, acepta un empleo allí como «chico para todo». Él es un niño rico que vive al otro lado del puente en Stony Bay, mientras que ella pertenece a una familia de pescadores y limpiadoras, aquellos que trabajan para que los turistas disfruten del verano. Y a ella, seguramente, le espera el mismo destino.

Pero tras una conversación con su padre, las cosas cambian: saltan chispas y algunos secretos que hasta ahora lo habían sido salen a la luz, al tiempo que ella pasa un verano maravilloso y agotador, debatiéndose entre lo que hasta ahora pensaba que eran su hogar, aquellos a los que ama o, incluso ella misma, y lo que la realidad le demuestra.

Lectulandia

Huntley Fitzpatrick

Pensé que era cierto

ePub r1.0

Titivillus 05.02.2017

Título original: *What I Thought Was True*
Huntley Fitzpatrick, 2014
Traducción: Beatriz Vega López
Diseño de cubierta: Mario Arturo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para ti, John, por esos más de veinte años de amor, confianza y amistad. Por todos esos momentos en los que dudé de Cass, de Gwen o de Nic y tú me susurraste: «Me gustan». Por todas esas horas que pasé en las nubes y tú asumiste el timón. Ir a la compra o llevar a las niñas a ballet son cosas que nunca están presentes en las novelas románticas, pero deberían estarlo.

Para vosotros, K, A, R, J, D y C, los seis Fitzpatrick, que adoráis las novelas, la playa y el verano.

¿Lo único que sé a ciencia cierta? Que vosotros sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

CAPÍTULO 1

Si hay algo que me pone de mal humor es ver llegar un automóvil lleno de tipos. Una palabrota, pronunciada disimuladamente en el interior de Castle's Ice Cream, me confirma que mi padre también los ha visto. Un grupo de muchachos en plena adolescencia encabeza su lista de clientes menos apreciados, pues comen como animales, lo quieren todo enseguida y no dejan propinas. O eso es lo que él dice.

En un primer momento apenas les presto atención. Bastante tengo yo con mantener en equilibrio la inestable bandeja que tengo que llevar hasta la mesa cuatro, situada en el otro extremo, cargada con cervezas temblorosas, un puñado de hamburguesas envueltas en papel de plata y el equivalente grasiento del Everest formado por vieiras rebozadas. En un par de semanas lo tendré manejado. Llevar una bandeja con todo eso y más no será ningún problema. Lo que pasa es que las clases terminaron hace tan solo tres días, el local abrió a tiempo completo la semana pasada, brilla un sol espectacular, el aire de estos primeros días de verano viene cargado de sal y apenas me quedan unos minutos para acabar mi turno. Mi mente está ya en la playa, por lo que ni me molesto en levantar la vista para ver quién va dentro del vehículo hasta que oigo a un par de ellos silbar y mi nombre a continuación.

Vuelvo la cabeza. Un descapotable acaba de aparcar en diagonal ocupando dos espacios. Cómo no, Spence Channing, el conductor, se aparta el flequillo de los ojos y me sonrío. Trevor Sharpe y Jimmy Pieretti salen en tropel del vehículo riendo. Me quito a toda prisa el gorro del uniforme, que tiene una corona de oro dibujada, y lo escondo en el bolsillo del delantal.

—¿Nos darás un trato especial, Gwen? —grita Spence.

—Ponte a la cola —le respondo. A lo que le sigue, como es de esperar, un coreado «buuuuu» por parte de los otros jóvenes.

Dejo la bandeja en la mesa cuatro, les doy las latas de refresco y las servilletas que llevo en los bolsillos del delantal y les obsequio con una rápida y manida sonrisa. A continuación me detengo en la mesa donde mi hermano me espera mojando distraídamente patatas fritas en un mar de ketchup.

Pero entonces...

—¡Hey, Cass, mira a quién tenemos aquí! Para servirte.

Y el último ocupante, que había quedado oculto tras el amplio torso de Jimmy, baja del vehículo y clava en mí su mirada.

Los segundos se eternizan, frágiles, tirantes, transparentes, cual hilo de una caña de pescar que ha sido lanzado muy muy lejos.

Reacciono y agarro a mi hermano por la mano.

—Vámonos a casa, Em.

Emory se suelta.

—No acabado —declara con rotundidad—. No acabado.

Me percató de que tensa los músculos de las piernas y adquiere su postura de «Soy una roca, soy una isla». Agita las manos adelante y atrás para deshacerse de mí.

Ha llegado la hora de respirar hondo y dar un paso atrás. Meterle prisas o tirar de él suele acabar en desastre, por lo que me hago con su plato de papel, totalmente cubierto de ketchup, y me desato el delantal.

—Tengo que irme a casa. ¿Puedes ponérmelo para llevar? —pregunto a mi padre.

—No acabado —repite Emory con insistencia tirando de mi mano—. Gwennie, no.

—¡Tengo mucho jaleo! —vocifera mi padre desde la ventana de los pedidos, haciéndose oír por encima del ruido de la plancha—. ¡Hija, envuélvetelo tú misma!

Me pasa un par de trozos de papel de plata por la ventana y unos cuantos sobrecitos del ketchup favorito de Emory.

—Aún comiendo —dice mi hermano y vuelve a sentarse.

—Veremos una peli —propongo mientras empaqueto su comida—. ¡Helado!

Mi padre me fulmina con la mirada desde la ventana. Puede que a veces él sea brusco con Em, pero no le gusta que yo lo sea.

—Helado aquí.

Mi hermano señala el enorme cucurucho de dos bolas que adorna uno de los falsos torreones. Como no podía ser de otro modo, jugando con el significado de nuestro apellido y el nombre del negocio familiar, Castle's Ice Cream tiene aspecto de castillo.

Tiro de él en dirección a la camioneta, a pesar de sus quejas, y no vuelvo la vista atrás, ni siquiera cuando una de las voces se dirige a mí.

—Eh, Gwen, ¿tienes un minuto?

Enciendo el contacto del Ford Bronco abollado de mi madre y piso con fuerza el acelerador. El motor se revoluciona con un bramido ensordecedor, si bien no lo suficiente para silenciar una nueva voz que exclama entre risas:

—¡Tiene muchos! Es de dominio público.

Mi padre, gracias a Dios, se ha apartado de la ventana por la que se entregan los pedidos y vuelve a concentrarse en la plancha. Con suerte, no habrá oído los comentarios.

Vuelvo a pisar el acelerador y la camioneta da una sacudida hacia delante. Descubro que las ruedas se han quedado atascadas en la arena del aparcamiento y no dejan de girar. Al final, con una nueva sacudida, consigo salir marcha atrás a toda prisa. Las ruedas chirrían al incorporarme al asfalto abrasador que recubre Ocean Lane. Afortunadamente, la carretera está vacía.

A unos tres kilómetros me detengo en el arcén, dejo caer los brazos sobre el volante y apoyo la frente sin dejar de respirar profundamente. Emory agacha la cabeza para verme mejor con sus ojos marrones e inquisitivos. Luego, resignado, abre

el papel de plata y sigue dando buena cuenta de sus patatas ya blandas y empapadas en ketchup.

En un año habré acabado el instituto y podré marcharme de aquí. Por el espejo retrovisor veré alejarse a esos muchachos y todo el curso pasado.

Tomo aire una vez más.

Estamos más cerca del agua y la brisa marina me envuelve con su delicadeza, su sabor a sal, su cercanía y su familiaridad. Es el motivo por el que todo el mundo viene a este lugar: el aire, la playa y la sensación de la paz.

Sin darme cuenta he detenido la camioneta delante de la enorme señal blanca y verde que marca la separación oficial entre la ciudad y la isla, justo donde termina el puente de Stony Bay y empieza la isla de Seashell. Esa señal lleva ahí desde donde alcanza mi memoria, y la pintura que recubría la esmerada caligrafía de su mensaje ha desaparecido casi en su totalidad, aunque su leyenda sigue grabada a fuego en la madera:

El cielo junto al mar.

El secreto mejor guardado de Nueva Inglaterra.

Una pequeña joya oculta y acunada por la costa rocosa de Connecticut.

La isla de Seashell, el lugar donde he vivido toda mi vida, recibe esos elogios y muchos más.

Y lo único que yo deseo es marcharme de aquí cuanto antes.

CAPÍTULO 2

—Kryptita, lo único —me dice Emory, muy serio, a la tarde siguiente. Luego se aparta el pelo, tan lacio como el de mi padre, de los ojos—. Lo único, único, puede pararlo.

—Kryptonita —le corrijo—. Tienes razón. Sí. Si no fuera por eso, sería invencible.

—No mucha kryptita por aquí —me asegura—. Todo bien.

Y retoma su dibujo agarrando con fuerza un rotulador rojo. Está tumbado boca abajo en el suelo y tiene un comic abierto junto al cuaderno. La luz estival se cuelga por la ventana de nuestra cocina-comedor e ilumina la hoja donde mi hermano colorea la capa de su héroe. Yo permanezco en el sofá, medio adormilada. He regresado hace un rato de llevar a Em al logopeda en White Bay.

—¡Qué chulo! —exclamo señalando su cuaderno—. Me gustan las estrellas fugaces del fondo.

Emory apunta con su barbilla hacia mí y arruga la frente, por lo que deduzco que no se trata de estrellas, aunque no me corrige. Se limita a seguir dibujando.

Veinticuatro horas después de haberme topado con aquellos jóvenes en Castle's sigo queriendo cargármelos. ¿Por qué permití que se rieran de mí? Debería haberme reído yo y haberles dado una buena contestación. No es que sea un comportamiento muy sofisticado, aunque en teoría, en este caso, se supone que los sofisticados son ellos. «Bueno, Spence, todos sabemos que contigo la cosa no duraría más de un minuto». Eso es lo que debería haberle dicho, pero no habría sido capaz. No con Cassidy Somers delante. Los otros jóvenes no me importan mucho, pero Cass...

Kryptonita.

* * *

Alrededor de una hora más tarde la puerta mosquitera se abre con estrépito y mi madre irrumpe en el salón con sus rizos azabache encrespados por el calor, algo que me ocurre a mí todos los días. Tras ella, entra penosamente *Fabio*, nuestro viejo cruce de labrador, que se ha quedado medio ciego. Se deja caer al suelo de lado y saca la lengua. Mi madre le acerca con el pie su cacharro con agua mientras busca en el frigorífico una Coca-Cola *light*.

—¿Te lo has pensado, cielo? —me pregunta después de darle un buen trago.

Por sus venas, en lugar de sangre, deben de correr litros y litros de esa bebida.

Me pongo en pie de un salto y nuestro viejo sofá a cuadros naranjas y burdeos

emite un gemido agonizante. Vale, debería haber estado tomando decisiones con respecto a este verano en lugar de obsesionarme con las que tomé ayer... o el pasado marzo.

—Ten cuidado —me reprende mi madre señalando el sofá con su mano libre—. Un poco de respeto hacia Myrtle.

Emory, que ahora pintarrajea el pelo de Superman con un rotulador de color negro, nos obsequia con una risita gutural al ver la cara que pongo.

—Mamá, compramos a Myrtle en la sección de oportunidades del hipermercado. Solo tiene tres patas y ni un solo muelle sano. Cada vez que intento levantarme siento como si necesitara una grúa. ¿En serio me hablas de respeto?

—Todas las cosas merecen nuestro respeto —responde mientras se deja caer con delicadeza sobre Myrtle soltando un gran suspiro.

Un segundo más tarde arruga la nariz y mete la mano bajo uno de los cojines, de donde saca una de las sudaderas andrajosas y malolientes de mi primo Nic, una piel de plátano y una de sus novelas románticas desgastadas por el uso.

—Myrtle ha vivido una vida larga y ardua en muy poco tiempo —añade sin dejar de sonreír mientras me golpea con la horrenda sudadera—. ¿Y bien? ¿Qué te parece lo de la señora Ellington?

Hacer de canguro para la señora Ellington es un posible trabajo de verano del que mi madre ha oído hablar esta mañana, y me permitiría no tener que volver a trabajar con mi padre, algo que llevo haciendo sin rechistar desde los doce años. Es ilegal para todos los demás, pero aceptable para Nic y para mí, ya que somos de la familia. Sin embargo, tras cinco años no me vendría mal un cambio después de tanto servir sorbetes, freír almejas y preparar sándwiches de queso a la plancha. Y lo que es mejor aún: librarme de tener que trabajar con mi padre por las noches. Incluso podría ayudar a Vivien en los *caterings*.

—¿Es para todo el verano? —pregunto.

Me desplomo en el sofá y apoyo la espalda con cuidado. Si uno se deja caer sobre el punto equivocado, Myrtle escora como el Titanic antes de hundirse.

Mi madre desata los cordones de las viejas deportivas que usa para trabajar, se quita una de ellas y estira los dedos de los pies mientras deja escapar un gemido. En la uña del dedo gordo luce unas margaritas pintadas con esmero, que deben de ser obra de Vivien, el Picasso de la pedicura. Acto seguido, Emory sale corriendo en busca de las zapatillas de nuestra madre, y se habría llevado la lata de refresco por delante, si ella no llega a apartarla a tiempo.

—Hasta finales de agosto —me confirma tras dar un buen sorbo—. La semana pasada se cayó de la escalera, se torció el tobillo y sufrió una contusión, aunque tú no tendrías que hacer de enfermera —se apresura a tranquilizarme—. Ya tienen a una persona para eso por las noches. Henry... su hijo... solo quiere asegurarse de que alguien le eche un ojo y se preocupe de que haga ejercicio, coma, no vaya sola a la playa... Está rondando los noventa.

Mi madre meneaba la cabeza como si no acabara de creérselo. A mí también me parece increíble. Siempre la he visto igual, como uno de esos personajes de los libros antiguos que mi abuelo suele comprar en los mercadillos, con su distante acento de Nueva Inglaterra, su espalda bien recta y sus firmes convicciones. Aún recuerdo la contestación que le dio a un veraneante al que se le ocurrió preguntar si Em era retrasado: «No más que usted».

Cuando Nic y yo éramos pequeños solíamos acompañar a mi madre a su trabajo. La señora Ellington nos daba galletas cubiertas de azúcar y limonada casera, y nos dejaba columpiarnos en su porche mientras mi madre le daba un repaso a la casa con el aspirador y la fregona.

Sin embargo... lo mío no dejaría de ser un trabajo estacional. Implica trabajar para los veraneantes y mi madre me prometió que yo eso nunca lo haría.

Sin dejar de frotarse los ojos, se acaba el refresco y deja la lata sobre la mesa. Unos cuantos mechones rizados se han escapado de su coleta y ahora se pegan a sus mejillas coloradas, empapadas en sudor.

—¿Puedes repetirme el horario? —le digo.

—¡Es la mejor parte! De nueve a cuatro. Tendrás que encargarte del desayuno y prepararle la comida, aunque luego dispondrás de un ratito libre, porque suele echarse la siesta por la tarde. Su hijo quiere a alguien que pueda empezar el lunes. Es el triple de lo que puede pagarte tu padre, y trabajando mucho menos. Está muy bien, Gwen.

Mi madre juega su baza disimuladamente, ocultando con esmero el «tienes que hacerlo» bajo un «quieres hacerlo». Todo lo que Nic y yo podamos reunir durante el verano es una ayuda para la temporada muerta en Seashell, esos largos y lentos meses en los que la mayoría de las casas permanecen vacías. Mi madre tiene menos clientes, mi padre cierra el restaurante y se dedica a hacer chapuzas hasta la primavera, y las facturas de Em no dejan de llegar.

—Pero ¿y su familia? —sigo preguntando.

Mi madre se encoge de hombros con aire despreocupado.

—Por lo que me ha dicho Henry, este año no vendrán. Él trabaja en no sé qué en Wall Street y está superocupado. Y, al parecer, los muchachos han crecido. Henry dice que ya no quieren pasar todo el verano en una isla aburrida con su abuela como cuando eran pequeños.

Hago una mueca. Da igual si yo también pienso que Seashell es pequeña y silenciosa. Vivo aquí, no me está permitido.

—¿Ni siquiera para echarle una mano a su abuela?

—Quién sabe lo que pasa realmente dentro de las familias, cielo. No hay que meter las narices...

«... en los asuntos de los demás». Me lo sé de memoria.

Emory vuelve al comedor dando saltitos con las zapatillas afelpadas de mi madre en la mano: una peluda y desgredada de color verde y otra roja, ambas del pie izquierdo. Se agacha para llegar a sus pies, le quita la otra deportiva y le frota el

empeine.

—Gracias, mi pichoncito. —Em le pone la zapatilla con cuidado y repite el ritual en el otro pie—. ¿Qué me dices, Gwen?

Mi madre se inclina hacia mí y me da un golpecito en la pierna con su rodilla.

—¿Tendré libres las tardes y las noches? ¿De todos los días?

Como si ese fuera un aspecto sumamente importante. Ni que tuviera una vida social excitante y un novio abnegado.

—Todas y cada una de ellas —afirma mi madre.

Es muy amable al abstenerse de preguntar: «¿Y para qué las quieres, hija?». Todas las noches libres, sin excepción. Con mi padre siempre acabo cubriendo los turnos que nadie quiere, es decir, los viernes y sábados hasta la hora del cierre. Con todo ese tiempo libre tendré un verano de verdad. Podré ir a las hogueras de la playa y a las barbacoas, podré salir con Vivien y con Nic y nadar en el arroyo cuando se ponga el sol, el momento más bonito que existe en este lugar. Se acabó el tener que ir al instituto, dar clases particulares, levantarse a las cuatro y media para entrenar con el equipo de natación y ver a esos tipos... Encontrármelos en el restaurante ha sido un asco. En casa de la señora Ellington, la más alejada de la isla, no tendría que verlos jamás.

Ya puedo oler mi libertad: la brisa salada; los barrones verdes al sol; la brisa caliente y refrescante a la vez, que sopla sobre las piedras mojadas; el romper de las olas; la espuma blanca en contraste con el bucle oscuro del agua...

—Lo acepto —digo de repente.

Es un trabajo de la isla, pero solo durante este verano y para una sola familia. No es como lo que hizo mi madre, que empezó a trabajar limpiando casas con mi vovó, su madre, cuando cumplió quince años para ahorrar para la universidad y jamás dejó de hacerlo (adiós a la universidad). Tampoco es como lo de mi padre, que tuvo que hacerse cargo del negocio familiar a los dieciocho porque a su padre le dio un ataque al corazón delante de la plancha.

Es solo algo temporal. No una decisión para toda la vida.

—Cielo, ¿te ha pagado ya tu padre estos días? Vamos algo justos. —Se concentra en quitar unas migas del sofá sin mirarme a la cara—. No es preocupante, pero...

—Dijo que me lo daría a finales de esta semana —respondo distraídamente.

Em ha dejado de masajearle los pies a mi madre y los ha sustituido por los míos, que no están tan doloridos, ni mucho menos, pero no quiero hacerle el feo.

Mi madre se pone en pie y abre el frigorífico.

—¿Qué te apetece para cenar: Pescanova, Findus o un buen clásico, La Cocinera? Tú eliges.

Paso de Pescanova y de Findus. Mi madre selecciona uno de los platos de comida precocinada y perfora con el tenedor el plástico que lo recubre. Sin embargo, antes de que haya tenido tiempo de meterlo en el microondas, mi abuelo, Ben, hace su aparición con su habitual saco de contrabando colgado al hombro. Parece Santa

Claus, si en lugar de regalos hubiese repartido marisco. Aparta uno de los pañuelos de Nic, almidonado por el sudor, hacia el otro extremo de la encimera y se pone a descargar las langostas en el fregadero, acompañado de un triquitraque de caparazones y pinzas.

—*Um, dois, três, quatro...* Esa de ahí debe de pesar más de dos kilos —afirma entusiasmado.

Se atusa con las manos su cabellera blanca y rebelde. Es la versión portuguesa de Albert Einstein.

—*Papai*, no vamos a poder comérmolas todas. —A pesar de su protesta, mi madre no pierde ni un segundo y empieza a llenar de agua una de las enormes ollas que tenemos para cocinar langosta—. Y por enésima vez: ¿cuánto crees que tardarán en pillarte? ¿Cómo nos ayudarás cuando te metan en la cárcel?

La licencia pesquera de mi abuelo expiró hace algunos años, aunque sigue saliendo a faenar cuando le da la ventolera. Su colección de trampas ilegales para langostas puebla las aguas que bordean la isla.

Mi abuelo fija la vista en lo que mi madre lleva en la mano y menea la cabeza.

—Tu abuelo Fernando no vivió hasta los ciento dos años alimentándose de... —dice mi abuelo dándole la vuelta al envase de plástico e inspecciona los ingredientes—. ¿Benzoato de potasio?

—No —replica mi madre recuperando el plato precocinado y guardándolo de nuevo en el congelador—. Fernando vivió hasta los ciento dos por todo el *vinho verde* que bebía. El alcohol le sirvió de conservante.

Mi abuelo se mete en la habitación que comparte con Nic, y le sigue Em murmurando algo entre dientes. Después sale en modo «estar por casa»: sin camisa, luciendo camiseta interior y un desvencijado batín a cuadros. En la mano lleva el pijama de Superman de Emory.

—Te quiero ver con él en menos que canta un gallo.

Emory le responde con su risita habitual y echa a correr por el comedor con los brazos extendidos como si fuera el Hombre de Acero.

—¡Nada de volar hasta que lleves el traje! —le reprende mi abuelo.

Em se detiene frente a él patinando, y resignado deja que le quite la camiseta y los pantalones para ponerle el pijama. A continuación se acurruca junto a mí sobre Myrtle mientras mi abuelo introduce un DVD de Fred Astaire en el reproductor.

Nuestra sala de estar es tan pequeña que apenas cabe el enorme televisor de plasma que mi abuelo ganó el año pasado en el bingo de la iglesia; aunque estoy casi segura de que hizo trampas. Esa pantalla tan moderna se ve fuera de lugar en nuestra pared, entre un crucifijo de cedro y el retrato de boda en blanco y negro de mi abuela, donde, por cierto, aparece inusualmente seria. Delante de él, un jarrón alberga las flores que mi abuelo cambia cada día sin excepción. Es un retrato de buen tamaño, de esos que parece que los ojos te sigan. Yo soy incapaz de mirarlo.

Una música romántica y suntuosa invade la estancia, acompañada por la grave

voz de tenor de Fred Astaire.

—¿Dónde, Ginger? —pregunta Emory señalando la pantalla.

Mi abuelo ha puesto *Una cara con ángel*, protagonizada por Audrey Hepburn, no por Ginger Rogers.

—Saldrá enseguida.

Siempre le da esa respuesta con la esperanza de que le guste la música y los bailes y le dé igual quien salga en la película.

Em se muerde el labio y comienza a menear un pie adelante y atrás.

Mi hermanito de ocho años no es autista, pero tampoco tiene ninguna de las deficiencias genéticas identificadas. Solamente es Emory. No tenemos diagnóstico, ni gráficos, ni instrucciones. Es capaz de entender algunas cosas difíciles y, en cambio, tener auténticos problemas para comprender las más básicas. Rodeo con mis brazos su cintura y sus costillas flacuchas, apoyo la barbilla en su hombro y su cabello lacio me hace cosquillas en las mejillas. Aspiro su cálido aroma de niño pequeño.

—Es esa canción divertida, ¿te acuerdas? *Your sunny funny face...* —tarareo.

Finalmente Em acaba calmándose y se acurruca junto a su peluche favorito: *Escondrijo, el cangrejo ermitaño*. Mi abuelo lo ganó en una feria cuando Emory tenía dos años y ha sido su favorito desde entonces.

Aparto un poco a *Fabio* para pasar y me siento en los escalones de la puerta principal. No soporto ver a Audrey Hepburn tan melancólica y tan poquita cosa. Ninguna sabelotodo, por muy miope que sea, admitiría nunca que no es gran cosa.

Entorno los ojos para mirar más allá de la isla y los tejados de las casas bajitas que se extienden frente a la nuestra: la casa gris y desproporcionadamente baja de Hoop; la de madera, de Pam, de un blanco roto; la de Viv, pintada de un verde pálido con unos postigos rojos que no hacen juego. A duras penas logro atisbar el resplandor de los últimos rayos de sol sobre el agua. Me recuesto sobre los codos, cierro los ojos y tomo una bocanada de aire cálido y salado.

¡Puaj! Apesta.

Abro los ojos de golpe. A pocos centímetros de mi nariz descubro un par de zapatillas de deporte de mi primo. ¡Qué asco! *Eau de adolescente sudoroso* de dieciocho años. Las aparto del porche de un codazo y las lanzo sobre la hierba.

Oigo abrirse la puerta mosquitera y mi madre se sienta a mi lado con una tarrina de helado en una mano y una cuchara en la otra.

—¿Quieres un poco? Te traeré una cuchara para ti solita.

—No. Está bien. —Sonrío. Estoy casi segura de que no lo ha comprado—. ¿Es el aperitivo, mamá?

—El helado sirve de aperitivo, plato principal y postre. Es así de flexible.

Escarba en la tarrina en busca de los trocitos de crema de cacahuete. Luego hace una pausa para apartarme el pelo de la frente.

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme? Desde ayer estás muy callada.

Menuda ironía. Mi madre se pasa la mayor parte de su tiempo libre leyendo

novelas románticas sobre gente que está todo el día quitándose la ropa. Nic y yo presenciamos entre el estupor y el horror cómo nos explicó de dónde venían los niños, haciendo una demostración con una Barbie y un G. I. Joe. Me llevó al ginecólogo para que me recetara la píldora cuando cumplí quince años.

—Es bueno para el desarrollo —insistió cuando balbuceé que no era necesario—, y para tu futuro.

Ella y yo podemos hablar de todos los pormenores físicos. Mi madre se ha asegurado de eso, pero solo en abstracto. En este instante me gustaría apoyar la cabeza en su hombro suave y lleno de pecas y contarle lo que pasó ayer con esos muchachos, pero no quiero que sepa que alguien me ve de ese modo. Y menos aún, que les he dado motivos para ello.

—Estoy bien —respondo.

Una nueva cucharada de helado con la mirada perdida. Al cabo de unos minutos *Fabio* olfatea en dirección a la puerta mosquitera, se acerca tambaleándose a mi madre y apoya la cabeza en su muslo con ojos suplicantes.

—No —advierto a mi madre, pero sé que lo hará de todos modos.

Como me temía, toma un poco más de helado con la cuchara y lo deja caer al suelo. *Fabio* no dice que no a este gesto que lo acercará más a la muerte y lame el helado con vehemencia. Luego vuelve a su posición suplicante mientras babea la pierna de mi madre.

—Quizá deberías acercarte a casa de los Ellington —me propone al cabo de un rato señalando con la cuchara hacia Low Road— y decirle hola a la señora Ellington.

—Un momento. ¿A qué te refieres? ¿Como si fuera una entrevista de trabajo? ¿Ahora?

Bajo la mirada para inspeccionar mis *jeans* cortos y deshilachados y mi camiseta, luego vuelvo a mirar a mi madre y entro corriendo en casa. Salgo poco después con el bote de rímel verde y rosa al que soy fiel, lo desenrosco y me lo aplico en las pestañas.

—No lo necesitas —repite mi madre por milésima vez, y me tiende la cuchara para que, a modo de espejo, compruebe si me ha quedado algún grumo—. No. Prácticamente le dije que aceptabas el trabajo. Son unas condiciones excelentes, pero no sé cuántas personas más estarán al tanto de la oferta y de ese estupendo salario. Límitate a ir allí, demostrar interés y recordarle quién eres. Siempre te ha apreciado.

Esa es la razón por la que tres minutos más tarde echo a caminar con mis sandalias.

—¡Gwen! —grita mi abuelo saliendo a toda prisa con su blanco cabello despeinado—. Llévate esta bolsa. Dile a la señora Ellington que es de parte de Bennie *para a rosa da ilha*, para la rosa de la isla. *Mando lagostas e amor*. ¡Le mando langostas y mi amor!

Inspecciono la bolsa húmeda de papel que mi abuelo ha metido dentro de su descolorida malla y de la que asoman un par de antenas de langosta que se mueven

amenazantes.

—Abuelo, es una entrevista de trabajo, o algo parecido. No puedo presentarme con marisco, sobre todo si aún está vivo.

Mi abuelo deja escapar un suspiro de exasperación.

—A Rose le encanta la langosta en ensalada. Siempre le ha gustado. *Amor verdadeiro* —proclama esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

—Amor verdadero o no, a estas aún les queda mucho para convertirse en una ensalada.

A una langosta le falta una pinza, pero eso no le impide chasquear la otra intentando llegar a mí.

—Las cueces, las dejas en el frigorífico y mañana le preparas mi salsa especial para que se las coma. —Me encasqueta la bolsa—. A Rose siempre le han chiflado las *lagostas*.

Mi abuelo ha envejecido desde que murió mi *vovó*, y de forma más considerable en los últimos años, cuando mi padre se fue y él se instaló con nosotros. Antes de eso parecía tan invencible como los mascarones de los balleneros, toscamente tallado, fuerte y de la tonalidad del roble. No obstante, su rostro me parece más hundido esta noche y no soy capaz de decir que no a esos ojos entusiastas de color chocolate. Así que me ato la bolsa a la muñeca y desciendo los escalones.

Son casi las seis de la tarde, pero el sol de esos primeros días de verano sigue en lo alto del cielo, el agua que asoma por detrás de las casas parece de un insondable azul claro y despide destellos plateados al reflejar la luz del sol. Tan solo sopla una ligera brisa que, lejos de los zapatos de Nic, huele a hierba recién cortada, a algas y al dulce aroma del tomillo que crece de forma natural por toda la isla.

Eso es cuanto tenemos aquí: tomillo salvaje, un vecindario estacional que vive en mansiones de madera, una reserva natural de frailecillos silbadores y el resto de nosotros, la gente que corta la hierba de los jardines, repara las casas, las pinta o se encarga de limpiarlas. Todos vivimos en East Woods, el barrio «malo» de Seashell. ¡Ah! No mucha gente sabe que existe. Nuestras casas están rodeadas de bosque y únicamente podemos ver el océano a lo lejos, mientras ellos disfrutan de una panorámica magnífica del mar, enmarcada por una extensión de arena fina, desde las ventanas delanteras de su casa, y amplios jardines en la parte posterior. Ochenta casas en total. Y solo treinta están ocupadas durante todo el año; el resto se abren el Día de los Caídos, el último lunes de mayo, y vuelven a cerrarse el Día de la Hispanidad, el 12 de octubre. En invierno es como si la isla nos perteneciera, pero en primavera debemos devolverla a sus auténticos dueños.

Ya he recorrido la mitad de Beach Road. Dejo atrás la casa de Hooper y la de Vivien y me dirijo hacia Low Road para visitar a la señora Ellington cuando oigo el zumbido ensordecedor de un cortacésped de doble hoja. El ruido se incrementa conforme me acerco al agua, aunque el estruendo alcanza todo su esplendor al doblar la esquina y tomar Low Road, donde están las casas más grandes en primera línea. En

La Garita, base de operaciones del equipo de mantenimiento de Seashell, es donde se guardan estas enormes y viejas segadoras en las que uno debe ir de pie, con cuchillas lo bastante grandes como para arrasar ringleras de hasta ciento ochenta centímetros de ancho. Al pasar junto a la casa de los Cole el ruido se detiene.

Y yo hago lo mismo.

CAPÍTULO 3

Al principio me quedo mirándolo boquiabierto como si me encontrara delante de un milagro de la naturaleza. Como las cataratas del Niágara o el Gran Cañón.

De acuerdo, no he puesto un pie en ninguno de los dos, pero puedo imaginármelos.

El joven jardinero baja de la segadora y ahora se sitúa de espaldas a mí, frente a la anciana señora Partridge, que vocifera desde el porche agitando los brazos de manera apremiante de izquierda a derecha.

—¿Por qué os costará tanto entenderlo? —apela enfurecida la mujer.

La señora Partridge es rica, sorda y la primera en la lista de víctimas potenciales a manos de un veneno indetectable de mi madre. Además de tratar con desdén a todos cuantos trabajan para ella, también desprecia a la mayoría de los residentes de la isla.

—¡Lo arreglaré...! —responde con voz elevada el joven, y tras una brevísima pausa añade—: ¡Señora!

—No solo vas a arreglarlo, jovencito, sino que vas a hacerlo como Dios manda. ¿He hablado claro, José?

—Sí... —Una nueva pausa—. Señora.

La anciana señora Partridge levanta la vista. Su mandíbula está tan tensa que podría doblar con los dientes una moneda por la mitad.

—¡Tú! —grita señalándome con su bastón de bambú—. ¡María! Dile a este jovencito cómo me gusta que me corten la hierba del jardín.

«Tierra, trágame». Retrocedo un par de pasos.

La señora Partridge se da media vuelta y empieza a frotarse la frente, un gesto típico de mi madre. (Aquella señora puede provocarte una migraña en menos que canta un gallo).

Él lleva unos pantalones cortos y el pecho descubierto. Tiene la espalda ancha y una cintura delgada, un bonito cabello rubio que brilla a la luz del sol y unos brazos definidos por la curva del codo. Lo menos parecido a un «José» que uno podría echarse a la cara.

Cassidy Somers.

¡Mierda! Debería haber seguido caminando en lugar de quedarme paralizada, pero no puedo evitarlo. Una vez más.

Él recupera la camiseta que ha dejado en el manillar de la segadora, se limpia la cara y se seca el cuerpo. Luego levanta la vista y me descubre. Los ojos se le salen de las órbitas y relaja los brazos, aunque luego parece cambiar de opinión y se coloca la camiseta rápidamente. Me mira con recelo.

—¡Venga! —me apremia la mujer—. ¡Dile cómo se hacen las cosas! Has pasado

muchas veces por aquí, sabes cómo me gusta que esté la hierba del jardín. Explícale a José que aquí no puede dedicarse a cortar la hierba sin orden ni concierto, como está haciendo.

Siento el afilado extremo de una langosta bajo el brazo y apoyo la bolsa de mi abuelo en tierra. La situación ya es bastante complicada sin añadir esos bichos a la ecuación.

—Bien, José —comienzo con seguridad—. A la señora Partridge le gusta que la hierba esté igualada y que se corte en sentido horizontal.

—¿Horizontal? —repite ladeando un poco la cabeza. Una leve sonrisa brota de sus labios.

«Cass, no vayas por ahí», pienso.

—Así es, José —le digo.

Cass apoya la espalda en la segadora y sigue observándome atento. La señora Partridge se percata de Marco, el jefe de mantenimiento de la isla, que pasa con el camión de la basura haciendo su última ronda, y nos abandona temporalmente para ir a bombardearlo con preguntas sobre un huracán que jamás se acercará a nuestras costas.

—¿Tú eres el jardinero de la isla este verano? —le suelto—. ¿No estarías mejor en otro sitio? ¡Qué sé yo! ¿Haciendo de *caddie* en el Club, por ejemplo?

Cass se lleva dos dedos a la frente y me saluda con sarcasmo.

—Su humilde servidor esta temporada. A su servicio. Preferiría que esa señora dejara de llamarme jovencito, ya soy un hombre, pero al parecer no tengo ni voz ni voto. ¡Si hasta me ha cambiado el nombre de pila en contra de mi voluntad!

—Para la señora Partridge todos los jóvenes se llaman José, a menos que seas chica. Entonces te llamas María.

Cass se cruza de brazos y deja caer su peso un poco más, frunciendo el ceño.

—¡Qué mujer más flexible!

Apenas he cruzado dos palabras con Cass desde las pasadas fiestas de primavera. Lo he evitado en el instituto, me sentaba lejos de él en clase y en las competiciones del equipo. Corté toda comunicación. Resulta fácil cuando está rodeado de gente —sobre todo de su gente—, paseándose por los pasillos del Instituto Stony Bay como si ese lugar les perteneciese, o como ayer en el restaurante. Pero no es tan simple cuando se trata tan solo de Cass.

Me observa con los ojos entornados mientras se acaricia de forma distraída el labio inferior con el pulgar. Estoy lo bastante cerca como para percibir su olor a mar, que desprende un leve rastro de cloro. De repente aquel día frío de primavera se vuelve vívido en mi mente, mucho más que el día de ayer. «No pienses en eso, además tienes terminantemente prohibido pensar en sus labios», me recuerdo.

Agacha la cabeza para fijarse en mis ojos. Como no sé lo que podrá ver en ellos, dirijo la mirada a sus piernas. Tiene unas pantorrillas fuertes, algo ensombrecidas por un incipiente vello rubio. Soy más consciente de los cambios de su cuerpo desde que

éramos niños que de los míos propios. «¡Por el amor de Dios, para!». Clavo la vista en el inmenso cielo azul, consciente de todos y cada uno de los sonidos que me rodean: el rumor del océano, el zumbido de las abejas en los arbustos morados de la playa, la vibración lejana de una lancha motora...

Cass cambia el peso de un pie a otro y carraspea.

—Me preguntaba cuándo me toparía contigo —dice al fin.

Su comentario se solapa a mi pregunta de qué está haciendo aquí.

Él no vive en la isla. Su familia tiene un negocio de construcción de barcos al otro lado del puente, Veleros Somers, uno de los más importantes de toda la Costa Este. No tiene necesidad de trabajar para los veraneantes; no como nosotros, los auténticos Josés y Marías.

Se encoge de hombros.

—Mi padre me consiguió el empleo. —Se agacha y empieza a quitarse briznas de hierba de un tobillo—. Se supone que esta experiencia me convertirá en un hombre y me enseñará a encajar los golpes de la vida y ese tipo de cosas.

—Ajá... Nosotros los pobres compensamos la falta de dinero con madurez.

Un halo de vergüenza cruza su semblante, como si hubiese recordado de pronto que aunque ambos vayamos al mismo instituto, yo no soy socia del T&N, el Club de Tenis y Natación.

—Bueno, al menos no es un cubículo —añade. Con un ademán de brazo abarca la superficie centelleante del agua y la extensión de hierba color esmeralda que tiene delante—. Las vistas son insuperables.

Asiento mientras trato de imaginármelo en una oficina. Estoy acostumbrada a verlo cerca del agua, zambulléndose de cabeza en la piscina del instituto o, como aquel verano, saltando al océano desde el muelle de Abenaki y haciendo una voltereta en el aire antes de sumergirse en el agua azul turquesa. Al cabo de un rato me doy cuenta de que sigo asintiendo como una tonta. Dejo de hacerlo y meto las manos en los bolsillos con tanta fuerza que hago más grande el agujero que hay en el fondo de uno. Como consecuencia, una moneda de diez centavos aterriza en la hierba. Avanzo un pie y la oculto debajo de mi suela. La señora Partridge ha terminado de intimidar al pobre Marco y regresa por el camino de gravilla.

—¿Es el descanso? ¿He dicho yo que fuera el descanso? —vocifera apuntando a Cass con su dedo índice encorvado—. ¿Qué haces holgazaneando, jovencito? ¿Qué será lo próximo, pedirme que te prepare un bocadillo de atún? ¡Tú, María, termina de explicarle cómo se hacen las cosas y deja que José vuelva a su trabajo!

Dicho esto, entra en la casa dando un portazo y yo aprovecho para alejarme un poco. Cass extiende un brazo como si quisiera detenerme, pero opta por desistir. Se hace de nuevo el silencio.

«Vete», me digo. «Date la vuelta y márchate».

Cass carraspea, aprieta la mano, la relaja y luego estira los dedos.

—Esto... —Señala algo detrás de mí—. Creo que... tu bolsa se está moviendo.

Me doy la vuelta. La langosta A ha decidido atajar por el medio de la hierba para llevarse consigo la bolsa de malla y a la langosta B. Echo a correr detrás de ella, me agacho, recupero la bolsa y de pronto las palabras brotan de mis labios con tanta libertad como la moneda que escapó de mi bolsillo. Soy incapaz de contenerlas.

—Ah, es que tengo una entrevista de trabajo o... algo parecido, con la señora Ellington... que vive al otro lado de la isla. —Agito la mano de forma imprecisa hacia Low Road—. Mi abuelo la conoce y quiere que le prepare una ensalada de langosta. —Sacudo la bolsa para que caigan al fondo—. Lo que significa que tengo que... esto... cocer a estas pobres infelices. Sé que soy una vergüenza para siete generaciones de pescadores portugueses, pero es que... ¿introducir en agua hirviendo algo vivo? Yo no... Es solo que... Quiero decir, menuda forma de... —Levanto la vista y me topo con un Cass inexpresivo, a excepción de una ceja ligeramente arqueada, y cierro por fin mi boca—. ¡Ya nos veremos! —grito por encima del hombro mientras me alejo de allí a toda prisa.

«Con indiferencia. Con sofisticación». Pero ¿acaso hay alguna despedida indiferente y sofisticada cuando hay crustáceos traviesos por medio? Ni qué decir tiene que «el buque de la supuesta indiferencia» zarpó hace unas cuantas meteduras de pata.

—¿De verdad? —grita él a mi espalda.

Acelero el paso, aunque no puedo resistir la tentación de echar un rápido vistazo atrás. Sigue allí plantado, con los brazos cruzados, observando cómo me marcho a toda prisa, como si fuera uno de esos crustáceos escurridizos que recorren el fondo marino, pero sin su práctico caparazón.

CAPÍTULO 4

Recorro Low Road a paso vivo, aunque mis ideas vuelan todavía más rápidas que mis pies: el jardinero recorre todos los rincones de la isla durante la temporada, de modo que Cass monopolizará mis días de verano igual que monopolizó mis pensamientos durante la primavera.

Oigo un ruido a mi espalda. Una goma patina sobre la arena. Me doy la vuelta y contengo el aliento, pero no es más que Vivien saltando un badén con su anticuada bicicleta Schwinn de color azul celeste equipada con una cestita de mimbre. Tiene las piernas estiradas a ambos lados. La escena me recuerda a un anuncio de algo sano, como mantequilla, leche o fruta fresca. Lleva su melena castaña y brillante recogida en dos trenzas que no le dan un aspecto estúpido, como cabría esperar de ese peinado, y las mejillas le brillan por el calor.

—¡Hola! —me saluda—. Tu madre me dijo dónde ibas. Quería desearte suerte.

—Pensaba que habías quedado con Nic.

Vivien se sonroja como siempre hace al escuchar el nombre de mi primo, o al pensar en él, o al verlo. Las cosas han cambiado con el paso del tiempo, es imposible negarlo, y nos han convertido, a este trío de amigos de la infancia, en algo distinto.

Vivien menea la cabeza.

—Yo le pregunté por qué no solicitaba el puesto de la isla para reparar y pintar casas durante el verano —dice—. Ahora mismo está haciendo la entrevista con Marco y con Tony. Si sale bien, ¡por favor!, no tendrá que depender de los contactos de Hoop y recorrerse el estado entero pintando casas de forma intermitente. —Pone los ojos en blanco—. Pero ¡a quién se le ocurre!

—Hoop es idiota.

Nat Hooper, el mejor amigo de Nic, además de su socio durante el verano en el negocio de pintar casas, puede convertir cualquier situación en desastre, y mi primo es demasiado afable para impedirlo.

Oigo el zumbido de la segadora al ponerse en marcha de nuevo. Necesito hacer acopio de toda mi concentración para no volver la vista atrás. ¿Habrá visto Vivien a Cass? Seguro que sí.

—¡Eh! ¿Quieres trabajar en una fiesta conmigo el viernes por la noche? Mi madre y Al se encargarán del *catering* de una cena de ensayo *superchic*. Es en The Hill. ¿Te va bien?

—Desde luego. ¿Nic también irá?

—Pues claro. Tenemos el bar cubierto, pero andamos algo escasos de camareros. Hoop no está seguro de si podrá ir. Según él, es posible que tenga «una cita excitante con una señorita especial», aunque me parece a mí que la señorita especial es digital.

¿Conoces a alguien más a quien pudiera interesarle?

Ya no puedo evitar dirigir la mirada hacia el final de la calle. Vivien vuelve la cabeza en la misma dirección y luego me examina detenidamente frunciendo el ceño.

—¿Has visto quién se encarga de los jardines este año? —pregunto con cautela.

—¡Ajá! —Estudia mi expresión—. He tenido que darle el código de la puerta para que pudiera aparcar cuando ha venido a buscar su lista de tareas esta mañana.

—¿Y no se te ha ocurrido mencionármelo? ¿Ni un triste mensaje de texto? ¿Nada?

—¡Mierda! Lo siento. —Vivien apoya los pies en el suelo para mantener el equilibrio—. Lo he intentado una vez, pero ya sabes cómo funciona aquí lo de la cobertura. —Echa otro vistazo por encima del hombro—. Debería haber seguido probando.

Miro de nuevo hacia la casa de la señora Partridge. Cass ha retomado su tarea, y ahora se afana en cortar la hierba en sentido horizontal. Ha vuelto a quitarse la camiseta y de su cabello emanan destellos de sol.

«¡Oh, Dios mío!».

—¿Qué, Gwenners? ¿Estás pensando en pedirle a Cassidy que te eche una mano... o las dos?

Ladea la cabeza y me contempla con un brillo pícaro en los ojos.

—¡No! ¿Qué dices? ¡No! Ya sabes cuál es mi política: manos fuera. Evitar a toda costa...

Vivien suelta un bufido.

—¿Estás segura? Porque tienes esa mirada vidriosa que acaba nublándote el juicio y te lleva a tomar decisiones impulsivas y a protagonizar el paseo de la vergüenza.

A pesar de que se trata de Vivien y de que no hay rastro de crítica en sus palabras, noto cómo me pongo colorada. Bajo la vista y le doy una patada a una piedra.

—En realidad solo ha habido dos paseos de la vergüenza —le digo.

Vivien adopta una expresión más seria, cruza una pierna por encima de la bicicleta y baja el pie de apoyo para acercarse a mí.

—Cassidy Somers... en la isla. En fin. Ten cuidado con lo que haces, Gwenners. No te dejes llevar por tus impulsos.

Su intensa expresión resulta de lo más extraña, combinada con la dulzura de su rostro al usar mi mote de la infancia. Me dan ganas de echarme a reír, aunque también siento un vuelco en el estómago.

«No todos podemos ser como Vivien y Nic».

Mi primo y mi mejor amiga llevan siendo pareja desde que teníamos cinco años. Yo oficié su boda en la playa Sandy Claw. Como por aquel entonces estábamos más familiarizados con la botadura de un barco que con las bodas, les di unos golpecitos en las rodillas con una botella de zumo de manzana. A ver, seamos sinceros, ¿cuánta gente consigue que el chico del que lleva enamorada toda la vida la trate como si

fuera algo único, precioso y digno de adoración? Casi nadie, ¿verdad?

Aun así, existe un abismo entre eso y darse un indecoroso revolcón en la arena. O en una litera. O en un Ford Bronco.

—¡Gwen! —Vivien chasquea los dedos—. Despierta, estoy aquí. Recuerda tu promesa. ¿Quieres que tu padre vuelva a pillarte dándote el lote en la playa, como con...? —Duda unos instantes y baja la voz antes de continuar—. ¿Alex?

Me invade la vergüenza y me pongo de espaldas al jardín de la señora Partridge. A continuación alzo una mano para apoyar la otra en una Biblia imaginaria.

—No la he olvidado. De ahora en adelante me mantendré alejada de cualquier situación comprometida con un chico, por muy tentadora que sea, a menos que esté enamorada de él y él lo esté de mí.

—¿Y...?

—Y a menos que nos sometamos a un detector de mentiras para probarlo. —Termino de recitar con majestuosidad—. Debo decirte que no va a ser nada práctico lo de tener que ir por ahí con la máquina y montarla cada vez que...

—Limítate a no ir a las dunas y mantente alejada de las fiestas que se celebran en The Hill —dice Vivien—. Cuando se trata de amor verdadero, no hace falta ningún detector de mentiras. Lo sabrás con solo mirarle a los ojos.

—¡Ve a pedir trabajo inmediatamente a ese sitio donde escriben tarjetas de San Valentín!

Le doy un golpecito en el hombro. Mi amiga da media vuelta y se monta en la bicicleta riendo.

No superaría el detector de mentiras si dijera que no quiero lo que Vivien y Nic encontraron sin necesidad de buscarlo. Lanzo un mirada a lo lejos una última vez y veo la nuca de Cass, que tiene la cabeza levantada hacia el porche, desde donde la señora Partridge vuelve a gritarle.

CAPÍTULO 5

La casa de los Ellington es la última de la playa. Majestuosa y elegante, es un edificio de finales del siglo pasado que se erige junto a la orilla como un gato tumbado panza arriba al sol. La madera, erosionada por las inclemencias del tiempo, es de color grisáceo con adornos en tonos verdes. Tiene dos torreones y un porche que la rodea en tres de sus cuatro paredes como si fuera la cola enroscada del minino.

Ante semejante despliegue, la cochera donde se aloja el Cadillac de la señora Ellington parece... desentonar. Uno esperaría en su lugar un establo en el que un mozo servicial, ataviado con librea, aguardara para hacerse cargo de las riendas de los caballos.

Me dirijo por el camino que bordea la casa hacia la puerta de la cocina sin saber muy bien si es lo que debería hacer. En la isla nunca se sabe. En la mitad de las casas a las que mi madre va a limpiar la reciben en la puerta principal y le ofrecen algo de beber; en la otra mitad insisten en que use la puerta trasera y se quite los zapatos antes de entrar.

Echo una mirada a mis pies, con sandalias. Por un segundo desearía tener los pies finos como Viv o llevar las uñas pintadas en lugar de contar con una tirita como una única decoración por haberme golpeado los dedos contra el malecón. Me encuentro con la reluciente puerta de roble de la cocina abierta gracias a la sujeción de un ladrillo desgastado, aunque la puerta mosquitera permanece cerrada.

—¿Hola...? —saludo a un pasillo en penumbra—. Esto... ¿señora Ellington?

Un televisor murmura a lo lejos y me llega el fuerte tic-tac de un reloj de porcelana con forma de estrella de mar. Desde donde estoy veo perfectamente el brillo de un jarrón plateado sobre la mesa de la cocina y el esplendor del ramo de zinnias que sobresale. Apoyo la mano en la mosquitera y hago ademán de abrirla, pero vacilo y vuelvo a llamar a la señora Ellington.

Esta vez oigo apagarse el televisor de inmediato. Después, un clic y un golpe seco resuenan intermitentemente en el suelo de madera del pasillo. La señora Ellington aparece ante mis ojos. Tiene el pelo más blanco, mucho más de lo que yo recordaba, y se ve obligada a usar bastón a causa del tobillo que lleva firmemente sujeto con una venda elástica, pero sigue yendo muy bien vestida y luce sus perlas de siempre y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Gwen! —exclama—. Tu madre me ha dicho que ahora eres Gwen, ya no eres Gwennie. Estoy encantada de verte.

Apoya el bastón en la pared, abre la mosquitera y extiende ambas manos. Yo dejo la bolsa de las langostas a mi espalda y tomo sus manos. Su piel es flácida y frágil, como la seda desgastada.

—¡Así que tú vas a ser mi niñera este verano! Las vueltas que da la vida... Cuando eras una renacuaja solía sentarme en el porche contigo en mi regazo mientras tu madre limpiaba. Eras una cosita adorable... con esos ojazos marrones y esos tirabuzones.

El deje de melancolía con el que pronuncia la palabra «niñera» me obliga a corregirla de inmediato.

—Solo he venido a ser... —«¿Su amiga? ¿Su acompañante? ¿Su perro guardián?»—. Solo he venido a hacerle compañía.

La señora Ellington me aprieta las manos y las suelta de inmediato.

—Eres adorable. Me has pillado a punto de salir al porche a tomar algo fresquito. ¿Cómo te gusta el té, helado?

En realidad no me gusta el té, y no sé cómo responder a su pregunta. Por suerte, la señora Ellington sale en mi ayuda.

—Esta mañana hacía bastante calor y he preparado un bol lleno de arándanos que creo que sería perfecto para ahora. Personalmente, me encanta tomar el té bien frío, muy dulce y con limón.

—Suenan bien.

Echo un vistazo a la cocina, parece igual que cuando Nic y yo éramos pequeños. El mismo azul cielo en las paredes, el tono crema de los electrodomésticos, el mantel a cuadros azul marino y blanco sobre la mesa y otro ramo de zinnias de todos los colores en un jarrón de cristal azul cobalto sobre la encimera.

Cuando mi madre prepara té helado el proceso consta solo de dos pasos: verter un par de cucharadas de unos polvos dulces y añadir agua fría. En cambio, el té helado de la señora Ellington requiere un ritual que incluye varios pasos que jamás pensé que existieran. En primer lugar, se necesita una cubitera para el hielo y unas pinzas. Luego un limón y un artilugio de plata para exprimirlo. A continuación, un bol para colocar la bolsita de té y otro para el limón recién exprimido.

La señora Ellington abre un armario con una mano que deja traslucir sus venas, revolotea como un pajarillo enjaulado y planea entre dos botes de cristal. Al cabo de un momento se decide por uno de ellos, el que contiene unos cuantos granos de arroz; por años de experiencia viviendo en un clima costero, sé que contiene sal, pues el arroz impide que esta se apelmace con el calor y la humedad. Lo deja sobre la encimera y empieza a desenroscar la tapa.

—Me parece que es el otro —sugiero, acariciándole la mano.

La señora Ellington se gira hacia mí con la mirada perdida. Poco después vuelve en sí y las nubes despejan sus ojos de color avellana.

—Tienes razón —admite llevándose una mano a la mejilla—. Desde esa estúpida caída ando algo confusa.

Vuelve a colocar el bote en el estante y elige el otro.

A continuación rellena un azucarero de plata, coloca una cuchara con forma de concha... Es obvio que este proceso fue ideado por alguien que no tenía que lavar los

platos ni sacar brillo a la plata. La señora Ellington vuelve a preguntarme cómo me gusta el té y, aunque me encantaría responderle «con todo», para ver cómo es el proceso entero, me contengo.

—Fresquito y dulce.

Saca un vaso helado del congelador, le pone unas cucharadas de azúcar y finalmente vierte el té. Luego repite el proceso con el suyo.

—¿Qué tal si nos lo bebemos en el porche? —sugiere.

Echo a caminar tras ella, pero de pronto recuerdo el regalo de mi abuelo. ¡Justo a tiempo! Una de las langostas está intentando ponerse a salvo una vez más y ha llegado ya a la mitad del pasillo que conduce a la puerta trasera. Me apresuro a recuperarla y vuelvo a meterla en la bolsa de papel empapada mientras indignada se revuelve agitando las pinzas.

Esperaba encontrarme a la señora Ellington horrorizada, con una mano en el pecho, pero en lugar de eso, ríe a carcajada limpia.

—Mi querido Ben Cruz —dice—. Veo que sigue poniendo sus trampas.

—Todas las semanas que dura el verano.

Abro el congelador y meto la bolsa con la esperanza de que el frío atonte a Houdini y a su amiguita antes de que tenga que acabar con ellas. Luego le transmito a la señora Ellington el mensaje de mi abuelo traduciéndolo por completo del portugués.

Para escucharlo vuelve a dejar el bastón y junta las manos.

—Langostas y amor, dos cosas esenciales en la vida. Acompáñame al porche, Gwen, querida. Si no te importa traer los vasos... Podemos seguir charlando allí sobre otras cosas esenciales en la vida.

El porche tampoco ha cambiado: los mismos viejos muebles de mimbre pintados de blanco, el mítico columpio azul turquesa descolorido y mecido por la brisa... El jardín de los Ellington se pierde en los arrozales de costa, en la arena y, más allá, en el azul celeste. A la izquierda, a lo lejos, se alza Whale Rock, la Roca de la Ballena, un enorme canto rodado que se asemeja a un animal varado. Con la marea alta, lo único que puede verse es la aleta. Sin embargo, ahora hay marea baja y está visible prácticamente entera. Impresiona. Contengo la respiración y me invade la sensación que experimento cada vez que contemplo los rincones más bonitos de la isla: si tuviera una vista así desde mi ventana, sería una persona mejor, más tranquila y más feliz, menos propensa a irritarme con todo lo que tiene que ver con el instituto o a perder la paciencia con mi padre. Aunque no creo que esa teoría funcione realmente, pues la señora Partridge, la anciana que vive al final de la calle, tiene una de las mejores vistas de la isla —del océano, no de Cass Somers— y eso no endulza su carácter en absoluto.

La señora Ellington choca suavemente su copa con la mía.

—Por otra puesta de sol —dice.

Debo de haber hecho un gesto un poco raro, pues se apresura a justificarse.

—Era el brindis favorito de mi padre. Soy bastante supersticiosa. Creo que nunca me he tomado una bebida en el porche sin decir esta frase. Ahora tú debes contestar: «y por otro amanecer».

—Y por otro amanecer —repito reafirmando con la cabeza.

Ella me da unas palmaditas en la pierna a modo de aprobación.

—Imagino que deberíamos negociar las condiciones.

«¡Ya me extrañaba a mí!». Balbuceo el salario que mencionó mi madre. Seguro que se equivocó. Era demasiado bueno para ser cierto. Pero la señora Ellington se echa a reír.

—Oh, no me refiero al dinero. Supongo que eso ya lo han hablado tu madre y mi Henry. Sino a la forma de llevarnos bien. Nunca he tenido una... acompañante, por lo que, como es natural, necesito saber qué es lo que te gusta, al igual que tú necesitas saber eso sobre mí para no pasarnos el verano torturándonos la una a la otra. Debo admitir que me gusta la idea de volver a tener cerca a una persona joven. Mis nietos... —Deja la frase inacabada—. Están por ahí viviendo sus propias vidas.

Durante una milésima de segundo sus ochenta y pico años se asoman a su rostro al tiempo que se esfuma su sonrisa habitual. Viene a mi memoria el vago recuerdo de una gran fiesta celebrada en honor de uno de sus nietos: ¿quizá su boda? ¿Su veintiún cumpleaños? Había una enorme carpa blanca con torreones. Almeida se encargó del *catering* y lanzaron fuegos artificiales. Nic, Viv y yo... y Cass... nos tumbamos en la playa y los contemplamos estallar en el cielo para después aterrizar en el océano. Una fiesta privada con espectáculo público. Al igual que el océano, el cielo no es propiedad de nadie.

—Como debe ser —continúa con resolución al cabo de un momento—. Y ahora quiero que me lo cuentes todo sobre ti.

Oh, oh. ¿A qué se referirá con ese «todo»? «Todo» lo que le cuento a Viv es distinto de «todo» lo que le cuento a mi madre, así que quién sabe qué será ese «todo» que debería contarle a alguien que va a darme un trabajo y...

Como si hubiese estado escuchando mi cháchara mental, la señora Ellington vuelve a darme unas palmaditas en la rodilla.

—Por ejemplo, ¿qué piensas de la playa, querida? ¿Te gusta o acaso la odias?

«¿Acaso alguien en la faz de la tierra es capaz de odiar la playa?». Le respondo que adoro el océano.

—Perfecto, pues. A mis amigas y a mí... —matiza—, nos llamamos a nosotras mismas la Liga de las Damas, aunque creo que hay otros grupos en la isla con nombres menos afortunados. Me viene a la cabeza el grupo de Las Carcas de la Playa... En fin, da igual. A nosotras nos gusta ir a nadar todos los días a las diez de la mañana y a las cuatro, cuando cambia la luz. A veces organizamos pícnic y pasamos allí todo el día. Las ventajas de la edad: en realidad no tenemos que preocuparnos por usar protector solar, ni tenemos prisa por nada.

Se le vidrian los ojos contemplando el mar y su rostro lleno de arrugas adquiere

una expresión soñadora que de pronto deja patente lo hermosa que debió de ser antaño. Deduzco que de ahí lo de «la rosa de la isla».

Durante la siguiente media hora charlamos sobre todo lo que le gusta hacer y lo que no. Desde sus gustos culinarios...

—Si se te ocurre prepararme ensalada de huevo, me replantearé la buena opinión que tengo de ti.

Su criterio con respecto al ejercicio...

—Estaré encantada de dar unos buenos paseos cuando este estúpido tobillo mío se recupere, pero solo cuando esté de humor. No me gusta que me achuchen.

O la tecnología...

—No serás de esas que se pasan todo el día pegadas al teléfono, enviando mensajitos o charlando, ¿verdad? Cuando estoy con una persona, me gusta que esté presente.

Interpreto que he pasado la prueba cuando la señora Ellington me apremia con unas palmaditas en la mano.

—Bien. Nuestro nuevo régimen se instaurará el lunes. —Sonríe satisfecha y baja la voz—. Estaba un poco reticente, ya que adoro la soledad, pero creo que he tenido mucha suerte con mi empleada.

Le doy las gracias, pero entonces recuerdo que aún tengo que cocinar las langostas. ¡Caramba! ¿Le parecerá bien que lo haga ahora? ¿O habrá dado nuestra charla por finalizada? Y si es así, ¿puedo dejarla con un par de langostas vivas? ¿Debería aventurarse a usar la cocina sola? Nic sufrió una contusión jugando al fútbol en el colegio y estuvo algo confundido durante días.

Estoy a punto de preguntarle qué le gustaría que hiciera, cuando alguien llama a la puerta mosquitera con la energía suficiente para hacer vibrar los listones que la sostienen.

—¡Eeeeeoo! ¡Hola! —Una voz masculina irrumpe—. ¡Servicio de Mantenimiento de Seashell!

—Me pregunto de qué se tratará. —A la señora Ellington le brillan los ojos, como si una visita del personal de mantenimiento fuera motivo de júbilo—. No hay que podar las hortensias, y la hierba del jardín vinieron ayer a cortarla... Vayamos a ver.

Aunque camina con la espalda tan recta como de costumbre, su paso es inseguro, aun a pesar del bastón, por lo que la sigo, intentando abarcar sus dos costados a la vez para poder detener su posible caída.

—¿Hola? —grita de nuevo la voz, algo más fuerte y reconocible.

—¡Ya voy! —grita en tono cantarín la señora Ellington—. ¡Pasa! ¡Avanzo sin prisa pero sin pausa!

Ojalá no hubiese avanzado nada, pues nos plantamos demasiado pronto en la cocina, donde, como no podía ser de otro modo, Cass nos espera. Parece demasiado bronceado en comparación con el blanco translúcido de las elegantes cortinas que ondean al viento cubriendo las ventanas.

—¡Querido! —exclama la señora Ellington.

¿Cómo ha conseguido ganarse su cariño en un solo día? ¿Acaso ella lo recuerda de aquel otro verano? No parecía ser así en el caso de la señora Partridge.

—Gwen, querida, este es Cassidy Somers. Se encargará de dejarnos la isla bien bonita este verano. Cassidy, ella es mi nueva... —vacila unos instantes, aunque prosigue con rotundidad—. Ella es Ginebra Castle.

Hago una mueca. A pesar de la contusión, la señora Ellington recuerda a la perfección mi auténtico nombre, que parece sacado de una novela romántica, por eso nunca lo uso en la escuela ni en ningún otro sitio, en realidad.

Cass no parece inmutarse y extiende la mano con ademán alegre.

—Hola de nuevo, Gwen.

No hago caso del gesto.

—Hemos coincidido antes —informo a la señora Ellington—. Esto... ya nos conocemos. Bueno, no mucho. No somos amigos, quiero decir... que no tenemos tanto en común. En realidad no nos conocemos, solo... vamos al mismo instituto.

Concluyo mis desvaríos sin volverme hacia Cass y espero miserablemente a que la señora Ellington sentencie que estoy pirada.

Pero en lugar de eso, me sonrío con amabilidad.

—Compañeros de clase. ¡Qué maravilla! Bien, entonces creo que deberíamos ofrecerle al caballero un vaso de nuestro té helado. ¿Puedes hacer los honores, Gwen?

Asiento y me dirijo al congelador para sacar unos cubitos de hielo y, de paso, refrescar mi rostro, que siento en llamas. Por suerte, no tengo que lidiar con toda la plata y me limito a servir el té en un vaso y ofrecérselo a Cass, intentando evitar cualquier contacto con sus dedos, maniobra que casi acaba con el resbaladizo vaso en el suelo hecho añicos. Menos mal que él tiene buenos reflejos.

La señora Ellington no puede evitar ponerse algo nerviosa al darse cuenta de que ha olvidado preguntarle si le gusta con limón y azúcar.

—No. Así está bien. Gracias —responde amablemente Cass.

—Con este calor uno enseguida se siente sediento —aclara a Cass la señora Ellington—, sobre todo si se dedica a actividades físicas. Puedes venir a mi casa a tomarte algo fresquito siempre que quieras.

Él ladea la cabeza hacia ella y la obsequia con su mejor sonrisa.

—Gracias.

Mientras bebe un buen trago de té, contemplo la larga línea de su garganta. Aparto la vista enseguida y me seco las manos en los pantalones. Tengo las palmas empapadas. ¡Lo que me faltaba!

—¿Un poco más, quizá, Gwen? Ahora dime, querido, ¿a qué has venido? Si es por las facturas, de eso se encarga mi hijo Henry.

—No es eso —contesta—. He venido a hervir sus langostas.

Me vuelvo hacia él con brusquedad.

—Verá, estamos tratando de ampliar nuestra cartera de servicios —continúa con

un tono de voz calmado, propio de una persona razonable—. Corren tiempos competitivos y todo eso.

Me mira unos segundos antes de apartar la mirada de nuevo.

—¿En serio? —La señora Ellington se acerca un poco más a él como un imán que atrae irremediabilmente—. ¿Y cómo?

—Bueno, esto... Hasta ahora el jardinero se ha limitado a segar la hierba del jardín y quitar las malas hierbas, pero... —Cass toma un buen trago de té—. Yo creo que... podría hacer más cosas, como pasear perros, ir a la compra o... —Levanta la vista hacia el techo, como si allí encontrara las palabras que busca—... dar clases de natación.

—¡Qué emprendedor! —exclama la anciana.

Cass le dedica otra sonrisa antes de proseguir.

—Al ver a Gwen dirigirse hacia su casa con... esto... la cena, pensé que tal vez era una buena oportunidad para enseñarle mi técnica.

—¿Tienes una técnica? —La señora Ellington entrelaza las manos bajo la barbilla. Parece una niña el día de su cumpleaños—. ¡Serás un experto! No estaba al tanto de que existiese algo así para las langostas.

—Quizá técnica no sea la palabra apropiada. ¿Dónde tiene la olla para las langostas? —pregunta sin titubeos, como si en todas las cocinas de Nueva Inglaterra hubiese una.

En efecto, la señora Ellington tiene una enorme olla para langostas; de hierro esmaltado en blanco y negro, exactamente igual a la nuestra. Cass la localiza en el armario que la señora le ha abierto y se maneja en el fregadero como si estuviera en su propia casa. Solo le falta quitarse los zapatos y acomodarse en el sofá.

—¿Sabes? —comienzo tratando de mantener un tono de voz moderado—. Puedo hacerlo sola. No hace falta que...

—Seguro que sí, Gwen, pero ya estoy yo aquí.

Creo que se me han salido los ojos de las órbitas. Que él esté aquí es precisamente problema mío. Sin embargo, aquello no deja de ser una especie de entrevista de trabajo, por lo que no puedo enfrascarme en una pelea por el control de los crustáceos.

Cass llena la olla con agua fría, la deja sobre la encimera y enciende el fuego sin dejar de hablar a toda prisa.

—Una técnica implica delicadeza o destreza. No se trata exactamente de eso. Es solo que... —Se concentra en manipular el mando del gas para reducir el fuego—. Como sabe, a algunas personas les preocupa la idea de cocinar algo que aún está vivo. Además, las langostas pueden producir ese sonido agudo... Lo he oído alguna vez. Aunque en realidad no significa nada, ya que su sistema nervioso no está tan desarrollado como para sentir dolor, y su cerebro es del tamaño de la punta de un bolígrafo. Pero aun así... puede suponer un problema para algunas personas.

«Oh, por supuesto, gracias por rescatarme, Cass. Soy toda una pusilánime».

Que no me entusiasme la idea de matar unas langostas no significa que no pueda hacerlo.

—Estoy de acuerdo. —La mujer se estremece tan solo con recordarlo—. Yo siempre me escabullía de la cocina cuando nuestro cocinero hervía langostas o le cortaba la cabeza al pescado. Cass vuelve a esbozar esa sonrisa suya tan arrebatadora. Es todo encanto, el tipo de sonrisa que te atrae hacia él con la misma fuerza que si tirara de tu mano, pero puede repelerte con la misma rotundidad, dejándote con la duda de cuál es la real, cuál es el auténtico Cass. Mientras divago sobre todo esto, él se vuelve y clava sus ojos en los míos. Lo que veo en ellos me pilla desprevenida. Por una vez, su mirada es totalmente accesible y no comedida, como viene siendo desde marzo.

Directa.

Deliberada.

Desafiante.

Me doy la vuelta, abro el congelador, saco la bolsa de las langostas y me la acerco al pecho. Él intenta hacerse con ella, pero la sujeto con más fuerza. Tira con delicadeza y me mira de manera socarrona, a la espera de comprobar si soy capaz de retarlo por la posesión de una bolsa llena de marisco.

Así que la suelto.

—Gracias, Gwen. —Su tono de voz es indiferente—. Pues sí, algunas personas meten las langostas en el congelador durante un rato para atontarlas, aunque no estoy seguro de si eso es mucho más humano que el calor.

Cass desenreda la malla de mi abuelo y coloca la arrugada bolsa de papel sobre la encimera. Casi en el mismo instante una enorme pinza empieza a avanzar a tientas por la isla de madera. A pesar de su estancia bajo cero, la langosta no ha perdido sus ganas de vivir.

—Dicen... —prosigue Cass metiendo la mano en la bolsa— que si se mata la langosta demasiado pronto, la carne se pone dura y pierde todo su sabor.

Se mueve a derecha e izquierda para esquivar las pinzas tenaces del crustáceo.

—Mira hacia otro lado, Gwen —advierte Cass.

No estoy acostumbrada a ese aire autoritario en su voz, por lo general despreocupada, así que vuelvo la cabeza en el acto hacia la ventana y me concentro en los arbustos morados de la playa. Sin embargo, poco después me rebelo.

—Puedo soportarlo. Lo llevo en la sangre, ¿recuerdas? —comento intentando que mis palabras transmitan energía e indiferencia.

—Aquí —dice él sin hacerme caso—. Clavamos el cuchillo en el cerebro, lo sacamos rápidamente y las metemos en agua bien caliente. No tienen tiempo de sentir nada.

La señora Ellington junta las manos.

—¡Es un alivio! Y parece que funciona. No mueven las pinzas ni hacen ese sonido tan horrible.

—Ya he acabado, Gwen. Puedes mirar.

Es una observación pura y dura, sin burlas.

—Ya estaba mirando —replico entre dientes, aunque de pronto me siento desorientada.

—Estas pequeñuelas deben de pesar... ¿qué, medio kilo cada una? Bastará con unos catorce minutos, más o menos. —Cass alcanza el temporizador con forma de huevo que hay encima del horno y gira la rueda con destreza—. Puedo quedarme para sacarlas si quieres.

Me aclaro la garganta.

—Puedes marcharte. Estoy bien. Ya continúo yo.

—Eres una joya, jovencito. —Lo alaba la señora Ellington—. Estoy encantada con la nueva política de la empresa de mantenimiento. ¿No limpiarás también pescado, por casualidad?

—Puedo encargarme de todo lo que necesite. —Cass mira brevemente en mi dirección y vuelve a regalarle a la anciana esa sonrisa suya, de oreja a oreja, algo torcida, que hace que le surjan arrugas en torno a la comisura de los ojos—. Gracias por el té helado. Es el mejor que he probado. Hasta la vista, señora Ellington.

Luego hace una bola con la bolsa húmeda de papel y la lanza a la basura, aunque no acierta. Recoge la bola y la mete dentro del cubo, después se vuelve hacia el pasillo sin mirarme.

El «adiós, Gwen» con el que se despide de mí es tan bajito que apenas pasa de un susurro, pero llego a oírlo.

—Qué joven tan amable —observa la señora Ellington—. ¡Y qué guapo!

Echo un vistazo a las langostas, que han adquirido un tono rojizo intenso y permanecen inmóviles en el agua burbujeante. Después compruebo el temporizador. Aún quedan diez minutos, por lo que le sirvo a la señora Ellington un poco más de té y me pongo a preparar la salsa de mi abuelo. Ella me observa con notable interés y un intenso brillo en los ojos mientras lanza al aire comentarios ocasionales.

—¡Ah, sí... claro! —murmura—. ¿Cómo puedo haber olvidado lo de la crema agria? Mi querido Ben Cruz ha perfeccionado su salsa hasta convertirla en toda una ciencia.

Tendré que preguntarle a mi abuelo cómo es que la señora Ellington conoce la receta secreta de su ensalada de langosta. Al terminar la salsa, vierto las langostas rosáceas en un colador y las paso por agua fría. Tengo la esperanza de que también me refresque a mí, pues me siento algo mareada.

—Mañana al mediodía estarán buenísimas —digo por encima del hombro intentando sonar animada—, a menos que prefiera comérselas esta misma noche, en cuyo caso puedo prepararle una salsa de mantequilla o una salsa holandesa.

—¡Ni hablar! Quiero comerlas frías con la exquisita salsa de Ben. Me apañaré con otra cosa para la cena. De hecho... —Un sonido le hace volver la cabeza—. ¡Joy! —grita.

Justo cuando empiezo a pensar que se ha desorientado de verdad, la puerta que da al garaje se abre y entra una mujer con aspecto cansado vestida con uniforme de hospital.

—¡Yujuuu! —canturrea la mujer—. ¿Señora El? Ya he llegado.

—¡Ah! Hola, Joy. Ella es Ginebra Castle. Se encargará de que no me meta en líos durante el día. Gwen, esta es mi enfermera por las noches. Joy, ¿podrías acompañarla a la puerta? Estoy algo exhausta después de todas las emociones del día.

Joy encabeza la marcha por el pasillo y me guía hacia el garaje. En el camino se quita una sudadera gris y la cuelga en un perchero de la pared.

—Así que tú eres la niñera.

Ese término me hace sentir incómoda.

—Estoy aquí para hacer compañía a la señora Ellington durante el día.

Joy emite un gruñido.

—¿Van a pagarte lo mismo que a mí y sin tener conocimientos médicos? No tienen ni idea de nada. Si me lo permites, el hijo de la señora tiene más dinero que cerebro.

No sé muy bien qué responder a eso, por lo que me abstengo de hacer ningún comentario.

—Tras una caída como la suya, necesita los cuidados de una enfermera titulada veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Podría haberse roto la cadera y a su edad eso es el principio del fin, pero la familia no quiere aceptarlo. Me sacan de quicio.

«Entonces quizá no deberías trabajar para ellos». Pero enseguida quiero retractarme de ese pensamiento. ¿Cuántos de nosotros tenemos otra opción en la isla? Joy abre la puerta enrejada que conduce al garaje y me deja pasar. Menos mal que nuestros turnos no se solaparán.

Ya en el exterior me detengo un momento y presto atención. Por encima del suave rumor del agua y el bramido de las olas, oigo vibrar la segadora al final de Low Road. Aunque el camino es más largo, doy media vuelta y me dirijo cuesta arriba hacia High Road.

¿Cómo voy a soportar la presencia constante de Cass durante todo este verano? Tendré que preguntarles a Marco y a Tony cuál es su calendario de trabajo... ¡Eso es! «Tony, Marco, vuestro jardinero está demasiado bueno y no puedo soportarlo. Además ha decidido sacarme de quicio, con lo cual ¿os importaría pedirle que se ponga una camiseta, que se deje crecer una barba nada favorecedora, que engorde unos kilitos y se mantenga bien lejos de la casa de la señora Ellington? Un millón de gracias».

Acelero el paso y me adentro en el pequeño y solitario claro que hay en Green Woods, junto a la curva de la carretera. Las ramas de los arces se arquean y entrelazan sobre mi cabeza convirtiendo el sendero en un túnel con el aire impregnado de aroma a tierra y vegetación. Esos bosques llevan imperturbables

cientos de años. Cuando éramos pequeños, Nic, Vivien y yo solíamos jugar a algo muy divertido: éramos los Quinnipiacs, los primeros habitantes de Seashell, que se desplazaban por los bosques sin hacer el más mínimo ruido; poníamos un pie delante del otro y evitábamos pisar hasta la más pequeña de las ramas.

Giro al llegar a una rama retorcida, y otra vez al pasar junto a una piedra con forma de sombrero picudo y me encuentro de nuevo a cielo descubierto junto a un arroyo que desemboca en el océano. Sobre él se alza un puente tan viejo que la madera ha adquirido un tono plateado y los remaches se han vuelto rojizos por el óxido. Me sitúo en el centro del puente y bajo la vista hacia el agua, lo suficientemente clara como para dejar entrever los guijarros que recubren el fondo, pero lo bastante profunda para que mi cabeza no sufra daño alguno. Me quito la camiseta, que llevo sobre el sujetador deportivo negro, y las zapatillas, subo al punto más elevado del puente y salto al vacío.

CAPÍTULO 6

El gélido impacto con el agua hace desaparecer mis miedos y mis sentimientos. Nado hasta la superficie, emerjo, tomo una buena bocanada de aire y vuelvo a sumergirme en las profundidades heladas, llego hasta el fondo cubierto de guijarros y buceo hacia la superficie de nuevo, me pongo boca arriba, cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se habitúe lentamente a la diferencia entre el agua congelada y el aire bochornoso del verano.

Sé que lo que está tomando forma dentro de mí es algo que llevo meses intentando evitar. Abro los ojos y dejo que la memoria traspase los límites de mi conciencia, luego vuelvo a cerrarlos y me dejo llevar.

* * *

Se conoce como El Chapuzón del Oso Polar, algo que no tiene mucho sentido, ya que tiene lugar en primavera; por no decir que aquí en Connecticut los osos polares escasean. No obstante, darse un remojón en el océano que baña las costas de Connecticut en marzo puede producir hipotermia.

El Chapuzón del Oso Polar es el acontecimiento más importante de la primavera y sirve para recaudar fondos para el departamento de gimnasia del Instituto Stony Bay.

Siempre hay una gran hoguera, y las animadoras y la Asociación de Padres y Madres de Alumnos ofrecen sidra caliente a los asistentes y ánimos a los deportistas que se lanzan al agua helada. Suelen asistir los padres y también la gente de la ciudad para apostar por el joven que aguantará más tiempo o el que nadará más lejos.

Ese año, como Vivien era la capitana de las animadoras y Nic estaba en el equipo de natación, al que yo he estado cronometrando durante todo el curso, no me quedó más remedio que levantarme a las siete de la mañana e ir con ellos como mera espectadora.

Un sol cegador presidía aquella mañana, aunque la temperatura era extremadamente baja. La semana anterior una caprichosa ventisca había azotado Connecticut y la nieve aún se amontonaba aquí y allá sobre los arrozales de costa. Me hubiese gustado resguardarme en el vehículo de Vivien y poner la calefacción a tope. Sin embargo, Nic iba en bañador y Vivien tan solo llevaba su ridículo uniforme de animadora y la sudadera de mi primo sobre los hombros, por lo que decidí salir al exterior y quedarme junto a la hoguera para demostrar mi apoyo al equipo de fútbol americano, al equipo de hockey sobre hierba, al equipo de fútbol, al equipo de

béisbol, al equipo de baloncesto y al de natación.

Me encontraba rodeada por un montón de fantasmones haciendo *striptease*, marcando músculo y haciendo posturitas en busca de los piropos y silbidos que les prodigaba una multitud bien apiñada. Hooper, a pesar de ser bajito, es muy rápido y está increíblemente seguro de sí mismo para ser un muchacho pálido y huesudo. ¡Puaj! Y no se le ocurrió otra cosa que ponerse un horrendo *slip*. ¡Qué ordinariez, Hoop!

Enrosqué los dedos alrededor de una taza humeante de sidra y acerqué el rostro para sentir su vapor. Justo entonces percibí un movimiento a mi lado y sentí un cosquilleo inconfundible en mi piel. Me di la vuelta y allí estaba Cass.

Se había quitado el abrigo y la camisa y estaba desabrochándose sus *jeans* desgastados, dejando al descubierto un bañador de color azul marino.

Pensaba que también estaría dando el espectáculo como todos los demás. Si hasta Nic, no muy dado al exhibicionismo, había balanceado su sudadera sobre un dedo con una sonrisa en el rostro antes de lanzárselo a Vivien... Sin embargo Cass estaba solo, cambiándose de ropa en silencio. Justo a mi lado.

Supuse que no se había dado cuenta de quién era yo, pues iba enfundada en el abrigo de mi madre, que había confiscado justo antes de irme, y con la capucha puesta tenía el mismo *sex-appeal* que el muñeco de Michelin.

Dudó unos segundos, pero finalmente echó de una patada los pantalones y el resto de la ropa que tenía desperdigada por ahí en un montón alejado del fuego.

—¿Has apostado por mí? —preguntó.

Me volví hacia él y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Negué con la cabeza.

—Pues deberías. Puede que Nic y Spence sean los más rápidos a braza, pero yo les fundo en distancia y resistencia.

—No me va eso de apostar. —Di un sorbo a la sidra y aspiré su aroma a manzana y canela. Luego añadí en voz baja—: Buena suerte.

Abrió la boca como si quisiera añadir algo más, pero movió levemente la cabeza a ambos lados y se alejó dando zancadas. Intenté en vano no seguirle con la mirada mientras se abría paso entre la multitud, sin embargo... Esa magnífica espalda, ese torso en V... Mis motivos eran puramente estéticos. ¿Quién no lo habría mirado?

La bocina de aire marcó el pistoletazo de salida con un ruido estridente y ensordecedor y todos los muchachos saltaron al agua. Jimmy Pieretti, siempre con sus payasadas, llevaba un bañador amarillo con topos blancos, aunque no tengo ni idea de dónde consiguió uno de su talla. El beso de buena suerte de Vivien retrasó inevitablemente a Nic. Un concierto de chapoteos, chillidos y palabrotas siguió a la zambullida.

—¡Dejad de lloriquear y concentraos! —berreó por el megáfono el entrenador Reilly.

Observé a Cass zambullirse en el agua entre la multitud y cortar las olas con sus rápidas brazadas. Como era de esperar, había pedazos de hielo en el agua. Me

maravilló el sentido de espíritu escolar que pueden llegar a tener algunas personas. Yo no me habría metido en el agua a menos que con ello me hubiesen prometido la paz mundial o los gastos médicos de Emory cubiertos de por vida.

Me acerqué a la orilla, donde Vivien daba saltos junto al resto de las animadoras.

—¡Nada, nada, Stony Bay! —gritaban a coro—. ¡En deportistas eres el rey!

Unos veinte jóvenes habían salido ya del agua y se encaminaban tambaleándose hacia la hoguera. Nic seguía resistiendo, si bien había adquirido un tono carmesí producido por el frío. Era evidente que Jimmy Pieretti estaba intentando conseguir el Premio a la Mayor Resistencia bajo el Agua, ya que se puso a hacer el pino y solo podíamos ver asomadas sus gigantescas piernas.

—¡Jimbo! ¡Jiiiiiiiiimbo! —coreaba la multitud.

A pesar de que contaba con ciento quince kilos de grasa como protección, no parecía ser suficiente, pues los dedos de los pies se le habían puesto azules.

Tanto el entrenador como un buen grupo de padres voluntarios se encargaban de vigilar a los muchachos, pero aun así no pude evitar ponerme a contar cabezas y escudriñar el agua. Llevo toda la vida viviendo junto a la costa y he crecido con la certeza de que el océano puede arrebatártelo todo en una milésima de segundo.

«¿Dónde está Cass?». Él era popular, pero nadie coreaba su nombre como lo hacían con Jimmy o incluso Hoop, que salió del agua a toda prisa y le vomitó al entrenador Reilly en los zapatos.

«¿Dónde está Cass?».

Uno podía ahogarse fácilmente en medio de aquella multitud ruidosa y vociferante sin que nadie se percatara de ello.

Eché a correr hasta la orilla y me protegí los ojos del resplandor cegador que cubría las olas y me hacía ver puntitos negros. Ni rastro de una cabeza rubia. Llevaban ya cinco minutos de carrera, puede que incluso más.

—¡Entrenador! ¡Entrenador! ¿Dónde está Cass Somers? —Tiré de su manga al tiempo que él volvía a levantar el megáfono. En mi voz era patente el pánico—. ¿Puede verlo? ¿Tiene unos prismáticos?

—¿Quién ha sido el imbécil que le ha añadido un chorrito de alcohol a la sidra? —vociferó—. Sois un desastre. Pero ¿en qué estáis pensando?

Volví a tirar de su manga. Esta vez sí se dio la vuelta y se encaró hacia mí con un rostro rubicundo que contrastaba con su cabellera de pelo oscuro.

—Ahora no, Gwen. —Intentó parecer amable. El entrenador siempre había sido bueno conmigo, quizá porque el restaurante de mi padre ofrecía gratis comida y helados en el primer y último partido de la temporada—. Tengo entre manos un desastre que puede hacerse público. Si la Asociación de Padres descubre lo de la sidra, ya podemos ir diciendo adiós a los fondos.

—No veo a Cassidy Somers por ninguna parte. Sigue en el agua.

Traté de arrastrar al entrenador conmigo hacia las olas, que estaban ¡frías de narices! Era como si un millón de cuchillos de hielo estuvieran despellejándome la

piel. El hombre permanecía inmóvil, como un Peñón de Gibraltar de rostro colorado. Así pues, me deshice del abrigo y lo abandoné en la arena. El agua me llegaba hasta las rodillas, después hasta la cintura y finalmente hasta las axilas.

—¡Gwen! ¿Qué narices estás haciendo? —gritó Vivien—. ¿Has perdido el juicio?

Todo el mundo estaba ya en la orilla, excepto yo, que permanecía dentro del agua con los *jeans* pegados al cuerpo y la sudadera empapada. De pronto oí un chapoteo y Cass emergió a la superficie justo delante de mí. Tenía sus ojos azules bien abiertos y el pelo pegado sobre la frente; el agua lo había oscurecido en distintas y cambiantes tonalidades de ámbar y dorado. Sacudió la cabeza y se apartó algunos mechones de los ojos.

—Yo... —Me castañeteaban los dientes y temblaba todo mi cuerpo. También Cass sufría sacudidas tan violentas que sus piernas chocaban con las mías—. Pensaba que te habías ahogado.

No dijo nada y se limitó a rodearme la cintura con el brazo y así me llevó hacia la orilla. Apenas podía caminar.

Yo no dejaba de temblar, y él tenía la respiración acelerada, densa. No estaba muy claro quién sujetaba a quién, pero él había estado más tiempo en el agua y yo tenía la sensación de ir remolcándolo. El entrenador ni siquiera estaba pendiente de nosotros, pues se había acercado a la hoguera para reñir a los miembros gamberros de su equipo.

—Pe... pensaba que te habías ahogado —repetí cuando estuvimos a salvo en la arena.

Vivien sostenía en alto una de las mantas gigantescas que su madre llevaba en la parte trasera de su utilitario. Cass alargó los dedos hacia ella pero fue incapaz de cerrarlos y fui yo quien se hizo con la manta finalmente. La abrí, agarré a Cass por la cinturilla del bañador y lo atraje hacia mí para que la manta nos protegiera a ambos. A esa distancia era capaz de sentir la velocidad desbocada a la que latía su corazón.

—Gracias... —tiritata—. No... mmmme estaba ahogando, pero si hubiese sido así, habbbb... habría sido un rescate impresionante. Lo que hassss hecho ha sido exxxx... extraordinario.

Su aliento se volvía blanco en contacto con el aire gélido, aunque yo lo sentí cálido sobre mis mejillas. Eso me hizo tomar conciencia de la posición de mis manos, bien firmes alrededor de la cintura helada de Cass Somers y de nuestros cuerpos, que prácticamente se rozaban.

En ese momento se acercó a nosotros el entrenador.

—Has batido el récord de distancia y de tiempo, Somers. Y puede que también el de estupidez personal.

Cass asintió con cara de póquer. No parecía contento pero tampoco avergonzado. Entonces se volvió hacia mí.

—¿Podríamos con... concederle a Gw... a Gwen el Premio a la Socorrista del Año, entrenador? Es... estaba intentando salvarme.

El entrenador soltó un bufido.

—De lo único que necesitáis que os salven es de vuestra propia estupidez. ¿No se te ocurrió quitarte los zapatos, Castle?

Contraje los dedos de los pies dentro de mis botas de montaña.

—Esto... no.

—Menos mal que no estás en mi equipo —replicó ofendido—. Siempre tenéis que pensar en vuestros pies.

Recorrió la playa con la mirada en busca de la señora Santos, la enfermera del instituto, pero estaba ocupada con Hooper, al cual estudiaba con una expresión de preocupación.

Dejó escapar un suspiro.

—Siempre tiene que ser él —sentenció el entrenador—. ¡Fuera de aquí! ¡Marchaos! La hoguera no servirá de mucho en vuestro caso. Id a algún sitio caliente... y quítate esa ropa empapada enseguida.

Yo ya estaba en un sitio calentito, pues Cass me rodeaba los hombros con su brazo. Puede que mi cuerpo estuviera bajo cero —¡estupendo!—, pero sentía arder fuego en mi interior.

—¿Puedes llevarme a casa? —preguntó—. He venido con Pieretti y creo que an... anda un poco borracho.

Al castañeteo de sus dientes había que añadir además una voz casi ininteligible.

—¡Vaya, se puede confiar en él! —respondí—. ¿No puedes conducir tú o...? ¡Ah! Quizá tú también has bebido...

—No. So... solo tengo lo... los labios entumecidos, pero aún puedo sufrir hipotermia. —Cass sacó una mano azulada por debajo de la manta, trató de cerrarla lentamente pero esbozó una mueca de dolor—. No siento los dedos y no me parece seguro esperar. El cambio de marchas es manual. Espérame aquí.

Se desembarazó de la manta y de mis brazos y se dirigió lentamente hacia la hoguera, situada lejos de la orilla. Casi al instante, Vivien me flanqueó.

—¿Qué sucede aquí? —Enroscó en mis piernas los pliegues de la manta para protegerme mejor del frío—. ¿Qué está pasando entre *Solete* y tú?

—Nada. Pensaba que... que estaba ahogándose, pero no fue así. —Me salió una breve sonrisilla—. Fin de la historia.

—Lo dudo.

Se puso al otro lado cuando Cass regresó con su ropa y unas zapatillas Converse.

—Listo. Thorpe lle... llevará a Pieretti a casa. Así tú puedes llevarme ahora... ¿Sabes conducir con cambio manual? Pieretti puede venir a buscar su automóvil cuando se le pase la melopea. Yo te llevaré a casa.

—Sé conducir con cambio manual.

Fue lo único que pude articular mientras ponía toda la atención en abrocharme el abrigo de mi madre. Al haber estado tirado sobre la gélida arena, parecía un envoltorio de hielo.

—Estupendo —dijo Cass.

Apoyó su mano en mi espalda y me guio hacia el automóvil de Jimmy, que estaba en el aparcamiento de la playa.

Era un Kia. ¿Cómo es que el gigantesco Jimmy Pieretti tenía el vehículo más pequeño del mundo? Me dirigí chapoteando hacia el asiento del conductor. Había empezado a temblar de nuevo. Estaba convencida de que mis labios harían juego con el vinilo azul marino de los asientos.

—Toma —dijo lanzándome las llaves.

Las cacé al vuelo y él me respondió con esa sonrisa suya de medio lado que revelaba unos hoyuelos ocultos y potenciaba unas arrugas leves en los ojos. Esa sonrisa hacía que dejara de ser perfecto y se convirtiera en un rostro real.

En cuanto arranqué el motor, él encendió la calefacción, que expulsó ráfagas de aire gélido hacia nosotros.

—Se calentará en un minuto —dijo.

—No pasa nada. Estoy biiiiiien.

—Gwen, pareces un cubito de hielo. —Me cubrió con su ropa como pudo—. Po... póntela.

Mi rostro se calentó al instante.

—¡No puuu... edo hacerlo!

Él se cruzó de brazos.

—¿Quieres que te la po... ponga yo? —Intentó doblar los dedos—. En cuanto desaparezca el entumecimiento y este hormigueo... Aunque quizá nnno te apetezzzca esperar tanto.

—Estoy bien. Me cambiaré luego.

Subí la calefacción un par de grados más, pero el aire me parecía todavía más frío.

—Vamos a ver... si mueres congelada, pesará sobre mi conciencia —argumentó en un tono de voz lógico y objetivo, sin ni siquiera mirarme—. Cámmmbiate.

—¿Aquí?

—Bueno, pensaba que... que preferirías la privacidad del asiento trasero, pero como eressss mmmmi intrépida rescatadora...

—¿Pretendes que me desnude en el asiento trasero? —repetí como si fuera idiota.

—Nnnooo entrarás en calor si te pones la ro... ropa seca encima de la mojada —me aclaró en aquel tono serio y pragmático—. Así que, venga, fuera tu ropa y vístete con la mía. Yo me pondré mi abrigo encima del bañador. Estaré bien. Pero hazlo rápido. Mmme estoy co... congelando.

Le sacudió un gran escalofrío.

Su ropa era: unos *jeans* desgastados, un jersey negro de cuello alto y unos calcetines gruesos de lana color gris. Estaba llena de arena, pero al menos no chorreaba ni estaba congelada. Pasé por encima del cambio de marchas y me dejé caer en la parte de atrás, me desabroché el abrigo de mi madre..., pero entonces me

detuve y mis ojos se encontraron con los suyos en el espejo retrovisor.

—Prohibido mirar —dije.

—¡Vaya pues! Tenía la esperanza de que nnnno te acordaras del espejo. No pasa nada. Cerraré los ojos. Empiezo a entrar en calor y me esstá entrando sueño. Puede que sean los efffectos de la hipotermia.

Traté de darme prisa. Me quité la sudadera, completamente empapada, e hizo un desagradable *chof* al dejarla sobre el asiento. Yo tenía los dedos demasiado rígidos como para desabrocharme el sujetador, y al final opté por dejármelo puesto. A pesar de que se lo había prohibido a Cass, me era imposible no echar un vistazo al espejo retrovisor. ¡Magnífico! Mi cabeza parecía la de Medusa, aunque en lugar de serpientes, yo tenía rizos negros congelados, la nariz colorada y, como había supuesto, los labios se me habían puesto morados a causa del frío. Nunca en toda mi vida había tenido un aspecto tan desaliñado. Me puse la ropa de mi acompañante y volví a acomodarme en el asiento delantero.

Tal y como me había asegurado, Cass mantenía los ojos cerrados. Apoyando la cabeza en el respaldo, formaba un ovillo dentro de su abrigo negro. En el hombro atisé un trozo de cinta adhesiva plateada que contrastaba con la tela oscura. Parecía muy pálido. ¿Se habría quedado dormido o habría caído en un coma hipotérmico? Me acerqué un poco más para examinarlo mejor.

Entonces abrió los ojos y me sonrió. Yo solté un grito ahogado. Se acercó unos milímetros casi imperceptibles, empezó a cerrar sus negras pestañas, y entonces...

El entrenador aporreó la ventana.

—¡Venga, par de atolondrados, poneos en marcha, que no estáis en un autocine!

Después de eso, permanecemos en silencio. Salí del aparcamiento y crucé la ciudad siguiendo las indicaciones que Cass me iba murmurando. Alargó las manos, dobló los dedos y se puso a tamborilear con ellos sobre el salpicadero.

Traté de concentrarme únicamente en la carretera, pero no pude resistir la tentación de dedicarle un par de miradas furtivas. Y siempre lo pillé haciendo lo mismo. Algo extraño, como una especie de danza que yo no conocía.

—Por ahí, la primera a la izquierda.

Nos adentramos en una de esas calles tranquilas, con árboles a ambos lados y de amplias aceras. Había una distancia generosa entre una casa y la siguiente y todas ellas estaban rodeadas por ondulantes colinas cubiertas de hierba. Era un panorama tan distinto al de mi lado de Seashell, con sus jardines llenos de arbustos retorcidos y maleza, caminos de acceso cubiertos de conchas marinas y casuchas pegadas las unas a las otras.

—Baja por esta calle —dijo.

Me indicó un camino de acceso que estaba señalizado con un rótulo que rezaba «Shore Road».

No pude evitar soltar una exhalación ahogada al ver la casa. No se parecía a ninguna de las que había visto hasta entonces. Era moderna, pero en cierto modo

también antigua. Había sido construida siguiendo las imponentes líneas de un velero, de una goleta, de un clíper... En fin, parecía una embarcación majestuosa lista para conquistar el océano. Una barandilla estrecha bordeaba uno de los laterales a la altura de la segunda planta, alta, orgullosa, prominente como la proa de un barco.

—¡Guauuu! —exclamé.

Cass se volvió hacia mí.

—La diseñó mi tío. Es lo que mis padres estaban construyendo... aquel verano.

—Es impresionante. Así que ¿aquí es adonde viniste cuando nos dejaste?

Pero entonces hice una mueca porque... realmente los Somers solo pasaron una temporada en la isla. De modo que es como si no nos hubiesen abandonado. No obstante, Cass no se inmutó.

—Sí. Mis hermanos aún se meten conmigo porque yo prácticamente me he criado aquí, y a ellos les pilló ya en la universidad. Por allí —dijo señalando una colina baja donde la hierba daba paso a los barrones y el terreno descendía suavemente hacia el océano— hay una cala de tamaño considerable, solo para nosotros. Es preciosa. Me gustaría enseñártela, pero hoy no, o nos congelaremos.

Una mansión. Nadie lo habría puesto en duda. Aquello no era una casa, sino un palacete. Me recordaba un poco a la casa de Mark Twain, adonde fuimos de excursión en una ocasión con el colegio; si bien aquella había sido construida a imagen y semejanza de una embarcación fluvial; y esta, sin duda, era un barco de vela. El jardín estaba repleto de árboles enormes, había un banco de hierro forjado situado bajo un sauce y hasta una fuente. Parecía algo sacado de la revista *Perfect life*.

Una mansión y una playa privada.

Yo no pertenecía a ese lugar.

—Me alegro de que no te hayas ahogado —hablé finalmente.

—Gracias por lanzarte al mar a por mí —dijo él al mismo tiempo.

—No fue nada —respondí justo cuando él volvía a hablar.

—Gwen...

Ambos nos callamos. Sus ojos eran del mismo azul oscuro y puro del océano en invierno.

—Verás... Mis padres se marchan mañana y estarán fuera una semana. He pensado que seguiré las costumbres estudiantiles y celebraré una fiesta. ¿Vendrás?

Sin saber muy bien cómo, había vuelto a acercarse a mí. Cass olía a lo mejor de la costa: agua salada y brisa fresca.

Me incliné hacia él sin proponérmelo, sin premeditación, y él se adelantó despacio y me besó. Fue un beso bueno y dulce, la unión sin más de nuestros labios en un primer momento... hasta que los abrí, deseosa de más, y él me concedió mi deseo. Nuestras lenguas no se enredaron, ni tampoco se chocaron nuestros dientes. Fue tan solo una intrusión suave y deliciosa, a la que siguió una cadencia que me hizo sentir mariposas en el estómago. Así que me recliné contra su cuerpo, tomé aire y me

lancé de cabeza en busca de más. Estuvimos besándonos mucho tiempo —mucho mucho tiempo— y él se dejó hacer mientras enredaba sus manos en mi pelo y me acariciaba con suavidad la nuca con los dedos.

—¿Vendrás? —repitió.

Volví la vista de nuevo hacia su casa, su enorme casa. Que yo supiera, Cass nunca había celebrado una fiesta. ¿Quién asistiría? Spence Channing, seguro, y la gente con la que Cass se relacionaba en el instituto: Jimmy Pieretti, Trevor Sharpe y Thorpe Minot. Los chicos de The Hill, es decir, los que vivían en Hayden Hill, la zona más rica de Stony Bay. Nadie a quien conociera de verdad. Una... ¡una fiesta!

Y con Cass.

Tragué saliva.

—¿A qué hora? —pregunté.

Rebuscó en el bolsillo de su abrigo, sacó un rotulador permanente azul y le quitó el capuchón con los dientes. Luego me tomó la mano, acariciándome con delicadeza el reverso de la muñeca, colocó la palma hacia arriba y la acercó hacia su pecho.

—¿A cuánto está tu casa del restaurante de tu padre?

—A cinco kilómetros —respondí en un susurro.

Sentía todo el vello del brazo erizado.

Dibujó una X en la base de mi muñeca, ascendió hasta el inicio del dedo índice y dibujó otra X, luego volvió a descender con sus dedos por la palma de mi mano y dibujó tres más en la zona del pulgar.

—Es aproximado —puntualizó.

A continuación escribió «Casa» junto a la primera X, «Restaurante» junto a la siguiente, y «Shore Road» junto a las tres restantes.

—El sábado a las ocho de la no...

* * *

—¡Ja, ja, ja! —se carcajea mi primo.

Me agarra por la muñeca, me sumerge bajo el agua y acto seguido tira de mí hacia la superficie.

Escupo y me aparto el pelo de la cara.

—¡Nic! Pero ¿qué haces?

—Sabía que estarías aquí. ¿Qué estás haciendo, loca? Ibas de cabeza hacia Seal Rock.

Sin querer he tragado una bocanada de agua y me pongo a toser.

—Yo...

Nic me golpea con fuerza en la espalda desencadenando un nuevo acceso de tos. Me sumerjo bajo el agua y vuelvo a salir acoplado el pelo hacia atrás. Entonces me doy cuenta de que mi primo está cubierto por motas de pintura blanca. Parece un

cuadro de Jackson Pollock.

—¿Qué? —pregunta al percatarse de que lo observo con el ceño fruncido.

Agito el dedo delante de su cara llena de manchas y desciendo hasta sus hombros, que tampoco se han librado. Él baja la vista.

—¡Ah, sí! Hemos estado pintando el techo del garaje del viejo Gillespie y después me he ido a preguntar lo del trabajo en la isla. No me ha dado tiempo a ducharme. —Pasa la mano por su pelo, que también está cubierto de pintura—. Quizá debería haberlo hecho. No es un *look* muy profesional para una entrevista de trabajo, ¿no crees?

Me mantengo a flote en posición vertical intentando por todos los medios que no me arrastre la impetuosa corriente del arroyo.

—¿Y qué tal te ha ido? —pregunto.

—¡Bah! Pues ya sabes. —Nic se moja la cara con las manos dándose unos golpecitos en las mejillas—. Estaba ese tipo... el presidente de la isla. Llevaba los pantalones cortos de siempre, esos de las ballenas azules, y su camisita rosa. Actuaba como si se tratara de un trabajo muy solicitado, aunque sé por la tía Luce que nadie quiere encargarse de las tareas de pintura y reparación. Es demasiado duro, casi tan horrible como trabajar de jardinero. Es todo nuestro, aunque Hoop está de mal humor.

—¿Habéis conseguido un trabajo estable para todo el verano y Hooper se ha cabreado?

Nic se hunde bajo el agua y vuelve a emerger.

—No quiere trabajar para «esos *snobs* que vienen aquí en verano». Podríamos haber recorrido el estado pintando casas, haber acampado en Block Island o haber hecho algo, lo que fuera... Al menos habríamos escapado de esta dichosa isla. Aunque Hoop acabará entrando en razón. Cualquier cosa mejor que trabajar para el tío Mike.

Desde luego. En los últimos años Nic ha removido cielo y tierra para no trabajar con mi padre, o incluso para no cenar con él estos últimos meses.

Mi primo me da una palmadita en el hombro para retarme y se aleja nadando a crol como un rayo hacia la orilla rocosa. Antes no era rival para mí, pero desde que entró en el equipo de natación y, sobre todo, desde que empezó a entrenarse para entrar en la academia, no tengo nada que hacer. Cuando salgo del agua, él ya se ha escurrido el pantalón y está librándose de los últimos pegotes de pintura de sus greñas. Me dejo caer sobre la arena y él hace lo mismo a mi lado.

Nos quedamos allí tumbados durante un rato sin decir nada, entornando los ojos a causa del sol vespertino que se cuele entre las hojas de los árboles. Finalmente Nic se pone en pie y me ofrece una mano moteada de blanco para que le acompañe. Echa un vistazo por la orilla.

Sé qué es lo que está buscando: un guijarro para Vivien. Inspecciono la arena en busca de una piedra finita y plana. Sin embargo, los ojos de Nic están más entrenados que los míos, pues llevan más tiempo haciéndolo.

—Esta es la definitiva —exclama.

La guarda en el bolsillo de sus pantalones empapados y vuelve la cabeza hacia el borde arenoso de la carretera.

—Hoop me ha dejado su camioneta. Esta noche hay una fiesta en la playa. Vamos a inaugurar el verano por todo lo alto.

¡Estupendo! Cass y una fiesta el primer día real de verano. ¡Toma ya! ¡Más kryptonita!

CAPÍTULO 7

Después de parar junto al puente para recuperar mi ropa, bajamos por High Road y pasamos junto a La Garita, el lugar donde se guardan las segadoras y está situado el apartamento de verano del jardinero, justo encima del garaje. Lo más probable es que Cass no se aloje allí, sino que regrese cada noche a esa casa con forma de velero. Pero me hundo en el asiento, por si acaso, sintiendo cómo el cuero rasgado araña sin piedad mis piernas.

Nic me mira de reojo, aunque no hace ningún comentario. Me encojo un poco más fingiendo un bostezo, para darle más realismo a mi actuación. Ya me veo moviéndome por la isla, oculta bajo una gabardina y una peluca.

—Veamos, hay una hoguera esta noche en la playa de Sandy Claw —comenta—. Bo Sanders, Manny y Pam y unos cuantos más. Hoop quiere darlo todo, pero no le apetece nada oír hablar de conducir a la vuelta, por lo que Viv nos recogerá.

—Puedes dejarme en casa antes.

—Ni hablar, primita. Tú vienes. Lo de la monja de clausura está pasado de moda. Además, te encantan estas cosas.

Es cierto. O bueno, al menos, antes lo era. Es solo que...

—Tú vienes —repite con rotundidad.

—Sí, señor. Digo... Capitán de los suboficiales de la marina, señor.

Y lo saludo con una reverencia.

—Querrás decir almirante o alférez —corrige dándome un codazo en las costillas—. Muestra un poco de respeto por el uniforme que aún no tengo.

Me echo a reír.

Ni qué decir tiene que Nic es un muchacho ambicioso. Desde la Feria de las Profesiones, a la que asistimos en nuestro primer año de instituto, ha tenido un único y gran sueño: La Academia de la Guardia Costera, en New London, Connecticut. Tiene la habitación que comparte con mi abuelo y mi hermano pequeño empapelada con fotografías de la academia (su equipo de vela, el de lucha libre...); sobre la cabecera de la cama ha garabateado con rotulador negro su lema («Aquel que vive aquí venera el honor y las obligaciones que conlleva»); entrena religiosamente y vive obsesionado con su nota media. En resumen, un cambio de ciento ochenta grados con respecto al antiguo y despreocupado Nic, ese que siempre perdía la carpeta con sus deberes y contestaba con un atolondrado «¿Eh?» cuando los profesores le preguntaban en clase. Es similar a la fijación que ha tenido con Vivien desde la infancia. Solo nos queda esperar que algún día esa disciplina se extienda también a otros aspectos, como recoger sus cosas o lavarse la ropa.

—En serio, Gwen. Si tengo que arrastrarte... que sepas que ahora puedo levantar

casi mi propio peso.

Chasquea los nudillos a modo de amenaza y luego esboza su particular sonrisa de medio lado y engreída.

—¿De verdad? —Le devuelvo el codazo—. ¿Y lo sabe el entrenador? ¿Cuánto te falta para poder levantarlo a él?

—Solo es cuestión de tiempo —observa con suficiencia.

Estallo en carcajadas. El entrenador es enorme.

—Lo que tienes que hacer es trabajar ese complejo de inferioridad, Nico.

—Me limito a decir las cosas como son, primita. —La sonrisa de Nic se ensancha y permanece en silencio unos segundos. Después su expresión se vuelve más seria—. Ansío el puesto de capitán con tantas ganas que casi puedo saborearlo. Tiene que ser para mí, Gwen.

—¿En lugar de para Cass o Spence, que son los que siempre consiguen lo que quieren?

Eso es algo de lo que mi primo se queja a menudo, pues era la estrella del equipo hasta el pasado septiembre, cuando ellos llegaron al instituto.

Nic se encoge de hombros.

—Siempre dejas atrás a los dos, almirante —lo reconforto chocando su hombro con el mío.

Dejamos la camioneta en el camino de acceso a casa de Hoop, cubierto de pinocha, y seguimos a pie hasta la nuestra en el preciso momento en que Vivien aparca el Toyota Corolla de su madre. Toca el claxon y le hace señas a Nic para que se acerque. Él mete la cabeza por la ventanilla, le da un beso en la nariz y luego otro en los labios mientras la atrae con las manos. Aparto la mirada y me concentro en escurrir el dobladillo de mis desgastados pantalones cortos.

Viv: el primer objetivo serio de Nic Cruz hasta donde alcanza mi memoria. Teníamos once y doce años respectivamente cuando descifré la horrible caligrafía que llenaba su cuaderno de objetivos futuros, una especie de diario que escondía bajo el colchón, un lugar nada seguro cuando tu prima anda en busca de ejemplares de *Playboy* con los que hacer chantaje; si bien, reconozco que la mayoría de las veces el diario de objetivos resultó ser más útil que el porno. «Besar a Vivien».

Supuse que Hoop le habría retado. A pesar de la boda que celebramos a los cinco años, nunca pensé en ellos como una pareja. Más bien éramos un trío. Sin embargo, ahí estaba, escrito en boli rojo en medio de sus otros objetivos: «Conocer a Michael Phelps. Tener un Porsche. Escalar el Everest. Descubrir la verdad sobre Roswell. Ganar un millón de dólares. Comprarle a la tía Luce la casa de los Beineke. Besar a Vivien». Por alguna razón, no me metí con él por ese último propósito.

Entonces, meses más tarde, mientras los tres estábamos sentados en el muelle de Abenaki disfrutando de la quietud de la playa tras la desbandada de septiembre, Nic se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de guijarros.

—Escoge uno ganador —le dijo a Vivien.

Ella se volvió hacia él ladeando la cabeza, con el ceño fruncido, e inspeccionó los aspirantes con grandes aspavientos. Finalmente le entregó una piedra haciendo una floritura.

—Un beso —susurró él— por cada salto.

El guijarro saltó cinco veces sobre la superficie del agua y mi primo exigió su recompensa a mi mejor amiga mientras yo contemplaba la pila de piedras en silencio sin hacer ningún movimiento. «Puede que Hoop no tuviera nada que ver con esto», recuerdo que pensé.

—Gwen está intentando darnos esquinazo, Viv.

La voz de Nic me saca de mi ensimismamiento.

Vivien niega con la cabeza rotundamente.

—¿Miss Primera Hoguera de la Temporada? —grita Vivien desde la ventana abierta—. ¡Ni hablar! —Saca la mano y me muestra una bolsa del supermercado—. ¡He comprado un buen surtido de malvaviscos, chocolate y galletas!

Nic ya ha ocupado el asiento del copiloto. Se echa hacia delante e inclina el respaldo para que pueda acceder a la parte de atrás.

—Vamos, primita.

Dejo escapar un suspiro y les pido que me esperen mientras voy a cambiarme de ropa. Al entrar en casa me encuentro a mi madre con el teléfono en la oreja y una expresión de descontento. Llevándose un dedo a los labios, me hace señas con la cabeza en dirección al sofá. Mi abuelo se ha quedado dormido con la cabeza doblada y la boca abierta, y Emory ronca suavemente a su lado enroscado como un gato, apoyado sobre su regazo.

—Sí, lo entiendo... —conversa mi madre—. Ajá. Limpieza a fondo. Sí. De arriba abajo. Por supuesto. ¿Mañana a las cuatro? Oh, bueno, es que es sábado y... Ajá... De acuerdo. —Deja escapar un suspiro y juguetea con las páginas del libro que tiene sobre las piernas—. Muy bien, pues.

Regreso al comedor tras ponerme una camiseta ancha y unos pantalones cortos aún más desgastados que los anteriores. Mi madre cuelga el teléfono y mecánicamente se enfrasca de nuevo en la novela romántica de esta semana.

—¿Vas a salir? —pregunta tras marcar la página con el dedo.

Me encojo de hombros.

—Vamos todos a la playa. ¿Quién era, otra persona haciéndote la vida imposible?

Mi madre deja escapar un nuevo suspiro de agotamiento.

—Son esos dichosos Robinson.

Me dirigía ya a la puerta, pero me detengo en seco.

—¿Han vuelto?

—Han alquilado la casa de los Tucker durante las próximas dos semanas. Tienen la boda de unos primos o algo así en la ciudad. Quieren que la casa esté reluciente. ¡Para mañana! —Se frota las sienes con los pulgares—. Solo vienen unas semanas cada dos o tres veranos y te juro que me dan más problemas que la mitad de mis

clientes fijos todos juntos.

—¿Podrás tenerla a punto para mañana?

—En realidad no tengo elección —responde encogiéndose de hombros—. Me las apañaré. Lo pensaré más tarde. —Esa es su cancioncilla habitual. Baja la vista hacia la novela y me sonrío con pícaro entusiasmo—. ¿Sabes? Estoy convencida de que este soldado de las Fuerzas Especiales está a punto de descubrir que la terrorista que le han ordenado capturar es su exmujer, que está embarazada de trillizos... y además, casada con su hermano.

* * *

Una vez acoplada en la parte trasera del Toyota, debo hacer frente al inevitable intervalo de besuqueos entre Nic y Vivien. Tarareo entre dientes tratando de no enterarme de los ruiditos que hacen al besarse y el frufrú de la ropa.

Al cabo de unos minutos, me inclino hacia ellos y les aviso con un golpecito a cada uno en el hombro.

—Estoy aquí —susurro.

Nic vuelve la cabeza limpiándose el brillo de labios de Vivien con sabor a melocotón y me guiña un ojo. Ella se limita a sonreírme por el espejo retrovisor. Le brillan los ojos.

—¿Qué es lo que te pasa? —pregunta ella tras leer mi expresión.

—Vuelven los Robinson.

Rebusco en el bolsillo el rímel que me he traído del baño. Vivien suelta tal bufido que hace vibrar los mechones que se le han escapado de las trenzas.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Mierda!

Enciende el motor y tira marcha atrás haciendo chirriar las ruedas. Nic y yo nos sujetamos con más empeño: él coloca una mano en el salpicadero, y yo los pies en el respaldo del asiento del conductor. Viv sale hacia adelante con una sacudida y revoluciona el motor como si estuviera en Las 500 millas de Indianápolis. Suspendió el examen de conducir tres veces.

—¡Y que lo digas! —murmuro.

Nic se recuesta en el asiento y apoya el antebrazo en la ventana abierta.

—No os preocupéis —dice él con tranquilidad.

Trago saliva, me encojo de hombros y me rasco una picadura de mosquito que tengo en el muslo. Vivien toma enérgicamente el camino de acceso a la casa de Hooper, esquivando a duras penas el buzón antes de presionar con fuerza el claxon. El estruendo es tal que casi espero que a los árboles cercanos se les caigan las hojas. Sin volverse hacia ella, Nic toma su mano, en la que deposita un beso.

—Creo que ya se lo has dejado bastante claro.

Hoop baja los escalones de un salto. Lleva el pelo de punta en todas direcciones y, como es habitual, parece haberse vestido a oscuras, pues ha escogido una camisa a cuadros y unos andrajosos pantalones cortos a rayas. Le da una palmadita en la espalda a Nic y se acopla a mi lado. Demasiado cerca.

—¡Hombre, Gwenners! —exclama dándome un toque con su hombro puntiagudo.

—¿Qué hay, Hoop? Oye, ¿podrías dejarme algo de espacio?

—Claro, claro...

Se aparta apenas un centímetro y me regala una sonrisa bobalicona. Descendemos la colina y nos dirigimos hacia la playa menos lujosa de Seashell. Los veraneantes prefieren la de Abenaki, pues está protegida del mar abierto y cuenta con olas más suaves y un suelo menos rocoso. Allí es donde amarran sus barcos. A la de Sandy Claw suelen ir los jóvenes de la isla; el lugar ideal para lanzar fuegos artificiales de forma ilegal y escuchar música a todo volumen procedente de los altavoces de algún automóvil. De hecho, conforme nos vamos acercando, el volumen de la música es tan alto que Vivien tiene que gritar y gesticular para hacerse oír.

—Con respecto a lo del *catering* de mañana —dice—, hay que ir vestidos de blanco y negro. Para nosotras no es problema, Gwen. El uniforme ya nos vale. Pero Nico, tú necesitarás un esmoquin.

El aludido suelta un gruñido.

—Un esmoquin no, Viv, por favor. La última vez me dejé la mitad del sueldo en el alquiler de la ropa.

—Si tengo que ir vestido de pingüino, yo paso —interviene Hoop—. Eso repele a las damas.

Vaya.

Vivien me mira por el espejo retrovisor poniendo unos ojos como platos que resultan de lo más cómico. Con su metro sesenta y su pésimo gusto para la moda, Hoop no es precisamente un imán para las chicas. Si al menos dejara de referirse a ellas como «las damas»...

Cuando llegamos a Sandy Claw, ya está abarrotada. Alrededor de la hoguera y junto a la orilla se arremolinan un puñado de jóvenes con los que hemos crecido.

Hoop abre la puerta y sale disparado hacia el frigorífico portátil. Se afana en apartar las latas de Coca-Cola y naranjada con un único objetivo en mente: ¡cerveza! Vivien saca del maletero la manta a cuadros de los pícnicos, se la tiende a Nic y le obsequia con su sonrisa deslumbrante y maliciosa. En cuanto extienden la manta en la arena, se entregan a su rollo, una especie de testimonio de... Nic y Vivien. La gente ya ni se inmuta al verlos revolcándose.

—¿Me traes una cerveza, primita? —me pide Nic.

—¿Es para bebértela o prefieres que te la eche por encima?

No me hace ni caso, envuelto literalmente en el cuerpo de Vivien.

Pam D'Ofrio se acerca a mí.

—Esos dos están caldeando aún más el ambiente, ¿eh? —me suelta con su voz apagada e inexpresiva.

Se nos une Manny Morales, el hijo de Marco, el encargado de mantenimiento.

Charlamos durante unos minutos de nuestros respectivos trabajos de verano. Manny fregará platos en ese sitio llamado Desayuno a la vista, y Pam trabajará en Comidas Esquidero, la competencia directa del restaurante de mi padre.

—Es mejor que hacer de canguro —opina Pam—. El año pasado me tocó cuidar de los cuatrillizos de los Carter. Son tan traviesos que su madre insistía en que les pusiera una correa de esas cuando los sacara a la calle. En mi primer día, de camino al parque, se pusieron a dar vueltas alrededor de un poste de teléfono y me dejaron allí amarrada con las correas como si fuera una mosca en una tela de araña. Me llevó diez minutos deshacer los nudos. ¡Los muy hijos de su madre!

—¿Y no lo dejaste? —pregunta Manny.

Pam niega con la cabeza.

—No tenía garantías de que la alternativa no fuera incluso peor.

—¿Vais a chivaros a mi padre si me tomo una cerveza? —nos interroga el joven.

Tiene dieciséis años y Marco es muy estricto.

Negamos con la cabeza.

Al volver se deja caer pesadamente a nuestro lado sobre el viejo tronco empapado que lleva en la playa toda la vida. Nic y Vivien siguen a lo suyo. Es nuestro numerito privado.

—Debe de estar bien sentirse a gusto haciendo eso en público, ¿verdad? —Pam meneaba la cabeza—. No puedo ni imaginarlo.

Pam lleva con su novia, Shaunee, desde los catorce años.

Manny vacía de un trago la mitad del botellín y se seca los labios con el reverso de la mano.

—Al menos, ellos van a casarse —suelta señalando con el codo a la parejita.

—¿Cómo? —intervengo.

—Están prometidos, ¿no?

Me incorporo con rapidez y lo miro fijamente.

—¿Cómo? —repito. Luego suelto una risita—. No, imposible. ¿Qué te hace pensar eso?

—Mi hermano Angelo trabaja en la joyería Starelli, en el Centro Comercial. Nic y Vivien se pasaron por allí este fin de semana a mirar anillos de compromiso.

Manny se rasca la nuca con aire incómodo, como si hubiese hablado más de la cuenta. Echo un vistazo en dirección a Vivien y Nic. Él le está apartando el pelo de la cara y le besa el cuello.

Es imposible que sea cierto. Vivien es incapaz de callarse nada que tenga que ver con Nic... De modo que sé más sobre mi primo de lo que me gustaría. Y en cuanto a él, si bien es cierto que no me lo cuenta todo, nunca me ocultaría algo tan gordo.

Nunca.

Manny empuja un montoncito de arena con los pies y esquiva mi mirada. Me doy cuenta de que quizá debería haber hecho algún comentario, pero no se me ocurre qué decir.

¿Casarse?

¡Es una locura!

A ver, siempre he imaginado que algún día lo harían. Pero ¡algún día! Vivien solamente tiene diecisiete años y Nic cumplió dieciocho el mes pasado...

«Mi madre y mi padre tenían esa edad cuando se casaron y mira cómo acabó. Además, eso fue hace muchos años. Era otra época. Nic y Vivien... ¿En serio?».

—No tanto. A veces pasa —comenta Pam en voz baja. (No me había dado cuenta de que acabo de expresar mis pensamientos en voz alta)—. Dom se casó con Stace al acabar el instituto.

Sí, bueno, y Stacy se mudó con su hijo de un año a Florida hace dos veranos.

Pero ¿qué hay del último año de instituto? ¿Y de la Guardia Costera? ¿Estará embarazada? No, imposible. Toma la píldora y mi primo es hiperresponsable.

Me recuesto de nuevo sobre la manta, me cubro los ojos con un brazo y me dejo envolver por el murmullo de la conversación. Aún hace calor, aunque los rayos del sol tienen esa inclinación casi horizontal propia del final del día. Echo un vistazo a mi alrededor con los ojos entornados y protegiéndolos de la luz con el antebrazo. Vivien se ha desenrollado temporalmente y está tostando un malvavisco con cuidado para que adquiera la tonalidad perfecta de marrón por cada lado, justo como le gusta a Nic. Sé que en las barbacoas de este verano él prácticamente quemará las salchichas que sean para ella, pues le gustan casi carbonizadas, y las aderezará con un montón de ketchup, mostaza, mayonesa y demás salsas que encuentre. Cuando acabe el desfile del 4 de julio en Seashell y todos nos dispongamos a cumplir con la tradición de tomarnos una buena tarrina de helado de dos sabores, ella comprará dos, aunque solo se comerá el helado de chocolate de ambos, para así dejar a Nic los dos de vainilla.

Él la observa con aire perezoso mientras con una mano juega con la arena que lo rodea. Lo más probable es que ande a la caza y captura de un nuevo guijarro.

No obstante... ¿Un anillo de compromiso?

Hooper intenta llamar la atención de Ginny Rodríguez pidiéndole que apueste a que él es capaz de beberse cinco cervezas en diez minutos sin vomitar.

Manny vuelve a rascarse la nuca, está colorado y parece incómodo. El rubor podría deberse a la cerveza, aunque parece ser consciente de que ha metido la pata.

—Gwenners... —empieza. Luego levanta la vista y se pone en pie de un salto—. ¡Caramba, has venido!

Tapo el sol con la mano y me vuelvo hacia el recién llegado.

¡Estupendo!

¡Oh, venga, vamos! ¡Tres veces en un solo día!

—Por supuesto —responde Cass despreocupadamente alzando la mano para

saludar a Pam. Echa un rápido vistazo en mi dirección y luego baja la mirada; sus ojos se escudan tras sus pestañas—. Ahora soy uno más de la isla, ¿no es cierto?

—No, no lo eres —gruño.

Manny se endereza, sorprendido. Pam arquea las cejas y alterna su mirada entre uno y otro.

—Pues claro que sí, Gwenners. Está trabajando para mi padre. Es un José honorífico, ¿o no? Píllate algo del frigo y relájate un rato. Los primeros días son un infierno.

—Bueno, todo irá bien cuando controle lo del sentido horizontal.

¡Ya está! De pronto me siento exhausta. Cass. Nic, Viv y el anillo de compromiso. Los Robinson. Las langostas. Me incorporo de un salto, aunque me siento como si pesara una tonelada. De acuerdo, seamos sinceros, es probable que también lo parezca con mis prendas anchas y taaaan atractivas. Me acerco a Nic y a Viv, le doy un golpe un tanto brusco con el pie a mi primo y señalo el muelle.

—Larguémonos de aquí.

Al igual que Pam y Manny, Nic parece desconcertado ante mi tono de voz y se vuelve hacia Vivien buscando una explicación. Mi amiga echa un vistazo por encima del hombro y frunce el ceño al ver a Cass, luego se pone en pie y tira de Nic. Nos dirigimos hacia el extremo del muelle y allí nos sentamos con las piernas colgando. Bueno, me refiero a Nic y a mí, porque Vivien coloca las suyas sobre el regazo de mi primo y toma su mano.

Abro la boca para preguntar... pero «si no me lo han dicho, es porque no quieren que lo sepa». Por lo que vuelvo a cerrarla.

—Mirad —exclama Vivien en voz baja señalando un punto en el mar. Ha bajado la marea y bancos de arena ondulante se asoman entre el agua verdosa y cristalina. Al fondo se ven unas rocas grisáceas y parduzcas que parecen tener miles de años. El sol ya se encuentra bajo en el horizonte, y hay un tono anaranjado en el cielo—. ¿No os parece que este es el lugar más bonito del mundo? No quiero marcharme nunca. Todo lo que quiero está aquí —declara antes de apoyar la cabeza en el hombro de Nic.

Observo nuestras piernas alineadas: las de Viv, flacas y ya bronceadas; las de Nic, musculosas y robustas; y las mías, largas y fuertes.

Nic busca en sus bolsillos los guijarros de antes, me da uno y asiente mirando al océano. Entorno la mirada, coloco la piedra en el ángulo que me parece más propicio y la lanzo. Uno, dos, tres... y se hunde en el cuarto. Nic aparta a Vivien de su regazo, ladea la cabeza y arroja la piedra.

Seis.

—Sigo siendo el campeón.

De un tirón ayuda a Vivien a ponerse en pie y se lanza en picado a por sus seis besos.

—No creo que la motivación de Gwen sea la misma que la tuya —señala ella sonriendo con la respiración entrecortada tras el cuarto beso.

No, no lo es. Sin embargo... Dios, por milésima vez, cuánto desearía ser como ellos, tan seguros de lo que tienen y de lo que quieren, y no sentirme siempre fuera de lugar, intranquila, dispuesta a saltar desde un puente y dejarme llevar por la corriente. Echo un vistazo por encima del hombro a la lejana silueta rubia que se alza junto a la hoguera.

Sobre todo esta noche.

CAPÍTULO 8

La oscuridad apenas está empezando a dar paso a la luz de la mañana siguiente, pero yo ya voy camino de la playa en mi bici. Soy incapaz de distinguir la silueta que se encuentra de pie al final del muelle, con las manos en jarras, vigilando las aguas; aunque esa postura, tan familiar, me indica que se trata de mi padre.

Conforme me voy acercando veo la cesta de aparejos abierta, y al lado una bolsa enorme de calamares congelados a su lado. Me llamó anoche para pedirme que me reuniera con él en Sandy Claw a primera hora de la mañana.

Pensaba que estaría molesto conmigo por abandonarlo este verano en el restaurante. Sin embargo, cuando empecé a disculparme por teléfono...

—Eh, papá, siento no...

Él se limitó a cortarme.

—Tienes que hacer lo que debes, Gwen. Pero dado que ya no nos veremos todos los días, quiero hacer esto. Tengo algo para ti.

Levanta la vista del anzuelo donde está colocando el cebo mientras yo avanzo penosamente por las rocas.

Al percatarse de la bolsa térmica que llevo, esboza una gran sonrisa de alegría.

—¿Qué me traes, Ginebra?

Al descubrir el pastel de calabacín, emite un gemido de satisfacción y me hace señas para que sirva un par de cafés del termo. Anoche me quedé despierta hasta tarde siguiendo las instrucciones del viejo y manoseado recetario de mi *vovó*, *La alegría de cocinar*, dándole vueltas una y otra vez al tema del anillo. Cuando a Vivien le preocupa algo, se hace la pedicura o se pone algún tratamiento en la cara; Nic levanta peso; y yo cocino. Por lo tanto, al final: Vivien está más guapa, Nic más en forma y yo simplemente más gorda.

—Es una maravilla que sepas cocinar, y no como tu madre. Una mujer que no sabe cocinar...

Deja la frase inacabada al no encontrar una comparación lo bastante horrible.

—Es como un pez sin bicicleta —concluyo.

El curso pasado estuve en el club de debate y usamos esta cita de Gloria Steinem como tema de partida.

—¿Y eso qué significa? —pregunta mi padre con aire distraído mientras se limpia los labios con el reverso de la mano.

Supongo que podría decirse que mi padre está de buen ver. Tampoco es que sea un tipo de esos que quitan el hipo, pero sí lo bastante guapo para entender qué vio mi madre en él. A sus treinta y tantos, aún es un hombre musculoso, se conserva en forma y tiene una buena mata de pelo. Suele llevar camisas de franela durante todo el

año con las mangas remangadas para mostrar sus brazos fibrosos. Tiene unos pómulos prominentes y unos labios carnosos que hemos heredado Emory y una servidora.

—¿Has traído queso para untar?

—No, porque untar queso en el pastel de calabacín es algo bastante asqueroso.

Le ofrezco una tarrina de mantequilla y un cuchillo de plástico.

—Siento que no nos hayamos visto mucho últimamente, hija. He estado ocupado con el dichoso trabajo, preparándolo todo para la llegada de los veraneantes y pendiente de los camiones de reparto. Nunca te dicen la hora a la que van a llegar y te tienen todo el día esperando. Además he tenido que formar a los nuevos camareros... Bueno, tú ya sabes de qué va la historia.

A pesar de que han pasado veinte años desde que mi padre se mudó a la isla, sigue teniendo el acento de Massachusetts muy marcado. Se le nota mucho, la verdad. De hecho, diría que se acrecienta cada año que pasa.

Le relleno la taza de café, que bebe de un solo trago, y me sirvo otra para mí.

—Ponte a cortar el cebo —me indica con la boca llena, tendiéndome un cuchillo y señalando con la barbilla el cubo lleno de calamares.

Estamos a primeros de junio y aún no hace tanto calor por las mañanas. Siento como si se me congelaran los dedos en contacto con los escurridizos calamares que intento cortar, una tarea que es mucho más dura sobre las rocas dentadas de lo que sería en una superficie plana. La marea está alta, por lo que el aire no está tan cargado de sal, y sopla una brisa fresca que eleva las gotitas de agua conforme las olas rompen suavemente contra las rocas. El cielo añil que cubre nuestras cabezas va perdiendo intensidad poco a poco en el Este.

—Un café muy bueno.

—Gracias.

—Gwen...

—¿Sí?

—Estás cortando unos trozos muy grandes. Los peces se largarán con anzuelo y todo.

—Lo siento, papá.

Un nuevo silencio mientras mi padre da buena cuenta de la mitad del pastel y yo forcejeo con el cebo viscoso y congelado.

—Papá, tú tenías dieciocho años cuando mamá y tú os casasteis, ¿verdad?

—Más o menos. Trae, voy a ponerle cebo a tu anzuelo.

—¿Dirías que erais... demasiado jóvenes?

Me mira de forma penetrante a través de sus pobladas cejas. Luego sigue hablando.

—Jóvenes de narices. No estábamos preparados para el matrimonio. Pero... bueno... en fin... —Carraspea—. Tú estabas en camino y... ¿Por qué me lo preguntas? ¿No estarás metida en un lío?

—¡No! Por supuesto que no. ¡Qué dices! Tomo la píldora.

Mi padre hace una mueca. Debería haberle dicho que ni siquiera he paseado de la mano de un muchacho en lugar de tranquilizarlo con la efectividad de mi método anticonceptivo. ¡Qué fallo!

—Fue decisión del médico. Por mi constitución y porque tenía el período...

Mi padre levanta una mano y encorva su dolorida espalda.

—¡Déjalo! En cuanto a Luce y a mí, éramos unos críos. No teníamos ni idea de en qué nos estábamos metiendo. —Me enseña la taza de café—. ¿Aún queda?

Vierdo un poco más de líquido negro humeante en algo que no es más que el tapón de plástico del termo, y reúno valor para preguntar algo que siempre he querido saber.

—¿Te arrepientes... de haberte casado con mamá? Si pudieras volver atrás, ¿lo harías de nuevo?

Toma un sorbo de café y su rostro adquiere una expresión de dolor, como si se hubiese quemado la lengua. Deja escapar un suspiro.

—No se me dan bien estos juegos. Imaginar cómo habrían sido las cosas si hubiese tomado otras decisiones es una pérdida de tiempo. Esa es la especialidad de tu madre, con tanta novelucha. Si a lo que te refieres es si me arrepiento de ti, la respuesta es no. —Me pasa mi caña de pescar, se lleva la mano al bolsillo trasero y saca un fajo de billetes—. Lo que te debía.

Acepto el dinero, lo cuento y le devuelvo la mitad. Es nuestro ritual. Ahora se lo guardará otra vez en el bolsillo, lo llevará al banco cuando vaya a ingresar la recaudación del restaurante y lo meterá en la cuenta que tengo para la universidad. Mi padre insiste en que es importante que vea el dinero antes de que la mitad desaparezca. Prácticamente el resto se lo daré a mi madre.

—Arrójala tú primero, pequeña.

Llevo la caña hasta el hombro y la lanzo. Observo el hilo frágil brillar en pleno vuelo hasta que el anzuelo se sumerge entre las olas.

—Decente —observa mi padre—. Mejor un poco más de brazo la próxima vez.

Me sonrío y por un instante me invade una oleada de afecto. Tal y como me ocurrió ayer con mi madre, deseo contárselo todo: hablarle de esos tipos, de Nic y de Vivien, del anillo...

Sin embargo, nunca hemos hablado de esas cosas. Así que, en lugar de eso, recojo el sedal, ilusionada durante un segundo al notar que algo ha picado, hasta que descubro que solo se trata de un puñado de algas.

—Verás, hija, —mi padre se aclara la garganta y escudriña el horizonte—, voy a darte algo que mis padres no me dieron a tu edad.

Cuatro ruedas, no. Tampoco un fondo de fideicomiso. Los padres de mi padre eran, como dice mi madre, «incapaces de cuidar a una mascota, y mucho menos de un hijo».

—¿De qué se trata, papá?

—Ponle más cebo a ese anzuelo y pásame mi caña. Mi regalo, Gwen, es la verdad.

Si fuera la protagonista de uno de los libros de mi madre o de una de las películas clásicas que le gustan a mi abuelo, este sería el momento en el que descubriría que mi padre, en realidad, pertenece a la realeza, pero se había distanciado de su familia; que yo era la heredera de... Mi imaginación se rinde al llegar a este punto por la improductividad de tal reflexión.

Mi padre lanza el sedal describiendo un arco perfecto. El hilo reluce hasta perderse en el mar.

—¿A qué esperas, Gwen? ¡Vamos! ¡Un poco de brío!

Me pongo manos a la obra: coloco un pedazo de calamar viscoso en otro anzuelo y lanzo de nuevo la caña. Sé que lo he hecho bien. Es extraño lo bien que puede dárse nos algo que ni nos va ni nos viene. Pero es algo que siempre le ha gustado a mi padre. Los ratos que estamos pescando son los mejores que pasamos juntos. Cuando está en el agua, sus facciones duras se suavizan como los cantos del cristal de mar.

—Has heredado la inteligencia de tu madre, y su belleza. ¡Oh, Dios mío! Era una preciosidad. Al verla se te paraba el corazón. —Se frota el pecho, baja la vista al agua y continúa—. Y tienes mi coraje. Trabajas duro y no te hundes por cualquier cosita. —Hace una pausa y se seca los dedos en sus pantalones descoloridos—. Pero la única forma de sacarle partido a eso es largándote de esta isla.

—Mi corazón está en Seashell —replico de forma automática.

Cierto, y no tan cierto. Levanto la cabeza conforme los primeros rayos de sol se abren paso por la superficie. Tengo los pies helados, pues la humedad de las rocas traspasa la fina suela de goma de mis chanclas.

—Sí, ya —añade mi padre—. Pero tu corazón no te llevará a ninguna parte. Verás, no pienso sentarme aquí a compadecerme de los errores que he cometido. Lo hecho, hecho está. Pero tú aún tienes tiempo, oportunidades. Puedes tener...

Se interrumpe, pues un velero en la lejanía ha captado su atención. Cuando una enorme preciosidad, como este Herreshoff, surca las aguas luciendo sus velas de marfil con orgullo, mi padre siempre lo sigue con la mirada del mismo modo que algunos jóvenes de mi instituto se pierden en los escotes.

—¿Qué es lo que puedo tener? —continúo.

Mi padre da otro sorbo a su café y vuelve a esbozar una sonrisa.

—¡Más!

No estoy muy segura de adónde pretende llegar con todo esto; mi padre no es precisamente lo que se dice «un ejemplo a seguir». Se concentra en lanzar el sedal aún más lejos, con la mandíbula tensa, y permanece en silencio unos minutos.

—Aquí en Seashell siempre vamos a ser nosotros contra ellos. Y, asumámoslo, siempre van a ganar ellos, porque ellos son los que deciden qué nos pasa a nosotros. Sal de esta isla, Gwen. Encuentra tu lugar en el mundo. La anciana esa que está perdiendo la chaveta es tu billete de salida.

Mi caña de pescar se bambolea, es como una tela de araña en el agua. Mientras mi padre me sujeta el brazo con una mano, me ayuda a enrollar el sedal con la otra, apoyando su mano callosa y abrasadora sobre la mía.

—Esa mujer está forrada y empieza a perder la cabeza —prosigue—. Tú estarás allí todos los días; su familia, no. Saca el máximo partido de la situación.

—¿De qué estás hablando?

—Va a cambiar su testamento este verano. Escuché a Joy, la enfermera, hablar por teléfono en el restaurante. El hijo de la señora Ellington quiere que le conceda un poder notarial y ella se está encargando de preparar todo el papeleo legal...

—Papá, eso no tiene nada que ver conmigo.

¿De verdad me está sugiriendo lo que creo que me está sugiriendo? Siento náuseas, aunque no tienen nada que ver con los calamares viscosos ni con mi estómago vacío. Me vuelvo hacia él con un gesto expectante, totalmente perpleja.

—¡Por el amor de Dios! —exclama mi padre—. Ese maldito pez acaba de llevarse el cebo sin que haya notado ni un ligero tirón. ¡Hijo de...! Pon un poco más, hija. Lo que quiero decir es que tienes los medios para viajar. Hazlo por mí y por tu madre. Sé inteligente, es lo único que te pido. Mima a esa anciana en todo. Su familia está lejos, en la ciudad, y ella está sola. Tal y como yo lo veo, mejor que seas tú quien se embolse una buena suma, antes que ellos.

—Papá, ¿me estás diciendo...?

—Lo que digo es que tengas los ojos bien abiertos por si se presenta la oportunidad. La señora Ellington ya no es tan consciente como antes de las cosas que tiene en su casa y jamás fue de esas que lleva la cuenta de las pinzas para cangrejo que hay en la cubertería de plata; no como algunas de las majaderas para las que trabaja tu madre.

Cierro los ojos y visualizo el porche de la señora Ellington, la plata grabada del servicio de té, las elegantes antigüedades, los libros encuadernados en piel y pan de oro. Su legado familiar...

¿Para mí? ¿De verdad cree mi padre que la única opción que tengo de poseer algo es arrebatándoselo a otra persona? ¿Qué hay de todas sus lecciones sobre el trabajo duro? ¿Y eso de que solo la gente que persevera aspira a algo en la vida y puede cambiar su fortuna? ¿Y...?

—¿Papá?

Parece que no soy capaz de encontrar las palabras con las que seguir. Mi padre contempla el horizonte lejano con una expresión melancólica. Corto más cebo y lo coloco en el anzuelo, echo atrás la caña y lanzo el sedal. La señora Ellington también se quedó mirando la línea que separa el mar del cielo durante nuestra entrevista, y Nic, Viv y yo hicimos lo mismo anoche, pero por primera vez me percaté de que ninguno ve lo mismo. Cada horizonte termina en un lugar distinto.

—En fin, necesito que vengas a trabajar a mediodía. No por costumbre, es que he tenido que despedir a aquel chico, ese imbécil que siempre llegaba tarde y se

presentaba colocado. Ando corto de personal para esta tarde y va a haber muchísimo trabajo. ¿Puedes hacer de suplente? Te pagaré extra, aunque no sea un día festivo. Va, di que sí.

—Trabajo esta noche con Vivien y Almeida en una cena de ensayo, tengo que cuidar de Em durante todo el día y empiezo en casa de la señora Ellington el lunes. No puedo trabajar todas las horas del día.

La visión de un verano holgazaneando se esfuma rápidamente de mi cabeza.

—Si juegas bien tus cartas, tal y como te he dicho, no tendrás que hacerlo. —Se sacude las migas de bizcocho de sus pantalones cortos de color verde oliva, hace una bola con el envoltorio, ya vacío, y lo mete de nuevo en la bolsa—. Pero hoy te necesito. Las primeras semanas tengo que separar el grano de la paja y tú eres mi mejor baza.

—Papá, respecto a lo que has dicho, quiero decir, sobre la señora Ellington...

—Solo piénsalo, Ginebra. Es mi consejo, de sabio y de viejo. —Se hace con mi caña y sujeta con fuerza el anzuelo—. Bórdatelo en la almohada, hazte un grafiti en la pared, lo que quieras. Pero no lo olvides: no seas una pringada. Jódelos antes de que ellos te jodan a ti.

CAPÍTULO 9

Al abrir la puerta mosquitera de casa, salen a recibirme los sonidos que hace habitualmente Nic cuando está entregado a su tabla de ejercicios Objetivo Guardacosta: el gruñido que emite al levantar una pesa, acompañado de un bufido al volver a bajarla. Para mí ha sido todo un mundo salir de la cama para estar con mi padre, y sin embargo ahí está Nico. Resulta que estuvo por ahí con Vivien hasta las tres de la mañana, dándolo todo por su forma física.

—No eres un adolescente normal —le suelto al entrar en la sala de estar, que huele como una enorme zapatilla apestosa de deporte.

Em está enrollado bajo una colcha en el sofá, abrazado a *Escondrijo, el cangrejo ermitaño*. Fabio tiene la cabeza apoyada en su pierna, que por cierto está cubriendo de babas. La atención de mi hermano oscila entre mi primo con sus ejercicios y un vídeo de Elmo.

—No —admite Nic con la respiración entrecortada. Se inclina hacia un lado y deja las pesas en el suelo con estrépito—. Soy mejor, más fuerte y más rápido.

—Y más apestoso. ¿Dónde está mamá?

—En casa de los Robinson —gruñe recuperando las pesas.

Tiene su pelo castaño empapado y pegado a la frente.

Está dejando su casa como los chorros del oro. En sábado. Por el amor de Dios, mamá, los que hacen guardias son los médicos, no tú.

Me siento al lado de Emory y le atuso el cabello. El pequeño huele a algo dulce y pegajoso, sin duda debido al cuenco de Smacks que aún tiene sobre el regazo. Apoya su cabeza en mi hombro y me pone el peluche en la cara.

—Dale los buenos días a *Escondrijo*.

—Buenos días, *Escondrijo*.

El juguete desprende un tufillo a salsa de tomate, ya que Emory suele darle a probar de su comida cuando nadie mira.

Durante unos minutos ambos observamos a Nic y su pantomima mientras pienso en una forma despreocupada y sutil de sacar a colación el tema del anillo. Inspiro, me muerdo los labios y dejo escapar un suspiro. Repito el proceso un par de veces más. Nic está tan concentrado en las pesas que no se da cuenta de que parezco uno de esos peces plateados que mi padre captura cuando se les ocurre dejarse ver cerca de las rocas.

¿Y cómo piensan hacerlo? ¿Será un compromiso largo? Vamos, que esperarán a que él salga de la Academia de la Guardia Costera para casarse. ¿O tendrán planeado hacerlo ya? Me imagino a Vivien mudándose a la habitación que Nic comparte con mi abuelo y con Emory. O incluso puede que mi madre y yo acabemos dejándoles

nuestra habitación y durmiendo juntas en Myrtle para dejarles algo de intimidad (aunque la privacidad nunca ha sido una de sus prioridades). O quizá rescaten la vieja tienda de campaña que solíamos montar todos los veranos en el jardín y la conviertan en su nidito de amor. No los veo mudándose con la madre de Viv y Al, su padrastro. Al suele mirar a Nic como si acabara de salir del Antiguo Testamento, y la señora Almeida se escandaliza siempre que los ve paseando de la mano.

¡Resulta tan ridículo e inverosímil a la luz del día! Porque todo sigue igual. Nic está concentrado en inspirar y relajar dolorosamente los músculos conforme baja las pesas. Lleva su camiseta de la suerte, esa desgastada y llena de agujeros, de color camuflaje y sin mangas que usa para entrenar. No ha cambiado ni el más mínimo detalle. El alcohol debió de embotar el cerebro de Manny cuando dijo aquello.

—¿Crees que he ganado peso? —me pregunta Nic de sopetón.

Probablemente se ha dado cuenta de que no dejo de mirarlo con el ceño fruncido.

—Ajá, esos pantalones te hacen un trasero enorme —digo al fin.

Me fulmina con la mirada.

—Estoy hablando en serio —se lamenta—. Llevo comiendo en casa de Viv desde que acabó el instituto y los postres de su madre... Si engordo demasiado, perderé mi marca y esos tipos me pasarán delante, y entonces...

—Nico, estás bien.

Suelta un resoplido y baja la pesa.

—¿Me sujetas los tobillos mientras hago abdominales? —pregunta jadeando.

Me coloco de rodillas en el suelo y rodeo con mis manos sus tobillos peludos y empapados en sudor. Llevo años haciéndolo y la familiaridad del gesto me infunde valor.

—Nico, Manny me ha dicho... ¿Vais Vivien y tú a...?

—Dime, ¿crees que debería depilarme las piernas? —interrumpe resollando.

—¿Para el baile de fin de curso?

—Para ganar velocidad.

—No creo que tus pelos te retrasen mucho, primito. Nadie más del equipo lo hace.

En ese momento alguien llama a la puerta con ademán brusco y militar. Me pongo en pie y al abrir encuentro al entrenador Reilly en el umbral. Lleva una bolsa de plástico en la mano que, por lo visto, le incomoda. Parece tan fuera de lugar que me veo obligada a pestañear un par de veces. Nunca lo había visto en la isla. Primero Cass y ahora el entrenador. ¡Es una invasión de Stony Bay!

Me lanza la bolsa como si fuera una bomba con el contador en marcha, echa un vistazo a la estancia y observa interrogativamente a uno y a otro.

—¿Está tu madre?

Miro al interior de la bolsa. Está llena de novelas románticas con títulos como *Todas desean al duque* o *En el lecho del jeque*. No quiero ni imaginarme al entrenador leyendo estos libros.

—Mi vecina iba a tirarlos y sé que a Lucía le gustan esta clase de cosas. Esto... ¿no está en casa?

Niego con la cabeza tratando de no poner una cara rara. Mi padre llama a mi madre Luce y solo usa el nombre de Lucía cuando discuten. Sin embargo, la forma en que el entrenador lo ha dicho suena... diferente. Jamás se me había pasado por la cabeza que pensara en ella como Lucía, en lugar de simplemente «mi madre» o «la tía de Nic». Estoy empezando a pensar que no me entero de nada de lo que ocurre a mi alrededor.

—Pase —digo abriendo más la puerta.

El entrenador se abre paso por la sala de estar.

—¡El «indestructible» Nic!

El aludido, que se ha puesto de nuevo a levantar pesas, farfulla un costoso «hola» a modo de respuesta.

Emory saluda distraídamente al entrenador Reilly con la mano.

—¿Cuándo vas a competir en mi equipo, Papá Pitufo? —le pregunta despeinándolo.

—¡Fiuuuuu, más rápido que una locomotora y subiendo!

—Justo lo que el Instituto Stony Bay necesita, muchacho.

El entrenador se deja caer a plomo en uno de los taburetes de la cocina y se baja la cremallera de la cazadora, que visiblemente muestra, como no podía ser de otro modo, el emblema del instituto. Lo noto aún más colorado que de costumbre.

—¿Quiere un vaso de agua?

«¿O un desfibrilador?».

—No es necesario. Gwen, vayamos al grano. Uno de los miembros del equipo de natación está en un aprieto. Es una patata en literatura, ha suspendido el examen final y dos tercios de su nota se han ido al garete. El profesor ha dicho que le dejará repetir el examen al final del verano, pero necesita un tutor. Sé que salvaste del desastre a Pieretti con esa asignatura el pasado otoño. Si Cass no conserva su media, lo echarán del equipo... —Hace una pausa por primera vez—. Y lo necesitamos. Supuse que como estará por aquí todo el verano, os resultaría fácil encontrar un hueco.

En cuanto empezó a hablar supe que se trataba de Cass. No porque le creyera un mal estudiante, sino porque hubo algo en su forma de decir «equipo de natación» que me lo confirmó. Cass se está convirtiendo en esa piedra angular con la que uno tropieza una y otra vez.

—Quizá no sea la persona más apropiada para ayudarlo —me excuso—. Pam D'Ofrio da clases particulares y también vive en la isla.

Oigo a unos cuantos metros un sonido extraño, como el que hacen los gatos cuando intentan escupir una bola de pelo. Es Nic aclarándose la garganta.

—¿Estás bien, don *Indestructible*? —le pregunta el entrenador.

Nic vuelve a toser con la misma «credibilidad».

—Necesito un jarabe para la tos —dice casi sin voz—. Ejem, ejem... Gwen,

¿podrías indicarme dónde guardas el que tomas tú?

Señala con la cabeza hacia la habitación que compartimos mi madre y yo y me mira con unos ojos muy abiertos y suplicantes. Confusa y algo irritada, le sigo hasta allí.

En cuanto cerramos la puerta, se cuelga de mi antebrazo.

—Acepta. Haz de tripas corazón y acepta.

Me dejo caer de espaldas contra la puerta.

—¿Por qué? Si le dan la patada a Cass, el puesto de capitán será para ti.

Nic hace una mueca.

—No quiero ganar así. No permitiré que me lo sirvan en bandeja. Además, Somers me obliga a mejorar mi marca. Tratar de superar a otra persona me hace ser mejor. Necesito ese estímulo.

Me ha estado mirando a los ojos, pero ahora desvía su atención hacia la arrugada colcha en tonos rosas y marrones de la cama.

—Sé que las cosas entre Somers y tú son algo... —Se acaricia el mentón empapado en sudor y prosigue sin mirarme—... complicadas. Vamos, que anoche lo dejaste bastante claro, aunque no sé de qué narices iba aquello. Pero tienes que hacerlo. Por nosotros. Necesito que el entrenador me escriba una carta de recomendación para la academia. Él estudio allí y sería lo más. La necesito.

—¿En serio crees que no te escribirá una carta de recomendación si me niego a darle clases a Cassidy? Llevas en el equipo desde que empezaste el instituto, y Cass y Spence llegaron el año pasado.

—Puede que no, pero no lo sé a ciencia cierta y necesito estar seguro. La Academia de la Guardia Costera tiene uno de los procesos de selección más duros de todo el país. Cada granito de arena cuenta —me aclara Nic. Luego se despereza, lo que me permite atisbar el vello de sus axilas, que indudablemente le hace perder unos cuantos minutos al nadar, según él—. Venga, primita.

Le obsequio con mi particular mirada intimidatoria.

—Estarás en deuda conmigo por esto de por vida —le amenazo—. Y tu alma me pertenecerá.

—Puede que mi culo sí, pero ¿mi alma? Ni hablar. Pero si solo se trata de darle clases, Gwen. No te estoy pidiendo que te acuestes con él.

Mi rostro debe de haber cambiado de color, ya que Nic empieza a tartamudear.

—No quería decir... No era mi intención... No ha sonado...

Le apunto con el dedo índice.

—Tu alma —declaro—. Vivien puede quedarse con tu patético trasero.

—Trato hecho —responde—. Mi patética alma es toda tuya.

Al regresar a la sala de estar veo que el entrenador se ha acoplado junto a Emory, le ha pasado el brazo por los hombros y examinan los dibujos de Superman que hay en el cómic que Em está hojeando. Me detengo en seco, trago saliva y me doy cuenta de que no recuerdo cuándo fue la última vez que vi a mi padre hacer algo parecido.

Hago un último intento por extraerme de la situación.

—¿Le ha mencionado el plan a Cassidy? —pregunto como quien no quiere la cosa—. Porque... puede que él no esté de acuerdo.

Oigo cómo Nic levanta una de sus pesas y me pregunto, por un instante, si no me la estamparía en la cabeza.

El entrenador extiende las manos con gesto informal.

—Él hará lo que tenga que hacer. Sacarlo de este lío es de suma importancia. Tenemos una oportunidad en la competición estatal de la próxima temporada, pero solo con Somers. En cuanto a ti, las universidades valoran a los alumnos que dan clases durante el verano. Además, sabes que Somers puede permitirse un buen sueldo.

Familia, dinero y buenas referencias para la universidad. Mis talones de Aquiles, siempre y cuando puedan tenerse los tres.

—Ayúdame con esto, Gwen. Todo sea por el equipo.

Incluso sin la presión de Nic, me habría resultado casi imposible decirle que no. Es un buen tipo. Todo el mundo sabe que estaba loco por su esposa. Ella solía venir a todos los encuentros a animar a los muchachos y les preparaba chocolate caliente para el autobús. Murió el otoño pasado.

Inspiro hondo. ¿Tan terrible sería? Ayer me quedó claro que voy a ver a Cass durante el verano mucho más de lo que había planeado. Pero será una relación puramente profesional. Al fin y al cabo, tampoco dejé de cronometrar al equipo de natación después de lo que ocurrió en marzo; solo que me las apañé para no mantener ninguna conversación personal con él. Podría hacer lo mismo ahora.

—De acuerdo —dije finalmente.

—Me encargaré de hablar con Cass. Podéis acordar el día y la hora la próxima vez que os crucéis. —Mete la mano en el bolsillo de la cazadora y se oye un tintineo; lo más probable es que sea un puñado de monedas—. Gwen... no lo comentes. No hay necesidad de que todo el mundo se entere de que ha tenido dificultades para aprobar. Con una o dos veces por semana será suficiente. Es un muchacho listo. Hará lo que tenga que hacer para llegar adonde quiere estar.

Sí. Eso ya lo sé.

* * *

Creía que había logrado escapar, pero aquí estoy de nuevo, en el restaurante de mi padre, tratando de librarme de llevar el gorrito con el dibujo de la corona.

—¿Qué te parecen los platos especiales de esta semana? —pregunta mi padre señalando la pizarra con la cabeza.

He dejado a Emory en una de las mesas que hay a la sombra con un set para pintar con los dedos, una actividad que puede volverse crítica en cualquier momento.

—Pimientos rellenos... —leo en voz alta al principio de la pizarra—. ¿Chova al jarabe de arce?

—¿Qué te parece? —me interroga apoyándose en los talones y mirando de reojo el tablón—. He pensado en poner dos platos nuevos cada día o cada dos días, para suscitar interés.

—Papá, la gente viene a Castle's buscando... comida de playa, comida veraniega: hamburguesas, perritos calientes, rollitos de langosta. No van a interrumpir su día de verano para comerse una chova al jarabe de arce. Nunca. Además, ¿de dónde has sacado esa receta?

—De la tele, del canal Food Network —responde con aire pensativo mientras se acaricia la barbilla con el pulgar—. Pues algo tenemos que hacer. La última vez que pasé con la camioneta por delante del local de Doane, había una cola que llegaba hasta el fondo del muelle.

—Venden helados y chucherías —replico—. Siempre hay cola. No creo que la chova al jarabe de arce vaya dirigida al mismo público.

Emory tira de mi brazo mientras me enseña su mano, totalmente cubierta de pintura roja, como *lady Macbeth*. Lo llevo hasta el fregadero que hay en la parte trasera del local y le lavo las manos, y de paso también las mías. Mi padre nos acompaña sin abandonar su perorata.

—¡Qué va! —insiste—. Piénsalo un poco. La temporada está a punto de empezar. Vendrán los universitarios, los veraneantes, los hijos de los veraneantes... Se dan a la marihuana, les entra hambre, vienen aquí, ven los platos especiales y arrasan con todo.

—Papá, en esos casos los jóvenes prefieren patatas fritas con queso o *brownies*, no chova al jarabe de arce.

Nadie quiere chova al jarabe de arce. ¡Qué asco!

—¿Y tú cómo lo sabes, Ginebra Angelina Castle? —me interroga con su mirada inquisitiva.

Pues... ¿porque soy una adolescente? ¿Porque voy al instituto?

—Por las charlas que nos dan en el insti.

—Ni se te ocurra meterte en ese callejón sin salida —sugiere en tono amenazante sin dejar de menear la cabeza—. Esa mierda te fríe el cerebro.

—No te preocupes, papá. Me limitaré a la cocaína.

Me fulmina con la mirada.

—¡Bah, dejémoslo! Esa mierda es cara de narices. Y abróchate esa camisa.

Me señala el escote con la cabeza. Ni siquiera es muy pronunciado, pero me abrocho un botón más, de todos modos. Mi padre me lanza un delantal morado, para mayor protección, y me ordena que me haga cargo de las mesas del lateral.

—Y ponte el gorro.

Al cabo de diez minutos estamos desbordados. Nedda, que debe de tener una paciencia infinita, ya que lleva trabajando en el restaurante tres años, está esclavizada

delante de la plancha. Un autobús lleno de turistas camino de Foxwoods ha ocupado dos tercios de nuestro aparcamiento y acaba con las tres cuartas partes de nuestras reservas de hamburguesas. Un muchacho nuevo y flacucho llamado Harold languidece al mando de la freidora. He dejado a Emory en una mesa de la parte trasera entretenido con un sándwich de queso.

—¡Gwen, mesa seis, rápido! Nos está pillando el toro —vocifera mi padre—. Yo me ocupo de tomarles nota y tú les sirves los pedidos. Dan más propina si quien les atiende es una joven guapa.

Mi padre no se prodiga en cumplidos, por eso, cuando los hace, suelen causar un gran impacto. Aún sigo algo ruborizada cuando recibo la bandeja cargada de hamburguesas y un par de cañas y me encamino hacia la mesa seis, que está ocupada, como no podía ser de otro modo, por Cass y alguien que se parece mucho a él, aunque no es su padre. A pesar de tener el pelo oscuro, el desconocido tiene su mismo físico musculoso, e idénticos ojos azules y penetrantes.

Cass está de espaldas a mí, apoyado con los brazos cruzados sobre la mesa.

—Ya hemos hablado de esto un millón de veces, Billy. ¿Qué más quieres de mí?

—Alguna muestra de que harás caso a tu propio cerebro en lugar de al de Channing. Todos sabemos lo bien que resultó esa táctica en Hodges, mequetrefe.

Contengo una sonrisa al escuchar ese apelativo.

—Ha pasado un año, Bill. Además, solo era una broma. En ese sitio se lo toman todo demasiado en serio.

—Una broma que te puso de patitas en la calle y resultó de lo más vergonzosa para Jake, que trabaja allí. El padre de Spence debió de untarles para que la expulsión no constara en el expediente de su hijo, pero está en el tuyo, hermanito. Y es algo que nunca desaparecerá.

Cass le escucha concentrado, arañando la madera de la mesa con la uña del pulgar. Sus orejas se han puesto coloradas. Y yo me he quedado allí plantada, con la comida en las manos, al tanto de la conversación descaradamente. Siempre me he preguntado cuál era el motivo por el que Spence y él se inscribieron en nuestro instituto en el penúltimo curso. Los jóvenes de Stony Bay para cuyos padres el dinero no es un problema suelen ir a Hodges, un instituto de pago.

—Mequetrefe, tú eres más listo que todo eso. Dejaré el tema cuando perciba que has aprendido la lección, pero aún no es el caso. Toda esa historia de las notas me parece más de lo mismo. A mí y a todos. Me cae bien Spence, pero él siempre se va de rositas, y tú no.

—Bill, eres mi hermano, no...

—Papá y mamá te dirían lo mismo.

—Ya lo han hecho. No han dejado de hacerlo. Ya conoces a mamá, le encanta repetirse. Así que ya estoy cumpliendo con mi castigo. Estoy trabajando en la isla y segando la hierba de lo que parece un millón de campos de fútbol. Cometí una estupidez y he sacado unas notas un poco bajas, pero ya está. Dejémoslo estar, por el

amor de Dios —exclama Cass poniéndose en pie de pronto y mirando alrededor—. ¿No debería haber llegado ya la comida?

Al darse la vuelta, choca conmigo. Una de las bebidas cae como un tsunami sobre el plato de patatas fritas y mi delantal.

—Yo... os traía la comida. —Intento secar las patatas, pero se han echado a perder. Pruebo hacer lo mismo con mi camisa, que ha quedado como una sopa—. Os traeré otras, no os preocupéis. No me llevará más de un minuto.

—¿Ese es nuestro pedido? —pregunta su hermano.

—Ya me ocupo yo —asegura Cass tratando de hacerse con mi bandeja—. No tienes que servirme...

—Es mi trabajo —le interrumpo.

Coloca las manos debajo de la bandeja, donde también están las mías, y vivimos una especie de *flashback*: la casi pelea por las langostas, el abrigo de la primavera pasada... Así que le cedo la bandeja, me seco las palmas y guardo las servilletas empapadas en el bolsillo del delantal.

Cass se queda allí de pie, manteniendo su pedido en equilibrio con una mano. Tiene la mirada fija en las vacas que pastan en el prado que hay justo detrás de Castle's y la mandíbula en tensión.

—Lo has oído todo, ¿verdad? —me pregunta Cass.

Intento con todas mis fuerzas mantenerme imparcial mientras me arreglo el delantal.

—No pasa nada. Quiero decir... no es de mi incumbencia.

Estudia mi rostro y luego esboza una sonrisa.

—No digas bobadas. Quieres saber más.

—¡Ja! ¡No te hagas ilusiones! Estás muy equivocado si crees que me importa lo más mínimo lo que hiciste. —Ahora soy yo la que se vuelve para mirar las vacas, tratando de absorber la calma que se respira en el exterior—. O lo que haces.

Cass deja la bandeja y apoya la cadera contra la mesa. Su hermano se ha levantado y se dirige hacia el mostrador, sin duda para quejarse de la inútil que ha arruinado sus patatas fritas.

—¿Has estado alguna vez en el interior de Hodges, aparte de la zona de la piscina?

—A no ser que el vestuario femenino cuente, no.

—Es un lugar demasiado pretencioso para estar situado en una pequeña ciudad de Connecticut. —Se encoge de hombros—. Por no mencionar que hay que dirigirse a los profesores como don y doña... lo que sea. «El inmejorable Hodges» debería ser en realidad «El infumable Hodges».

Abre el cuello de su camiseta, como si el hecho de pensar en aquel lugar le asfixiara. Entonces me doy cuenta de que estoy sonriendo a pesar de mi determinación de fingir una indiferencia total y absoluta.

Cass se vuelve hacia mí y cruza los brazos.

—Bueno, da igual. ¿Qué hago contándote todo esto? A ti ni te va ni te viene.

—Ni se te ocurra. Ahora tienes que contármelo.

Vuelve a apoyar todo el peso de su cuerpo en los talones y sonrío.

—Ten cuidado, Ginebra, o se te olvidará que me odias.

—Yo...

Echo un vistazo por encima del hombro para comprobar si mi padre se ha percatado de que estoy de cháchara, pero al parecer está sumido en una especie de altercado con un vendedor ambulante que lleva en las manos una tarrina gigante de helado. Automáticamente indago con la mirada la mesa en la que he dejado a Emory, pero ya no está allí. ¡Oh, Dios mío!

El aparcamiento.

La carretera.

Doy una vuelta de 360 grados.

Pero entonces noto una brisa de aire a mi lado: mi hermano pequeño se ha plantado delante de Cass y lo mira fijamente con el cuello hacia atrás. Es tan pequeño, a pesar de sus ocho años, que llegar hasta el torso de mi compañero le supone un desafío. Apoya un dedito con suavidad y empieza a descender poco a poco por su pecho dibujando una especie de serpiente. No me imagino qué está haciendo.

—Superman —anuncia con orgullo, como si pudiera ver el disfraz a través de Cass.

Vuelve a repetir el dibujo —por fin me he dado cuenta de que se trata de una ese — y nos sonrío radiante a uno y a otro. Cass baja la vista, parece divertido y no asustado. O eso espero.

—Hola, Superman —repite Emory, repasando con el dedo el escudo que rodea la ese.

No tengo ni idea de por qué actúa así con él. Cass no tiene el pelo negro, ni lleva una capa ondeando al viento. ¿Puede que sea por su camiseta azul, o por su postura, hombros hacia atrás, barbilla levantada?

Mi padre mira a lo lejos en nuestra dirección y se acerca.

—Lo siento —dice mi padre a Cass y a su hermano, que ha regresado con otro plato de patatas fritas. Luego me mira a mí—: Gwen, que tu hermano no moleste a los clientes, por el amor de Dios.

—No pasa nada —lo tranquiliza Cass.

Su hermano deja las patatas sobre la mesa y Em se abalanza.

—Superman —repite metiéndose varias patatas en la boca y masticando con descaro.

—¡Em, no!

Me debato, como siempre que alguien ve a mi hermano por primera vez, entre justificarme o dejar que piensen lo que quieran.

—Mi hermano es...

—Nos conocimos ayer en la playa —me interrumpe Cass—. Estaba con tu abuelo

y los llevé de vuelta a casa. Parecían cansados.

Me quedo perpleja.

—¿Antes o después de que vinieras a rescatarme de las langostas?

—Antes. —Le guiña un ojo a Emory, que sigue devorando más patatas—. El Hombre de Acero nunca descansa. O puede que sea José, el jardinero. Ando un tanto confuso con mis *alter egos*.

—¡Hola! —me saluda su hermano con un breve movimiento de la mano—. Soy Bill Somers.

—Ella es Gwen Castle, Billy, la que, como te he dicho antes, debería ayudarme a preparar el examen de Literatura.

¡Un momento! ¿Ha sido idea suya y no del entrenador?

—Encantado de conocerte —dice sonriendo—. Ni se te ocurra mostrar compasión por este mequetrefe, no se lo merece.

Las orejas de Cass adquieren un tono escarlata y se vuelve hacia su hermano para fulminarlo con la mirada.

—¡Gwen! —grita mi padre desde el fondo—. Vuelve a sentar a tu hermano en su mesa. No tienes tiempo para andar tonteando.

—Ha sido un placer conocerte —se despide Bill.

Cass, sin embargo, vuelve a poner esa expresión neutra e insulsa. Emory ha dejado su plato de patatas fritas temblando, por lo que me disculpo, agarro la mano pringosa del pequeño y doy media vuelta para marcharme; pero entonces tropiezo con mi padre, que me cierra el paso con otro plato de patatas fritas en la mano. Al parecer, no se ha perdido ni un solo detalle de lo sucedido.

—Lo lamento mucho. Por supuesto, estas también corren a cuenta de la casa. —Se vuelve hacia mí y me habla bajito pero con dureza—: Quédate donde pueda vigilarte, pequeña. Se supone que es Emory el que necesita una niñera.

¡Por el amor de Dios, papá! Noto cómo me arde el rostro, aunque por suerte Cass tiene la vista fija en el suelo, en las piedrecitas que no deja de golpear con la punta de la zapatilla. Su expresión es de total indiferencia. Mi padre, por el contrario, está furioso y a la defensiva, aunque a Bill todo esto parece divertirlo. Emory es el único que está totalmente a sus anchas. Vuelve a acercarse a Cass, dibuja una vez más el escudo con el dedo sobre su pecho y lo completa con la ese.

—Superman.

—Ojalá —le responde Cass en un susurro.

CAPÍTULO 10

Lo primero que veo al llegar a casa, cubierta de refresco y pringue de patatas fritas, son los pies descalzos de Nic asomando por un extremo de Myrtle y a Vivien en cuclillas inclinada sobre ellos. Viste con la parte de arriba de su bikini morado y una camiseta superescotada de color negro.

¡Por Dios bendito! Son las cuatro de la tarde y están en medio de nuestra sala de estar, en el sofá que hay frente a la foto de mi abuela vestida de novia cuando aún era —y no me cabe la menor duda— virgen. No es exactamente el sitio o el momento más oportuno para... ¿Qué? ¿Una sesión fetichista de pies? ¡Por favor, que mi primo está vestido!

Carraspeo. Vivien levanta la mirada y sonrío sin ningún pudor. Vuelve a inclinarse sobre los pies de Nic. Y sopla.

—Esto, ¡¿parejita?! Quizá deberíais... buscar otro sitio. Estoy oficialmente muerta.

Nic se endereza. Gracias a Dios que está vestido.

—Estoy cumpliendo penitencia —me explica él—. Purgando mis pecados.

Clavo la mirada en el crucifijo y en el rostro dulce de mi abuela.

—¿Qué?

Sigo sin moverme de la puerta. Viv se echa hacia atrás, se sienta en cuclillas, mira de reojo los pies de Nic y me enseña un bote de...

—¡Oh, Dios Santo! ¡Sois de lo que no hay! —suelto casi a gritos.

Saca el esmalte para uñas transparente y comienza a pintarle el otro pie.

Nic observa mi expresión y estalla en carcajadas.

—¡Pareces tan escandalizada!

Y empieza a partirse de risa de nuevo.

—Nico, no te muevas —le ordena mi amiga dándole un golpecito en la pierna.

—Gwen, escucha —dice Nic—: íbamos de camino a una comida para jubilados en la iglesia de San Anselmo, cargados con una olla enorme de sopa de pescado, y ya conoces aquí a la fitipaldi...

—Solo iba a ochenta.

—Pero había una señal de cincuenta, Viv. —Nic le da un golpecito en el estómago con los dedos de los pies y se vuelve hacia mí. Ha adquirido una expresión más seria, aunque sigue sonriendo—. Iba un poco estresada porque llegábamos tarde y no quería que Al le echara la bronca. Le daba igual que la sopa fuera de aquí para allá descontrolada o que aquí, a mi pequeña delincuente, solo le falte una multa para acabar ante los tribunales, algo mucho más serio que un mosqueo de Al.

Viv arruga la nariz y chasquea la lengua.

—Estás exagerando. No conduzco tan mal.

—Oh, no. Sí que lo haces. Eres una pirada al volante y me gustaría que siguieras de una pieza. En fin, que iba como una loca. Entonces llegamos a un semáforo, se pone verde y el camión que llevamos delante ni se inmuta, así que va Viv y saca la cabeza por la ventana, gritando: «¿A qué estás esperando, imbécil?» y le hace un corte de mangas.

—Dios mío, Viv —interrumpo a Nic—. No puedes hacer eso. Te lo hemos dicho un millón de veces. No sabes si el que va en el otro vehículo es un psicópata.

—Efectivamente. El tipo se baja del camión. Mide más de dos metros, pesa unos ciento treinta kilos, con tatuajes, un chaleco de cuero, cadenas... y está que echa humo. Se acerca a la ventanilla de Viv y le suelta: «A ver si te atreves a repetírmelo».

—Y yo, pues... me echo a llorar —sigue Vivien—. Ya me lo estoy imaginando descuartizando a Nic y haciéndome Dios sabe qué. He visto pasar mi vida ante mis ojos.

—Entonces decido que voy a tener que hablar con él para tranquilizarlo —aclara Nic—, porque está claro que no voy a poder con él si llegamos a las manos.

—El problema es lo que le dijiste, Nic. Se puso en plan coleguilla con el tiparraco —prosigue ella con voz más grave imitando a Nic—: «Lo siento tanto, hombre. Mi amorcito está un tanto susceptible hoy. Normalmente es mansa como un gatito, pero se pone como una fiera esos días del mes, imagino que ya sabes a lo que me refiero». Y el muy neandertal le da una palmadita en la espalda y empieza a hablarle de hombre a hombre y a decirle que vive con su mujer y cuatro hijas y que está pensando en comprarse una caravana y aparcarla en el jardín porque todas tienen el período a la vez... y bla, bla, bla.

Nic y yo nos echamos a reír.

—Bueno, en realidad te ha salvado —señalo.

—Sí, ya, pero luego se han pasado diez minutos diciendo que las mujeres están como cabras y contando anécdotas. Sobra decir que Nic se las ha inventado todas. Por ejemplo, le ha dicho que una vez le arrojé una *pizza* a la cabeza porque se había equivocado de ingredientes y que le había tirado su gorra favorita al fuego porque estaba celosa del tiempo que pasaba viendo partidos de béisbol en la tele.

—Pero, insisto, te he salvado —suelta Nic tomando su mano.

—Haciéndome quedar como una arpía majara, hormonal y fuera de control. Así que la pedicura es su castigo por ser el Capitán Machista. Tendrá que ir toda la semana con chancletas para que Hooper, Marco y Tony puedan admirar sus preciosas uñas.

—Están quedando estupendas, Nico —lo tranquilizo—. Además, si estuviera realmente furiosa, te las hubiese pintado de rosa.

Vivien me guiña un ojo y saca del bolso un botecito de esmalte fucsia.

—Esta es solo la primera capa.

—¡Oh, no! —Nic se pasa la mano por la cabeza—. Eres un encanto cuando te

enfadas, amorcito.

—Ten cuidado con lo que dices, o te haré también la manicura.

Él se inclina hacia ella y le da un beso... y otro... y otro más. Y siguen... y siguen... como si yo no estuviera delante.

No obstante, es bueno saber que el amor verdadero está presente en mi entorno y no solo en los libros de mi madre.

* * *

Al Almeida, en un tono de voz bajo aunque apremiante, nos da indicaciones de lo que espera de su personal esta noche, mientras va clavando la mirada en cada uno de nosotros, por turnos.

Formamos un círculo respetuoso en el exterior de la carpa dispuesta para la cena de ensayo que va a celebrarse en Hayden Hill, el punto más elevado de Stony Bay, un lugar azotado por el viento, exclusivo y con vistas al mar, aunque desde muy, pero que muy lejos. Lo escuchamos con actitud seria. Vamos impolutamente vestidos con nuestros uniformes en blanco y negro, pero aun así, tenemos cierto aire de paletos a las puertas de un castillo.

—Muy bien, prestad atención.

Al resulta un tanto intimidante con esas cejas tan pobladas y la cabeza rapada. Echa un vistazo a su reloj, bueno, a uno de ellos, pues siempre lleva uno en cada muñeca.

—El espectáculo empezará en diez minutos, a las siete en punto. Tenemos una tonelada de chirras. Vamos algo justos de ostras y de langostinos, pero tenemos gambones de sobra por si los primeros se acaban. Vosotras... —Nos señala a Vivien, a Melissa Rodríguez, a Pam D’Ofrio y a mí—: quiero la mesa del marisco siempre llena. Las bandejas medio vacías dan sensación de tacañería y los anfitriones no quieren esa imagen. —Hace una pausa, baja la voz todavía más y añade—: La familia de la novia está forrada y la del novio descende de los primeros colonos que llegaron a América en el Mayflower. Aunque están prácticamente arruinados, lo importante aquí son las apariencias. —Fija la mirada en Vivien, que ha tomado la mano de Nic y está dándole besos con aire distraído—. Tú, jovencita, presta atención. Venir aquí es voluntario.

Viv suelta la mano de mi primo, se pone firme y saluda a su padrastro al estilo militar. Luego me lanza una miradita y baja la vista hacia su mano izquierda mientras se acaricia una trenza como si nada. Tiene el dedo corazón extendido con disimulo. Viv se lleva bien con Al, pero odia sus discursitos.

—Tú —prosigue señalando a Nic—, encárgate de que los vasos siempre tengan agua y de que los ceniceros estén limpios. Dominic, tú ocúpate de las copas de vino. Llénalas solo dos tercios, no del todo. No intercambiéis funciones. —Mira a uno y a

otro. Dominic es el hermano mayor de Pam—. Tú tienes veintidós, pero, Nic, tú aún eres menor de edad. No quiero problemas legales.

Se vuelve hacia Vivien, Pam y una servidora.

—No dejéis de sacar aperitivos. Queremos que estén entretenidos con los entremeses hasta que saquemos la langosta, ¿entendido?

Las tres asentimos a la vez.

Al muestra su satisfacción con un gesto contundente de barbilla.

—A por ellos, equipo.

Siempre hace el mismo comentario al final, como si de pronto se transformara en el entrenador Reilly.

Llevo años echando una mano en los *caterings* que organiza Al, y en todo ese tiempo nunca me he topado con nadie conocido. No es que Stony Bay sea muy grande; más bien, es que la gente con la que me relaciono no organiza eventos de alto copete que requieran un servicio de *catering*, a menos que uno considere como *catering* comprar comida para llevar en el restaurante de mi padre.

Pero hoy la suerte no está de mi parte.

He terminado de repartir los canapés con queso Boursin al ajo y los tomates secos, solo me queda uno rezagado en la bandeja. Me dirijo a por una nueva tanda mientras inspecciono la carpa en busca de Vivien para quejarme del impresentable que se ha pasado diez minutos mirándome fijamente el escote y vaciando mi bandeja, cuando, por segunda vez hoy, choco con alguien.

—¡Jo...! —me dicen.

—Lo siento, no iba mirando por donde... —nos excusamos al unísono.

Pero entonces me quedo sin habla. Es Alex Robinson, tan alto, moreno y elegante como el año pasado. A pesar de cómo acabó lo nuestro, siento un escalofrío. Sin embargo, él... él me mira con una expresión de desconcierto en el semblante, como si yo fuera el plato que le ha servido un camarero por error y no sabe cómo devolverlo. ¿Es posible que no me reconozca? ¿Con cuántas jóvenes de sangre portuguesa se lio el verano pasado?

—¡Oh! Esto... Hola. —Alex se seca el agua fría que he derramado sobre su americana de *seersucker* a rayas azules y blancas—. ¿Eres...? Esto... Gwen, ¿verdad?

Esto es el colmo. Valoro la opción de responder «No. Suzanne», pero finalmente opto por abrir los ojos como platos y soltarle:

—¿Nos conocemos?

Alex me mira desconcertado. Parece un búho presumido.

—Esto...

Me obligo a poner cara de paciencia y desconcierto.

Echa un vistazo a su alrededor antes de clavar en mí su mirada. Se aclara la garganta para proseguir.

—Sé perfectamente que tu nombre es Gwen. Tu... tu madre ha estado hoy en mi

casa limpiando. Pensé que vendrías con ella.

Abro los ojos todavía más.

—¿De verdad? —le digo—. ¿Es que me has echado de menos? Oh, qué amable. Habría ido, en serio, pero alguien tenía que quedarse en casa con el pequeño Alex. Ahora ya anda y el muy diablillo lo toquetea todo sin excepción.

Me inspiro en mi madre para adoptar una expresión a caballo entre el agotamiento y el orgullo de madre.

Él se queda blanco.

—¿Qué?... ¿Cómo?... Yo...

Me lo estoy pasando bien, soy una persona mezquina y rencorosa.

—¿Tú también eras así, Alex? Nuestro pequeñuelo es la viva imagen de su padre.

Me toco la barriga con una mano y sonrío al estilo de Madonna.

Primero se queda atónito, pero luego niega con la cabeza.

—¡Ja, ja! Había olvidado tu sentido del humor. Si... fuera cierto... esto... aún sería un recién nacido. —Baja la vista hasta mi escote. Creo que puedo estar segura de lo que sí recuerda de mí—. Eeee... Bueno, ¿qué tal te ha ido todo? De verdad.

Apoyo la bandeja en la cadera y me aparto un mechón de pelo de los labios con el que la brisa ha estado jugueteando.

—Bien. ¿Y a ti?

—Estupendamente. Muy bien. Ha sido un último año de instituto inolvidable. En otoño iré a Princeton, al igual que mi padre. Así que... todo ha salido bien.

Dirige la mirada una vez más hacia mi escote, como si de él emanara una especie de atracción magnética.

—Ajá. —Es lo único que se me ocurre decir.

Desde que Alex cortó conmigo en otoño, he fantaseado en varias ocasiones con que volviéramos a encontrarnos. En todas ellas yo estaba fabulosa y él caía rendido a mis pies. En ni una sola yo llevaba puesta esta camiseta nada favorecedora de *Catering Almeida*, que se completa con la imagen de una sirena con una bandeja de almejas rellenas, y tampoco iba empapada en sudor, ni llevaba todo el pelo encrespado. Tampoco se me había pasado por la cabeza que me fuera a resultar tan difícil encontrar algo que decirle. Quizá debería haber caído en que en realidad nunca hemos hablado mucho.

—Pues... —Alex vuelve a bajar la mirada y se gira hacia la mesa donde está el marisco—. Creo que iré a probar los langostinos.

—Claro. ¿Por qué no? Total, ya has probado todo lo que yo podía ofrecerte.

Me he pasado, lo sé. Pero, como de costumbre, en cuanto abro la boca ya no puedo parar. A pesar de que ha pasado casi un año, sigue enfureciéndome que cortara conmigo vía SMS.

—Verás... Yo... Yo... —Vuelve a mirar inquieto a todas partes—. Tengo que... Creo que alguien me está llamando.

Se aleja de mí a toda prisa; poco le falta en realidad para echar a correr.

—Ha sido de lo más instructivo —me susurra una voz al oído.

Al darme la vuelta me encuentro con unos ojos azules y risueños.

—¿No habría sido más efectivo castrarle? —pregunta Cass antes de birlarme el último canapé de queso Boursin.

—Lo he considerado. —Le muestro el cuchillo para untar mantequilla que llevo en la bandeja—. Pero no me ha parecido que estuviera a la altura.

—Me ha dado la sensación de que Alex tampoco lo estuvo —remata Cass—. Puede que alguien se te adelante y acabe el trabajo por ti.

Casi al instante se pone colorado, como si de pronto hubiese caído en la cuenta de que estamos hablando del pene de Alex, que obviamente conozco.

Cuando se ruboriza de ese modo —ahora no son solo sus orejas las que están rojas, sino también sus mejillas—, recuerdo al Cass que pasó un verano en la isla. Su pelo ha adquirido un montón de tonalidades de rubio: dorado, ámbar, amarillo, rubio oscuro en la raíz, pero durante la temporada que pasó en Seashell era muy clarito. También tenía una piel blanca y sin pecas. Fue uno de esos veranos en los que el tiempo se vuelve loco, diluvia durante días y el viento azota la costa. En vez de las actividades habituales (clases de kayak, carreras en bici, juegos de pistas), el «animador» que contrata Seashell cada verano se dedicó a proyectar películas todos los sábados por la noche en el Club para mantener ocupados y entretenidos a los menores de quince años. El día que conocí a Cass, me abrió la puerta para cederme el paso y al instante se puso de color rojo intenso.

—Créeme, si lo castraran tampoco sería una gran pérdida —digo.

Siento ganas de taparme la boca con una mano. De acuerdo, ha sido Cass el primero en mencionar los atributos sexuales de Alex, pero ¿tenía que darle mi opinión sobre lo que ese joven es capaz de hacer con ellos? ¡Por Dios! Él y yo ni siquiera deberíamos estar manteniendo esta conversación.

—Lo sé. —Cass vuelve su mirada hacia Alex, que se bate en retirada—. Coincidimos en un campamento de tenis hace dos años. Su *drive* es un asco. Ahí ya tienes una pista.

Me echo a reír y finalmente me cubro la boca con la mano.

—Esto... Lo de las clases particulares... —digo tratando de adoptar una expresión seria de nuevo—. ¿Cuántos meses hace que no te enteras de nada en clase?

Lo admito: he sido un poco brusca, pero es que me siento un tanto confundida. Cass huele a limón, creo que lleva *aftershave*. Además, nunca le había visto tan arreglado. Viste con un *blazer* azul que le sienta como un guante, una camisa azul cielo que hace juego con sus ojos y una corbata amarilla.

Puede que las películas antiguas de mi abuelo, que transcurren en épocas en las que el traje hacía al hombre, me hayan lavado el cerebro, o que esté demasiado acostumbrada a ver a Nic con esa ropa arrugada y maloliente (el perfecto repelente de mujeres), a mi padre con sus viejas camisas de franela a cuadros o a Hooper con sus conjuntos estrambóticos; pero así de arreglado, Cass me parece una criatura de otro

planeta, que por cierto me encantaría colonizar. «¡Oh, no! Por favor, para».

Al Almeida pasa por mi lado con una bandeja llena de langostas humeantes y consigo serenarme.

Vuelvo a mirar directamente a Cass.

—Ya salen las langostas. Está todo bajo control —digo, por decir algo—. No hace falta que vengas a rescatarme, José.

—De todos modos, de nada, María —dice sonriendo—. Estoy convencido de que tu intención esta noche era darme las gracias.

—Te recuerdo que yo no te pedí ayuda.

Se esfuma su sonrisa burlona.

—Lo sé. Soy yo quien te la está pidiendo. Las clases particulares son importantes. Supongo que es lo último que te apetece hacer...

Me encojo de hombros.

—Te pagaré. Bueno, eso ya lo sabes. Me he relajado este último trimestre. Es solo que... no podía concentrarme. En resumen, suspendí el examen de Literatura. Spence puede pasarse el día de ligoteo y seguir sacando buenas notas. Según él, solo un retrasado mental suspendería esa asignatura.

Se calla de golpe, como si hubiese hablado más de lo que debería.

Tengo la oportunidad de devolverle su confianza, de decirle que no pasa nada, o que él no es ningún retrasado mental. Sin embargo...

—¿Por qué vas con ese tipo? —le pregunto.

Se le tensa la mandíbula y veo vibrar un músculo en su rostro.

—Sé que puede llegar a ser un capullo, pero para mí es un buen amigo. —Hay un aire desafiante en su voz, una especie de guante que arroja a mis pies, pero que yo me niego a recoger. Al no recibir respuesta por mi parte, concluye—: Bien. Entonces, ¿me darás...?

Deja la frase inacabada y arquea las cejas.

Nic viene directo hacia nosotros y parece enojado.

—Gwenners, Al está furioso con Viv porque dice que te estás escaqueando y ya está con la cantinela de «¿cómo vas a ser capaz de llevar el negocio si eres incapaz de controlar al personal a tu cargo?». Tienes que volver al trabajo.

Es un hecho, conocido por todos desde hace tiempo, que Vivien heredará el negocio de *catering*, ya que su padrastro no tiene hijos propios. Aun así, yo no acabo de verla como «mi jefa». Me sobrecoge una imagen escalofriante: yo a los sesenta, llevando la misma camiseta con la sirena, estando muy por debajo de mi mejor amiga y además habiendo perdido toda nuestra confianza.

—Culpa mía —interviene Cass—. La he retenido yo. Estábamos fijando un horario para este verano, para las clases de repaso.

—Muy bien —responde mi primo en un tono glacial; todo un contraste con la rabia que, vete a saber por qué, le está consumiendo—. No queremos que la cagues y acabes fuera del equipo. Y menos, estando tan cerca de los estatales, ¿verdad,

Somers? —Entonces se vuelve hacia mí y deja a Cass embriagado por la nube de testosterona que desprende—. Viv te necesita.

Cass se echa un poco hacia atrás y estudia el rostro de Nic.

—¿Y tú, qué? —pregunta Cass—. ¿Tienes mucho tiempo para nadar? He oído decir que también trabajas para la empresa de mantenimiento de Seashell. ¿Podrás cumplir con tus horas de entrenamiento?

—Me las arreglaré —resuelve Nic aún en ese tono gélido. Pone la espalda totalmente erguida, como si quisiera restregarle por las narices los cinco centímetros que le saca—. Al fin y al cabo, tengo el océano muy a mano, veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Cass mira a lo lejos con ojos soñadores, como si fuera capaz de ver el mar desde su posición.

—He estado dándole vueltas a eso —dice Cass—. Tal vez podríamos entrenar un poco este verano, sobre todo ahora que han decidido no organizar el campamento de natación de Stony Bay. No sé... Sacar a los muchachos al aire libre, mantener vivo el espíritu de equipo, retornos entre nosotros para superarnos...

A lo lejos veo a Al agitando las manos desesperadamente mientras señala con la cabeza la mesa medio vacía del marisco.

—Será mejor que nos vayamos. —Y esbozo una sonrisa tan fugaz en dirección a Cass que parece más una mueca.

—Espera. —Me retiene por el hombro cuando me doy la vuelta para marcharme—. Llámame o puedes pasarte por La Garita... y quedamos. Para lo de las clases, claro.

Nic me agarra por el otro lado y tira de mí.

—No vas a ir al apartamento de La Garita con ese tipo —me ordena entre dientes, prácticamente zarandeándome el brazo.

Me suelto de un tirón.

—¿Y a ti qué te pasa? —digo a Nic. Puede que le haya dado por tomar esteroides o cualquier otra cosa—. ¡Tú eras el que insistía en que le diera clases!

—Sí, ya... Pero bueno, mientras vosotros andabais por aquí charlando, alejados del mundo, yo estaba sirviendo agua en la mesa de su familia. Y ¿sabéis qué? Una mujer le ha preguntado al señor Somers si Cass sería el capitán del equipo este año, ya que es el mejor candidato para el puesto.

Su expresión ha adquirido un aire sombrío, casi amenazador.

—¿Y qué? Será para ti, Nico. Cálmate.

—No, escucha —continúa Nic doblando los dedos—. Mira... Se me hace extraño decirte esto, pero... en la siguiente mesa estaba Spence Channing en plan coleguita con Alex Robinson. Estaban hablando de ti. Alex ha dicho que solo fuiste un pasatiempo. ¿Un pasatiempo? ¡El muy imbécil! Pero entonces Spence se ha echado a reír y ha añadido que eres como un clásico del equipo de natación. ¡¿Está en mi equipo y se atreve a faltarle al respeto a mi prima?! A ver, que voy en el autobús con

ellos y obviamente les oigo hablar. No dejan de hacer comentarios del tipo: «A esta le haría un favor» o «Está buena, pero es más fea que pifio»... Pero se trata de ti, Gwen. ¿Quién coño se cree que es? ¿Qué se cree, que eres una facilona?

Trago saliva. Me arde el rostro y después lo siento frío, y una vez más al rojo vivo. Spence me conoce mejor de lo que yo desearía.

—Y encima he tenido que rellenarle el vaso de agua en lugar de pegarle un puñetazo en su... —Nic cierra la mano en un puño y echa un vistazo a su alrededor, luego vuelve a concentrarse en mí—. Oh, primita, lo siento. No debería haber dicho nada. No lo he pensado. Estaba demasiado cabreado. Yo...

—No pasa nada, Nico. ¡Pues no me queda nada para convertirme en un clásico! Además, lo voy a tener difícil con Hank Klein, a menos que rompa con Scott Varga. Pero ya me conoces, adoro los desafíos.

—No bromees, Gwen. Al menos, no conmigo.

En silencio aparto la cortina, mitad de plástico, mitad de tela, que separa la carpa principal de la improvisada cocina-área de preparación.

—¡Justo a tiempo, Ginebra! —me suelta Al encasquetándome una nueva bandeja con gambas y salsa rosa.

Agarro la bandeja con firmeza, aparto a un lado la cortina e inspecciono la carpa en busca de las rayas azules de la americana de Alex.

Es como buscar a *Wally*, pues hay un sinfín de americanas a rayas azules y blancas. Al final acabo encontrándolo. Sigue en la mesa de Spence, aunque está charlando con una pelirroja sentada a su izquierda. El otro joven ha adoptado una expresión entre la diversión y el aburrimiento. Es su cara habitual, la de un aristócrata hastiado de la vida. Solo parece realmente feliz cuando nada, entrena o está por ahí con Cass y el resto de su pandilla.

Spence parece reanimarse cuando me planto a su lado.

—¡Castle! ¡Qué contento estoy de verte! ¿Nos harías un favor? El camarero es un tanto escurridizo. Tráete una botellita de champán por aquí.

Tras apartarse un mechón oscuro, lacio y brillante de los ojos, me obsequia con una lenta sonrisa, mil veces ensayada, mientras me repasa de arriba abajo. La marca de la casa. Spence es guapo, no nos engañemos, pero hay algo turbulento en él, como si fuera capaz de hacerte daño con solo tocarlo y él ni siquiera se diera cuenta.

Inspiro hondo y me aferro a la bandeja con más fuerza.

—Ese no es mi trabajo, Channing. Yo solo preparo las mesas y sirvo comida. Además, eres menor de edad.

—Es una cena de prueba. En estas cosas siempre se hace la vista gorda con todo. Y cuando digo todo, es absolutamente todo. Sin ir más lejos, acabo de pillar a mi tío Red en el asiento trasero de su bólido con una de las damas de honor. —Baja la voz hasta convertirla en un susurro—. No se lo digas a tía Claire.

Algo poco probable, ya que no sé quiénes son ni la tía Claire ni el tío Red, aunque su comentario me ha apartado de mi propósito durante unos segundos.

—No he venido hasta aquí para ser tu camarera. He venido a decirte que has utilizado el término incorrecto.

Una emoción se refleja por fin en su rostro: perplejidad.

—¿Qué?

—Un clásico, Spence, es algo que ocurre repetidas veces —lo alecciono haciendo énfasis en las dos últimas palabras.

Otra emoción cruza brevemente su rostro: vergüenza.

—No era mi intención que ese comentario llegara a tus oídos —se disculpa.

—Quizá la próxima vez deberías prestar más atención a quién es tu camarero. ¿De verdad pensabas que Nic no me lo contaría? Por mucho que sea tu «compi» de equipo, es mi primo. La sangre tira más que el cloro.

Alex se percata de mi tono de voz, algo elevado, y levanta la cabeza. Enseguida comprende qué pasa y se aleja un poco de nosotros y de una «escena» potencial. Odia protagonizar escenas; probablemente ese fuera el motivo por el que cortó conmigo por mensaje de texto.

—Creo que la palabra que estabas buscando es mascota —le insisto—. Deberías trabajar un poco más en tu vocabulario, o si no, en la prueba de acceso a la universidad lo harás de pena.

Me alejo de allí acompañada por el sonido de la risita de Spence.

* * *

Cuando Vivien y Nic me dejan delante de casa, los despido con la mano, subo dos escalones y me desplomo en el porche. El talón del zapato me está haciendo tal herida en el pie, que más que rozadura, parece un corte.

El cielo está precioso, es el típico de las noches de junio, calinoso, con una luna brillante en medio de una gran oscuridad, pues las estrellas son meros puntos en la lejanía. La brisa nocturna es cambiante; ahora sopla entre los árboles del bosque, luego viene del mar y arrastra consigo un olor a arena y sedimentos característico de la marea baja.

Vuelvo la mirada hacia High Road. El cuarzo del pavimento de la calle resplandece a la luz de la luna. En Seashell no hay farolas y a estas horas no queda prácticamente ninguna ventana iluminada en la larga hilera de casas que bordea la calle. La Garita se encuentra a cinco casas de distancia desde la nuestra. Me pregunto si Cass se habrá quedado hasta tarde en la fiesta. No lo he visto cuando cargamos la furgoneta para marcharnos; en parte, porque he intentado con todas mis fuerzas no mirar hacia los invitados. ¿Pasará la noche en la ciudad, en su casa con forma de velero, o aquí en Seashell? Me froto los brazos con las manos, sobrecogida por la repentina frescura de la brisa. ¿Por qué de pronto no dejo de pensar en Cass Somers? ¡Maldita sea! Uno de los objetivos de este verano era olvidarme de él.

Abro la chirriante puerta mosquitera, que carece de cerrojo (Nic no deja de decir que ya la arreglará) y entro en casa, donde reina el silencio y tranquilidad, lo opuesto al ruido y el culebrón que invadían la carpa de la fiesta.

Mi madre se ha quedado dormida en el sofá con el gesto fruncido y un libro de colores vivos en las manos. Me acerco a ella, le quito la novela y doblo la esquina de la página en la que estaba. No puedo evitar clavar los ojos en la primera línea: «¡¡Pero será arpía!! Pienso darle su merecido». Luego la arropo con la colcha que adorna lo alto del respaldo. Debería despertarla, convencerla para que siga durmiendo en su propia cama en lugar de sufrir el dudoso confort que le proporcionan los brazos anaranjados y exhaustos de Myrtle. Pero esta noche solo deseo compartir habitación con mis propios pensamientos.

Me llega el rumor de los ronquidos de mi abuelo desde la habitación que comparte con Nic y Emory. Ojalá pudiera deshacerme de esta noche, y ya de paso, también de la anterior, igual que me desprendo de mis ropas sudadas. Ojalá el agua de la ducha borrara sus huellas como elimina el olor a humo y a langostinos.

CAPÍTULO 11

—**P**ensaba que estaríamos las dos solas —murmura Vivien discretamente al ver a mi abuelo colarse por segunda vez entre los asientos delanteros para ajustar el dial de la radio y sintonizar FBAC, «La radio que te pone los mejores éxitos nostálgicos».

Mi abuelo tamborilea con los dedos en la ventanilla mientras canta a voz en grito *The way you look tonight*. Emory repite la última palabra de cada frase con la mayor de las predisposiciones.

—*The way your smile just beams...*

—*¡Beams!*

—*The way you haunt my dreams...*

—*¡Dreams!*

Se sonríen el uno al otro, pletóricos, enseñando los dientes en una sonrisa idéntica. Trato de deshacerme del resentimiento que experimento por haberse apuntado a venir con nosotras y que tan culpable me hace sentir.

Ayer fue el día más largo de la historia y necesitaba una salida solo de chicas con Vivien. Con ese único propósito en mente me he levantado temprano esta mañana para hornear *brownies*. Mi plan consistía en atiborrarla a dulces en la playa de Abenaki hasta llegar al fondo del asunto del anillo. No me cabía la menor duda de que Viv me lo confesaría, siempre y cuando pudiera acorralarla a solas.

Sin embargo, cuando Viv estaba a punto de girar la llave del contacto, mi abuelo bajó corriendo los escalones del porche con Emory, un frigorífico portátil enorme, donde sé por experiencia que llevaría una variedad de productos de lo más idiosincrásicos, y un detector de metales bastante nuevo colgado al hombro de manera desenfadada.

—Hoy me siento con suerte —anuncia mi abuelo cuando descendemos la colina a toda velocidad hacia la cala de Abenaki. No parece perturbado por el brusco viraje que ha tenido que dar Vivien para esquivar el patinete que le sorprende en mitad de la carretera, como si hubiese sido abandonado allí por la marea—. Hoy nos vamos a forrar —resuelve mientras blande el detector por la ventana.

* * *

Vivien y yo nos sentamos en el pequeño muelle de madera grisácea contemplando el océano salpicado de velas y foques balón que se mecen con las olas. Mi abuelo se ha quedado en la extensa zona de arena buscando tesoros y Em se acopla con las piernas cruzadas totalmente absorto con un cubo de agua y una pala. Es algo que me encanta

de él; cuando se concentra en algo, el resto del mundo desaparece.

Como de costumbre, le he puesto un chaleco salvavidas homologado por los guardacostas, aunque no dejo de tirar de su camiseta o de la goma de sus pantalones cuando se inclina demasiado o le da por asomarse por el borde del muelle. He tenido demasiadas pesadillas en las que su cabeza desaparecía bajo la espuma de las olas.

Como si augurara un mal presagio, el cielo de hoy posee un color grisáceo y el agua es consecuentemente oscura. No hace día para tomar el sol y ese es el motivo por el que estamos sobre la cálida madera en lugar de la arena fría. Los rayos que de vez en cuando logran traspasar las nubes son abrasadores, aunque sopla una brisilla desde el agua que viene directa hacia nosotras.

Emory vuelca su pala llena de agua helada sobre mi pierna y lanzo un grito ahogado.

—¡Em, no!

Esboza una sonrisa, vuelve a llenar la pala y me echa más agua.

Viv se despereza. Su piel ya está algo bronceada y contrasta con la madera grisácea del muelle. Tiene una pequeña zona de la nariz cubierta de pecas, como si alguien le hubiese salpicado con un pincel lleno de pintura. Nic lo llama «la constelación Vivien» y siempre está intentando encontrar nuevas formas uniendo los puntitos con el dedo.

—Nic estaba tan estresado cuando acabó el *catering* que tuve que llevármelo a la reserva de aves para... relajarlo.

Alarga los brazos en dirección a sus pies, rodea el empeine con ambas manos y termina de estirarse con la gracia de una bailarina.

—Claro, claro. Mi primo, el ornitólogo. Estoy segura de que le dio un gran uso a los prismáticos.

—En fin... Es un lugar apartado. —Su sonrisa maliciosa, la de los momentos privados, sustituye a la dulce e inocente que muestra habitualmente en público—. Solos Nic, yo y esa cinta policial que usan para que no molestemos a los frailecillos silbadores durante su época de apareamiento.

—Nic, tú y los frailecillos practicando la danza más vieja de todos los tiempos.

Suelto una risita tonta. Ella libera sus pies y me da un empujoncito en la cadera.

—Tampoco es que podamos acurrucarnos en la habitación que comparte con Ben y con Emory.

Baja la vista hacia las agitadas aguas de color gris verdoso y se muerde el labio inferior, cubierto de brillo de labios con sabor a cereza. La única cosa por la que Nic discute con Viv es por su adicción al brillo y los pintalabios pringosos de sabores.

—Aunque puede que yo estuviera incluso más estresada que él.

—¿Por algún motivo en particular? —pregunto sin mirarla.

Introduzco el dedo en el cubo de Em, dibujo un círculo mojado sobre uno de los listones de madera y hago una marca con el pulgar que simbolice el diamante. Una sugerencia subliminal.

Mi amiga inspira profundamente, abre la boca como si fuera a decir algo y vuelve a cerrarla acto seguido.

—No tiene importancia —responde al fin—. Lo de siempre... Ya sabes... Al estuvo echándome en cara que me olvidara de verificar si todo el mundo tenía agua en su vaso y esas cosas.

Eso me lleva a pensar en el comentario que hizo el capullo de Spence sobre que yo era «un clásico del equipo de natación».

—¿Te dijo Nic...? —comienzo a decir.

—Nic siempre me dice que pase de él, y tiene razón —me corta Viv—. Que mi padrastro sea hiperperfeccionista no significa que yo también tenga que serlo, incluso si voy a hacerme cargo del negocio cuando Al y mi madre se retiren.

—Sí, bueno... hablando de eso. No eres un vasallo de la época medieval. No tienes por qué ser la heredera al trono de *Catering Almeida*.

Vuelvo a mojar el dedo índice en el cubo y me entretengo escribiendo mi nombre en letra cursiva. Emory me observa y decide imitarme con líneas curvas y florituras, aunque ninguna representa una letra.

Viv niega con la cabeza, su ceño ha vuelto a suavizarse.

—Ay, Gwenners, ya me conoces. Yo no soy un cerebritito como tú. La universidad me trae sin cuidado. Con mis notas sería una auténtica pérdida de tiempo. Me gusta saber dónde voy a estar, en lugar de tener que andar preocupándome por cuál es mi lugar en el mundo. Soy una persona con suerte.

Suena muy feliz ante la perspectiva de pasarse el resto de la vida preparando paquetes de Pícnics Costeros y raciones de almejas. Es lo bueno de Viv. Mientras Nic y yo siempre vemos el vaso medio vacío, ella es capaz de convencernos de que está medio lleno y luego enviarnos a un camarero para que acabe de llenarlo hasta arriba.

—Además —prosigue—, tengo dotes de mando. Mira lo que he hecho con Nic.

—¡Síiiii, yaaaa! Has conseguido meter a ese muchacho en cintura. Al menos, ahora es puntual el diez por ciento de las veces. Y de vez en cuando incluso se cambia de camiseta.

—A mí me gusta más cuando no lleva.

—No compartas conmigo tus perversiones más retorcidas.

Se echa a reír y se endereza, acerca el frigorífico portátil y se concentra en inspeccionar su contenido.

—No intentes hacerme creer que no estás conmigo en esto, pequeña —sigue hablando—. Te he observado en las competiciones de natación y, digas lo que digas sobre Cassidy Somers, no me negarás que está tremendo sin camiseta. ¡Madre mía! Tiene un cuerpazo...

Me pongo colorada. A Viv le asaltan los remordimientos casi al instante.

—Lo siento. Ya sé que no quieres hablar de él, ni pensar en él, ni nada que tenga que ver con él.

—Solo porque mi primo y tú os hayáis emparejado de por vida no significa que

yo también tenga que hacerlo.

Viv me observa con las cejas arqueadas.

—Yo solo he dicho que también te fijas en los tipos que están de buen ver. Tú eres la que se ha puesto a hablar de emparejamientos. Interesante...

—Déjalo estar. Cass y yo no somos Nic y tú. Está claro que eso no es lo que hay entre nosotros.

—Que es... —Sigue a lo suyo rebuscando en el frigorífico y hace una mueca—. ¿Queso de cabra? No estoy de humor. ¿Se puede estar de humor para el queso de cabra?

Le arrebato el frigorífico de las manos, voy apartando cosas hasta dar con los *brownies* y se los paso. Se lleva la mano al corazón y exhala un suspiro de alivio de lo más teatrero.

—Puede que yo no sea el tipo de mujer que... —comienzo.

Viv menea la cabeza.

—¡Caramba! —me reprende Vivien—. ¡Ya está bien! Odio cuando te pones así. Ni que fueras por ahí imitando la hazaña de Spencer Channing con aquellas cinco en el *jacuzzi*.

—Pero... ¿esa historia es cierta de verdad? Porque si piensas un poco en ello, parece como un montón de trabajo. Tienes que darles de comer a todas y hablar con ellas y encontrar una forma de entretener a las del segundo turno mientras estás ocupado con una o dos...

—Claro. Para que no se marchen o... o se lancen como unas fieras sobre el que cuida la piscina por puro aburrimiento —continúa Vivien sonriendo.

—Buff, agotador...

—Es más trabajo del que uno se imagina —resuelve soltando un suspiro mientras se limpia las manchas de chocolate de los dedos.

—Es un gran rumor, pero a la hora de la verdad no debe de haber mucha acción.

Baja la vista hacia sus manos y adquiere una expresión seria.

—Hablando de acción... Gwen, ¿crees que Nic quiere realmente ingresar en los guardacostas? ¿O es solo...? No sé. ¿Una fantasía para escapar de Seashell? Como lo que quería hacer este verano de recorrerse el estado pintando casas, cuando está mucho mejor trabajando a jornada completa en la isla. ¿Has visto lo que hacen esos guardacostas? Son casi como los marines. Si entra en la academia, Nicky tendrá que vérselas con helicópteros y cables remolcadores. ¿Por qué no opta por aceptar un trabajo más sensato como el que podría tener en la empresa de *catering*?

Trato de imaginarme a mi primo dedicándose seriamente a hacer arreglos florales y organizar *eventos*, pero me resulta mucho más sencillo visualizarlo colgado de una cuerda a quince metros de altura sobrevolando el océano embravecido mientras lo azota un huracán.

Un movimiento en el agua, a lo lejos, me saca de mi ensoñación. ¿Será una foca? No solemos ver muchas por aquí. El mar está siempre muy picado en esta zona y es

gélido e impredecible incluso en el punto álgido del verano. Además, no hay demasiadas rocas. Me endezco, entorno los ojos para distinguir mejor y sigo el rastro con la mirada. Sea lo que sea, se zambulle bajo el agua cuando pasa una ola. ¿Será un cormorán? No, no tiene el cuello largo.

Aviso con un codazo a Vivien, que ha apoyado una mejilla sobre las rodillas y mantiene los ojos cerrados.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—¡Oh, Dios! ¡Espero que no sea un tiburón!

Hace tres veranos vieron un tiburón blanco cerca de la costa de Seashell, y Vivien, traumatizada desde que de pequeña viera *La semana de los tiburones* en el Discovery Channel, lleva desde entonces aterrorizada por la idea de convertirse en la protagonista de la próxima entrega de *Tiburón*.

Lo que sea vuelve a emerger.

—No tiene aleta —le informo—. Además, sube y baja, no avanza amenazadoramente hacia adelante, dispuesto a saltar sobre el muelle y convertirte en su cena.

—Ni te atrevas a bromear con este tema. —Vivien se protege del sol con la mano—. Si no es un tiburón, es un inconsciente al que no le importa ser devorado por ellos.

Ambas observamos atentas en silencio cómo la cabeza esquivo el rompeolas y se dirige hacia nosotras. Ahora que está más cerca, distingo unos hombros bronceados relucientes al sol y unos brazos que se mueven al compás. Es un hombre, o más bien, un joven.

—Por cierto, hoy es nuestro segundo mesaniversario —comenta Vivien ligeramente, sin apartar la vista del agua.

—¿Dos meses? Querrás decir doce años. Yo oficié vuestra boda cuando teníais cinco.

Veo de reojo cómo Vivien baja la mirada y esboza una sonrisilla, y entonces caigo en la cuenta. Ya lo pillo: llevan dos meses acostándose.

—Nic va a llevarme al restaurante White House. ¿Qué crees que debería ponerme? —Aunque enseguida se responde ella misma—. Mi vestido azul marino. A Nic le gusta. La última vez que me lo puse no podía quitarme las manos de encima.

El nadador ha llegado hasta el muelle y desaparece de nuestra vista mientras asciende por la escalera. Una vez en lo alto, apoya las manos sobre la superficie de madera y balancea las piernas hacia un lado como los gimnastas en el ejercicio del potro. Por fin se incorpora, apartando de sus ojos mechones de pelo.

—Hola... de nuevo..., Gwen. Hola, Vivien —saluda y después pregunta—: ¿Qué hay, Emory?

Cass baja la mirada hacia Em y luego vuelve a dirigirla hacia mí.

Emory esboza una sonrisa antes de volver a concentrarse en su cubo de agua, que ya está medio vacío. Acto seguido se inclina hacia el océano, pero yo lo retengo

agarrándolo por el chaleco salvavidas.

Vivien se endereza, encoge las piernas contra su pecho y estudia nuestros rostros; primero el de Cass, luego el mío.

—¿Necesitas que te lo llene? —pregunta Cass a mi hermano.

Cass se agacha para hacerse con el cubo, pero deja la mano a escasos centímetros y espera a que Emory se decida.

El niño ladea la cabeza y finalmente le tiende el recipiente arrastrándolo por encima de la madera. Fijo la mirada en el horizonte: una bandada de cormoranes se ha posado sobre el rompeolas para secarse las alas. Después de llenar el cubo de agua, Cass viene junto a mí. Su pecho está cubierto de gotitas que resplandecen al sol, y yo soy el blanco del agua que gotea de su pelo y de su bañador.

—¿Aún está aprendiendo a nadar? —me pregunta señalando el chaleco salvavidas de mi hermano.

—En realidad, no sabe.

—¿Nunca ha ido a clases de natación?

—Lo llevamos a una especie de terapia acuática en el Centro de Jóvenes Cristianos cuando era muy muy pequeño, pero le daba miedo. Nic y yo volvimos a intentarlo en el mar, aunque sin éxito, y... —decido interrumpirme antes de acabar contándole toda la vida de Emory.

—Me apuesto algo a que consigo enseñarle —suelta Cass de manera espontánea—. El año pasado estuve trabajando como ayudante en el campamento Echa Una Mano, y esa era mi labor, ayudar a los... —Dibuja unas comillas imaginarias—... nadadores reticentes.

Lo observo fijamente con los ojos entornados.

—¿Crees que tendrás tiempo? Aquí suelen tener al jardinero liado durante todo el día. Ya solo el jardín de la señora Partridge es un trabajo a tiempo completo.

Cass esboza una sonrisa y unos hoyuelos surgen en sus mejillas. Contengo la extraña necesidad de introducir mis dedos en ellos.

—El viernes llamó a última hora para decirme que le había vuelto a cortar mal la hierba del jardín, que se suponía que debía hacerlo en sentido vertical. Pero tú estabas allí. Eso no fue lo que dijo, ¿verdad?

—No dejará de cambiar de sentido en todo el verano. Es lo que hace la señora Partridge con el José de turno. Ya te acostumbrarás.

—El José de turno... —Cass le da vueltas a la frase—. No estoy seguro de que me guste eso de «El José de turno». Suena como el helado especial del mes. —Vuelve a apartarse el pelo de los ojos, con lo que vuelve a salpicarme de agua. Luego habla más bajito—. Solo llevo dos días, estoy pillándole el tranquillo, aprendiendo cómo funciona todo... y eso, pero me da la sensación de que este sitio se ha vuelto... un poco loco, ¿no?

—Siempre lo ha sido, Cass.

Me protejo los ojos con la mano y lo miro a través de las rendijas de mis dedos.

—No es como yo lo recordaba —prosigue—. Bueno, esto... Supongo que siempre ha habido gente como la señora Partridge. Como esos que nos gritaban para que no pisáramos la hierba de su jardín o para que no hiciéramos caballitos con la bici en los badenes.

—Nada de gente como ella. ¡Ella en persona! Aquí en Seashell es un clási... —Dejo la frase inacabada y trago saliva—. Lleva aquí desde siempre.

—¿En serio? No la recuerdo en absoluto y ella tampoco parece acordarse de mí.

Tan claro como el día: veo al Cass que con ocho años saltaba al agua desde ese mismo muelle en las muchas tardes de verano cuando unas nubes grises como las de hoy cubrían el cielo. Entonces tenía unos hombros escuálidos, unas piernas larguiruchas, una mata de pelo imposible de dominar, unos brazos flacuchos y las rodillas magulladas. No es el mismo Cass que ahora tengo delante con ese cuerpazo bronceado.

—Has cambiado un poco —le digo.

Emory escoge este preciso instante para arrojarme una nueva pala de agua fría sobre el bañador.

Los labios de Cass vibran y agacha la cabeza como si quisiera decir algo, pero se arrepiente.

—Bueno, supongo que un poco... Parte de mi trabajo consiste en rastrillar la playa un día sí y un día no —continúa—. Tengo que quitar las piedras y las algas que inundan la arena cuando baja la marea. Un auténtico trabajo de chinos, ya que el mar vuelve a engullirlo todo cuando sube la marea.

—¡Ya te digo! Es una majadería, ¿verdad? A veces me pregunto cómo será tener dinero y esperar que la naturaleza coopere contigo; poder recurrir siempre a alguien para que arregle lo que no te gusta.

En cuanto acabo ese comentario me siento estúpida. «Recuerda con quién estás hablando, Gwen. Es el príncipe coronado de Veleros Somers».

—Oye, ¿por qué no probamos con una clase y vemos qué pasa? —dice Cass.

Emory arroja un poco de agua sobre la pierna de Cass. Las gotas descienden poco a poco por su pantorrilla. Cierro los ojos y cuando vuelvo a abrirlos descubro que Cass me está mirando fijamente.

—¿A cambio de las clases particulares? —me apresuro a preguntar acto seguido.

—No. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—¿De qué clases particulares estáis hablando? —interviene con curiosidad Vivien.

Me fulmina con esa mirada suya que equivale a «¡Eso no me lo habías contado!», y se la devuelvo enseguida. La información que yo he obviado implica unas cuantas tardes de verano; la suya, un compromiso de por vida.

—Gwen ha accedido a ayudarme a ponerme al día en Literatura. —Cass alcanza el cubo de Em, que vuelve a estar vacío, y baja por la escalera para rellenarlo, lo que implica que su voz suena amortiguada cuando añade—: No podrás posponerlo

eternamente, Gwen. Tenemos que aclarar algunos aspectos logísticos.

Vuelve a subir por la escalera, le tiende el cubo a mi hermano y se queda ahí plantado unos segundos, observándome.

—Como, por ejemplo: ¿en tu casa o en la mía? —dice al fin.

Un claxon suena en el aparcamiento. Vivien arquea la mirada.

—Tengo que irme —Cass se incorpora—. Hazme saber tu respuesta, ¿de acuerdo?

Pasa por mi lado para recoger una toalla roja de la que no me había percatado sobre el suelo de madera, la sacude al viento y se la enrolla alrededor de la cintura.

—Piénsate lo de las clases de natación. Quizá no sea una lumbrera en Literatura, pero esto sí se me da bien —me suelta ya alejándose.

De acuerdo, lo admito. Lo sigo con la mirada mientras se esfuma por el muelle y accede al aparcamiento de la playa, donde lo está esperando el descapotable de Spence Channing como si fuera un enorme tiburón plateado. ¿Cuánto tiempo llevará ahí?

Vivien deja escapar un silbido largo, se abanica el rostro con la mano y luego repite el gesto, y yo con ella.

—¡Guau! —Sonríe—. ¿Hace calor aquí o es solo cosa mía?

—Va a ser un verano muuuuy largo. —Abro el frigorífico, inspecciono el contenido y finalmente me decanto por una barrita de cereales para Emory en lugar de... una lata de sardinas o un trozo de melón francés—. ¿Qué narices voy a hacer?

—Creo que no te va a dejar que pongas en práctica tu plan de no hacerle caso a toda costa. —Vivien gira la cabeza hacia el aparcamiento justo en el momento en que el descapotable da marcha atrás y sale a toda velocidad, cómo no, ya que se trata de Spence y él pasa de las normas—. Quizá deberías darle otra oportunidad.

—¡Pero si me dijiste que tuviera cuidado con él!

—Ya lo sé. —Se encoge de hombros. Un escalofrío la sacude con un nuevo golpe de brisa helada procedente del mar—. Es solo que quizá... quizá nos estemos equivocando con él.

CAPÍTULO 12

El lunes por la mañana mi madre nos aborda a Nic y a mí antes de que tengamos ocasión de salir por la puerta y nos somete al tercer grado.

—Gwen, ¿te dijo la señora Ellington cuándo te pagaría? Me ayudaría mucho saber si será semanalmente o cada quince días. —Se dirige a mi primo—. ¿Y tú qué, Nico? ¿Marco y Tony siguen pagando al finalizar la obra? ¿Y Almeida? ¿Os dio algo cuando acabó la noche o...?

Nic y yo intercambiamos una mirada. A primera hora, un bombardeo de preguntas acerca de dinero no suele ser buena señal.

—Igual que siempre, tía Luce. Hacen llegar la factura a los propietarios y hay que esperar a que estos remitan los cheques. Aunque Almeida ya nos pagó. —Se dirige hacia la habitación y vuelve con un fajo de billetes sujetos con una goma elástica—. Aquí está también tu parte, Gwenners.

Extiendo la mano, pero mi madre es más rápida. Se hace con los billetes y empieza a contarlos uno a uno mientras vocaliza la cuenta en silencio. Al llegar al final asiente satisfecha y divide el dinero en tres montones: uno para Nic, uno para mí y el tercero para su monedero.

—¿Pasa algo, mamá?

Agita las pestañas a toda prisa, un gesto que la delataría sin duda, si se tratara de una partida de póquer.

—Nada —responde al fin.

—¿Estás segura, tía Luce? —pregunta Nic dándose un golpecito primero en un hombro y luego en el otro—. Tengo unos hombros fuertes. Estoy preparado para lo que sea. Al fin y al cabo, soy el hombre de la casa, ¿no?

Mi madre se pasa una mano por el pelo.

—No te preocupes, Nico.

En cuanto se marcha, a Nic y a mí nos basta con intercambiar una mirada.

—Mierda, ¿y ahora qué? —dice Nic.

Meneo la cabeza.

—Si ves que empieza a traer ropa a casa para lavar, es que pasa algo —comento.

Aceptar más trabajo. Eso fue lo que hizo el invierno pasado cuando reventó el calentador por las mismas fechas en que tuvimos que cambiarle los frenos al Bronco y poner a Emory una alza en uno de los zapatos, porque tiene una pierna ligeramente más corta que la otra. También mi abuelo empezó a pasar más tiempo en el bingo mejorando sus destrezas en el arte de la fullería.

—¡A la mierda! —exclama Nic frotándose la frente—. Yo no quiero tener que estar preocupándome por estas cosas. En lo único que quiero pensar es en comida,

sexo y nadar..., y en sexo y en levantar pesas... y en sexo...

—¡Qué polifacético!

Le doy en el hombro con la caja de cereales.

—Nadie espera que lo sea —me suelta con la boca llena de restos de la pasta de anoche—. Ni tampoco tú. Y primita..., no me dirás que tú no piensas en el sexo.

—No pienso en el sexo —replico con resolución concentrando toda mi atención en verter la leche sobre los cereales.

Nic suelta un bufido.

Alzamos la vista al oír abrirse la puerta mosquitera con un chirrido y de repente aparece a mi padre en el umbral. Parece cabreado y por un segundo temo que haya escuchado nuestra conversación, ya que no es algo de su incumbencia.

No obstante, deja en el suelo su vieja bolsa de lona caqui, en la que lleva la ropa sucia, y la aparta a un lado con el pie.

—La puerta sigue rota —farfulla con el ceño fruncido.

Nic fulmina a mi padre con la mirada antes de volver a concentrarse en el movimiento ininterrumpido de su tenedor.

—Y el último escalón del porche está podrido. Arréglalo, Nicolas. Ya te lo dije la última vez. En el estado que está la madera, puede ceder en cualquier momento, y Ben o Emory podrían acabar con un pie atrapado en el agujero. Un hombre tiene que cuidar de su familia.

—O abandonarla a su suerte —farfulla Nic sin levantar la vista del SMS que está escribiendo.

Mi abuelo acaba de entrar en la sala de estar, recién salido de la ducha que hay en el patio y con un ramillete de lavanda en la mano para ponerlo bajo la foto de mi vovó, y mira a Nic con reprobación mientras sacude la cabeza. Mi padre está algo sordo de un oído, pero no es inmune al tono de sus palabras.

—¿Cómo? —pregunta mi padre frotándose un oído con el dedo índice—. ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que ya lo haré, tío Mike.

Nic apura el plato y se lleva el tenedor a la boca por última vez.

—Ya te lo dije el mes pasado, Nico. —Mi padre recoge la bolsa de la ropa sucia y vacía su contenido en el suelo de la cocina, cerca de la lavadora que hay dentro de un armario—. Un hombre tiene que cuidar de los suyos.

Mi primo retira la silla arrastrándola sonoramente por el suelo, hace un movimiento circular con los hombros, se despereza y abandona el plato en el fregadero.

—Me voy a trabajar y luego pasaré por casa de Viv. Llegaré tarde —anuncia dirigiéndose tan solo a mi abuelo y a mí.

—Eres muy duro con el muchacho, Mike —resuelve mi abuelo en el silencio que sigue al portazo.

—Ya no es ningún muchacho. Debería pensar en aportar su granito de arena en

lugar de perder el tiempo con esos chismes —rezonga señalando las pesas—. ¿Dónde está Luce?

—¿Dónde está siempre? —responde mi abuelo, tratando de mantener su dignidad llevando tan solo una toalla. Se dirige al frigorífico, saca un pomelo y lo coloca sobre la tabla de cortar—. Trabajando.

Mi padre relaja las cejas y lo fulmina con la mirada, pero el rostro de mi abuelo es tan inocente como el de los querubines que adornan el techo en la iglesia de San Antonio.

—Si me dais un martillo y un bote de pegamento, puedo arreglároslo ahora mismo —dice mi padre.

—Papá, ¿por qué no me azuzas a mí para que la arregle? —le digo—. La habilidad de clavar un clavo con un martillo no es intrínseca al cromosoma Y.

—Como ya he dicho, es un trabajo para el hombre de la casa.

Mi abuelo se pone derecho y carraspea.

—Para el hombre joven de la casa. Ya has cubierto tu cuota de arreglar puertas, Ben. Nadie te lo discute.

Mi padre me arrebató el martillo que he sacado de la caja de herramientas que guardamos en el armario de la cocina y en veinte segundos ya está la puerta arreglada, lo cual le viene muy bien, ya que así puede marcharse minutos después dando también otro portazo.

¿A qué ha venido todo eso? Ni siquiera estoy segura de quién ha provocado más a quién. Mi abuelo se acerca y me da una palmadita en el hombro.

—*Seja gentil*, Ginebra. A la edad de Nico, Mike tenía que dirigir un negocio y estaba a punto de ser padre, *pai*.

Sus ojos de color avellana parecen cansados, llorosos, llenos de demasiado dolor.

—Poco después, con dos bebés a su cargo... la verdad es que no le quedó mucho tiempo para divertirse.

Suele decirse que los hijos de padres divorciados esperan en secreto que sus progenitores se enamoren de nuevo con el tiempo y vuelvan a vivir juntos, pero ese nunca ha sido mi caso. Al irse mi padre, nos liberó a todos de la tensión constante que invadía la casa. Era como tener un cable por el suelo: en principio parece algo inofensivo, pero puede dejarte inconsciente si algún día tropiezas con él. Mi abuelo, mi madre, Nic, Em y yo ahora convivimos en paz. *É fácil ser gentil*. Es fácil ser amable.

* * *

Cuando llego a casa de la señora Ellington todo está sumido en la más absoluta quietud. Llamo a la puerta y pruebo con un indeciso «hola», pero la única respuesta que me llega es más silencio. ¿Debería entrar directamente?

Llamo a la puerta durante algunos minutos más y al final opto por quitarme los zapatos y acceder a la cocina. Hay una tetera silbando en el fuego, platos del desayuno esparcidos por la mesa y una silla retirada, pero ni rastro de la señora Ellington.

No está en el porche, ni en la sala de estar, ni en ninguna de las habitaciones de la planta baja. Estoy empezando a ponerme nerviosa. ¡Mi primer día y ya he perdido a mi patrona! ¿Se habrá ido sola a la playa? He llegado a la hora. ¿Acaso es que no me esperaba tan pronto?

En ese momento oigo un golpe seco en el piso superior, seguido de un gemido.

Subo las escaleras de dos en dos sin dejar de gritar el nombre de la señora Ellington mientras el pánico crece en mi interior a la misma velocidad que yo asciendo.

—Aquí, querida —responde una vocecita desde una habitación situada en la parte trasera, antes de continuar con lo que parece una palabrota murmurada entre dientes.

Irrumpo en la habitación a toda prisa y la encuentro tendida en el suelo delante de un armario enorme abierto de par en par, cubierta por una montaña de vestidos, faldas y blusas. Al verme me saluda con la mano y se encoge de hombros algo avergonzada.

—Ginebra, debo admitir que lo de estar incapacitada no resulta nada divertido. Estaba intentando llegar a mi sombrero de playa con el bastón cuando he perdido el equilibrio y me he llevado la mitad del armario conmigo. ¡Solo intentaba llegar al sombrero! Ni me imagino cómo voy a apañármelas para ponerme el bañador. Y las Damas llegarán de un momento a otro...

Le ofrezco mi mano e intento ponerla en pie, pero está demasiado débil para que mi maniobra funcione, por lo que no me queda más remedio que sujetarla por debajo de los brazos y tirar de ella con todas mis fuerzas.

—¡Madre mía! ¡Menudo panorama! —murmura sin dejar de balancearse—. Lo siento mucho, Gwen. ¡Qué situación tan embarazosa!

La tranquilizo diciéndole que no pasa nada, y se dirige cojeando hacia un sofá verde y blanco situado en un rincón de la estancia. Camino detrás de ella, algo que resulta ser una opción muy poco práctica, ya que la señora Ellington se detiene muy a menudo y chocamos hasta en tres ocasiones en esa distancia tan corta. Por suerte, se limita a chasquear la lengua cuando esto ocurre, en lugar de enfadarse o volverse a caer y romperse la cadera. Al llegar al sofá se deja caer a plomo, hace una mueca de dolor mientras mueve el tobillo describiendo un círculo y aparta con la mano un enorme joyero de piel de color verde. La tapa está abierta y revela lo que parece la combinación perfecta entre nuestro cajón de sastre y *Piratas del Caribe*, es decir, un embrollo de anillos de diamantes, collares de perlas, cadenas de oro, brazaletes de plata, alfileres de coral y gargantillas de esmeraldas. No puedo evitar fijarme en uno de los diamantes; es impresionante, grande, con forma cuadrada, reluciente, y me recuerda a un cubito de hielo. Un poni se atragantaría con semejante pedrusco. Incluso me daría repelús tocarlo. ¿Cómo debe de ser eso de estar acostumbrado a

tener tantas cosas valiosas que uno no se preocupa de colocarlas cuidadosamente sobre el terciopelo, sino que las embute, como nosotros hacemos con los bolígrafos que no funcionan, los panfletos inútiles, las linternas, las viejas pipas de mi abuelo o los muñequitos de plástico que Emory ya no quiere?

La señora Ellington deja escapar un nuevo lamento y se frota el tobillo a duras penas.

—¿Le traigo un poco de hielo para ese tobillo? ¿O algo donde apoyarlo? ¿Se encuentra bien?

Extiende el brazo para acariciar mi mejilla.

—Mi dignidad ha sido la peor parada, pero me recuperaré. En realidad, mi armario necesita más ayuda que yo —me indica señalando con el bastón la ropa esparcida por el suelo—. Si eres tan amable...

Colgar la ropa de nuevo en su armario es como realizar un viaje en el tiempo. Tiene vestidos de todo tipo: de lentejuelas; con estrambóticos estampados de los setenta; de tubo, como los que habría lucido Audrey Hepburn en la puerta de Tiffany; con vuelo, entallados; incluso pantalones de campana. Está claro que la señora Ellington jamás se ha desprendido de un solo conjunto. Me la imagino por un instante delante del espejo probándose modelitos como haría una niña pequeña solo por diversión. Tras colgar la última prenda, me doy la vuelta y la encuentro totalmente desnuda.

Suelto un leve grito sin poder evitarlo. La anciana, inclinada hacia delante como si quisiera recoger algo del suelo, se balancea y está a punto de caer. Salgo corriendo en su dirección para estabilizarla, pero me quedo inmóvil sin saber por dónde agarrarla. Por suerte, se apoya en el brazo del sofá mientras yo sigo agitando las manos inútilmente a su espalda.

—Gwen, querida. —Comienza con calma estirando una mano de donde cuelga un bañador negro—. Me temo que voy a necesitar tu ayuda con esto.

No era así como me había imaginado mi primer día de trabajo. De pronto, dar la vuelta a las hamburguesas en la parrilla, echar sal a las palanquetas o freír gambas se me antoja una opción mucho mejor. O incluso segar la hierba del jardín. O simplemente secuestrar una de las segadoras y salir de la isla como si me persiguiera el diablo.

—Cierra los ojos, querida —me indica con autoridad la señora Ellington, seguramente al ver cómo intentaba armarme de valor.

Su mirada parece tan triste...

Aprieto los párpados, pero casi al instante me doy cuenta de que necesito ver lo que estoy haciendo para conseguir cubrir de licra negra a una octogenaria con un pie herido y un bastón.

Bueno, de acuerdo, lo admito. Ni siquiera me siento a gusto con mi propio cuerpo. Pero ¿quién lo estaría si su mejor amiga fuera Vivien, la animadora? ¿O si su trabajo durante el curso escolar consistiera en cronometrar a un puñado de jóvenes

medio en cueros? ¿O cuando tu madre mide el tiempo con frases como «eso fue antes de que me convirtiera en una ballena»?

No obstante, este ejercicio eleva la conciencia del cuerpo a un nivel totalmente nuevo. Me agacho y voy subiendo el bañador por sus pantorrillas endeblés y cubiertas de venas azules cuando de pronto emite un gemido.

—¿Le hago daño?

¡Oh, Dios mío! Debería haberme quedado en Castle's o haber ido a limpiar retretes con mi madre, o...

—No, no, querida. Es solo que a partir de cierta edad, una apenas se reconoce, sobre todo desnuda. Es como el retrato de Dorian Gray, si este fuera mujer y llevara bañador.

—¡¡Yuuuujuuuu!! —grita una voz en el piso de abajo.

—Deben de ser las Damas —me aclara la señora Ellington con la respiración un tanto entrecortada mientras le acoplo el bañador por las caderas—. Hazlas pasar. Creo que podré apañármelas con lo que queda.

Al abrir la puerta encuentro a la señora McCloud sénior, como se la conoce desde siempre en la isla (su nuera es la señora McCloud júnior); Avis King; la señora Cole, acompañada de su *terrier Phelps* a modo de monedero, como es habitual; y sorprendentemente Beth McHenry, que solía trabajar con mi madre limpiando casas hasta que se jubiló. Todas ellas en traje de baño y ataviadas con un sombrero de paja y gafas de sol. Nada de sayos ni pareos, solo un bañador floreado de colores vivos, una falda, un montón de piel pecosa que ha pasado demasiado tiempo al sol, un sinfín de arrugas y lo que mi madre llamaría «un buen par de melones». Ni se me había pasado por la cabeza que mi día incluiría a tantas octogenarias en traje de baño; si bien, resulta agradable ver cómo lo lucen con orgullo. Yo suelo atarme una toalla alrededor de la cintura cuando estoy en público.

Avis King, cuyo cuerpo tiene forma de iceberg (cabeza pequeña y cuerpo más ancho conforme va descendiendo), es la primera en pasar.

—¿Dónde está Rose? —gruñe. Su voz suena como la de Harvey Fierstein con bronquitis—. ¡No me digas que aún sigue durmiendo! Hay marea alta y el tiempo es perfecto. —Me repasa de arriba abajo con aire crítico—. La hija de Lucía, ¿verdad? Has sido la elegida para ser su guardiana. En mi opinión, una forma ridícula de malgastar el dinero.

«¿Su guardiana?».

—Hola, Gwen —me saluda Beth McHenry con una sonrisa antes de fulminar con la mirada a Avis King—. Por el amor de Dios, Avis. Rose sufrió una contusión la semana pasada. Henry únicamente está siendo precavido.

—¡Paparruchas! Pero si solo tiene algún que otro lapsus de memoria y un pie perezoso —interviene la señora McCloud—. La semana pasada me pasé media mañana buscando las gafas de cerca por todas partes y las llevaba puestas. Incluso metí las llaves en una caja de galletas, pero no verás que nadie me ponga un perro

guardián.

—Me gustaría ver cómo lo intentan —murmura la señora Cole con su voz tan dulce.

—Típico de Henry Ellington. Es igualito que su padre. Nunca se hace cargo de la situación él mismo, sino que contrata a otros para que le hagan el trabajo. —Avis King niega con la cabeza—. ¿Cómo puedes saber que el miembro del servicio al que vas a contratar es competente o no, si no lo miras a los ojos y lo entrevistas en persona? Hasta un tonto lo sabe.

¿Un miembro del servicio? Mis pantalones cortos y mi camiseta gris se transforman de pronto en uno de esos vestidos negros que llevan las sirvientas en las películas de mi abuelo, con su delantal blanco lleno de puntillas y todo. Me contengo las ganas de hacerles una reverencia.

Pero entonces oigo las lentas pisadas de la señora Ellington descendiendo por las escaleras y me apresuro en su busca, aunque antes de que consiga llegar, hace su aparición en pleno pasillo y obsequia a sus amigas con una sonrisa.

—¿Qué? ¿Nos ponemos en marcha antes de que baje la marea? ¡Vamos, Gwen!

* * *

Después de la playa las Damas se dispersan. La señora Ellington disfruta entonces de su almuerzo y se abandona a su siesta. Luego me pide que le lea un poco y me ofrece —lo juro por Dios— una novela titulada *El sultán sinvergüenza*.

Pues sí. A pesar de las diferencias evidentes, al parecer, en la tranquila, silenciosa, ordenada y lucrativa casa de los Ellington no voy a estar a salvo de los músculos hiperdesarrollados y los torsos medio desnudos que ilustran la mayor parte de los libros que rondan mi casa.

Pero, al menos, a mi madre no tengo que leérselos en voz alta.

—«Y entonces la tomó, como solo un hombre puede tomar a una mujer a la que ansía poseer apasionada, carnal y ardientemente» —leo en voz baja.

—Un poco más alto, querida. No oigo nada de lo que dices.

¡Oh, no! Prácticamente estoy gritando para hacerme oír por encima del ruido que arma la segadora en el jardín delantero. En cualquier momento Cass podría dar la vuelta a la casa y encontrarme azorada y emocionada.

Leo la frase siguiente en un tono un poco más alto, aunque vuelvo a detenerme cuando cesa el ruido de la segadora.

—¡Por el amor de Dios! ¡No pares ahora! —me suplica la señora Ellington agitando la mano con impaciencia.

¡Su queja ha sonado como una de las frases de la novela!

—«Con cada roce de sus manos expertas —continúo obedientemente—, eleva su temperatura, su excitación...».

—¿Solo con las manos? —observa la anciana pensativa—. Tenía la impresión de que había algún participante más. En fin, continúa.

¿Ha sido eso el ruido de la puerta del garaje al abrirse y cerrarse de nuevo? No. Me estoy volviendo paranoica.

—«Olas de un placer con el que Arabella jamás ha soñado azotan su cuerpo extasiado conforme el sultán procede, cada vez más habilidoso, a lamer sus suaves curvas con su portentosa...».

Alguien carraspea ruidosamente.

La señora Ellington dirige la mirada hacia la puerta del porche con su optimista sonrisa, que se ensancha aún más al descubrir la figura que allí aguarda.

—¡Querido! No sabía que ibas a venir hoy.

—No —responde una voz masculina—. Es evidente.

CAPÍTULO 13

Cierro los ojos a la espera, o más bien con la esperanza, de que la tierra me trague. Afortunadamente esa voz grave y ronca no pertenece a Cass, sino a un hombre de mediana edad vestido con un jersey de cachemir azul pastel con el cuello de pico, y unos pantalones caqui con la raya planchada que avanza por el porche con seguridad y cierto aire autoritario. ¿Tendría que darle explicaciones de lo que estaba leyendo o debería hacer como si no pasara nada, *la la la*?

Ni siquiera sé quién es hasta que clava su mirada en mí, y entonces reconozco los mismos ojos color avellana de la señora Ellington: Henry Ellington, del que apenas me acuerdo, acaba de sorprenderme leyéndole un relato erótico a su anciana madre.

Se agacha para dar un abrazo a la señora Ellington.

—He tenido una reunión en Hartford esta mañana. Solo puedo quedarme unos minutos. Tengo otra en Nueva York por la tarde, pero quería pasar a ver cómo estabas.

—Pobrecito mío. Trabajas demasiado, cariño. —Le dice al tiempo que le acaricia la mejilla—. ¡Ya lo hacías! Incluso cuando venías aquí de vacaciones. No puedo ni imaginar cómo alguien es capaz de pensar en números, balances y mercados de valores con el océano a solo unos pasos de distancia.

—Quizá sea por eso por lo que ya casi nunca tengo vacaciones.

Me pongo en pie, dejo discretamente *El sultán sinvergüenza* con la portada boca abajo sobre la mesita que hay junto al columpio y me dirijo a la puerta mosquitera.

—Señora Ellington, les dejaré unos minutos para que... esto... se pongan al día. Estaré en...

Casi de inmediato, Henry se endereza y me ofrece la mano.

—¿Ginebra?

—Mejor Gwen.

—Bien, Gwen. —Me ofrece con la mano una de las sillas de mimbre—. Por favor, siéntate. Ponte cómoda. Te pareces a tu madre. Seguro que te lo dicen a todas horas. Una mujer muy hermosa.

Me aliso los pantalones con las manos, que de pronto me parecen demasiado cortos, sobre todo al percatarme de que Henry Ellington echa un rápido vistazo a mis piernas antes de apartar la mirada.

—Madre —dice de pronto—, ¿serías tan amable de dejarme un momento a solas con Gwen?

Parpadeo, aunque la señora Ellington no parece sorprendida.

—Por supuesto, cielo —responde echando mano de su bastón—. Estaré en el salón.

Al oír la arrastrar los pies al compás de los golpecitos del bastón siento que acabo de perder a una aliada, pues Henry me observa con gesto rígido.

—Esto... El libro... lo eligió su madre, no fue cosa mía. Yo no leo esa clase de novelas, o no muy a menudo, al menos. Quiero decir que a veces una necesita... ¿cómo decirlo? No es que esos libros tengan nada de malo, en absoluto; en realidad, dotan a las mujeres de un mayor control y...

Me interrumpe levantando una mano con la sombra de una sonrisa en el rostro.

—Estoy al tanto de los gustos literarios de mi madre, créeme. No es eso por que tienes que preocuparte.

Su tono de voz es tajante. Trato de descifrar el significado de su última frase. Entonces, ¿por qué tengo que preocuparme?

Se recuesta en el columpio y pierde la mirada hacia Whale Rock. Luego se lleva una mano a la frente y la baja lentamente hasta dejar atrapado el puente de su nariz entre el pulgar y el dedo índice.

—Tanto mis hijos como yo te estamos muy agradecidos por cuidar de ella. Siempre ha sido autosuficiente y le cuesta aceptar que las cosas han cambiado. Nos cuesta a todos.

No sé si está poniendo en orden sus pensamientos o espera alguna respuesta por mi parte.

—Me alegra ser de ayuda —manifiesto.

Es lo único que me viene a la cabeza. Espero a que prosiga, pero no lo hace; en lugar de eso, continúa con la mirada absorta en las olas que saltan por encima de Whale Rock. Hay marea alta. Un cormorán extiende sus alas oscuras al sol para que se sequen.

Al final también yo desvío la mirada hacia la hierba que discurre hasta los arbustos morados de la playa, que se interrumpen para dejar paso al caminito de arena que conduce hasta el agua. Y allí está Cass, arrodillado, quitando a mano las malas hierbas que crecen en mitad del camino, a unos diez metros del porche. Lleva la camiseta —¡no puedo creer que sea rosa!— pegada al cuerpo a causa del calor y observo cómo se le contraen los músculos de la espalda en cada movimiento.

Después de unos minutos de silencio incómodo, Henry regresa de donde quiera que estuviera con un carraspeo.

—Bien, pues, esto... Ginebra, háblame un poco de ti.

La conversación con la señora Ellington regresa a mi mente a modo de *flashback*. Experimento un hormigueo desagradable y familiar a la vez, como si se avecinara un estornudo, aunque peor. Es como una especie de miedo a no ser capaz de controlar mis propios impulsos. Como cuando estás en la iglesia y reina el más absoluto silencio y te suena la barriga, o como cuando sabes que serás incapaz de reprimir un eructo. Me clavo las uñas en las palmas, miro a Henry a los ojos y trato desesperadamente de dar una respuesta apropiada a una batería de preguntas insulsas sobre el instituto, mis planes de futuro o mis actividades extraescolares,

absteniéndome de mencionar que mi mayor logro hasta la fecha parece ser haberme convertido en un clásico del equipo de natación.

Las preguntas llegan a su fin. Henry vuelve a lanzar una mirada a mis piernas antes de volverse de nuevo hacia el mar. Cass se seca la frente con el antebrazo inclinado sobre los arbustos y luego se frota la palma de la mano en la parte trasera de sus pantalones dejando un rastro de suciedad a su paso. Una, dos, tres olas rompen en lo alto de Whale Rock.

Henry se inclina entonces hacia delante y apoya su mano en mi hombro con demasiada contundencia.

—Escúchame con atención. —Hasta ese momento ha estado removiéndose inquieto en su asiento, como si se sintiera incómodo o violento. Ahora, sin embargo, clava en mí su mirada—. Lo que voy a decirte es crucial: mi madre necesita seguir una rutina. Sin excepciones. Me gustaría saber que cuento contigo para darle el desayuno cada día a la misma hora y que te asegurarás de que toma un poco el aire, come bien y se echa la siesta. La caída fue en plena noche y ese día no había parado de hacer cosas. Se las arregló para llegar hasta el teléfono, pero estaba muy confusa. Si no hubiese sido porque un vecino pasaba por aquí... —Se acaricia la barbilla—, mi madre aún seguiría allí tendida. He de asegurarme de que esas siestas se llevan a cabo como un reloj, de una a tres.

—Me ocuparé de que así sea, señor Ellington.

De hecho, no es algo tan distinto a lo que le ocurre a Em. También él sigue a pie del cañón hasta que ya no puede más y entonces se siente agotado y sobrepasado; aunque dudo que *Witsy Witsy Araña* o la canción de Winnie the Pooh sirvan de algo en el caso de la señora Ellington.

Me obsequia con una sonrisa idéntica a la de su madre, pero resulta de lo más extraña en la cara de una persona que parece haber nacido ya seria.

—Pareces una joven muy sensata. Imagino que la vida que has llevado te ha hecho ser práctica.

No estoy muy segura de qué ha querido decir con ese comentario, y no tengo ni idea de cómo responder. Oigo el ajeteo del bastón en el interior de la casa acercándose a la puerta mosquitera.

—¿Puedo salir ya, querido?

—¡Solo algunos minutos más! ¡Ya casi hemos acabado! —Los sonidos se alejan de la puerta. Al ver mi expresión de desconcierto, continúa—: No quiero hablar del delicado estado de mi madre delante de ella. Solo conseguiría avergonzarla... y enfadarla.

Todavía de espaldas a nosotros, Cass se pone en pie y se despereza revelando una franja de piel bronceada a la altura de la cintura. Su camiseta pegada no cabe duda de que es de color rosa pálido. A continuación se protege los ojos con la mano y se queda observando el océano durante breves instantes. ¿Estará soñando con zambullirse en el agua y nadar más allá de Whale Rock? Yo al menos sí. Luego

vuelve a arrodillarse y sigue con su labor de arrancar hierbas.

—Hay una cosa más que debes saber. —Henry baja la cabeza y se pone a jugar con el sello de oro que adorna su meñique—. Todos los objetos de la casa forman parte de un inventario.

Al principio me resulta un comentario sin importancia, del tipo: «Hemos tasado el cuadro de papá». No es más que otro comentario de rico que no significa nada para mí, pero entonces caigo en la cuenta. «Todo está listado, así que será mejor que ninguno de los tesoros de nuestra familia acabe en tu bolsillo».

—Las cucharas, los servilleteros, las pinzas para la langosta... Solo para que lo sepas. Pensé que era mejor dejártelo claro.

Cass se pone en pie, se aparta el pelo de la frente —un gesto típico entre los miembros del equipo de natación— y vuelve a arrodillarse.

¿De verdad ha dicho Henry Ellington lo que creo que ha dicho?

Un fuego se extiende por mis venas y se me tensan los músculos.

«Respira hondo, Gwen».

Al parecer, está esperando a que yo añada algo.

«Claro, amo, uno no puede fiarse de los pobres cuando están rodeados de tantas cosas brillantes».

Cierro los ojos. No es nada del otro mundo. No pasa nada. Olvídalo. Al fin y al cabo, debería estar acostumbrada a Seashell. Hace un par de veranos ayudé a mi madre a limpiar la casa de la señora Partridge y esta me llevó aparte para darme instrucciones: «Que sepas, María, que pienso comprobar el nivel de todas las botellas de licor».

Sin embargo, no esperaba eso de Henry. Mi madre es tan honesta que cuando encuentra unas monedas sueltas en el escritorio o en la cómoda que va a limpiar, escribe una nota en la que especifica que las ha retirado para limpiar el polvo del mueble en cuestión y que ha vuelto a dejarlas en su sitio, y además incluye el importe exacto. Incluso cuando se trata de tan solo cuatro peniques.

No es más que un trabajo. Mantente en tu sitio, asegúrate el sueldo y cierra el pico. No hay que meter las narices en los asuntos de los demás... o en sus excentricidades.

No obstante, a pesar de mis esfuerzos, no logro apaciguar la vergüenza y la rabia que me abrasan el pecho. Quiero decirle por dónde puede meterse las pinzas para la langosta, pero entonces oigo el sosegado y vacilante bastón de la señora Ellington moviéndose por la cocina y cómo arrastra de su pie herido. Le sigue el tintineo de la vajilla, pues está claro que la mujer sigue decidida a ser independiente. Me humedezco los labios, que de pronto se me han quedado secos.

—Entiendo —concluyo.

Henry esboza una sonrisa tímida.

—Me alegra que nos entendamos. Todos agradecemos mucho tu ayuda.

Me ofrece la mano y, tras dudar unos segundos, se la estrecho. Luego me da una

tarjeta que contiene varios números de teléfono y me aclara que el primero es de su oficina y que debo indicarle a la secretaria que llamo «con referencia a su madre», si hay algún problema.

—El segundo es el número de mi teléfono móvil. Úsalo solo en caso de emergencia.

Le prometo que no le llamaré para hablar del tiempo (aunque no con esas palabras). Se frota las manos como si hubiese sido él y no Cass el que hubiese estado haciendo trabajos manuales y echa un último vistazo a lo lejos.

—Este lugar es precioso —comenta en voz baja, para sí mismo—. A veces creo que solo obligándome a olvidar su belleza consigo arrancarme de aquí.

En cuanto la puerta mosquitera se cierra tras él, me dejo caer en el columpio. Las gaviotas se lanzan en picado sobre los peces, cierro los ojos e inspiro profundamente con la esperanza de que el murmullo familiar de las olas me calme y me haga recuperar la perspectiva.

—¿A qué ha venido eso? —exclama una voz—. ¡Por el amor de Dios, Gwen!

Cass apoya la palma de su mano en una de las columnas del porche y me observa con la mandíbula apretada.

Me enderezo y cambio el *chip* para pasar de una situación embarazosa a la siguiente mientras siento cómo se me encienden las mejillas. ¿Es que este tipo tiene que estar presente en todas mis humillaciones? O lo que es peor aún: ¿siempre tiene que participar en ellas? Es obvio que ha estado escuchando nuestra conversación, igual que hizo cuando me topé con Alex... También está al corriente de todo lo que pasó con Spence; por no mencionar el incidente con el propio Cass. Trago saliva y me atrevo a hablar.

—Necesito el trabajo.

Me lo digo a mí misma tanto como a él, pero me tiembla la voz. Cass me dirige una mirada severa.

—Ese hombre te ha tratado como si fueras una criada; más bien, una criada que no es de fiar. Nadie necesita un trabajo tanto como para aguantar eso.

A pesar de que ha trabajado duro; que el sudor le ha empapado el cabello; que tiene briznas de hierba pegadas a las rodillas; que lleva la frente manchada; y que debería apartarse el pelo de la cara, ¡sigue estando tan, pero que tan guapo!

Toda la rabia que no he podido mostrar delante de Henry sale despedida en este momento.

—En eso te equivocas, Cass. Yo sí. Lo necesito, como la mayoría de los que trabajamos en Seashell, incluido el muchacho de la isla que se vio privado del trabajo de jardinero cuando tu papáito decidió comprártelo para darte una especie de lección sobre la vida.

—Dejemos a mi padre al margen —replica fulminándome con la mirada—. Estamos hablando de ti. No puedo creer que hayas permanecido ahí sentada escuchando todas esas memeces.

—No llevas mucho tiempo en la isla. Todavía no conoces cuál es tu sitio. Eso es lo que hacemos, José, aguantar que nos traten así.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, ya. Derechos, derechos. Lo pillo. Pero tú no eres así. No puedo decir que te conozca muy bien... —Hace una pausa, tiene la cortesía de ponerse colorado y luego prosigue—. Pero sé que no soportas esas estupideces. Lo de hace un momento me ha puesto malo.

—Quizá deberías tomarte un descanso y tumbarte. Estoy segura de que se te pasará.

—¡No me toques las narices, Gwen!

Pero interrumpe la conversación al ver a la señora Ellington en el umbral, que avanza pausadamente por el porche con expresión de asombro. Toc, toc, toc.

—¿Pasa algo, querido? Pareces muy acalorado.

Cass se echa el pelo hacia atrás de nuevo, manchándose aún más la frente, y deja escapar un suspiro.

—No es nada. —Hace una pausa—. Señora.

La señora Ellington nos estudia con una sonrisilla en el rostro.

—Henry hablaba en serio con lo de que solo podía quedarse unos minutos —se limita a decir al cabo de un rato—. Ya está de camino, pobrecito mío. Gwen, me apetece un poco de té helado. ¿Por qué no le traes también un vaso a...?

—José —respondo al mismo tiempo que Cass le recuerda su verdadero nombre—. Aunque quizá José debería traerse una botella de agua de casa, como todos los miembros del personal de mantenimiento, así no tendría que esperar a que alguien le sirviera.

—José se echó su botella de agua por la cabeza hará cosa de dos horas —matiza Cass—. Por si no lo has notado, María, estamos a treinta y cinco grados y no sopla ni pizca de aire.

La señora Ellington se ha acomodado en el columpio que pocos minutos antes ocupaba su hijo y nos observa con atención y una sonrisa de oreja a oreja. Le brillan los ojos con evidente interés. Yo, en cambio, todavía estoy furiosa: con Henry, aunque solo esté tratando de proteger a su madre; con la señora Ellington, por contemplarnos como si fuéramos los protagonistas de un culebrón; con Cass, por su camiseta rosa y sus aires; con un joven desconocido que anda dando vueltas en una moto acuática, por interrumpir con el zumbido del motor el rumor del agua; y ya que estamos, con Nic, por acabarse los cereales anoche y desencadenar un desastre con Emory esta mañana que solo ha podido ser mitigado gracias a *Dora, la exploradora*, definitivamente el personaje de dibujos más irritante del planeta.

—Todos los hombres necesitan a alguien que les sirva. —La señora Ellington interrumpe mi reflexión—. La mayoría son unas criaturas indefensas.

—Bueno, somos útiles para ciertas cosas —se defiende Cass. Todo el acaloramiento de su voz desaparece cuando se dirige a ella—. Para matar arañas,

abrir tarros, etcétera.

Dividida entre las ganas de atizarle un puñetazo o simplemente echarme a reír, miro al techo. Odio esa forma suya de resultar encantador y, para más inri, él es consciente de lo efectiva que es su táctica.

—Empezar guerras innecesarias y ese tipo de cosas... —prosigue.

La señora Ellington se ríe con ganas.

—Calentar nuestra cama por la noche... —añade ella—. Eso sí que lo echo de menos. El capitán era como una auténtica estufa.

Cass pone unos ojos como platos, aunque se abstiene de hacer ningún comentario al respecto.

—Puedo ir a por el té helado yo mismo, si le parece bien, señora.

—Por supuesto que no. Gwen, por favor, tráele un vaso al joven, y otros dos para nosotras, claro está.

Entro en la cocina como un huracán e introduzco cubitos de hielo en los vasos como si se tratara de granadas, y el ruido me recuerda sobremanera a mi padre, que suele armar un gran escándalo con las sartenes en el restaurante cuando está de mal humor. Este pensamiento me enfurece todavía más, pues parece que estoy destinada a viajar por esa autopista de la rabia, que carece de salidas.

—Ha dicho que sería mejor que viniera a ayudarte a cortar los limones.

Cass me habla desde el umbral con un brazo apoyado en el marco. Teniendo en cuenta lo furioso que estaba hace solo unos minutos, parece demasiado tranquilo y seguro de sí mismo.

—¿Ah, sí? —digo sin darme la vuelta—. ¿Es esa otra habilidad de los hombres? Abrir botes, matar langostas, cortar limones en rodajas... Vaya, menos mal que Dios creó el cromosoma Y, porque si no, las inútiles de las mujeres nos habríamos extinguido sin vosotros.

La comisura de sus labios se tuerce hacia arriba.

—Técnicamente eso es lo que habría pasado, pero creo que está más relacionado con nuestra función de calentar la cama.

Lo último que quiero en este momento es pensar, recordar... Mi mente es una constante alusión a la cama de Cass. Como era de esperar, toma forma en mi cabeza como si se tratara de un recuerdo fotográfico: amplia, con un delfín tallado en madera oscura en cada esquina. Esas figuritas de corte clásico difieren bastante de Flipper y se asemejan más a una gárgola sonriente que va saltando sobre las olas que se enroscan para conformar la cabecera y los laterales de la cama.

El ardor de mi ira parece estar dando paso a otro sentimiento totalmente distinto y empiezo a sonrojarme; trato con todas mis fuerzas de deshacerme de esta nueva emoción. Desvío mi mirada hacia la ventana abierta sobre el fregadero, o hacia la mancha de humedad que hay encima del frigorífico y tiene forma de *beagle*, o hacia cualquier otro lugar, con tal de no mirarlo a él. A pesar de ello, siento sus profundos ojos azules clavados en mi rostro. Y percibo su aroma a tierra, hierba, sal, camiseta

sudada...

—¿A qué viene lo del rosa?

—¿Cómo? —reacciona perplejo.

—Tu camiseta. ¿Por qué es rosa? ¿Acaso es algún tipo de reivindicación al estilo «me siento muy a gusto con mi masculinidad»? Porque cualquier muchacho de la isla se ganaría una paliza si saliera así a la calle.

—No estoy proclamando nada, salvo que solo a un tonto se le ocurriría meter una toalla roja en la lavadora con sus camisetas y calzoncillos blancos.

Cass baja la mirada hacia mis labios y acto seguido comienza su propio *tour* por la cocina. Cualquier otro punto de atención es válido: el suelo, la ventana lateral por la que vemos pasar a Marco a toda prisa seguido por el tintineo de los cubos metálicos de basura que lleva en la parte trasera de su camioneta, la lámina adherida al lateral del frigorífico con las instrucciones a seguir en caso de huracán... Hasta detenerse una vez más en mis labios.

También yo me he dado la vuelta para que nos encontremos cara a cara. El aire de la cocina parece haberse detenido y resulta sofocante. Estamos a treinta y cinco grados y no sopla nada de aire. Debemos de tener hoy mucha humedad, ya que un hilo de sudor desciende desde mis omóplatos por mi columna vertebral. ¿No será que se acerca un huracán? El aire tiene esa carga eléctrica propia de... Pero ¿qué me pasa? ¿Ahora me he convertido en la mujer del tiempo?

Me muero de ganas de acercar el brazo, quitarle la brizna de hierba que lleva pegada en la frente y limpiarle las manchas de tierra. Casi puedo sentir el calor y la humedad que desprende su piel. No soy capaz de interpretar su expresión, ni su mirada, pero no dejo de intentarlo. Él inspira hondo y se limpia el labio inferior con el reverso de la mano sin apartar los ojos de mí.

—¡Estoy muerta de sed! —grita canturreando la señora Ellington—. Si no traéis pronto ese té, lo único que encontraréis al volver serán mis pobres huesos.

—Eso sí que cabrearía a su hijo —logro decir.

Me dirijo a toda prisa al frigorífico, saco un limón y prácticamente se lo lanzo a Cass, que lo atrapa al vuelo sin ni siquiera mirarlo. Sigue estudiándome con detenimiento con esa mirada indescifrable, aunque intensa.

CAPÍTULO 14

Estoy tumbada en la cama observando cómo giran las aspas del ventilador de techo, que emiten un zumbido y un traqueteo molestos, y además nunca parecen hacer nada con la temperatura. Mi madre y yo siempre decimos que es un ventilador placebo.

Dejo volar mis pensamientos. ¿De verdad quiero este trabajo? Entre Henry, el asunto del bañador y *El sultán*...

«No le des más vueltas. Necesitas el trabajo».

Y luego está Cass, y esa mirada. Me doy la vuelta, tratando de hallar un lugar más fresco en mi estrecha cama.

Spence. Alex. «Un clásico del equipo de natación».

Mamá contando el dinero. Y mi abuelo, que cada vez anda más encorvado. Y Emory...

Lo que sea que ocurre entre mi padre y Nic. Viv y Nic.

Estoy irritada y confusa, y tan cansada de mirar la hora en el reloj que, a pesar de lo tarde que es, decido no permanecer allí ni un solo minuto más.

* * *

—¿Tienes hambre, Gwen? —pregunta mi madre cuando irrumpo en la sala de estar.

Está hecha un ovillo en Myrtle y la portada del libro que sostiene en sus manos muestra a un hombre nada realista vestido únicamente con una falda escocesa y una expresión ardiente.

—Puedo calentarte algo —me sugiere.

—Solo es insomnio. Sigue leyendo.

—Estoy llegando a la parte interesante. Lachlan McGregor y su archienemigo, McTavish, acaban de descubrir que el mozo de cuerdas de Lachlan es en realidad una joven que se venda los pechos...

Mi madre ha vuelto a hundir la nariz en las páginas mientras la observo.

—Y ahora tendrán que ir todos al psicólogo —puntualizo.

Fabio abandona su perfecta imitación de un cadáver perruno junto al horno, se acerca tambaleándose al sofá y hace un intento por subirse encima de mi madre, aunque acaba cayendo al suelo, por lo que echa un vistazo a su alrededor con una expresión que quiere decir: «Era lo que pretendía» y finalmente se escabulle bajo el sofá.

Para mi sorpresa descubro que Nic, a quien creía por ahí con Vivien y los frailecillos, está tumbado en el porche contemplando el cielo. Tiene un brazo doblado

bajo la cabeza, la misma postura que solía adoptar cuando de niños nos quedábamos hasta tarde viendo los fuegos artificiales del 4 de julio en la ciudad. Pero entonces me percaté del cigarrillo que brilla entre los dedos de su otra mano.

—¿Qué narices haces, Nic? —le arrebato el pitillo y lo lanzo a la gravilla, donde sigue iluminando durante algunos segundos más como si se tratara de una luciérnaga.

El verdadero padre de Viv murió de cáncer de pulmón con solo treinta y seis años.

—¡Venga, va! —Deja escapar un bufido—. Pero si sabes que yo no fumo. Solo he aceptado un cigarrillo de Hoop porque dice que le ayuda a concentrarse.

—Hoop es idiota, y lo sabes.

Me siento a su lado y rodeo mis piernas con los brazos. Él se endereza de un salto.

—Vamos a saltar. Me he tomado una cerveza, estoy demasiado cansado y no quiero pensar en nada. Tú también pareces agobiada. ¿Al puente o al muelle?

Siento una leve descarga corriendo por mis venas, seguida rápidamente de un sentimiento de culpa.

—¿Dónde está Viv? —pregunto.

Nic y yo solemos escondernos de mi amiga cuando queremos hacer cosas así. Ella no acaba de entenderlo. «¿Qué? ¿La vida por sí sola no es ya suficientemente espeluznante y peligrosa?». Si soy sincera, a veces me pregunto qué pasa por nuestra cabeza para que necesitemos ese subidón. No es que me vuelva loca el peligro, como cree mi amiga Vivien, sino que lo que me gusta en realidad es tontear con él de vez en cuando.

—Está preparando un millón de *cupcakes* para una fiesta del bebé. Fresa y más fresa. Deeeeemasiado rosa para mí. —Nic se encoge de hombros—. Ve a buscar el bañador, primita.

* * *

—¿Se ha quedado a desayunar el tío Mike? —pregunta Nic mientras nos dirigimos hacia el puente en el Ford Bronco de mi madre—. ¿O solo ha venido a traerle la ropa sucia a su exmujer y a hacer que su único sobrino se sienta como una mierda?

—Nic...

Dejo escapar un suspiro.

Él niega con la cabeza.

—¿Por qué tiene que presionarme tanto?

Me masajeo la frente con la palma de la mano, ya que la sensación de irritación se está multiplicando. Nic rodea mi cuello con su brazo, lleva mi cabeza hasta su pecho y me frota el cabello con los nudillos.

—Olvídalo, ¿quieres? —bromea—. No es tu problema. Te he dicho que no quería

hablar de nada serio y mírame. Limitémonos a saltar.

Sin embargo, solo unos minutos más tarde...

—Hoy me ha llamado mi madre —confiesa mientras subimos los anchos escalones de madera que el tiempo ha desgastado y dotado de un color grisáceo.

Hemos hecho esto mismo tantas veces que sabemos de memoria cuáles son los que están sueltos y debemos evitar, y cuáles los que están bien anclados y soportarán nuestro peso. Subimos apoyando primero la mano y luego la pierna en las distintas tablillas sujetas con clavos oxidados.

—¿Alguna novedad? —rompo el silencio.

Sabía que la respuesta sería: «No». Mi tía Gulia está inmersa en una espiral de novios malos, trabajos malos y decisiones malas. Su vida entera es como mi último mes de marzo.

Nic se encoge de hombros, inspira profundamente, suelta un alarido y se arroja al vacío sobre el torrente de agua. Espero hasta que su cabeza vuelve a emerger.

—¿A qué esperas? —grita Nic—. ¿No te estarás acobardando?

La sensación de quedar suspendido en el aire y luego sumergirte en el agua helada supone un auténtico subidón. Cuando emerjo, la adrenalina corre por mis venas, y eso me pone la piel de gallina, no el agua fría. Al salir a la superficie no puedo evitar reír, igual que Nic.

—La tía Gulia y mi padre dándote la tabarra el mismo día. No me extraña que estés tenso.

—Al menos esta vez no ha llamado para pedirme dinero. ¿La tabarra? Yo diría más bien que el tío Mike estaba insoportable, aunque yo tampoco me he quedado corto. —En su cara se dibuja una sonrisa maliciosa—. Menos mal que Viv sabe cómo hacer que deje de estar así.

Me tapo las orejas con las manos.

—¡La la la...!

—Es irónico que te comportes como una mojigata, cuando tú... —Nic hace una pausa y su voz se apaga al igual que la segadora de Cass esta tarde.

Me da la sensación de que el agua le ha enfriado de golpe.

—¿Cuando yo qué?

—Gwen...

Pero no prosigue. En lugar de eso, hunde la cabeza bajo el agua como si intentara aclararse las ideas. Cuando vuelve a emerger, estoy preparada.

—Suéltalo, Nic.

—¿Spence Channing? ¿De verdad? ¿En qué estabas pensando? Creía que se trataba tan solo de... un rumor, que lo decía para presumir. Como lo de las cinco y él en el *jacuzzi*. ¡Venga ya! ¿Quién hace eso? Solo un capullo integral. Pero nunca pensé que... —Se aparta el pelo mojado de la frente—. Lo de ese otro tipo, Alex, de acuerdo. Ese cretino te embaucó con su palabrería. Pero ¿Channing?

—No te hagas el santurrón conmigo, Nico.

—Gwen... De verdad, no era esa mi intención. Sabes que no te estoy juzgando.

—Pues lo parece.

Mi primo deja escapar un suspiro.

—Lo sé, es solo que... Será mejor que salgamos.

Nadamos hasta la orilla y nos dirigimos al Ford Bronco para sacar unas toallas del maletero. Entonces Nic se vuelve hacia mí con los dedos pulgar e índice muy cerca de mi cara.

—Estamos a esto de cagarla y quedarnos atrapados aquí, Gwen. Esa idea me atormenta. Me da miedo estar un día hasta las narices, dejar de pensar en las consecuencias y hacer algo que lo arruine todo. No quiero tener que preocuparme también por ti. Tú... Tú eres demasiado lista para esta vida. Pero el más mínimo error y te quedarás atrapada en este lugar con un bebé, una enfermedad venérea o una reputación dudosa. No quiero...

—La reputación dudosa ya la tengo, Nic.

«Y tú eres el que anda por ahí mirando anillos de compromiso con dieciocho años y no dice nada al respecto».

Sin embargo, la acusación se queda alojada en mi garganta. No puedo preguntárselo, al menos hoy no. Ya ha tenido que lidiar con su madre y con mi padre.

—En realidad, no —admite—. Yo no había oído nada hasta que Hoop sacó el tema, pensando que yo lo sabía.

—Sí, yo también pensaba que todo el mundo lo sabía. —Pongo énfasis en «todo el mundo».

Nic me mira a los ojos, pero aparto la mirada.

—Pues yo no —dice enfadado—. Y puede que otra mucha gente tampoco. Desde luego, no seré yo quien continúe el chisme. Lo que no acabo de entender es dónde tenías la cabeza. Te dije que no fueras a esa fiesta.

—Soy la mascota del equipo de natación, ¿recuerdas? Me va la marcha.

Nic maldice por lo bajo, encorva los hombros y los agita como si intentara sacudirse algo de encima. Nic está cerrándose.

Me zambullo en el agua, cierro los ojos y me alejo de allí nadando hasta Seal Rock. Reconozco la roca firme y familiar cuando la alcanzo. Aún está algo caliente por todo el sol absorbido durante el día. Trepo hasta lo alto, apoyo una mejilla sobre mis rodillas dobladas y abandono mi mirada a lo lejos, en el límite del océano.

Nic tiene razón. No debería haber ido a la fiesta de Spence. Cuando el anfitrión es famoso por las orgías que organiza en su *jacuzzi*, una debe saber ya a qué atenerse. Sin embargo, no pensaba esconderme después de lo que había pasado con Cass. No pensaba permitir que ese par de especímenes de The Hill, ni tampoco los demás miembros del equipo de natación, pensarán que yo valía para cronometrar sus tiempos en la piscina y para un rollo de una noche pero no era lo bastante buena como para merecer su compañía.

Nic y Viv estaban en el White House Inn, el único hotel de Seashell. Mi primo

llevaba meses ahorrando para poder permitírselo. Me había pasado la tarde comprando lencería de Victoria's Secret con ella, después de haber ayudado a Nic a encargar las flores y la cesta de regalo que entregarían en su *suite*. Como no tengo costumbre de llevar tacones, avancé dando traspiés por el caminito de adoquines junto a Hoop, que no dejaba de hacer crujir sus nudillos como si esperara tener que enzarzarse en un combate de lucha libre en la puerta. Al detenernos un momento a medio camino, Emma Christianson (alta, rubia, llena de curvas, de pómulos elevados, la pura imagen del dinero y la elegancia) pasó por nuestro lado y perdí el valor.

—¿De verdad nos han invitado? —pregunté a mi acompañante—. No iremos camino de protagonizar una escena en la que todos nos vapulean o algo por el estilo, ¿verdad?

Hoop puso los ojos en blanco.

—¡Saaanto cielo, Gwenners! Ya sabes cómo son estas fiestas. Spence ha invitado a prácticamente todo el instituto. Tiene que estar a la altura de la macrofiesta que dio nuestro amigo Somers hace unas semanas. Siempre están con la competitividad. Menudo par de cretinos. Vamos, voy a buscar una cerveza y algo de acción. No te preocupes. Vas biiiiieeeeeen.

Le había pedido un vestido a Viv, que es bastante más pequeña que yo por todas partes, por lo que me quedaba superajustado. Y además, era rojo y escotado.

Estaba acostumbrada a ir a fiestas en las que solo había un barril de cerveza o un puñado de botellines metidos en un cubo destartalado lleno de hielo a medio derretir. En esta, en cambio, había hasta una barra de bar como Dios manda en tonos blanco y negro, con espejos por todas partes que producían sensación de mareo. Cuatro licuadoras funcionando a la vez se encargaban de preparar los margaritas y un brebaje de color rosa. Spence, vestido con una camiseta negra de flores al estilo hawaiano en tonos morados, exprimía hasta la última gota de una botella de ron en una de las licuadoras. Se nos quedó mirando cuando entramos y me obsequió con su sonrisa perfecta, esa que casi nunca alcanza su mirada, pero en esta ocasión sí lo hizo.

—¡Guau! La princesa ha salido del castillo. Quién lo iba a decir. No pensaba que te apuntarías a esta también, Gwen.

Sirvió el brebaje rosa en un vaso de tubo, puso una sombrillita y me lo encasquetó en la mano.

—Iba a decantarme por una Coca-Cola. No soy mucho de beber.

—¡Lo corroboro! Esta muchacha es de azúcar —le aseguró Hoop antes de darme una palmadita amistosa en el trasero y alejarse de allí moviendo los hombros al ritmo de la música.

—De todas formas, aquí tienes —me ofreció Spence expectante.

Lo que le había dicho era cierto, pero di un sorbo nervioso a esa bebida desconocida y acabé casi atragantándome con un trocito de hielo. Spence se limitó a permanecer allí sentado mientras yo tosía, escupía y recuperaba poco a poco la compostura. Dejé el vaso sobre la barra y tiré del escote de mi vestido hacia arriba.

Su sonrisa se ensanchó y me repasó de arriba abajo como si acompañara con sus ojos el rubor que yo sentía abrirse paso por toda mi persona.

Estoy convencida de que a los tipos de Hayden Hill les dan un curso secreto: *Cómo descolocar a una joven*. «¡Que se vaya a la porra!». Di media vuelta y me dirigí a la puerta por la que había visto perderse a Hoop. Había llegado la hora de volver con los de mi clase.

Encontré a Hoop repantingado en un sofá contándole animadamente a una joven, a quien no conocía de nada, la historia de cuando pescó un marlín en la isla. Reconocí la historia; era el marlín de Nic.

Pasé de una estancia a la siguiente fingiendo que conocía la casa y sabía exactamente adónde me dirigía. Recorrí un pasillo flanqueado por una serie de bustos de mármol, un espejo ovalado gigantesco y unos cuantos jarrones altos, negros y brillantes con lirios blancos, y acabé en una estancia decorada como si estuviera al aire libre, aunque no era el caso. Guardaba varias cacatúas enjauladas y olía como si no se hubiese limpiado hace tiempo. Uno de los ejemplares empezó a dar brincos cuando entré en la sala.

—¡Cebo vivo! ¡Cebo vivo! —chilló.

Giré deprisa el picaporte bañado en oro de las vidrieras y salí a la terraza. Hasta los pájaros de Spence me desconcertaban.

Era una terraza enorme, como una versión al aire libre de toda la casa, que acababa en una barandilla curvilínea. En ella, disfrutando de las vistas de Stony Bay, atisé una silueta. Supe de quién se trataba solo por su forma de apoyarse sobre los codos y por el brillo de su pelo, aunque se encontraba agachado. Sentí tantas ganas de estar a su lado que empecé a notar un cosquilleo en el pie derecho, y de pronto tuve miedo de que se hiciera con el control de mi cuerpo y me llevara a donde sabía que era mejor no ir. ¿Cómo era posible que aún despertara esa sensación en mí? «Excelente trabajo, *Solete*». Dolor, vergüenza, pérdida y confusión; todo se adueñó de mi estómago. Regresé a la sala que daba paso a la terraza y fui recibida por los alaridos de la misma cacatúa horripilante.

—¡Hay oro en esas montañas! —gritaba el animal.

Me acabé la bebida de un trago, aunque ya estaba caliente y llena de semillas de fresa.

—No has cerrado las puertas. —Spence estaba apoyado en la pared que había junto a la entrada y señalaba las vidrieras que tenía a mi espalda—. Estos pájaros requieren una temperatura muy precisa. Mi madre es muy estricta al respecto. Aunque, bueno, ahora mismo está en Marbella... así que ojos que no ven, corazón que no siente. Y bien, Gwen Castle, ¿qué estás buscando por aquí, tan sola? Debe de existir una razón para que hayas venido a esta fiesta.

Sus ojos eran de un matiz extraño, mezcla de verde y amarillo, y ascendían ligeramente hacia las sienas. Eran ojos de gato. Hasta ese momento siempre me habían eludido, pero ahora se clavaban en mi rostro. Como no respondí, ya que

desconocía la verdadera respuesta, se llevó el pulgar lentamente a los labios y empezó a mordisquear una uña con despreocupación. Al fijarme bien, me percaté de que las tenía en carne viva de tanto mordérselas. Entonces asintió como si ya hubiese tomado una decisión.

—Necesitas otro daiquiri de fresa.

Me rodeó la cintura con el brazo y apoyó los dedos en mi cadera. Acto seguido, me dirigió hacia la puerta.

—En realidad, no necesito...

—Vamos, Gwen Castle. No te has quedado satisfecha, aún. Además, siempre he pensado que eres una joven que se ha quedado insatisfecha demasiadas veces, pero eso no ocurrirá esta noche.

Tomamos un camino distinto al que yo había seguido para llegar hasta allí y salimos a un largo pasillo cuyas paredes estaban forradas de papel pintado con relieve de terciopelo en tonos rojos y dorados. De ellas colgaban los oscuros retratos de distintos capitanes de barco que parecían enfurruñados y cuadros de las que supuse serían sus esposas, unas mujeres con el rostro redondo y aspecto nervioso.

—¿Son tus antepasados? —pregunté a Spence mientras buscaba en los óleos un rastro de su particular sonrisa.

—Todos fueron adquiridos en subastas testamentarias. Son solo para alardear, ¿de acuerdo, Castle? Las apariencias lo son todo.

En ese momento se abrió una de las puertas y salió al paso un hombre de edad avanzada enfundado en un batín de cachemir, como un personaje de las películas que veía mi abuelo. Su clareada cabellera lucía despeinada a la altura de sus orejas coloradas y se iba frotando un ojo, como hace Emory cuando está cansado.

—¿A qué viene todo este ruido? —preguntó a Spence.

—Es una fiesta, papá. ¿Recuerdas?

¿Ese era el padre de Spence? Debía de tener unos ochenta años. Parecía más bien su abuelo.

El hombre frunció el ceño.

—¿Y yo te he dado permiso? —se quejó con aire distraído.

—Tú has comprado la bebida.

Asintió, presa del cansancio, y desapareció por la misma puerta por la que había salido, aunque no la cerró del todo. Spence estiró el brazo y empujó el pomo con la mano hasta que oímos un clic.

Luego me miró fijamente, como si estuviera esperando a que yo dijera algo.

—¿A tu padre no le importa que montes una fiesta?

—¡Qué va! Le da igual. Aunque, estrictamente hablando, las bebidas las pagó su tarjeta de crédito y no él en persona. —Se encogió de hombros y soltó una risita—. ¿Qué? No me mires así, Castle.

No tenía ni idea de cómo estaba mirándolo, pero sospecho que con gesto de compasión. Nuestra casa entera cabía en su vestíbulo, aunque nunca me había

parecido triste y vacía como la suya, a pesar del bullicio de la fiesta que nos llegaba a lo lejos.

—Esto... —comencé a explicarme.

—Estoy seguro de que tú también tienes parientes locos escondidos en el desván. ¿Qué familia no es disfuncional hoy en día? Venga, vamos a buscarte lo que realmente necesitas.

Sirvió un daiquiri para mí y otro para él y luego me guio de nuevo hacia el pasillo. Y yo le seguí. Esa es la cuestión: le seguí por mi propio pie hasta ese enorme despacho. Me señaló un mullido sofá blanco con flores bordadas y se sentó en una butaca a juego situada enfrente.

—Eres muy, pero que muy guapa, Castle —dijo tras observarme por encima del vaso durante algunos minutos—. Y mucho más *sexy* cuando no llevas esas ropas anchas. No te comas la cabeza por lo que pasó con *Solete*. ¿Cómo iba a resistirse a ti? Además, fue sexo sin más. Un rollo sin importancia.

Pero no es eso lo que yo había sentido. No había sido sexo sin más, ni había carecido de importancia. En absoluto. Al menos, no para mí.

Aunque eso era lo último que pensaba admitir delante de Spence. Di un buen trago a mi bebida, sacudí la cabeza a ambos lados y solté una risotada que esperaba que resultara despreocupada y pasota.

—Ya lo he olvidado —dije alegremente—. Es fragua pasada.

¿Lo he dicho bien? ¿Fragua o agua? Debería dejar de beber.

Él soltó un silbido.

—No se lo digas a Cassidy —dijo él—. Al menos, no con esas palabras. Los hombres somos un tanto susceptibles, aunque es bueno saber que no hay sentimientos de por medio.

—No tengo pensado sentarme a charlar con Cass Somers.

—Venga, Gwen. Es un buen tipo. No te enfades con él. —Examinó mi rostro más de cerca y volvió a soltar un silbido de admiración, más largo y sonoro esta vez—. ¡Ajá! No estás enfadada, estás dolida. ¡Jolín! Lo siento.

Sonó como si lo pensara de verdad y... ¡Qué horror! Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Oh, no...! No era mi intención... Siempre me pareciste tan... No llores, por favor. —Spence dejó su vaso sobre la mesita y acto seguido me quitó el mío de las manos con un gesto delicado. Y entonces hizo algo completamente inesperado. Se inclinó hacia delante para besarme las lágrimas y me apartó varios mechones de la cara que iba colocando lentamente detrás de las orejas mientras me susurraba en las mejillas—: Una muchacha llorando es mi perdición. Las lágrimas me hacen perder la cabeza, no puedo evitarlo. ¡Shhhsss! Pero es un secreto... Si se corre la voz, todas en el insti sabrán cómo cazarme.

—Y adiós a lo de acabar con cinco en un *jacuzzi* —observé con voz temblorosa.

—Seis —me corrigió sin dejar de apartarme el cabello. Tenía una mancha negra

de mi rímel en su labio inferior—. Pero ¿quién las cuenta? Tienes unos ojos preciosos, ¿lo sabías?

—¿Le dijiste esa misma frase a las seis?

—Qué va. No hizo falta. Ninguna de ellas buscaba una relación seria y profunda. Ni yo, claro está. Y esta noche me parece que tú tampoco, ¿me equivoco?

No se equivocaba. No estaba buscando nada serio. Al menos, no esa noche. Viv, Nic, el hotel, Cass... Todos desfilaron por mi cabeza y se esfumaron hasta desaparecer de mi pensamiento cuando Spence se acercó a mí y se abalanzó sobre mis labios.

* * *

En el camino de vuelta a casa, Nic no deja de mirarme de reojo. Los músculos de sus hombros siguen tensos.

—Entendido —dice al fin—, no debería haber sacado el tema. Es solo que... A ver: eres guapa, divertida y nunca has tenido un novio de verdad y... —Tamborilea con los pulgares en el volante. Se ha quedado con la boca abierta, como si tuviera la esperanza de que las palabras apropiadas acabarían volando mágicamente hasta su boca—. ¿Ese imbécil de Alex te rompió el corazón?

—¡Por favor! Alex no llegó ni a rozar mi corazón. En su momento no lo creí así, pero ese pobre mequetrefe solo hirió mis sentimientos.

—Entonces, ¿Channing...?

Deja la frase inacabada, como si la mera idea le resultara del todo imposible.

Me hundo en el asiento y coloco los pies sobre la guantera.

—Vamos, Gwen. No te calles. Habla conmigo.

Muevo de lado a lado la cabeza.

—No, gracias.

Nic extiende el brazo y trata de acercar mi cabeza a su hombro, pero permanezco rígida y me escapo de él.

—Estoy bien. Mejor no hablemos de nada.

CAPÍTULO 15

Pero «no hablar de nada» es casi peor que tratar de explicarle a mi desconcertado primo lo que pasó en aquella fiesta, pues me recuerda la peor parte de esa noche, la más dolorosa, esa en la que no quiero pensar, aunque no pueda evitarlo.

* * *

Cuando me desperté no tenía ni idea de dónde estaba, salvo que allí no me sentía a gusto. Me encontraba en una postura incómoda, arrimada a la pared, y mi vestido estaba hecho una bola, arrugado bajo mi espalda. Tenía la boca dulce y pastosa y sentía la cabeza embotada, a punto de estallar. A mi lado alguien roncaba.

Permanecí allí tumbada clasificando mis sentimientos: 1) No era mi casa; 2) No me gustaba aquel lugar; 3) No estaba sola. Entonces empecé a atar cabos: el ronquido a mi lado, ese pie enorme enroscado con el mío, el claro aroma a *aftershave* almizclado y caro, y el empalagoso sabor a fresa...

Estaba en la fiesta de Spence Channing. En la cama con Spence Channing. Y sí, ambas habían sido elecciones mías y de nadie más.

Desenrosqué nuestros tobillos y me deslicé muy lentamente hacia el borde de la cama. Parpadeé confusa al ver el suelo en penumbra, una escalera que ascendía y el somier que me tapaba la cabeza. ¡Era una litera! Spence musitó y tanteó la cama en busca de mi cuerpo durante unos segundos, pero luego se dejó caer boca abajo y emitió un ronquido más profundo.

¡Estaba en una litera con un tipo que bebía daiquiris de fresa! Por alguna razón, quizá porque mi cabeza seguía embotada, esa me parecía la parte más surrealista de la historia. En una litera con sábanas decoradas con dibujitos de banderas náuticas, junto a un joven que en algún momento de la noche se levantó y se enfundó los pantalones de un pijama de cachemir, mientras que al otro lado de la ciudad, mis mejores amigos disfrutaban en una habitación de hotel que debía de oler a rosas...

«No pienses en eso».

Tenía que salir de aquella habitación.

Tras golpearme la cabeza con la esquina de un escritorio, di por fin con la puerta, busqué a tientas el pomo y salí al pasillo sin dejar de pestañear. Estaba iluminado con una luz tenue, pero aun así, me molestaba a los ojos. Tropecé con un joven —¿Chris Markos?— desplomado junto a la pared, mitad sentado, mitad tumbado, aunque totalmente fuera de combate.

A juzgar por toda la gente escampada aquí y allá —en los sofás, butacas o por el

suelo—, todos inconscientes, aquella fiesta sería recordada como «épica». Matt Salnitas yacía tumbado en un sofá con Kym Woo, que salía con su hermano. Quizás hubiese ya tantos culebrones en marcha que nadie se percataría del mío, a diferencia de lo que ocurrió en la última fiesta. «Ahora no pienses en eso. Encuentra a Hoop y lárgate de aquí», me dije. Me asomé por la ventana y eché un vistazo hacia la curva del camino de entrada, donde Hoop había aparcado su camioneta. El corazón me dio un vuelco: ya no estaba.

—Vamos, hombre... Llévame —suplicaba una voz en la cocina—. Pero si te pilla de camino...

—Jimbo, ya lo hemos hablado. —La voz que respondía parecía agotada—. Hoy estoy yo al mando. De ti y de las llaves del Kia.

Al entrar en la cocina, iluminada por fluorescentes, tuve que protegerme los ojos rápidamente con la mano. Sentados en sendos taburetes frente a la isla, encontré a Jimmy Pieretti y a Cass. El primero tenía delante un cuenco lleno de cacahuets sin pelar y agitaba uno de ellos para dar énfasis a sus palabras.

—Tengo que hacer algo, *Solete*. Tengo que impresionarla...

—Créeme, cantarle una serenata a las tres de la mañana en el jardín de su casa no es una buena idea. ¡Hola, Gwen!

Con aquella luz, y probablemente a causa del embotamiento de mi cabeza, Cass me recordaba al joven de aquel anuncio, la viva imagen de la perfección: camiseta blanca, pantalones caquis con la raya planchada, cabello rubio algo despeinado. Solo le faltaba un *golden retriever* a sus pies y un abuelo entregándole un reloj, reliquia de familia, para completar el cuadro. En cambio, el aspecto de Jimmy reflejaba como yo me sentía: algo desaliñado y con necesidad de un reseteo.

—¡Gwen! ¡Hola, Gwen! —dijo Jimmy con entusiasmo—. Preguntémosle a Gwen, a ver qué opina. Estoy seguro de que ella resolverá mis problemas amorosos.

Cass se volvió hacia mí durante un segundo. Aunque su mirada era neutra, descifré el pensamiento que se alojaba claramente en sus ojos: «Sí, ya, como que a Gwen le va mucho mejor con sus propios asuntos».

¿Cómo era posible que estuviera al corriente? Él estaba en la terraza cuando Spence me llevó a su habitación; cuando pasamos del mullido sofá del despacho a la litera.

Pero lo sabía. Era capaz de verlo en sus ojos y en la tensión que se reflejaba en sus nudillos al apoyarse en la encimera.

—Alexis Kincaid, Gwen —exclamó Jimmy—. ¡Es que es como si ni siquiera me viera! Tengo que conseguir llamar su atención. Porque somos almas gemelas, Gwen Castle, y eso es algo que debería entrarle en la cabeza. Por eso estoy pensando en cantarle una canción a los pies de su ventana. Una balada o algo por el estilo. A vosotras os chiflan esas cosas, ¿no? Eso y que corramos detrás de vosotras por un aeropuerto para evitar que subáis a un avión. Pero dado que ninguno de los dos tiene intención de salir de viaje, esa opción está descartada. ¿Y bien, Gwen? ¿Qué piensas

de lo de la canción?

—Yo no pienso llevarte a casa de Alexis para que su padre vuelva a llamar a la policía. —Cass se bajó del taburete, llenó dos vasos de agua y echó hielo—. Bebed esto.

A continuación los deslizó sobre la encimera. Uno se detuvo justo delante de mí, y el otro delante de Jimmy. Mi cerebro estaba muy espeso y comenzaba a entrar en una espiral que me hacía sentir asco de mí misma. Lo último que deseaba es que Cass cuidara de mí.

Me dejé caer en un taburete al lado de Jimmy y hundí mi rostro entre las manos.

—Venga, va... Gwen. —Jimmy insistía—. Dile a *Solete* que me lleve a casa de Alexis. Esta fiesta ha acabado para mí, porque la mujer de mis sueños no se ha presentado. Por favor, Gwen.

Abrí las manos y descubrí mi rostro. Tenía los dedos manchados de pegotes de rímel.

—¿Puedes llevarme a casa, Cass? —pregunté, en lugar de interceder por Jimmy.

Frunció los labios y levantó los ojos hacia el techo, como si desde allí pudiera ver la habitación de Spence. Pero lo único que dijo fue:

—Claro. Así ponemos a Jimmy a salvo de sí mismo por el camino.

Los hombres no necesitan tiempo para ponerse en marcha. Mi madre siempre anda buscando el bolso o tiene que comprobar antes de salir que lleva las llaves y su frigo portátil lleno de Coca-Cola *light*; Vivien tiene que ir a pintarse los labios una última vez, retocarse el peinado y comprobar el color de sus mejillas frente al espejo. Cass se limitó a sacar las llaves del bolsillo, encerrarlas en su puño y recuperar su cazadora; Jimmy dio un sorbo a su vaso de agua y ya estábamos listos para marcharnos.

* * *

Los seguí hasta el automóvil de Cass, que resultó ser un BMW rojo; si bien es cierto que me sorprendió que fuera un modelo antiguo: tenía esa forma cuadrada tan característica de los automóviles de otro tiempo, y la pintura había perdido su brillo, adquiriendo un tono anaranjado bastante parecido al de la sopa de tomate Campbell. Sin dejar de refunfuñar, como siempre, Jimmy se sentó en el asiento trasero a pesar de que traté de impedirselo.

—No. Ni hablar, Gwen Castle. Soy un caballero. Por favor, díselo a Alexis Kincaid la próxima vez que la veas. Venga, Cass, llévame a su casa. ¿Qué tiene de malo?

—Se llama acoso.

Cass rozó la piel desnuda de mi pierna con el reverso de la mano al poner la marcha atrás. ¡Oh, Dios mío! Qué hormigueo. No pude evitar sentir un escalofrío a

pesar de que me hallaba en pleno paseo —a motor— de la vergüenza.

—Se llama amor —replicó Jimmy.

—He dicho que no, Jimbo. Se pone un poco pesado cuando toma unas copas de más —me aclaró Cass en voz baja—, aunque es totalmente normal el resto del tiempo.

Cass mantenía el rostro fijo en la carretera, ni la más mínima inclinación hacia una servidora. Me deleité en su nariz recta, en su fuerte barbilla, en el brillo plateado que bañaba su pelo procedente de la luz de la luna y en los destellos de los otros vehículos que lo iluminaban. Crucé las piernas y me removí incómoda en mi asiento. Mis ojos volvieron a detenerse en el trocito de celo pegado en su cazadora. ¿Por qué no se compraría una nueva? Mi madre, Nic, mi padre, mi abuelo y yo tenemos que forzar al máximo la vida útil de nuestra ropa y reajustarla una y otra vez para que nos sirva durante el máximo tiempo posible, pero no es el caso de la gente de The Hill. Ellos podrían incluso usar una prenda, tirarla y reemplazarla por otra nueva. ¿Me explico?

Al llegar a la calle Mayor, giramos en una rotonda y nos dirigimos a la parte más antigua de la ciudad. Recorrimos una calle llena de casitas dispuestas en hileras rectas en la que todo estaba impoluto. Era como si allí viviera gente ordenada y responsable que jamás tomara malas decisiones. Esa espiral de vergüenza se intensificó y ahondó un poco más en mi pecho.

Cass entró en un camino de acceso circular.

—Ya me estoy arrepintiendo de todo lo que he hecho esta noche y de casi todo lo que he dicho. ¿No sufrirás por casualidad de amnesia selectiva, verdad, Gwen? ¿Podrías olvidar mi comportamiento de esta noche si te lo pido por favor? —masculló Jimmy mientras bajaba del BMW.

—Solo si tú también lo haces —le dije.

Gracias a la luz que entraba por la puerta abierta, me percaté de que Cass me miraba de reojo con una expresión demasiado seria. Jimmy se apeó finalmente del vehículo sin mirar atrás. La puerta se cerró de golpe tras él.

De pronto tuve la sensación de que se había evaporado todo el aire del interior, que el oxígeno se había escapado por la puerta, que no quedaba nada. Cass estaba demasiado cerca y el espacio me resultaba demasiado comprimido, como si no pudiera mover el brazo sin golpear el suyo o cambiar mi pierna de postura sin rozar la suya. O como si fuera incapaz de tener un pensamiento que no lo incluyera a él. Su perfil, sin embargo, no podía ser más distante. Con los ojos clavados en la carretera, sus manos se aferraban firmemente al volante en una posición responsable: en forma de V. Tomó un desvío, apretó las manos y volvió a relajarlas. Apretó y relajó.

El silencio se instaló entre nosotros como un auténtico aguafiestas, pero es que... ¿qué iba a decirle?

—Luna llena sobre el mar. Pide un deseo —murmuré al fin, solo por decir algo.

Mi madre siempre dice eso al ver un paisaje bonito. De repente sentí deseos de

que mi madre me abrazara y se encargara de solucionarlo todo, como solía hacer cuando tenía cinco años.

—¿Qué?

—Luna llena sobre el mar —repetí—. Pide un deseo.

Meneó la cabeza, se encogió de hombros y apretó la mandíbula. Tragué saliva y tiré de mi vestido hacia abajo para cubrirme las caderas un poco más. Ya estábamos entrando en el camino cubierto de conchas marinas que llevaba hasta mi casa. «La mansión de los Castle», pensé con ironía.

Aparcó e inspiró hondo como si fuera a decir algo...

Y yo esperé.

—Bienvenida a casa —dijo al fin.

Silencio. Me froté un ojo y limpié el dedo en el vestido dejando una mancha negra sobre la tela escarlata.

Cass alargó el brazo casi sobre mí, abrió la guantera y me ofreció un puñado de toscas servilletas de color marrón del Dunkin' Donuts. Trucos del equipo de natación para sentirse como en casa cuando hay concentración a primera hora de la mañana. Como no podía ser de otro modo, las llevaba cuidadosamente apiladas en el compartimento y no tiradas de cualquier forma como habríamos hecho Nic o yo en el Bronco. Volvió a apoyar las manos en el volante y paseó los pulgares por la superficie sin dejar de observarlos como si se movieran con voluntad propia.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Te ha... te ha pasado algo malo?

«Nada que no me haya buscado yo misma», pensé. Pero entonces me di cuenta de que me estaba preguntando si... si me habían forzado o algo así. Negué con la cabeza.

—No, nada de eso. Solo se trata de mi don habitual para hacer cosas estúpidas con la persona equivocada.

Me limpié los ojos con la servilleta y la guardé en el bolsillo de la cazadora.

Cass hizo una mueca de dolor.

—De acuerdo. Si lo que querías era hacer algo estúpido, Spence ha sido una gran elección. Pensaba que eras más lista.

—Pero si es tu amigo.

—Sí, ya, porque yo no salgo con él.

—No ha sido exactamente una cita.

—De acuerdo. ¿Y qué ha sido, entonces? ¿Otro bofetón para tu corazón?

—¿Y a ti qué más te da lo que le pase a mi corazón, Cass?

Abrió la boca pero ahogó sus palabras. Luego se cruzó de brazos y miró impertérrito por la ventana, rígido, con cierto aire sentencioso, consiguiendo así que mi espiral de humillación se transformara en ira. ¿Con qué derecho se creía para hablarme así?

—Y qué más da, Cass. Ha sido sexo, sin más. —Chasqueé los dedos—. Estoy segura de que estarás familiarizado con el concepto. Gracias por traerme a casa.

Tanteé la puerta en busca de la maneta y tiré de ella, pero antes de que pudiera darme cuenta, Cass ya estaba fuera, ofreciéndome su mano para ayudarme a salir.

—¿Qué haces? —dije contemplándole de pie.

Me miró como si estuviera loca o no fuera muy lista.

—Acompañarte a la puerta.

—No tienes por qué hacerlo. Yo... No soy la clase de muchacha a la que los jóvenes llevan hasta la puerta de su casa.

—¡Por el amor de Dios, Gwen! —Movi6 la cabeza y tom6 mi mano—. Pienso asegurarme de que llegas sana y salva.

—Creo que desde aqu6 podr6 conseguirlo.

—Voy a acompañarte hasta la puerta —declar6 categ6ricamente ayudándome a subir los desgastados escalones de madera—. No pienso arriesgarme a que vayas a arrojarte desde el muelle o desde cualquier otro sitio porque, perdona que te lo diga, tu comportamiento de esta noche est6 siendo un tanto impulsivo.

—Es una forma de verlo.

—Gwen... Yo... ¿Te importaría...? Quiero decir... —Se detuvo en nuestro felpudo, junto a las zapatillas de deporte de Nic y una bota de pescar desechada por mi abuelo. Al parecer no encontraba las palabras—. Me gustaría...

Cerr6 los ojos, como si estuviera sufriendo. Y yo esper6.

—No importa. ¡A la mierda! —solt6 antes de dar media vuelta.

Las conchas marinas crujieron bajo sus pies cuando se dirigi6 al BMW.

* * *

¿Utilicé a Spence... o él me utiliz6 a mí? No lo sé. Pero ¿acaso importa? Solo fuimos dos cuerpos. Brazos, piernas, rostros, aliento. «Sexo sin más». No tuvo importancia. Aun así, explicar aquella noche nunca iba a ser tarea fácil. Ni lo fue con Cass entonces, ni lo era ahora con Nic. Tampoco creo que explicármela a mí misma llegara a resultarme nunca fácil.

CAPÍTULO 16

Parece que Cass está peleándose con un arbusto cuando me cruzo con él al día siguiente de camino a casa. Lleva en las manos unas enormes tijeras de podar eléctricas y lucha a tijeretazo limpio con uno de los setos de la señora Cole, al que acaba de dar un buen mordisco en uno de los lados. Lo ha dejado totalmente asimétrico. Me quedo mirándolo. Él hace un alto el fuego, retrocede un par de pasos y procede con un nuevo tijeretazo en la otra parte. El seto, que solía tener forma de O, parece ahora el número 8. Un par de cortes más y se convertirá en una B.

No puedo evitarlo. Me detengo y ahueco las manos en mi boca.

—¡Deberías retirarte a tiempo! —grito—. Lo estás empeorando.

Él interrumpe el zis-zas de las tijeras.

—¿Qué has dicho?

Se lo repito un poco más alto, ya que *Phelps*, el *terrier* de la señora Cole, se ha puesto a ladrar como un poseso en el interior de la casa y araña la puerta mosquitera con frenesí.

—¡Ya lo sé! —dice Cass dejando escapar un suspiro—. Sigo pensando que podré igualarlo, pero... No quiero que esa mujer sufra un ataque al corazón cuando salga al jardín. Me parece que tiene los nervios a flor de piel. Antes ha soltado un chillido cuando he llamado a la puerta para preguntarle dónde había un enchufe.

Lo estudio detenidamente. Parece haberse olvidado del incidente de ayer y de todo el asunto de Henry Ellington.

Se separa un par de pasos más, examina el seto y se rasca el pelo a la altura de la nuca.

—¿Tú crees que notaría si arranco el seto y lo sustituyo por otro? Me parece que es mi única esperanza.

—Pero ¿es que llevas un seto de repuesto bajo la manga? —Al menos hoy sí que tiene mangas, pues lleva puesta la camiseta, gracias a Dios. Abro la puertecita del jardín y me dirijo hacia él—. Quizá si recortas la parte de arriba y rebajas un poco ese otro lado...

Vuelve a enchufar las tijeras y se pone a recortar el seto por el lado equivocado. Agito las manos para detenerlo hasta que veo que vuelve a pulsar el botón de apagado.

—¿Y ahora qué?

—¡Ese lado no! —le digo—. Lo estás empeorando todavía más. Dámelas.

—Ni hablar. Es mi trabajo.

—Sí, y hervir las langostas era el mío y no te cortaste un pelo.

—¡Madre mía! ¿Podrás superar de una vez lo de las langostas, Gwen?

Sinceramente tienes un problema con lo de aceptar ayuda de los demás.

—Me parece que el problema ahora mismo es que tú no eres capaz de aceptar mi ayuda. Anda, pásame las tijeras.

—De acuerdo. Que lo pases bien. —Me tiende el aparato, aparta las manos rápidamente y las mete en los bolsillos. Luego estudia mi rostro—. En realidad parece como si fueras a pasártelo demasiado bien. Tu intención sigue siendo usarlas con el seto, ¿verdad? —sonríe—. No conmigo...

—Mmm... No se me había ocurrido.

Pongo en marcha las tijeras y lo miro por encima de las hojas con aire pensativo.

Él se agacha y desenchufa la toma de corriente.

—¡Eh! —exclamo—. Que estaba intentando ayudarte.

—No me ha gustado la forma en que me estabas mirando. Me ha hecho dudar de la existencia de mis futuros hijos. Aún no me he olvidado de que solo un cuchillo de untar mantequilla se interpuso entre tú y Alex Robinson, el futuro contratador.

—Nunca pensé que te vería ser un inepto en algo. ¿No lo has hecho antes?

—¡Eh! Que no soy ningún inepto, es solo que aún no soy... epto. Si tanto te interesa, la respuesta es no. Segar la hierba del jardín de mi casa ha sido mi única experiencia como arquitecto paisajista.

—¿Y Marco y Tony lo sabían cuando te contrataron? —Hago una pausa—. Pero ¿por qué te contrataron?

—Ni idea. Mi padre habló con ellos primero y cuando vine a la entrevista solo me preguntaron si no me importaba trabajar duro y bajo el sol durante la mayor parte del día. Supuse que principalmente me encargaría de segar la hierba de los jardines de las casas, quizá también de quitar las malas hierbas. No pensé que tendría que plantar, podar y atar setos a las vallas, y juro por Dios que ni se me pasó por la cabeza que tendría que rastrillar la playa.

Vuelvo a enchufar las tijeras de podar. Las pongo en marcha y empiezo a recortar la parte de arriba del seto.

—Siempre puedes dejarlo —grito por encima del zumbido.

—Yo jamás abandono —grita también—. Creo que lo estás empeorando.

Corto un par de ramas más antes de bajar las tijeras y ocuparme de igualar el otro lateral. Luego me distancio para observar mi trabajo.

Definitivamente, tiene mejor aspecto. Me dirijo al seto que hace pareja con este al otro lado de los escalones y me afano en hacer que parezca idéntico al primero.

—Esto ya es presumir. Puedo acabarlo yo.

—Ni pensarlo, José. Está claro que no se puede confiar en ti.

Esta última frase cae entre nosotros como un jarro de agua fría.

Vuelvo a recordar su caballerosa forma de salvarme de la fiesta de Spence. De acuerdo, fue un caballero de brillante armadura algo gruñón, pero aun así... Sin dejar de apretar la mandíbula, Cass se dirige a la camioneta que usa el equipo de mantenimiento de Seashell, saca un cubo de plástico de la parte trasera y empieza a

recoger las ramas cortadas. Igualo los costados del segundo arbusto.

—¡Aquí estás, *garota bonita!* —saluda mi abuelo subiendo penosamente la calle.

En una mano lleva su bolsa de malla a rebosar de cangrejos azules, que no dejan de retorcerse, y en la otra a mi hermano y la correa de un *Fabio* nada entusiasta. Em va en bañador, lleva en brazos su peluche cubierto de arena y parece muerto de sueño.

—Te traigo a tu hermano. Lucía trabajará hasta tarde y hoy es noche de bingo.

—¡Superman! ¡Hola, Superman! Él Superman —dice Emory a mi abuelo con el rostro iluminado de pronto.

—¿Qué hay, *Superboy?* —lo saluda despreocupadamente Cass.

Mi hermano se lanza corriendo hacia él, le rodea una pierna con los brazos y besa su rodilla. Cass parece quedarse helado durante un instante, pero luego le da unas palmaditas en su espalda huesuda.

—¡Eh, camarada! —Se dirige a mi abuelo—. Hola, señor Cruz.

—Superman —repite Emory.

Para mi hermano está claro, no hace falta añadir nada más. Se desploma sobre la hierba después de obsequiar a Cass con la más radiante de sus sonrisas y arrima el peluche a su cuello.

—No te mentiré, querida. Hoy está algo difícil. *Está com pouco de humor.* Le he dado un helado, pero nada. No ha ayudado. —Mi abuelo saca el reloj de un bolsillo de sus pantalones. No es que sea un reloj de bolsillo, pero sigue llevándolo ahí por costumbre, un hábito de sus días de pescador, cuando tenía miedo de engancharse con algo—. Tengo que irme. Si llego tarde, Paco amañará los cartones.

—¿Dónde está Nic? Yo he cuidado de Em las últimas cuatro noches que mamá ha trabajado hasta tarde. Le toca a él.

—Ha ido a nadar —responde mi abuelo—. Pórtate bien con tu hermana, *coelho.*

Emory no le hace caso. Fija toda su atención en Cass, mientras este enrolla el cable.

—¿A qué playa? —pregunta Cass—. Casi he acabado aquí.

—Sandy Claw —responde mi abuelo.

—De acuerdo.

Cass termina de enrollar el cable y lo sujeta entre el hombro y el codo, poniendo de relieve su bíceps. Me da la impresión de que está más cachas que antes, si eso es posible. ¡Les presentamos la tabla de ejercicios Joven Jardinero!

—A lo mejor me paso por allí y le reto a una carrera. ¿Qué me dices, Gwen? ¿Quieres venir a comprobar si sigo en forma?

Me obsequia con la imagen de sus hoyuelos.

¡Oh, Dios mío!

Arrugo la nariz y me echo el pelo hacia atrás.

—Tu forma física no podría interesarme menos.

—Ya. Eso ya lo sé.

Examino su rostro detenidamente, pero lo cierto es que su tono de voz no podría ser más inocente.

Puede que sea el contraste entre el Cass seco y tenso de aquella noche de marzo, cuando no fui capaz de descifrar lo que sentía, un Cass totalmente inalcanzable, y el alegre y sonriente que ahora tengo delante. O puede que me haya dado demasiado el sol en la cabeza... Pero yo esbozo la más leve de las sonrisas y él me regala una de oreja a oreja.

* * *

Me digo a mí misma al llegar a casa que no pasa nada por dar de cenar rápido a Em, ni por preparar uno de esos platos congelados a los que es tan aficionada mi madre. Después de todo, a Emory le da igual, por mucho que mi abuelo y yo los aborrezcamos. Vierto un puñado de patatas fritas en la sartén y dejo que Em crea que el ketchup es una verdura. Le aseguro a mi conciencia que no existe ninguna razón para darme una ducha rápida ni para meterle prisa a Emory con su baño. Si en los Juegos Olímpicos existiese la modalidad de engañarse a uno mismo, yo me llevaría a casa la medalla de oro.

Pero entonces Em declara con rotundidad que no quiere ir a la playa, que tiene sueño, que está cansado y que lo que quiere es acurrucarse en el sofá. Se deja caer sobre Myrtle y *Fabio* lo imita, apoya la cabeza en su pierna y la llena de babas.

—Encender —dice señalando la tele.

—Aire fresco —replico sin vacilar.

—Encender, el oso Pooh, Dora.

—Conchas marinas, piedrecitas, ermitaños...

Emory hace morritos.

—Visto hoy.

Juego mi última baza.

—¿Superman?

CAPÍTULO 17

No tengo muchas esperanzas de que Nic o Cass sigan en la playa cuando nosotros llegamos allí. Como sé que Em va a negarse a caminar, lo meto a él, a *Escondrijo* y a *Fabio* en una vieja carretilla de color rojo y tiro de ellos colina abajo. Bueno, tirar tirar... tampoco; más bien corro delante de ella, ya que va ganando velocidad conforme descendemos. De pronto *Fabio* recuerda sus días de cachorro, salta de la carretilla y se pone a corretear entre mis piernas sin dejar de ladrar durante todo el camino.

Veo a lo lejos a mi primo y a Cass al final del muelle contemplando el agua; al parecer, listos para zambullirse de nuevo. Viv espera sentada en uno de los pilones de madera controlando la cuenta atrás en el reloj de Nic cuando Em, *Fabio* y yo llegamos a su altura.

—¿Hasta el rompeolas de nuevo? —pregunta Cass con la respiración entrecortada y las manos apoyadas sobre sus rodillas flexionadas.

—Ahora hasta el que está más lejos —responde Nic.

Se seca la frente y sacude la cabeza enviando gotitas en todas las direcciones. Entorna los ojos y señala el segundo muro de rocas, el de contorno dentado que apenas es visible con las olas. Cass se limita a asentir. Viv se protege los ojos con una mano evaluando el peligro.

—¿Queréis que me encargue de la cuenta atrás? —me ofrezco—. A la de cinco, cuatro...

Pero Nic se zambulle en el agua antes de que llegue a tres. Cass me mira con estupor y se lanza inmediatamente tras él. Distinguimos los veloces brazos de Nic moviéndose en la superficie.

—¡Vamos, Nico! ¡Vamos! —grita Viv.

Fabio se agita a nuestro alrededor, contento de formar parte de la acción. Siento el impulso de animar a Cass. ¿E ir en contra de mi propio primo? Puede que la sangre tire más que el cloro, pero al parecer, las hormonas desequilibran la ecuación.

—¡Vamos! —grito, aunque no estoy muy segura de a quién—. ¡Vamos! —vuelvo a gritar ahogando mis pensamientos.

Me asalta otro recuerdo del verano que Cass pasó en Seashell. Era el primer año que teníamos edad suficiente para nadar hasta el rompeolas solos. Lo recuerdo a él, todavía un muchacho enclenque, de pie sobre las rocas, levantando el puño en señal de triunfo, dándole una palmadita a Nic en la espalda y chocando los cinco conmigo. Luego, ese rubor tan característico adueñándose de sus orejas. Le faltaban las dos paletas.

Nic va en cabeza gracias a su tramposa ventaja.

Entonces oigo un nuevo chapoteo, seguido de un ladrido agudo de *Fabio*, y me doy la vuelta. No veo a Em. No está por ningún sitio y caigo en la cuenta de que no le he puesto el chaleco salvavidas. Por primera vez en la vida me he olvidado. Tampoco lo tenía sujeto de la mano, la pierna o el pliegue de su camiseta, algo que suelo hacer incluso tras haberle puesto el chaleco. Me arrojo al agua de inmediato. El grito de Viv retumba en mis oídos.

Hay marea alta.

Hay marea alta y Emory lleva su pijama de Superman azul marino, el mismo color del agua. Agito los brazos a mi alrededor como una loca buscando sus dedos, su pelo, su dedo gordo del pie, lo que sea. Emerjo del agua para tomar aire frenéticamente y vuelvo a sumergirme abriéndome paso con los brazos hacia las aguas heladas de las profundidades. Entonces toco por fin piel caliente, su pierna, — ¡Oh, gracias a Dios!— y lo atraigo hacia mí. Apoyo su cabeza contra mi hombro y nado hasta el muelle. Al salir Em aspira una bocanada de aire que suena como un sollozo y rompe a toser... Está tosiendo, lo cual significa que está respirando, aunque acto seguido empieza a llorar. Tiro de él hacia la escalera que media entre las aguas profundas y el muelle sin dejar de respirar de forma entrecortada sobre su cabeza.

Hay alguien a mi lado.

—Le has encontrado —me tranquiliza Cass apoyando su cálida mano sobre mi cintura—. Está a salvo... Le has encontrado. Respira. Los dos.

Emory berrea con más fuerza.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío —farfulla Viv.

Es culpa mía. Aparté la vista en el momento equivocado y olvidé ponerle el chaleco salvavidas.

Cass mantiene su mano en mi espalda y me ayuda a subir las escaleras. Viv nos aguarda con una toalla. Envuelvo a Em y lo acurruco en mi regazo.

—Em, habla —le ordeno—. Di algo.

—¡*Escondrijo!* —El torrente de lágrimas se intensifica—. ¡Mi *Escondrijo!* Quería ver agua y ha caído.

Cass se vuelve hacia mí esperando una aclaración.

—Su muñeco de peluche —le explico.

Le palpo la cabeza en busca de chichones, pero él no deja de llorar y de apartarme la mano.

—¿De qué color es? —Cass escudriña el agua—. ¿Marrón? ¿Negro? ¿Azul?

—Rojo.

—Perfecto.

Se sumerge de nuevo con una técnica tan perfecta que no salpica nada.

Nic llega a la escalera y trepa corriendo por ella. Sus ojos están dominados por la preocupación.

—Muchacho, ¿estás bien?

—¡*Escondrijo!* —se lamenta el pequeño.

Vivien, Nic y yo discutimos la opción de llevarlo a urgencias para que le echen un vistazo. Vivien, que tiene los ojos vidriosos, y yo estamos a favor, pero mi primo piensa que exageramos.

—¿No te acuerdas de cuando te caíste de la barca de tío Mike? Debías de tener unos cuatro años o así y no te pasó nada. Es lo mismo —dice Nic.

—Pero se trata de Emory —replico.

Em nació prematuro a las veintiocho semanas, apenas pesaba un kilo. Luego a los cuatro años enfermó de meningitis viral, no había manera de bajarle la fiebre. Cada vez que pilla un resfriado, este deriva sin remedio en una bronquitis. Todo lo que podría salir mal, acaba saliendo mal en su caso. Lo abrazo con tanta fuerza que por un segundo deja de llorar.

—Ay... Ten cuidado —replica Em.

—Aquí tienes, camarada —Cass aparece.

Cass ha subido la escalera del muelle cargando con un ermitaño de peluche desaliñado y chorreando.

Em interrumpe sus lágrimas y separa los labios para esbozar una amplia sonrisa.

—¡Salvado! Superman ha salvado a *Escondrijo* —exclama arrebatándole el cangrejo de las manos.

El pequeño lo aprieta entre sus brazos con la consecuente cascada de agua, recorre su cabeza con los dedos en busca de chichones y, por último, lo llena de besos antes de inclinarse hacia adelante, apoyar su mano en la mejilla de Cass y acariciarla como suele hacer mi madre con el propio Em.

Cass se aclara la garganta mientras arrastra un pie adelante y atrás sobre las tablillas de madera empapadas que forman el suelo del muelle.

—No ha sido nada, camarada. Puede que haga falta hacerle el boca a boca y pasarle un secador, pero se pondrá bien.

—Gracias, Somers. —Nic inclina la cabeza en su dirección. Tiene la barbilla un tanto elevada y los brazos cruzados sobre el pecho—. Piensas rápido.

—No tan rápido como tú te zambulles en el agua —añade Cass con templanza.

Nic tensa la mandíbula.

—Eso ha sido jugar sucio —continúa Cass—. Algo impropio de un futuro guardacostas.

El rostro de mi primo se ensombrece. Se vuelve rápidamente hacia Viv, luego hacia mí y, por último, baja la vista al suelo.

—¡Tres segundos de ventaja! —se mofa al fin, como diciendo: «Vaya cosa».

—Sí. Exacto.

Cass se aparta el pelo de los ojos, que parecen haberse teñido de un azul más gélido de lo habitual.

—¡Por el amor de Dios! ¿Queréis olvidaros ya de vuestra estúpida competición? —intervengo—. Hay que llevar a Em a casa.

Nic se hace cargo de mi hermano y me mira fijamente con una expresión

imperturbable. Le doy una palmadita en la espalda, o casi un empujón, en dirección a la playa. Él asiente con la cabeza, un movimiento tan leve que resulta casi imperceptible, y se pone en marcha seguido de Vivien, que va escurriendo el peluche. Mi amiga se vuelve en un par de ocasiones para mirarnos por encima del hombro. Estamos tan cerca que nos empapamos el uno al otro sin querer. Vivien inclina la cabeza hacia mí y se apresura en alcanzar a Nic y a Em.

Apoyo mi mano en el brazo de Cass sin perder un segundo.

—Gracias.

—No ha sido nada. —Cass se vuelve hacia mí con una expresión de lo más seria—. Pero... ¿de verdad ese peluche es un ermitaño?

Me echo a reír sin poder evitarlo. Qué sensación tan agradable. Siento cómo desaparece la tensión que tenía instalada en el estómago desde hacía días.

—Lo sé... Ya me imagino a un montón de diseñadores de juguetes encerrados en una sala de juntas y de pronto uno chasquea los dedos y anuncia: «¡Lo tengo! Una línea de crustáceos. Lo que cualquier niño desea». Pero Em lo adora. Así que de verdad... gracias.

—El rescate más importante ha corrido de tu cuenta, Gwen. Si sigues así, tendré que cederte mi capa de superhéroe o hablar con el entrenador acerca de aquel Premio a la Socorrista del Año que te ganaste a pulso en marzo.

El Chapuzón del Oso Polar.

Durante una milésima de segundo planea ese recuerdo entre nosotros, como si me hubiese lanzado un guante o arreado una bofetada. Lo miro fijamente a los ojos. No sé qué podrá leer en los míos, pero al cabo de un momento desvía la mirada. Alza la vista primero al cielo y luego vuelve a clavarla en mí y entreabre los labios. Sigo su mirada, que desciende hasta mi pecho. Cómo no, llevo la camiseta pegada al cuerpo y es blanca, o sea, prácticamente transparente.

Así que... ¿de eso va toda la historia?

—Oye, mi cara está más arriba —digo chasqueando los dedos.

Cass se agacha para recoger la toalla, que ahora es de un interesante tono rosáceo, y se la enrolla alrededor de la cintura.

—Oh, lo siento. ¿No tendrás frío por casualidad, Gwen?

Una sonrisa infinitesimal, suficiente para mostrar uno de sus hoyuelos, se abre paso en la comisura de su boca.

Suelto un gruñido.

—No tienes ni idea de la tortura que supone tener esto —le digo—. ¡Soy así desde los doce años! Como si solo fuera un par de tetas pegadas a una joven sin rostro. Algunas veces desearía poder arrancármelas y entregárselas a cualquier cretino a quien le diera igual el resto de mi persona y decirle: «Aquí las tienes. Me parece que esto es lo único que te interesa».

Cass se echa el pelo hacia atrás.

—Iba todo bien hasta hace un segundo —afirma señalando mi cuerpo con la

mano—. No era mi intención convertirte en un objeto, ni menospreciar tu personalidad. Tu aspecto es el que es. Denúnciame por fijarme. —Me mira a los ojos—. Cambiando de tema... Déjame que le dé un par de clases a tu hermano pequeño; si no, acabarás sufriendo un ataque al corazón de tanto preocuparte, o con una úlcera provocada por la culpa. No puedes estar en guardia cada minuto todos los días de tu vida. Y empecemos de una vez con las clases. Llegados a este punto, solo me estás dando largas. De verdad, quiero esas clases, ¿entendido? Necesito seguir en el equipo.

—¿Por qué es tan importante para ti? Tampoco quieres entrar en la Guardia Costera. Además, te aceptarán en cualquier universidad que desees.

Menea la cabeza sin dejar de mirarme.

—No sabes nada de lo que quiero. No tienes ni idea.

Su voz se ha endurecido de pronto. Tomo aire, cierro los ojos y me relajo.

—Tienes razón, no lo sé. No sé qué quieres. Hoy has hecho algo muy noble y yo estoy siendo una imbécil.

Siento un gran alivio al ver cómo toman forma sus dos hoyuelos en el corazón de sus mejillas.

—¡Guau! —exclama—. ¿Eso era una disculpa? Te perdono. Pero solo si tú me perdonas por plantarme delante de una joven como tú y dejar que mis ojos campen a sus anchas. Mi madre se sentiría muy decepcionada si se enterara.

Solo tengo un vago recuerdo de la madre de Cass aquel verano. Cuando uno es pequeño, los adultos que no conocemos bien se confunden unos con otros. Se trata de personas muy grandes que hablan de cosas que uno no entiende y que no parecen en absoluto interesantes. No recuerdo si era alta o baja, rubia o morena. Ni siquiera si era una persona amable. Trato de ubicarla en las competiciones de natación, pero me resulta imposible. Siempre es su padre el que va a animarle.

—Es terapeuta y está especializada en el poder de las jóvenes y las mujeres. Ha escrito varios libros al respecto. *Cómo el patriarcado silencia la voz de las mujeres* es el más conocido. ¡Ah! Y también *Hombres, ¿por qué molestarse?*

—¡Vaya! ¿En serio?

—A mi madre no le gusta dejar ningún sentimiento «desprofundizado»... —Arruga la nariz y entorna los ojos—. ¿Existe esa palabra?

—Más o menos.

Me esfuerzo por intentar recordar a la madre de Cass. Me la imagino con un vestido de hilo, el pelo suelto y las manos entrelazadas. Luego, con el pelo recogido en un moño y un traje elegante. Sin embargo, ninguna de las dos imágenes parece encajar.

—A veces nuestras cenas familiares parecen una sesión de terapia. Tengo la sensación de que todos deberíamos estar tumbados en nuestros respectivos divanes mientras mi madre explora nuestras psiques. «¿Cómo te sientes al volver a comer *pizza*, Cass? Creo que deberíamos examinar tu problema con el brócoli, Bill».

Sigo dándole vueltas a lo de *Hombres*, ¿por qué molestarse? Realmente me desagrada la idea de que Cass viva en un entorno tenso y reprobatorio. No me encaja con la imagen que tengo de su padre aquel verano. Recuerdo haberme sentido muy a gusto al entrar en su casa y no haberme obligado a dejar mis zapatos en la puerta.

—Pues ha tenido tres hijos varones —observo.

—Ajá. Yo fui su último intento de tener una niña. Habría sido Casandra..., esa a la que nadie escucha en la *Ilíada* y que muere al final.

—Y en lugar de eso, te pusieron el nombre del protagonista de una peli mítica del cine clásico.

—Sí, bueno, al que también se cargan al final.

—Pues a mí, mi madre me puso el nombre de la adúltera más famosa de todos los tiempos.

Estremece su cuerpo y clava la vista en el mar.

—Será mejor que me marche a casa —dice—. Tengo un... compromiso familiar esta noche. Y tú también deberías ir a ponerte ropa seca. Diseñaré un programa para Emory.

Y se aleja por el muelle sin volver la vista atrás. Escudriño el aparcamiento, casi esperando descubrir el Porsche de Spence, como el otro día, pero no está allí. Aunque bien podría haber estado, ya que el recuerdo de Spence se ha interpuesto entre nosotros. Una vez más.

Iba todo bien hasta hace tan solo un segundo.

CAPÍTULO 18

MI madre se desploma en el sofá mientras Nic y yo relatamos lo que ha ocurrido con Em. Ambos intentamos asumir la responsabilidad como si se tratara del último trozo de pastel.

—Ha sido todo culpa mía, tía Luce —comienza Nic—. Estaba tan obsesionado con la estúpida carrera que ni siquiera me fijé en que Emory no llevaba el chaleco...

—No, mamá, ha sido culpa mía. Me... —«Me he distraído al ver a Cass en bañador y con esta tregua extraña que no dejamos de romper y volver a firmar...»—. Me he distraído en el peor momento...

—No debería ser siempre cosa de Gwen, tía Luce. Me he desentendido por completo porque...

El rostro de Nic se pone colorado.

—Yo era la que estaba en el muelle con Emory... Yo lo he llevado allí y yo me he olvidado el chaleco.

Al final, aprovechando un alto en nuestro tira y afloja, mi madre deja escapar un suspiro y se vuelve hacia Em, que cabecea en el otro extremo del sofá. Apenas puede mantener los ojos abiertos y abraza con fuerza a *Escondrijo*. Mi madre se pasa las manos por debajo de los ojos, luego despeina cariñosamente a Nic y me acaricia la barbilla.

—Os pido demasiado a los dos, ya lo sé. Os miro y... sois tan buenos niños. Me gustaría daros lo que yo nunca tuve. Pero no podemos perder de vista a Emory, tenemos que mantenerlo a salvo. Porque él solo no puede.

Mi abuelo, que está rellenando de tabaco la cazoleta de su pipa, nos señala intermitentemente a Nic y a mí con ella. Ya casi nunca fuma, salvo en casos de extrema preocupación.

—Nuestro *coelho* necesita clases de natación. Se lo pediremos al jovencito que trabaja de jardinero. Me lo propuso hace unos días.

—Puedo hacerlo yo —protesta Nic—. ¿Por qué tenemos que meter en esto a Cassidy Somers?

—Ya lo intentaste, Nico —interviene mi madre dándole una palmadita en la rodilla—, al igual que el abuelo o Gwen. A veces estas cosas funcionan mejor con alguien que no es de la familia.

—Vaya. ¿Recuerdas cuando papá intentó enseñarme a conducir? —exclamo. Me estremezco.

—Hubiese ido mejor si no te hubieses estrellado contra la valla de la señora Partridge —me reprende mi madre—. La muy arpía sigue sacando el tema cada vez que voy a limpiar su casa.

Mi abuelo acerca una cerilla a la pipa, toma aire y lo deja escapar varias veces seguidas. Finalmente se coloca el chisme en la comisura de los labios.

—Se lo diremos a ese joven. Pregúntaselo esta noche. —Me señala con el dedo—. Está viviendo en la isla, ¿verdad?

—En La Garita —confirma Nic—. Ya se lo diré yo.

—No —dice mi abuelo—. Necesito que tú me lleves a misa. Mi *coelho* ha tenido mucha suerte hoy y debemos dar gracias por ello. Ginebra puede disponer los detalles con el jardinero. ¿Quizá podríamos pagarle con pescado?

Hago una mueca al imaginarme entregándole a Cass una caballa muerta al final de cada clase.

—Ya pensaremos en algo —explico a todos—. Y, familia, su nombre es Cassidy. Ni José, ni jovencito, ni jardinero. ¿Por qué le cuesta tanto a todo el mundo? Además, tampoco es tan joven, tiene nuestra edad. Bueno, creo que solo es un poco mayor que yo, pero no es como si fuera un niño de diez años. A ver... Es obvio, solo tenéis que mirarlo. De todas formas deberíais recordarlo, del verano que pasó en la isla... Aquel que hizo un tiempo de locos y... y... ¿No os acordáis? Por no mencionar que está en el equipo de natación con Nic, ¡por favor!

Mi abuelo, Nic y mi madre me miran sin pestañear, como si me hubiese crecido una segunda cabeza de color verde con manchas rosas.

—¿Es ese joven tan educado que tiene esos fantásticos abdominales? —pregunta mi madre.

—Ya sabes que casi nunca podemos ir a los encuentros de natación —se justifica mi abuelo—. Y todos los muchachos parecen iguales con el gorro puesto y esos bañadores *muito pequeno*.

«No son todos iguales, ni mucho menos».

* * *

Emory sigue dormido cuando decido salir de casa, así que me llevo a *Fabio* como excusa para que mi visita sea breve. Cass no querrá que nuestro perro viejo, flatulento e hipernervioso ande por su casa durante mucho rato. Será una transacción comercial breve, que es lo único que debe ser.

Sin embargo, tras llamar a la puerta del apartamento de La Garita no es Cass quien me abre, sino Spence. Me recuerda al joven que sale en el anuncio de pasta de dientes, aunque ayuda el hecho de que vaya vestido de blanco de pies a cabeza con su equipo de tenis.

—Hoooooola —me recibe con voz cansina. Abre la puerta ayudándose con el talón y me repasa de arriba abajo con su gesto habitual. Debe de ser un acto reflejo, pues por lo que he oído, Spence no come dos veces del mismo plato—. Qué sorpresa verte aquí.

Fabio le lame la pierna y se apoya contra ella cariñosamente esperando a que mi anfitrión se digne a rascarle las orejas. Spence se agacha y satisface al animal, por lo que *Fabio* se pone inmediatamente boca arriba. «¡Traidor!».

—Tengo que hacerle una pregunta a Cass. ¿Está en casa?

—Está imitando a la Bella Durmiente. —Spence me señala con el pulgar una puerta cerrada—. Pensé que podría convencerlo para que viniera a jugar conmigo, pero se ha quedado roque. Y eso que dijo que solo necesitaba echar una cabezadita, y ya lleva más de una hora. Anda, pasa.

Le respondo que volveré en otro momento, pero Spence ni se molesta en discutir conmigo. En lugar de eso, hace caso omiso a mis palabras y abre la puerta de par en par.

—No te morderé, a menos que me lo pidas con muuuucha educación —bromea—. Venga. Cass está en plan coñazo. Este verano se ha convertido en un zombi currante, siempre está cansado y no se apunta a nada decente, y mucho menos a algo indecente.

—Pobrecillo —observo con ironía.

Pero entonces *Fabio* se abalanza con ímpetu hacia el interior y con sus casi cuarenta kilos me arrastra hasta el sofá, donde se acomoda de un salto presa de uno de sus inoportunos arranques de energía juvenil. Tengo que sacarlo de allí. *Fabio* es famoso por «marcar territorio» en los sofás que le son desconocidos.

—Tú sí que sabes hacer una entrada, Castle. Pues sí, es una mierda que se haya convertido en un currito. —Spence parece sincero y pasa por alto la ironía que supone quejarse sobre lo horrible que es tener un trabajo de verano a una persona que obviamente también tiene uno—. Yo nunca lo haría. Quitar las malas hierbas, segar el jardín... Vaya forma más horrible de pasar tres maravillosos meses sin clase. Yo le habría dicho a mi padre que pasaba del tema, pero ya conoces a nuestro Cass. Siempre hace lo que le dicen.

«Sí, sobre todo lo que tú le dices».

—No es «nuestro» Cass —matizo.

Echo un vistazo a mi alrededor. Qué horror. Los electrodomésticos son de color aguacate y las paredes de un atroz amarillo chillón. Los armarios imitan a la madera de cerezo, la chapa despegada deja ver el conglomerado del interior. Por último, el linóleo, que intenta simular un suelo enladrillado, está agrietado y levantado en las esquinas. En Seashell se rehace el firme de las pistas de tenis todos los años y se invierte una fortuna en pagar a un experto golfista para que venga a analizar el campo de golf y después dé algunas clases privadas, pero por lo que se ve, el apartamento del jardinero no entra en la lista de prioridades.

—Como gustes, princesa —me dice Spence—. ¿Palomitas? Me muero de hambre y *Solete* no tiene nada más que ofrecernos. —Abre la puerta del microondas, mete la bolsa y vuelve a cerrarlo—. Este trabajo le está sorbiendo la vida, en serio. Es peor que el condenado instituto. Por mi parte, no tengo intención de hacer nada

provechoso este año. Los dos últimos veranos me los he pasado en la academia de idiomas Middlebury y en el campamento de tenis de Choate. Este año, cambio radical. Pienso aprovechar el verano para ponerme moreno, hacer el perro, engordar y ser feliz.

Me planteo la opción de hacer algún comentario mordaz con respecto a su falta de ambición, pero honestamente todo eso suena muy bien si uno puede permitírselo. Excepto lo de engordar. Creo que yo eso podría conseguirlo incluso trabajando.

—Pero casi nunca me pongo moreno —continúa Spence por encima del runrún del microondas—. Ni hago el perro. Y definitivamente nunca engordo.

Saca la bolsa de palomitas y se chupa los dedos maldiciendo por lo bajini.

—Te has olvidado de lo de ser feliz —añado.

Se encoge de hombros, aunque una expresión de tristeza cruza su semblante.

Fabio sigue embelesado en el sofá, junto a una enorme pila de ropa limpia amontonada con una barbaridad de prendas rosas. Caigo en la cuenta de que esa es la primera vez que Spence y yo estamos a solas desde la fiesta. De pronto siento la necesidad de ocupar mis manos con algo, por lo que agarro una camiseta y me pongo a doblarla, seguida de otra... y cazo una pareja de calcetines que enrolló en una bola.

Oigo a Spence dejar escapar un suspiro que parece casi un bufido, levanto la vista y descubro que me está observando minuciosamente.

—Qué mujer de su casa. Algún día serás una esposa adorable.

Abandono el segundo par de calcetines. Pero ¿se puede saber qué estoy haciendo? Estoy convirtiéndome en mi madre. Me pongo colorada, pero cuando levanto la vista de nuevo hacia Spence, veo que me sonrío ofreciéndome la bolsa de palomitas.

—¿Te apetece algo frío con lo que acompañarlas? Mi regalo de bienvenida para Cass fue un pack de Heineken. Eres muy divertida con algo de alcohol en el cuerpo.

—Sí, ya me conozco la cantinela, Spence. El clásico del equipo de natación, como bien dijiste.

—Te pido disculpas por ese comentario, Castle. Fui un cretino. Es lo que mejor se me da. Bueno, lo segundo —insinúa con un sugerente movimiento de cejas.

Contengo las ganas de dar rienda suelta a mi lengua y me decanto por menear la cabeza exasperada.

—¿Cómo está tu hermano? —dice Spence más serio.

Esa pregunta, impropia de él, y el hecho de que Cass obviamente haya hablado de Emory me desconciertan.

—Bien —respondo de manera cortante—. Por eso he venido. Cass se ofreció a enseñarle a nadar y quiero aceptar su oferta. ¿Podrías decírselo? Yo me marchó ya y...

—Cass casi se ahoga cuando tenía seis años —me interrumpe—. La marea subió y nos pilló en la playa. Estábamos a cargo de mi padre, que iba... Bueno, da igual. Fui a buscar al socorrista y él lo salvó. —Nic echa un vistazo a su reloj—. ¡Madre mía, son casi las siete! Tengo que estar en el Club a las ocho. Voy a despertarlo.

Se encamina hacia la puerta cerrada y le piso los talones.

—No lo hagas. Ya volveré.

Pero Spence no se detiene y lo sigo hasta el interior de la habitación, decorada con los mismos tonos horribles que la sala. Sin embargo, aquí las paredes amarillas y verdes quedan semiocultas bajo un puñado de mapas dibujados a mano y firmados con una caligrafía esmerada: CRS.

Tumbado boca abajo, Cass abraza la almohada como si fuera una persona de la que no quisiera alejarse ni un solo milímetro. Tiene el cabello empapado y la boca entreabierta. La sábana le llega hasta la cintura, dejando al descubierto su torso desnudo. Suplico al cielo por que debajo de ella haya unos calzoncillos de color rosa. Empiezo a retroceder lentamente hacia la puerta en el preciso momento que *Fabio* decide irrumpir, abalanzarse sobre la cama y el trasero de Cass y propinarle un lametón vigoroso, de los que no le hemos visto en casa desde hará unos cuatro años.

Spence estalla en carcajadas. Cass levanta la cabeza y abre los ojos como platos. Entonces me ve y luego mira a Spence, y sus ojos se abren aún más.

También es la primera vez que los tres estamos tan cerca desde la fatídica fiesta.

—¿Qué pasa aquí? —balbucea Cass.

—Mira, el rosa es definitivamente tu color —asegura Spence señalando la funda de la almohada, también rosa.

—¿Qué pasa aquí? —repite Cass mirando intrigado a uno y a otro.

Remete la sábana a su alrededor y no quedan arrugas ni pliegues, por lo que sospecho que debajo solo está su cuerpo. Un nuevo lametón en el hombro. ¿Lo hará a propósito para dejarme en ridículo?

—Nada... —digo—. Yo ya me iba.

Agarro el extremo de la correa y tiro de ella, pero el animal hace fuerza con las patas y apoya el morro en la nuca de Cass. Spence suelta una nueva risotada, se acerca a la cama y le da un empujoncito al traidor de mi perro para bajarlo al suelo.

—¿Por qué tanta prisa? —sonríe Spence—. Relájate, Castle. A todos nos vendría bien una birra. Yo, al menos, voy a buscarme una.

Sale de la habitación y me deja a solas con un Cass probablemente desnudo y *Fabio*, que elige ese momento para marcar su territorio en la parte inferior de una de las patas de la cama, como si se tratara de una boca de incendios o una farola de la calle, donde me gustaría estar a mí, a poder ser muy muy lejos de allí.

Me tapo los ojos y maldigo entre dientes. Oigo cómo Cass airea las sábanas.

—Pero qué narices... —exclama—. ¡No!

—Iré a por un estropajo y lo limpiaré. No te preocupes. Le gusta mearse en las cosas que le parecen... interesantes, por así decirlo. Tiene esa mala costumbre. Es viejo y ha perdido los modales o, bueno, más bien, el control de la vejiga. No sabes cuánto lo lamento. ¿Puedo morirme aquí mismo?

Su risa enmudece las últimas palabras de mi frase.

—Por supuesto que no —responde al cabo de un momento—. Un cadáver en el

suelo de mi habitación sería mucho peor que esto.

Sigo ocultando mi rostro tras las manos.

—Siento que mi perro no tenga un poco más de... autocontrol.

—A ver, sería una falta de modales si lo hiciera yo, pero es algo muy habitual en un perro —bromea Cass—. ¿Piensas bajar las manos algún día?

—No me quedará más remedio, si pretendo limpiar este desastre.

Me doy media vuelta y tiro de *Fabio*, que por suerte decide colaborar y venir conmigo justo cuando me topo con el marco de la puerta. Cierro la puerta tras de mí.

—Ten.

Spence intenta endosarme una cerveza.

—Es lo último que necesito.

Rechazo la botella helada y echo un vistazo en busca de papel de cocina, pero como es evidente, no hay. Cass tiene diecisiete años y, al igual que Nic, jamás vería la necesidad de comprarlo. Tampoco hay paños de cocina. ¡Menuda sorpresa! ¿Qué otra opción me queda? En las novelas de mi madre (o de la señora Ellington) la protagonista se levantaría la falda con elegancia y se rasgaría las enaguas, si bien es cierto que lo que ha sucedido aquí nunca le pasaría a ninguna de las heroínas de mi madre, ya que esta clase de cosas solo me pasan a mí.

Spence se rasca la cabeza y toma un sorbo de su cerveza.

—Pero ¿no se supone que los jóvenes de la isla sois medio salvajes? —Spence me mira hacer—. ¿Es que nadie de por aquí se pilla nunca una buena turca? Nic Cruz es como un *boy scout* o peor. Y tu amiga Vivien... a ella ni siquiera la he visto nunca en una fiesta.

—A ellos les va más lo de celebrar fiestecitas privadas. Tampoco es como si tú y Cass os pasarais la vida amorrados a un barril de cerveza.

Finalmente me decanto por utilizar papel higiénico. Llamo a la puerta de la habitación con decisión. Al parecer, Spence ha perdido interés en nuestro pequeño culebrón y se ha puesto a ver un partido de baloncesto en la minúscula televisión del salón.

—Pasa —dice Cass al otro lado.

Me encuentro con Cass de espaldas a mí acabando de abrocharse la bragueta de unos *jeans* raídos. Lo bien que le quedan debería ser la última cosa que pasara por mi mente en estos momentos, pero aun así... ¡Oh, Dios mío!

Limpio el charco, y sigo frotando la superficie casi seca porque la vergüenza me bloquea y no sé qué decir. También él permanece en silencio y, al no poder ver su cara, me pongo más y más nerviosa y acabo haciendo lo que ya es típico en mí: soltar lo primero que me pasa por la cabeza.

—¿Estabas durmiendo desnudo?

CAPÍTULO 19

—¡Se acabó! —me grita Viv a lo lejos antes de detenerse con brusquedad en el arcén.

Esta vez no voy protagonizando el paseo de la vergüenza, sino el de la humillación, desde La Garita hasta mi casa mientras el sol se pierde finalmente en el mar. Viv se estira todo lo posible para abrir la puerta del copiloto.

—Ya está bien. Sube —ordena Vivien.

—¿Me estás secuestrando?

—Sí. Adentro. Ahora.

Hago tintinear la correa de *Fabio*.

—¿Estás segura? —le digo.

Vivien está al corriente de los malos hábitos de *Fabio*.

—Creo que le va lo de marcar la madera y las telas, pero no el vinilo —me explica desde el interior del automóvil—. Te diré más, acabo de entregar diez kilos de mejillones picantes en salsa de ajo, y otro tanto de chorizo tras haberme pasado cuarenta minutos en un atasco en el puente. No creo que *Fabio* empeore este olor. ¡Sube antes de que tenga que obligarte por la fuerza!

—¿Tienes un arma? —Tomo asiento y la miro de reojo.

Viv da marcha atrás a toda velocidad haciendo chirriar los frenos y luego sale disparada hacia delante aún más rápido.

—Mi arma más peligrosa es mi forma de conducir, y ambas lo sabemos. No pienso detenerme hasta que me cuentes qué está pasando entre Cassidy Somers y tú. Caramba, pero si parecía que iba a poseerte allí mismo en mitad del muelle.

—No seas exagerada. ¡Santo Dios, Vivien, ve más despacio!

—No lo soy. Ese tipo te mira como si quisiera untarte sobre una tostada.

Me echo a reír.

—¿Una tostada? ¿A qué viene eso?

—De acuerdo, me ha quedado un tanto extraño. Trabajo preparando *caterings*... Solo pensamos en comida. Pero me has entendido, ¿no? —Pone una mirada entornada y dulzona—. Y tú le miras del mismo modo, nena.

—A ver, acababa de tirarse al océano para salvar a un peluche. La mayoría de los tipos ni se habría inmutado. Yo le estaba agradecida, él estaba siendo majo...

Apoyo los pies en el salpicadero. El cerrojo de la guantera está roto y el compartimento se abre con el peso. Como mínimo, ocho multas por exceso de velocidad y de aparcamiento salen despedidas y aterrizan en el suelo de mi asiento, ya de por sí bastante abarrotado.

Vivien meneaba la cabeza con vigor y el extremo de sus trenzas se estrella contra

sus mejillas.

—Nico siempre dice que va a arreglarlo.

—Sería mejor que solucionararas lo de las multas.

Se recoloca en su asiento y clava sus ojos en mí.

—Sí, ya... No me cambies de tema. ¿Majo? Para empezar, esa no es la primera palabra que me vendría a la mente al pensar en la forma en que os miráis el uno al otro. ¿Y ahora resulta que has decidido dejar de odiarlo? ¿Desde cuándo? —Baja la voz para conferirle un tono más dramático—. ¿Y exactamente a qué se debe? Detalles, Gwenners. Estás saltándote a la torera nuestro código de amistad.

Veo por fin la brecha que he estado esperando y decido aprovechar la oportunidad.

—Quizá deberías recordarme una vez más lo que decía el código —le digo.

—Debes informarme de todo cuanto pase en tu vida para que podamos analizar minuciosamente los pros y los contras, sobre todo cuando se trate de tu vida amorosa. ¿Cómo, si no, voy a saber cuándo tengo que venir al rescate con una tarrina de helado y cuándo llevarte a comprar lencería fina?

—¡Puf! Ya puedes descartar lo último. Preferiría enfrentarme a un pelotón de fusilamiento que a los espejos de Victoria's Secret.

—Detesto que te infravalores, Gwen. Ya vuelves a estar cambiando de tema. Además, has pasado por alto lo fundamental: soy tu mejor amiga, debo saberlo todo.

Me cruzo de brazos.

—¿Ah, sí?

—Pues claro.

—¿Y se supone que debe ser mutuo?

—Por supuesto. ¿Acaso no te cuento yo cada detallito de mi relación con Nic? Por cierto, aún sigue cabreado por contarte lo que me hace con los pulgares.

—¡Ay! No me hubiese importado no saber eso. ¡Por el amor de Dios, Vivien! —Jugueteo con un hilo suelto en el dobladillo de mis pantalones cortos—. ¿Qué me dices de lo del anillo?

El rubor se abre paso poco a poco por las mejillas de mi mejor amiga y sigue su camino cuello abajo.

—Yo... quería contártelo.

—¿Y por qué no lo has hecho? ¡Estoy aquí mismo! ¡Nos vemos cada día! ¿No podías haber dicho algo como: «Eh, Gwen, pásame otro *brownie*. Por cierto, estoy prometida con tu primo aún adolescente»?

Viv se cambia de carril sin señalizarlo y se gana una tanda de bocinazos por parte del automóvil que circula detrás de nosotras.

—Pensé que... que te parecería raro.

—Porque lo es. Aunque lo más raro es que no me hayas dicho nada. Ni tú ni Nic.

—Tú tampoco has soltado prenda, y no me digas que no. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Desde siempre. Bueno, hace dos semanas.

Se detiene en el arcén y se vuelve hacia mí.

—Mira, lo siento. Nic y yo decidimos mantenerlo en el más absoluto secreto. Sabe Dios que Al se hubiese puesto como una furia si se hubiese enterado. Ni qué decir de mi madre. Me hubiesen metido en... ¡qué sé yo!... un convento en menos que canta un gallo.

—¿No creías que fuera capaz de guardar el secreto? —murmuro.

Su expresión cambia por completo y se endurece un poco.

—No. Sé perfectamente que puedes guardar un secreto. De hecho, parece ser tu especialidad.

«¡Encima!».

—Ni siquiera sé lo que hay entre Cass y yo —espeto—. ¿Cómo voy a hablarte de lo que hay entre nosotros si ni siquiera yo lo sé?

—Se supone que yo debo ayudarte a descubrirlo. Está especificado en nuestro código de la amistad. Pero no me refería a Cass, sino a... —Inspira hondo y se pone derecha—. Me estaba refiriendo a Spencer Channing. ¿Cuándo ibas a contarme lo de Spence Channing, Gwen? Si es que pensabas hacerlo...

Me hundo en el asiento. Ni siquiera me atrevo a mirarla, y eso que es mi mejor amiga. Pero que se haya enterado es casi peor que cuando lo hizo Nic. Me llevo las palmas de las manos a las mejillas en un intento por bajar mi temperatura.

—Viv... tú siempre has tenido a Nic. Siempre. Siempre habéis sido una pareja sólida. Siempre. Después de lo que pasó con Cass... Por no mencionar el haber sido tan estúpida para caer en las redes de Alex y permitir que mi padre nos sorprendiese. Pensé que tú...

Me aclaro la garganta, aunque soy incapaz de dar con las palabras apropiadas para continuar.

—¿Que yo qué?

Vivien me obliga a bajar las manos, toma mi barbilla y la vuelve hacia ella para hablar cara a cara.

—Que me considerarías una golfa. Y si tú hubieses pensado eso de mí... —Jugueteo con un trozo del asiento despegado. Vivien se limita a observarme hasta que al fin termino la frase—... significa que probablemente es cierto.

Vivien deja caer la cabeza en su reposacabezas.

—Ya sé que es una estupidez, pero aun así... —susurro.

—¡Santo cielo, Gwen! ¿De verdad? ¡Por favor! Nunca hubiese pensado eso de ti. Yo he practicado el sexo mucho más que tú. ¿También soy una golfa?

—No es lo mismo. No se trata de amor verdadero, como en el caso de Nic y tú. Era, es... sexo sin más.

Me observa en silencio durante un buen rato, preocupada.

—¿Estás segura? ¿Cass sabe eso? ¿Y Spence?

No hago caso de la pregunta acerca de Cass.

—«Sexo sin más» es lo que le va a Spence. En su caso no hay más. Él fue quien acuñó el término.

Hace una mueca.

—Qué raro. Haces que suene como si ni siquiera le gustara, y se supone que es todo un maestro. Esto... ¿Qué tal estuvo?

—¿Cómo? No lo sé. No me acuerdo muy bien.

De nuevo gesticula una mueca.

—Eso me suena a «mal». ¿Y qué tal Cass?

Me encojo de brazos.

—Me resulta extraño hablar de esto. Como si tuviera que ponerles una nota. «Mis diez puntos son para..., mientras que los otros dos tendrían que esforzarse un poco más...». Así sí me siento como una golfa. Además, nos hemos olvidado de Jim Oberman, en Primero.

—¡Oh, no! Para. —Me da ánimos en el hombro—. Nadie se acuerda ya. Además, lo único que hicisteis fue enrollaros y él se comportó como un cretino al presumir de que había pasado algo más. La cuestión es que... Bueno... Yo solo he estado con Nic. No puedo comparar. A veces me pregunto... cómo sería con... Bueno, casi nunca... En fin, ya sabes...

Casi se me desencaja la mandíbula. Siempre había pensado que Vivien solo tenía ojos para Nic, y creo que él no ve a otra persona del sexo femenino que no sea ella. Jamás le he oído decir que otra joven fuera guapa, salvo yo, y eso no cuenta.

—¿Con alguien en particular? —pregunto con delicadeza.

Pero entonces caigo en la cuenta: «¡Oh, no! ¿Y si se tratara de Cass?». A ver, ¿cómo no? No hay más que verlo. Aunque sería muy extraño.

—¡No! —se apresura a responder. Se ha sonrojado—. ¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes siquiera pensarlo?

—Porque es difícil hacerse esa pregunta en abstracto, a menos que se trate de un famoso o alguien por el estilo.

—Sí, claro. Es un requisito indispensable cuando a una le entra un calentón, pero no es nadie que conozcamos. Para nada. Olvida lo que he dicho. Y, por favor, no se lo digas a Nic. —Su voz se vuelve suplicante—. Prométeme que no le comentarás nada. —Se cuelga de mi manga—. Júrame, Gwen, que Nic jamás lo sabrá.

—No creo que se pusiera celoso, Viv. Sabe que tu corazón le pertenece. Siempre ha sido así y siempre lo será.

—Tienes razón —afirma con rotundidad—. Todo suyo. Para siempre.

Si bien sus palabras van acompañadas de un ligero temblor en la voz y no se ha atrevido a mirarme directamente a los ojos.

CAPÍTULO 20

Esto va a salir mal, muy mal. La casa de mi padre está construida sobre el agua, y cuando digo «sobre el agua» es literalmente sobre el agua. Situada en la zona pantanosa de Seashell, la que queda abierta al océano, cerca del puente desde el que solemos saltar Nic y yo.

Para acceder a la casa, levantada sobre unos pilones de madera a unos dos metros por encima del nivel del mar, hay que tomar un sendero que nace en la carretera y discurre por el bosque para finalmente cruzar unos tablones de madera suspendidos que te llevan a un porche diminuto. En el exterior de la casucha de color rojo hay boyas colgando, y mi padre siempre tiene cañas de pescar clavadas junto a la puerta.

Él siempre dice que la casa es un «cebo para huracanes», aunque con un tono de voz cariñoso. Se la compró muy bien de precio a un isleño que tuvo que mudarse a Florida en la misma época que mi madre y él se separaron, aproximadamente un año después de que Em naciera.

Esta noche, de camino a nuestra cena semanal con mi padre, le pongo el chaleco salvavidas a Em solo para pasar por las tres tablas de madera que cruzan el agua moteada por la luz del sol. Incluso a Emory le parece una locura y no deja de tirar de las correas.

—¡Gwennie, fuera!

Estoy bastante segura de que, en su mente, el que se llevó la peor parte en el incidente del muelle fue *Escondrijo*.

Me llega un olor a tortitas cuando enfilamos el camino. Mi padre siempre prepara para cenar alimentos más propios del desayuno, ya que las comidas y cenas normales le repugnan después de pasarse todo el día y parte de la noche cocinando en Castle's. Transporto a Emory en brazos, pues puede que no haya desarrollado miedo al agua, pero de pronto parece odiar mancharse los zapatos de barro.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta mi padre al entrar—. ¿Y qué narices hace tu hermano con ese chisme puesto?

Allá vamos.

Le cuento miserablemente el incidente de la caída. Mi madre y mi abuelo no me culparon en voz alta, pero está claro que este asunto es peor que olvidarse de arreglar una puerta y mi padre no es precisamente un tipo famoso por guardarse las críticas.

Se pone de rodillas y le desbrocha el chaleco a Emory antes de ofrecerle un plato de huevos revueltos cubiertos de kétchup.

—*Escondrijo* se cayó y Superman lo salvó —resume el pequeño con desenfado al tiempo que toma asiento en la mesa de juego donde comemos.

—Ajá... ¡Perfecto!

Mi padre se aclara la garganta. He obviado la parte de la historia que tenía que ver con Cass, por lo que mi padre piensa que Em solo está haciendo referencia a otro de sus sueños.

—Ginebra. —Mi padre se pone en pie y me mira fijamente—. La cagaste, sí, pero mantuviste la cabeza fría. El niño no necesita el chaleco en suelo firme. Solo conseguirás que se preocupe y nada más. Así que... mejor dejarlo.

Ahora sí que le hablo de Cass y de las clases de natación.

—Somers... —dice con aire dubitativo mientras se frota la barba incipiente que recubre su barbilla—. ¿Como Aidan Somers, el que hace barcos?

—Es su hijo.

Me dirijo al armario, saco unos cuantos platos y el bote de sirope y lo dispongo todo en la mesa.

—Niño rico —objeta con una mueca—. No sabe nada de estas cosas. Por cierto, ¿por qué no se encarga tu primo, el gran nadador?

—Nico ya lo intentó y quería volver a hacerlo, pero el abuelo dijo que no, que sería más fácil con alguien que no perteneciera a la familia.

Mi padre suelta un gruñido.

—Menuda memez. Yo le enseñé a Nic a cambiar un freno, a montar una tienda de campaña, a conducir, y no tuvo ningún problema para aprender.

—Bueno, técnicamente no estáis emparentados. Quiero decir que es el sobrino de mamá, no el...

—¿Técnicamente? —Sirve más huevos en una bandeja y tira la sartén en el fregadero, que emite un siseo apagado—. Acogí a ese muchacho bajo mi techo cuando solo tenía un mes, le cambié los pañales, lo llevé a urgencias cuando se rompió el brazo, lo he mantenido durante toda su vida... Tal y como yo lo veo, eso me convierte en familia.

Me tiende la bandeja con las tortitas y los huevos revueltos.

—¡Técnicamente! —murmura de nuevo al tomar asiento en la mesa. Agarra el tenedor sin perder un instante—. ¿Qué sacas tú de esto? —pregunta acercando la silla con un chirrido estridente.

—¿Yo?

Vuelvo a sonrojarme al pensar en Cass tumbado boca abajo, dormido; en las líneas suaves y firmes de los músculos de su espalda; en la expresión de su cara al soltarle aquella pregunta; en sus ojos como platos y en sus orejas coloradas. Recuerdo al pequeño Cass de aquel verano con las mejillas hinchadas, soplando un diente de león tras contarle el secreto de mi vovó para conseguir que mi deseo se cumpliera.

Sirvo algunas tortitas en el plato de Em y añado mantequilla y sirope, luego las corto con esmero en trozos iguales y pruebo uno para asegurarme de que no están demasiado calientes. Evito la mirada de mi padre.

—¿Conoces mucho a ese muchacho? —pregunta finalmente, harto de mi silencio, sin dejar de golpear la base de la botella de ketchup para apurarla.

«Mejor de lo que debería. Nada en absoluto. Lo conocí cuando tenía ocho años. Vamos juntos al instituto».

—Está en el equipo de natación con Nic.

Mi padre parece impaciente.

—Pero ¿cuánto lo conoces tú?

Corre una brisa bochornosa y cargada de arena procedente del agua salada del exterior, pero aun así, siento escalofríos. ¿Lo sabe? ¿Y qué sabe exactamente? Nuestra relación es mejor cuando soy su niñita, como cuando era pequeña. Mi padre dejó de abrazarme cuando cumplí doce años, porque de pronto mi aspecto era menos infantil de lo que yo todavía era. De vez en cuando se quedaba mirando la ropa que llevaba y hacía algún comentario del tipo: «Súbete esa camiseta... por ahí», señalando mi pecho pero sin dignarse a mirarme a la cara. Aquella vez, con Alex en la playa, apenas supo qué decir. Empezó con un: «Las jovencitas decentes no...», pero dejó la frase inacabada. No ha vuelto a mencionarlo, aunque sé que no lo ha olvidado. Lo veo en sus ojos.

—¿Gwen...? —me insiste con un tono de voz más brusco.

—Sé amable con Gwennie —le ordena Emory.

El pequeño tiene la cabeza apoyada en un puño y hace surcos con un cuadradito de tortita en un lago de sirope. Tiene un bigote de leche.

—A ver, no te estoy pidiendo el currículum del muchacho. Es el jardinero, ¿no? Estoy seguro de que Marco y Tony ya se encargaron de comprobar sus referencias, pero si voy a confiarle a mi hijo en el agua, necesito saber que es un joven responsable.

«Bueno, no si le confías unas tijeras de podar, eso seguro. Y tampoco con... con...». No doy con una respuesta que no sea del todo inapropiada. Últimamente mi vida parece una interminable sucesión de encuentros humillantes. Doy vueltas a las tortitas en mi plato.

—Pregunta sencilla, respuesta sencilla. —Mi padre chasquea los dedos delante de mi cara—. ¡Gwen, te has quedado en la parra como hace tu madre!

—Es responsable —respondo alzando la vista.

—Es lo único que necesito saber. Confiaré en tu palabra. Parece un buen tipo. Acábate las tortitas. He hecho una tonelada pensando que Nic también vendría. ¿Qué excusa te ha dado esta vez?

Nic se ha perdido las tres últimas cenas con mi padre. Su razón de hoy ha sido bastante imprecisa: «Dile a tío Mike que tengo que hacer algo muy importante, sumamente importante».

Es bastante obvio por qué ha querido escaquearse esta vez, pero Nic suele ser más ingenioso con sus excusas.

«¿Toca seguir buscando anillo? ¿O la licencia de matrimonio? ¿O quizá los análisis de sangre? ¿O se trata de una visita médica?». Viv y yo ya hemos roto el hielo, pero cada vez que abro la boca con Nic, vuelvo a cerrarla de inmediato sin

soltar prenda, pues siento un extraño nudo en el estómago. Es prácticamente mi hermano, ¿tan difícil le resulta contármelo? Ambos me han pedido explicaciones con el asunto de Spence. ¿Cómo es que yo no puedo hacer lo mismo con ellos?

Un nuevo chasquido. Mi padre otra vez.

—¿Dónde estás esta noche, Gwen? —Me observa con mirada inquisitiva—. ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando con Nic?

El tenedor de Em, lleno de huevos y ketchup, se detiene a medio camino de su boca y nos mira a uno y a otro de forma intermitente con sus ojos marrones muy abiertos.

Le repito como un loro la pobre excusa de Nic y vuelvo a sentir la misma espiral en mi estómago. Me gustaría decirle: «No lo sé, no lo sé, y no sé por qué no lo sé. Habla con él, averigua qué narices pasa y arréglalo. Por favor, arréglalo». Sin embargo, lo que sale de mis labios es algo muy distinto.

—¡Eso! ¿Qué está pasando entre Nic y tú, papá? ¿Por qué te comportas como un capullo con él?

Silencio. Mi padre frunce el ceño mientras disecciona las tortitas con precisión armando un gran jaleo con los cubiertos.

—Capullooooo.

Emory repite la nueva palabra arrastrando la o, uno de los sonidos que más le cuestan.

—Estamos de suerte —suelta mi padre—. Esa la ha aprendido a la primera. Bien hecho, Gwen.

Me sirve un par de tortitas más en el plato.

—Ahora lo estás siendo conmigo —le digo—. Lo digo en serio. ¿Qué pasa entre vosotros?

—Tu primo necesita hacerse un hombre.

—Todavía le queda otro año de instituto, papá.

«Espero».

—Cuando yo tenía su edad...

—Sí, sí, ya lo sé. Tu suerte se fue a la mierda y...

—¡Deja de hablar así delante de tu hermano! —me ordena con un bramido.

Em se echa hacia atrás y alarga hacia mí su manita pringosa de sirope. La tomo entre mis manos y la aprieto. Mi padre suele quejarse, pero nunca grita. ¿A qué ha venido eso?

—Lo que quiero decir es... —continúo—. ¿Es eso lo que quieres para Nic y para mí, que llevemos la misma vida que tú tuviste? ¿Qué hay de todo lo que me dijiste en Sandy Claw?

—Cómete las tortitas —dice enojado antes de llevarse el tenedor a la boca—. Lo bueno de que tu primo no venga es que hay comida para los demás. Ese niño come como si no existiera un mañana. Te juro que la mitad del dinero que le paso a tu madre acaba en su estómago.

—¿Ahora estás enfadado con él por tener hambre? ¡Por el amor de Dios!

Mi padre pone la cara de póquer que mi madre es incapaz de expresar, aunque distingo un atisbo de culpa.

—Tú no lo entiendes.

—No, no lo entiendo. Explícamelo. ¿Cuál es el problema?

Alcanza el cartón de leche y se sirve un poco más en el vaso.

—Esto nunca mejora, pequeña. Facturas, facturas y más facturas. Tu hermano tiene asma, necesita fisioterapia, terapia del habla, terapia ocupacional. El seguro cubre una parte, pero las dichas facturas no dejan de llegar.

—Ya lo sé, papá. Pero ¿qué tiene eso que ver con Nic? No es culpa suya.

Carraspea y echa un vistazo a mi hermano pequeño. Se levanta de repente, enciende el televisor y pone un DVD. Em lo mira dubitativo durante un momento, pero luego se dirige a la enorme butaca reclinable de mi padre y se hace un ovillo, achucha a *Escondrijo* contra su mejilla y se deja absorber por *Rudolph, el reno con la nariz roja*. Para Emory cualquier día puede ser Navidad.

Mi padre vuelve a la mesa, se deja caer en la silla y se inclina hacia mí para proseguir en voz baja.

—Me dejo el culo todos los días de mi vida, y cada dólar que gano desaparece tan rápido como si tuviera un agujero en el bolsillo. No juego a la lotería, no fumo, ni me lo gasto en bares. Soy muy cuidadoso con cada centavo, Gwen, pero eso no cambia nada.

—¿Y desentenderte de Nic ayudaría?

—Sabes que yo nunca haría eso. Dame un respiro. Yo me ocupo de los míos, igual que he hecho con Em... —Hace una pausa—: aunque el chiquillo no se parezca en nada a mí.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire.

Mi padre vuelve a llevarse el tenedor lleno de comida a la boca.

Se me revuelve el estómago.

Emory tiene los ojos marrones de mi padre y el dedo gordo del pie torcido, igual que él. También tiene su sonrisa, aunque el pequeño la usa mucho más. Cualquier desconocido que los mirara se daría cuenta de que son padre e hijo. Pero mi padre se marchó. No está presente en su día a día. No ve cómo Em apoya su cabeza en el hombro de mi abuelo y tararea con voz ronca las canciones de Gershwin mientras ven una película de Fred y Ginger. Tampoco ve cómo Emory va corriendo al frigorífico a buscar la comida de mi madre cuando ve que se pone las zapatillas de deporte por la mañana. Ni lo ve alineando los dedos con cuidado para chocar los cinco con Nic, ni cómo se le ilumina el rostro al mirarlo con absoluta adoración. Solo oye cuánto le cuesta hablar y la monotonía de su voz. Solo ve que su rostro se queda en blanco a veces y ni siquiera nosotros, que lo queremos por encima de todo, podemos imaginar lo que pasa por su cabecita en esos momentos. Ve todo lo que le hace ser distinto y nada de lo que le hace ser Emory. Se me revuelve el estómago, cierto, pero también

siento pena por mi padre, mucha pena.

—Mi familia no era como la Tribu de los Brady, pero a ninguno le faltaba una vuelta. No sé si me entiendes.

Quizá debería ir a vomitar.

—A Emory no le falta ninguna vuelta.

—Vamos, Gwen. Tu tía Gules está pirada, y aun así, no es como... —Ha permanecido todo el rato en su sitio, pero ahora parece desinflarse un poco—. No es como tu hermano. Nadie que conozcamos es como tu hermano. No sé cómo diablos pasó.

—¿Sabes cuántas cosas tienen que ir bien para hacer un bebé perfecto, papá? —Extiendo las manos y junto los dedos, encajando los diez al mismo tiempo—. Todo tiene que...

Envuelve mis manos con las suyas, rugosas por las horas de trabajo y llenas de manchas por el sol.

—No, no lo sé. No sé ese tipo de cosas, ni tampoco quiero que tú las sepas, ¡cielo santo! Mantente lejos de todo eso. Lo único que sé es que tu hermano nunca va a mejorar. Siempre habrá algo. Ben se está haciendo mayor y tu madre no se preocupa de su salud lo más mínimo. Cada vez que me doy la vuelta, Nic está con las pesas o pelando la pava con Vivien o planeando largarse de aquí durante Dios sabe cuántos años. Solo quedamos tú y yo, hija.

—Todo el mundo echa una mano con Em. —(Aunque últimamente los que hemos estado al pie del cañón hemos sido sobre todo mi abuelo y yo). Mi voz suena entrecortada, casi irreconocible—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Castle's. Tengo que empezar a ofrecer desayunos y poner más mesas fuera. Todo cuesta dinero y a mí no me sobra.

Se me han puesto los nudillos blancos de sujetar el tenedor con tanta fuerza.

—¿Y quién sobra? ¿Nic? ¿O tal vez Emory?

Echo un vistazo a mi hermano pequeño. Tiene el pelo pegado a la frente a causa del sirope que, sin saber cómo, ha acabado allí arriba. Menea el pie al ritmo de la canción *Somos un par de inadaptados*.

Mi padre arrastra la silla y cambia de postura para alcanzar la nuca de mi hermano. Este acerca el cuello y apoya la cabeza en la palma de su mano.

Mi padre me mira por encima del hombro.

—No, él no sobra. Solo me jodió la vida.

CAPÍTULO 21

Soy un cliché con patas. Soy una adolescente en el Centro Comercial. Soy una adolescente en el Centro Comercial probándome trajes de baño. Soy una adolescente en el Centro Comercial probándome trajes de baño a pesar de que tengo uno del año pasado, en perfectas condiciones, que me queda bien. Peor aún: soy una adolescente en el Centro Comercial probándome trajes de baño, tengo uno del año pasado en perfectas condiciones que aún me queda bien, y encima odio cómo me quedan todos los que me he probado hasta ahora.

Aunque no ayuda ser una adolescente que anoche cocinó dos hornadas de galletas de azúcar y mantequilla y una bandeja de *blondies*, una especie de *brownie* con pepitas de chocolate en lugar de cacao en la masa, como colofón a la cena dulce que su padre le preparó. Estoy intentando no pensar en lo poco que quedaba de todo aquel arsenal esta mañana. Nic debió de saquear las bandejas cuando llegó anoche a las tantas, seguro.

¿No se supone que en estas tiendas quieren que todas nos veamos bien? Entonces ¿por qué ponen esas luces fluorescentes que resaltan todos y cada uno de nuestros defectos y nos añaden unos cuantos más, ya de paso?

Cliché número 5: soy una adolescente con complejos, que se incrementan cuando me pongo un traje de baño (número 6), y encima lo estoy haciendo por un chico (número 7). Aunque no me lo ha pedido, ni nada por el estilo. Tampoco le di tiempo a nada, salvo a sonrojarse, después de soltarle lo de: «¿Estabas durmiendo desnudo?». Acto seguido salí de su apartamento como alma que lleva el diablo, aunque Spence debió de contarle el motivo de mi incomodísima visita a La Garita, ya que mi abuelo ha vuelto esta mañana de su habitual paseo matutino con noticias frescas.

—Me he encontrado con el joven jardinero, que estaba iniciando su jornada. Tenía algunos problemillas para arrancar la segadora, así que le he enseñado unos truquitos. Me ha dicho que le daría clase a Emory hoy a las tres.

«¿Ha dicho algo más? ¿Me ha mencionado? ¿Ha...? Sí, claro, cómo no. Después de fijar la clase ha dicho: “Por cierto, señor Cruz, creo que debería saber que tengo razones para sospechar que su nieta me ha imaginado desnudo”».

Tengo un traje de baño en perfectas condiciones, pero resulta que se trata de un bañador negro que guarda un gran parecido con el de la señora Ellington. Sospecho que vestirse como una anciana de ochenta años es algo que hay que evitar a los diecisiete cuando se ha quedado en la playa con un tipo de los que están como un tren... para que le dé clases de natación a tu hermano... por la mera bondad de su corazón.

He conseguido que mi padre me dejara su camioneta haciéndole creer que la

necesitaba para llevar a Emory a su terapia del habla, aunque en realidad creo que me debía una por el discursito desolador de anoche, que puede resumirse, con los titulares en blanco y negro de un periódico, en: «Tu hermano = tu futuro». No hay azúcar, mantequilla ni harina suficiente en este mundo para eliminar ese mal sabor de boca. Pero entonces mi abuelo decide apuntarse en el último momento, ya que en Maplecrest hacen descuentos en accesorios de jardinería todos los sábados. Y esto me lleva a la parte más atípica de todo el asunto.

—¡Ginebra! —Oigo la voz de mi abuelo—. Tu hermano ya está cansado de estar aquí y yo también empiezo a estarlo. ¿Has encontrado lo que buscabas?

¡Exacto! Mi abuelo está al otro lado de los probadores... con mi hermano pequeño.

—¡Todavía no! —grito.

Lo oigo alejarse y negociar el precio de una sartén de hierro.

—No pretenderá cobrarme semejante barbaridad —debate con alguien—, pero si está totalmente nueva. Aún no tiene gusto a nada. Pues no tendré que pasarme años cocinando en ella y untándola con aceite de oliva para que valga el precio que pone en la etiqueta...

Entonces le oigo llamar a Emory a gritos, asustado, aunque sé que mi hermano solo está escondido en el centro de los percheros circulares de ropa esperando a que mi abuelo descubra sus pies asomando bajo las prendas; algo que suele hacer cuando está aburrido en una tienda.

Me he probado cuatro tankinis, esos conjuntos de dos piezas compuestos por una braga de bikini y una especie de camiseta o top. Me suena haber leído en alguna de las revistas de Vivien que el noventa por ciento de los hombres del planeta odia los tankinis. Aunque esa cifra no puede ser correcta, porque estoy segura de que a los pastores de cabras de Shimanovsk les da igual una cosa que otra, y si a eso le añadimos los hombres que quieren que las mujeres lleven todo el cuerpo tapado salvo los ojos... no me salen los números.

Vuelvo a examinar la pila de tankinis. Este no... este tampoco... y... ¡Por Dios, que olvide pronto cómo me quedaba este!

—¡Ya casi estoy! —afirmo con un grito de escasa convicción.

Dejémoslo. Me pondré el bañador negro. Tampoco es que sea una cita. A ver, él me hizo llegar el recado a través de mi abuelo...

Me pregunto cuánto tardaría en pasársele el bochorno. Cuando me marché, farfullando una pobre excusa acerca de *Fabio* por encima del hombro, oí salir a Cass de la habitación y a Spence preguntarle: «Oye, ¿qué te ha pasado en la cara?».

Me llega un gran alboroto del exterior.

—¡Señor, no puede entrar ahí!

—*Acalme-se* —dice mi abuelo antes de lanzarme un bikini por encima de la cortina.

Un bikini. Vivien lleva bikinis, incluso a veces bikinis de cuerdas. A ella le

quedan bien porque tiene ese tipo de cuerpo... languirucho, vigoroso, casi masculino. No deja de repetir que no le gusta su aspecto porque no tiene mucho pecho, pero no debe de ser cierto, si no, se enfundaría en un atuendo más propio de alguien de la tercera edad, como hago yo.

—*Apenas experimente, querida. Pruébatelo.*

No sé si es por el color verde musgo (Uy, no suena muy bien, así que digamos mejor que es como el verde de la hierba en primavera, algo más brillante que el verde oliva, pero aun así, tiene un tono intenso y vivo), o porque puedo oír cómo la dependienta va poniéndose más y más nerviosa y me da miedo que acabe llamando a Seguridad, o porque... Bueno, qué más da, la cuestión es que me lo pruebo.

No es un bikini de cuerdas, ni tampoco uno de esos minúsculos, sino algo así como retro, aunque no de una forma demasiado obvia. Ladeo mi cuerpo por todos los ángulos. Con él no me parezco a Vivien, ni a ninguna de esas modelos en traje de baño que posan de rodillas en el Caribe con una expresión de sorpresa —«Ey, ¿quién ha puesto ahí toda esa agua?»—. No parezco una niña buena, sino más bien «la otra mujer» de las películas de mi abuelo, esa que entra contoneándose en una habitación al ritmo del lamento profundo de un saxofón alto.

Parezco la chica mala.

Y por primera vez me parece algo bueno.

* * *

Aunque, claro, eso fue hace horas. Al parecer, me he dejado el coraje en el vestuario de T. J. Maxx. Al final me he comprado el bikini.

Pero aquí me tienes, en la playa, con una camiseta enorme de mi madre (¡De mi madre! Vale que al menos he ganado una o dos generaciones, pero aun así...) mientras observo cómo Cass le da su primera clase a Emory. Y básicamente no me hace ni caso. Pero no me importa, pues está aquí por Em.

Al llegar se ha limitado a saludarme con una inclinación de cabeza mientras yo bajaba a Emory de mi espalda.

Una inclinación de cabeza.

Una inclinación de cabeza es como reconocer que hay alguien con pulso delante de uno. Es la mejor opción después de no hacer nada en absoluto. Nadie saluda con una inclinación de cabeza a la persona por la que siente algo.

Espera...

«¿Quiero que Cass sienta algo por mí? ¡Venga ya! ¡Por favor! ¿Cómo es posible? ¿Después de todo lo que pasó?».

Está aquí por Em.

Inclino también la cabeza como respuesta. «¡Chúpate esa, Cass! Veo tu saludo impersonal y lo igualo».

Porque... porque pese a que debería estar acostumbrada a que Cass campe por la isla, a verlo en el agua, a sus pestañas negras, a su sonrisa arrolladora, a sus hoyuelos, a su cuerpo...

«¡Madre mía!».

Cierro los ojos durante unos segundos y tomo aire. Cass se sienta en cuclillas junto a mi hermano.

—Veamos, Emory —le dice—. ¿Te gustan los bólidos?

A Em nunca se le han dado bien las preguntas directas. Por eso parece confuso y levanta la vista buscando una explicación por mi parte. Cass se inclina hacia delante para buscar algo en la mochila que ha dejado a sus pies, saca un puñado de Hot Wheels y extiende la palma de la mano.

—¡Bólidos! —exclama Em alegremente acariciando el capó de uno de ellos.

Cass le tiende uno.

—El resto va a bucear un rato bajo el agua —dice Cass—, porque hoy hace mucho calor. Así que lo que voy a necesitar es que te metas en el agua conmigo para buscarlos.

Mi hermano frunce el ceño y me busca con la mirada. Asiento.

—Ven, te lo enseñaré —dice Cass ofreciéndole la mano.

Em suelta alegremente mi mano y se cuelga de la de Cass.

—¿Cuál es tu plan? —pregunto algo inquieta.

Tengo una visión de Cass arrojando los Hot Wheels desde lo alto del muelle y ordenando a Emory que bucee para recuperarlos.

—Procurar que se acostumbre a mí y al agua —responde por encima del hombro—. No pasa nada. Hacíamos este ejercicio en el campamento. Sé lo que hago.

Em parece enclenque y pálido comparado con el ancho torso de Cass y su piel bronceada.

Voy tras ellos, sin saber muy bien qué hacer. ¿Debería mantenerme al margen y dejar a Cass hacer su trabajo, o estar pendiente de Emory? Al final, la costumbre me puede y me quedo cerca.

No hay mucha gente en la playa, algunos miembros de la familia Hoblitzell y otras personas que no conozco, por lo que deduzco que serán veraneantes de paso. Como es habitual, mi hermano atrae unas cuantas miradas, seguidas de la típica expresión de «ese niño no parece muy normal». Aunque no pasa muy a menudo. Al fin y al cabo, es un niño pequeño y la mayoría de la gente es magnánima con él. A excepción de la dependienta de ayer, que no dejaba de repetirnos a mi abuelo y a mí, cada vez que Emory tocaba algo, que teníamos que hacerle entender que no se le permitía hacer eso. Le hubiese dado una buena bofetada.

Cass se detiene en la orilla y Em lo imita hundiendo los dedos de los pies en la arena mojada. Durante unos cinco minutos Cass no hace nada, simplemente deja que las olas bañen sus pies. Luego extiende el brazo y arroja uno de los Hot Wheels a escasos centímetros de ellos.

—¿Puedes ponerte a cuatro patas e ir a buscarlo? —le pide Cass.

Toda su atención está fija en el pequeño, como si se hubiese olvidado de que sigo allí. Me recuerda a su forma de comportarse en las competiciones de natación: concentrado solo en la tarea que tiene entre manos.

Quizá se trate de eso: no tiene por qué haber nada extraño entre nosotros, puede que solo esté concentrado. Y es lo que quiero. No me gustaría que Cass estuviera pendiente de mí mientras Em se hunde entre las olas. Eso fue exactamente lo que yo hice.

El juego continúa durante otros cuarenta y cinco minutos. Cada vehículo está un poco más lejos que el anterior.

—¿Puedes hacer lo mismo que yo? —pregunta Cass tumbándose boca abajo.

Emory obedece sin cuestionarse nada, sin dudar un segundo. Estoy un poco preocupada. Las olas rompen con suavidad cerca de su cara y Em lo odia. No en vano, siempre chilla cuando le frotamos la cara en la bañera.

—Muy bien. Y ahora el último rescate. Lo harás con una mano. Te tapas la nariz así, para que no entre agua, y estiras la mano todo lo que puedas. Si te mojas, aprieta más la nariz y sigue buscando. Pero tienes que cerrar los ojos mientras dejas el último objeto en el suelo.

Em cierra los párpados y se aprieta la nariz con sus deditos. Cass deja caer algo al agua a unos diez centímetros de distancia y... ¡Plaf! Una ola salpica a mi hermano en toda la cara. Me pongo en pie de un salto y espero su consiguiente alarido de rabia y terror. Sin embargo, lo único que veo es a Em alzando una mano triunfante, un destello rojo y azul entre sus dedos y una sonrisa enorme en su rostro.

—¡Fantástico, camarada! Has salvado a Superman.

Cass se endereza y saca la mano para chocar esos cinco con el pequeño. Em conoce el gesto por Nic, así que golpea su mano contra la de Cass antes de volverse hacia mí gateando y sin dejar de agitar su tesoro.

Se trata de uno de esos muñequitos de plástico de Superman, con su capa roja y sus mallas azules, algo desgastado y con la pintura un poco levantada en algunas partes, pero a Em le da igual. Con cuidado, traza una ese sobre su pecho. Tiene los labios un poco separados y observa la figura con veneración, como si fuera una versión en miniatura de su héroe de carne y hueso.

—¿Qué te parece si probamos de nuevo en un par de días? —Cass se dirige hacia mí—. Tal vez podríamos hacer dos clases por semana. Es preferible que el intervalo entre una clase y la siguiente no sea muy grande.

Coloca un codo detrás de la cabeza y estira los músculos del brazo, como si tratara de librarse de una contractura. Em ha extendido los brazos del muñeco y lo está haciendo volar por el aire. Su rostro es de pura felicidad.

—¡Sería estupendo! Fantástico. —Me parece que he sonado demasiado entusiasta—. Quiero decir... Estaría bien. A Emory le gustará.

Al fin y al cabo, todo esto es por él.

Silencio.

Más silencio.

Cass se agacha y empieza a guardar uno a uno los Hot Wheels en la mochila, no sin antes secarlos con la toalla que lleva al cuello que, cómo no, es de color rosa.

—De acuerdo, entonces —añado—. Ahora debería llevármelo a casa. Seguro que está cansado.

Cass hace un ruidito, algo como «mmm...».

—Gracias por la clase, Cass.

—No hay de qué.

—?

—...

—Qué calor hace hoy.

—Ajá.

Ruido de una cremallera al cerrarse.

—¿Cómo estaba el agua?

—Pregúntale a Emory.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Es una respuesta subjetiva. —Cass se pone en pie, se cuelga la mochila al hombro y finalmente se aventura más allá de los monosílabos—. Mi madre y Jake son igual que yo. Podemos nadar en todo momento, sin importar lo fría que esté el agua. Sin embargo, Bill y mi padre son unos pusilánimes. Esperan hasta principios de junio o así para meterse. —La última frase la pronuncia con evidente disgusto.

—Descartado El Chapuzón del Oso Polar para ellos, ¿no?

¡Mierda! No debería haberlo mencionado, pero... bingo. Contacto visual. Un contacto visual totalmente indescifrable. Algo es algo.

Imito el mismo movimiento con el codo detrás de la cabeza que él ha hecho antes. Al juego de «solo necesito estirar los músculos» podemos jugar ambos. No obstante, Cass no me está mirando, sino que parece concentrado en rastrillar la arena con el pie.

—Galletazzz —sugiere Emory tirando de mi camiseta—. Galleta, luego *Dora, la exploradora*, luego baño, luego cuento. Más cuento, más canción *Pooh*, luego cama.

Creo que ya me han planificado la tarde. Nic no se ha quedado en casa ni una sola noche desde que acabó el instituto. Mi madre ha aceptado un trabajo en un edificio de oficinas en la ciudad y va a limpiar allí dos noches por semana. Mi abuelo tiene sus noches de bingo, sus misas y el Centro Social de San Antonio de Padua.

Decido quitarme la camiseta.

Cass no se derrite como Danny Zuko al final de *Grease*, cuando Sandy hace su aparición enfundada en cuero de pies a cabeza. Gracias a Dios, porque siempre he odiado esa escena. Es un gran mensaje, por cierto: «cuando falle todo lo demás, mostrad un poco de carne y los hombres se convertirán en una piltrafa temblorosa y babeante».

Sin embargo, él no parece haberse dado ni cuenta. Permanece ahí de pie, inmóvil, con la boca sellada y la mirada fija en el agua.

Vale, no quería que se fijara solo en mi físico, o principalmente en mi físico, pero «¿Hola?».

—Muy bien —digo—. Em, en marcha.

Me agacho para que pueda subir a mi espalda y hacer su lazada estranguladora, marca de la casa, alrededor de mi tráquea; dicho sea de paso, me viene muy bien, porque así no tengo que decir «adiós y gracias de nuevo» a don Indiferencia, ni preguntarme por qué siento un nudo en la garganta.

* * *

Emory está hipnotizado por *Peter Pan*. ¿A qué diablos vienen los celos de Campanilla? Ni que fuera a pasar algo entre ellos algún día. Ella mide unos siete centímetros y él está condenado a no alcanzar nunca la pubertad.

Hablando de nunca, ¿por qué no hay nunca nada de comer en nuestra casa salvo el suplemento alimenticio en polvo de Nic a base de proteína de suero aislada («aumento de masa corporal garantizado»); la lasaña congelada de mi madre; el pescado y el marisco de mi abuelo, su *linguiça* y una pila de verduras y hortalizas adquiridas a los mismos agricultores; y la comida favorita de Em: kétchup, cereales, huevos, patatas fritas congeladas, plátanos, pasta y más kétchup? ¿Por qué no estoy representada en nuestros armarios o en el frigorífico? Ni siquiera hay azúcar o harina... y ni una sola migaja de mi arrebatado pastelero de la otra noche. Nada de lo que a mí me gusta.

Nunca.

Está bien, debo reconocerlo: porque no me preocupo de ir a comprar. Me encanta comer, pero ir a hacer la compra es una tarea de la que se ocupan mi madre, mi abuelo y Nic, y yo estoy encantada de cederles el paso.

Sin embargo, eso significa que no tengo nada en lo que ahogar mis penas. Obviamente, me gustan las verduras y las hortalizas, pero ¿quién se sienta en el sofá en bata y se come media docena de pepinillos y un tomate?

Mi abuelo se ríe entre dientes al ver la expresión absorta en el rostro de Emory cuando Peter Pan se bate en duelo con el Capitán Garfio. Apura el pomelo que tiene en el cuenco y se dispone a rellenarlo de cereales All Bran.

—Las niñas hablan mucho —se queja Peter Pan en la pantalla.

—¿Eso es lo que crees, Peter? —respondo a la televisión—. Quizá sea porque los niños nunca se explican. Por eso tenemos que hablar nosotras, porque ellos están muy ocupados siendo unos idiotas a los que les ha comido la lengua el gato.

Mi abuelo me mira con una expresión divertida y esboza una sonrisa de las de «estos jóvenes y sus tonterías», la misma que empleó la señora Ellington el otro día.

* * *

Irrumpo en mi habitación pataleando y me arrojo sobre la cama boca abajo, un cliché para el que no está preparada, ya que tiembla bajo mi peso y deja escapar un graznido. Lo siguiente será deslizarme por la pared de la ducha sollozando y cantando canciones pop deprimentes usando el bote de champú a modo de micrófono.

Me frotó la cara con las manos. Tal vez Spence Channing esté en lo cierto: quizá lo más seguro sea limitarse al sexo, ya que estos sentimientos... duelen. Pensaba... Bueno, no sé muy bien qué pensaba, pero sentí que algo había cambiado, que Cass y yo habíamos conseguido avanzar hacia... Bueno, solo avanzar. Fuese o no fuese una buena idea.

Aunque lo más probable es que no lo fuese.

No, definitivamente no lo era.

No hasta que sepa cuál de los dos Cass es el auténtico.

* * *

Mi primer error tras El Chapuzón del Oso Polar fue ir a la fiesta en el Bronco de mi madre. Es muy viejo, creo que solo tiene un año menos que yo; la parte trasera está abollada, de una vez que nos quedamos atascados en la arena y una excavadora tuvo que empujarnos para poder salir; y, por si fuera poco, tiene algo suelto en los bajos que no deja de hacer ruido cuando se pone en marcha, como si por el camino fuéramos a perder alguna pieza importante del vehículo.

Aquella noche el camino de entrada a casa de los Somers estaba lleno de deportivos mucho más pequeños y monos. El Bronco entró amenazante, igual que mi cabeza suele sobresalir por encima de la de la mayoría de las estudiantes del Instituto Stony Bay. De hecho, algunas de ellas bajaban de su precioso deportivo en ese momento y caminaban por el sendero de gravilla dando saltitos delicados. Algo que me lleva a mi segundo error.

La ropa.

No me lo había pensado mucho, es decir, no había planificado «mi modelito». Sé que debería haberlo hecho. Viv no había parado de sacar prendas de mi armario, sostenerlas en alto y fruncir el ceño.

—¿Llegaste a probarte esto antes de comprarlo? ¡Vámonos de inmediato al Centro Comercial!

Pero ir en ese momento me parecía demasiado premeditado, como si me estuviera preparando o acicalando para... No estaba segura para qué, pero no estaba preparada. Así pues, me planté simplemente unos *jeans* y un jersey negro de pico (un jersey bastante escotado, eso sí).

Para más inri, abrí la puerta del Bronco sin apagar la música (había conducido tan

absorta en mis pensamientos que olvidé quitar el CD de Emory) y *El bebé beluga en las profundidades del mar aaaaaazzzzuuuuuul* sonó a todo volumen. Quité la llave del contacto a toda prisa y me la guardé en el bolsillo. Entonces me llegó el sonido de unas risas un poco más arriba del camino y, aunque puede que no tuvieran nada que ver conmigo, me entraron ganas de dar media vuelta y salir corriendo de allí.

Situé mi brazo a la altura de los ojos y contemplé el mapa que Cass me había dibujado con esmerada caligrafía. «Sábado 20:00. Plover Point».

Y me dirigí con paso firme hacia la entrada.

A diferencia de la mayoría de fiestas a las que había ido, la música no estaba a toda pastilla. Creo que se trataba de una especie de hilo musical oculto que sonaba a poco volumen, como si fuera tan solo música de ambiente.

Todo estaba impoluto y era tan blanco... Los sofás eran de color crema; las paredes, marfil; las alfombras, en un tono pajizo... prístino. Por el bien de Cass, esperaba que la fiesta no degenerara en una bacanal de borrachos, porque resultaría casi imposible quitar una mancha de vómito de aquellas alfombras, por no mencionar una mancha de vino tinto, si es que lo había, y... Ya estaba pensando como la hija de una mujer que se dedica a limpiar casas.

Solo por una noche tenía ganas de dejar todo eso a un lado. Ojalá me hubiese comprado un conjunto. Ojalá me hubiesen acompañado Viv y Nic, en lugar de soltar una risita no muy misteriosa al responderme que «tenían otros planes».

Pero entonces vi a Cass, de pie junto a la isla de la cocina, haciéndose con el control de las llaves de todo el mundo y metiéndolas en una cesta de mimbre. Llevaba una camisa Oxford de color amarillo pálido por fuera de los *jeans*. Al verme se le iluminó la cara con una sonrisa de oreja a oreja nada fingida, esa que hace emerger sus hoyuelos y dibuja unas arruguitas en sus ojos. Se inclinó hacia mí y apoyó los codos en la encimera.

—Has venido. Pensaba que no lo harías.

Abrí las manos en abanico, como una azafata de los concursos de la tele al presentarse a sí misma. De repente me sentí más cómoda.

Él me repasó de arriba abajo con la mirada.

—Tú eres de fiar, ¿verdad? No hace falta que te quite las llaves, ¿no? —dijo con un tono dulce que contrastaba con la intensidad de su mirada.

—Absolutamente responsable —le aseguré echando un vistazo a mi alrededor.

Conocía a la mayor parte de los invitados a la fiesta, aunque solo fuera de verlos por los pasillos o en la cafetería del instituto. Sin embargo, en medio de aquella atmósfera elegante me parecían auténticos extraterrestres llegados de un universo *vip*. Muchos de ellos, a los que jamás había visto con algo distinto a unos *jeans* y una camiseta, vestían camisas de color negro o azul marino abotonadas hasta el cuello, y ellas llevaban conjuntos ceñidos, aunque no por ello menos elegantes. Dos adjetivos que yo no he sido nunca capaz de combinar.

Sentí un escalofrío mientras me hacía un moño improvisado a la altura de la nuca.

—¿Estás bien, Gwen? No tendrás todavía frío por culpa de ese rescate épico, ¿verdad?

—No, estoy totalmente recuperada.

Me eché el pelo hacia la espalda, golpeando al hacerlo a Tristan Ellis en toda la cara.

—¡Eh, ten más cuidado! —me advirtió levantando las palmas como si lo hubiese perseguido con un machete.

Traté de mantener la compostura mentalmente.

—Esto es tan... glamuroso —murmuré.

—Veinte minutos más y estará hecho un desastre —dijo Cass—. Permíteme tu abrigo.

No quería darle mi desgastado abrigo azul marino, porque, además, acababa de darme cuenta de que estaba cubierto de pelos dorados de *Fabio*. Me alejé de su mano extendida carraspeando.

—Si te soy sincera, no pensé que se trataría de una fiesta tan elegante. Quizá sería mejor que me fuera.

Su voz, ya de por sí grave, se volvió más rotunda.

—Gwen, quédate. No irás a decirme que te intimidan...

Eché un vistazo a su alrededor y me señaló a uno que le estaba poniendo espuma de afeitar en la cara a otro que ya iba afeitado.

—Esos niñatos, ¿verdad? —susurró.

—¡Buuu! —gritó el que llevaba la crema en la cara.

El otro fingió asustarse, dio un salto y se cubrió la cara con las manos. Sonó el clic de la cámara de un teléfono móvil.

—No —dije—. ¡Pues claro que no!

Sin embargo, retrocedí prudentemente otro paso.

Él dio otro paso adelante, me agarró por la manga e hizo gestos para que me desabotonara el abrigo. Negué con la cabeza, así que volvió a tirar de la manga. Era como si estuviéramos jugando al juego de tira y afloja con mi abrigo.

—Parece que este abrigo es demasiado importante para ti. ¿Hay algo que debería saber? Porque llevas ropa debajo, ¿verdad?

—Pues claro —respondí empezando a desabotonarlo.

—¡Mierda! —bromeó.

Detestaba que los chicos hablaran sobre mi escote. Lo hacían incluso los que tenían la edad de mi padre y, en una ocasión, hasta uno de los amigos de mi abuelo, que ignoraba que yo chapurreaba portugués. Aunque luego mi abuelo le soltó unas cuantas palabras que no entendí y su compañero estuvo disculpándose durante al menos media hora. Lo cierto es... que no me sentó mal que Cass bromeara sobre eso, pues no había nada obsceno en su comentario. Sentí una oleada de calor y frío al mismo tiempo y luego algo más reconocible: pánico.

—¡No soy yo la que se pasea siempre por ahí sin camiseta!

Cass bajó la mirada hacia su camisa.

—Me parece que hoy voy bien y tampoco recuerdo haberme presentado nunca en el instituto a pecho descubierto. ¿Estaré perdiendo la memoria... o acaso te refieres a cuando nado? Porque la última vez que eché un vistazo a mi alrededor, todos los demás miembros del equipo iban igual. ¿Por qué soy yo el único que infringe el protocolo vestimentario de Gwen Castle?

¡Oh, Dios! Es como si me hubiese escrito en la frente con rotulador permanente: «¡Tú eres el único al que miro!». Necesitaba un bozal. O un trago. No, lo último me soltaría la lengua sin remedio. Además, no estaba muy acostumbrada a beber y seguro que acabaría despertándome con la cara llena de espuma de afeitarse.

Ignoraba por qué me había sentido tan a gusto con él en el Kia y, sin embargo, en ese momento me sentía tan torpe. ¿Quizá porque no estábamos solos? ¿No debería haberme puesto más nerviosa en la primera situación? ¿No debería estar deseando que hubiese aún más gente en la cocina para verme obligada a controlar mis ganas de agarrarlo, apoyar su espalda en el frigorífico y...?

Vi a Pam D'Ofrio al otro lado de la cocina, la saludé como si hiciera quinientos años que no nos veíamos, en lugar de cinco horas, finalmente le confié mi abrigo a Cass y fui en su busca.

Él me dejó marchar. Sin embargo, cada vez que me daba la vuelta me topaba con sus ojos, como si estuviera aguardando a que lo mirara.

Al cabo de unos veinte minutos se acercó y tomó mi mano.

—Voy a enseñarle a Gwen la casa, Pam.

Me guio por un pasillo revestido con entrepaños de madera mientras iba señalando habitaciones, una enorme escalera de caracol...

—Esta es la antigua habitación de Jake. Antes era de Bill, pero como ahora está casado y tiene una hija, no viene muy a menudo. La mía está por ahí.

Sabía que me estaba llevando a su habitación, no lo había dudado en ningún momento, así que no me sorprendió que abriera la puerta y encendiera las luces. Lo que sí me asombró fue lo relativamente limpia que estaba. Puede que la cama estuviera sin hacer y hubiese una o dos toallas húmedas tiradas por ahí, pero no había ninguna pila de ropa sucia abandonada en el suelo. Asimismo me maravilló lo perfecta que era en conjunto: las paredes lucían un azul clarito; las sábanas eran de un azul algo más subido; la colcha, azul marino con rayas de color verde oscuro, a juego con las cortinas. Había también un enorme acuario bien surtido e iluminado por una luz azul parpadeante.

Un espejo con forma de ojo de buey colgaba de la pared. La cama era grande, de madera de roble, y un delfín tallado con aire clásico custodiaba cada esquina. Cubrían las paredes diferentes mapas. Algunos estaban enmarcados y parecían hechos por un niño pequeño. Habían sido dibujados sobre cartulinas de colores, y una temblorosa x indicaba el tesoro pirata. Otros ocupaban láminas enormes de papel blanco. Casi todos estaban hechos a mano.

Cass, que permaneció en silencio mientras yo estudiaba la habitación paso a paso, abrió la boca por fin.

—Solo para que lo sepas, esta habitación no tiene mucho que ver conmigo. Hace dos años, mientras estaba de campamento, mi madre contrató a un decorador que se dedicó a trasladar «el concepto náutico a toda la casa». Había también un marlín de madera colgado en la pared y una estatua de un tipo con un chubasquero amarillo y una pipa en los labios. Al final me deshice de ellos porque era como dormir en un barco del Capitán Pescanova. Tenía la sensación de que alguna mañana me despertaría y encontraría a Rodolfo Langostino a los pies de mi cama.

Cass hablaba muy deprisa. Respiró hondo y se volvió hacia mí.

—No querrías que un marinero malhumorado te velara mientras duermes, ¿verdad? —me dijo.

—Una sirena de pechos prominentes, puede; pero un viejo lobo de mar, jamás.

Me acerqué a uno de los mapas para observarlo mejor. Distinguí la costa de Stony Bay, la desembocadura del río y el puente que conducía a Seashell. En la esquina, muy pequeñas, firmaban las iniciales CRS.

—¿Son obra tuya? ¿Los has dibujado tú todos?

—La mayoría. Me gustan los mapas.

Cass se encogió de hombros. Se había sentado en la cama, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos colgando entre una pierna y la otra. Parecía una pose despreocupada, aunque no dejaba de cerrar una mano para relajarla a continuación.

Llegados a este punto, estaba esperando a que diera «el paso». Yo no tenía tanta experiencia como todo el mundo pensaba, pero tampoco era una ingenua. Estaba en su habitación, él se había acomodado en la cama...

Sin embargo, parecía como si solo hubiese tomado asiento y estuviera contemplando su mano sin más. Ambos lo hacíamos: «Cass aprieta la mano. Cass relaja la mano». Quizá yo lo hubiese malinterpretado todo. Tal vez fuera gay. Pero entonces levanté la vista y nuestros ojos se encontraron. Su mirada era viva, intensa, y en ella ardía un fuego que me dejó seca la garganta. No, no era gay. Además, su beso...

Volví a contemplar sus ojos durante un segundo y tuve que apartar la mirada de nuevo. Traté de retomar el hilo de nuestra conversación.

Aquello era ridículo. Pasaba la mayor parte de mi vida rodeada del sexo masculino: los jóvenes de la isla, mi padre, Nic, Emory, mi abuelo, el equipo de natación, el personal de Castle's durante la época estival... No era ninguna virgencita criada en un convento que se desmayaba ante la mera visión de vello sobre el rostro.

Me aclaré la garganta, tomé asiento a su lado y me eché el pelo hacia atrás, aunque esta vez no puse en peligro la integridad de nadie.

—¿Y bien? ¿A qué se debe que haya tantos mapas? Quiero decir... ¿por qué te gustan?

—Pues, esto... La verdad es que no sé muy bien cómo explicarlo. Supongo que nadie me lo había preguntado hasta ahora. —Hizo una pausa y alzó los ojos al techo como si esperara hallar allí la respuesta—. Me gusta el hecho de poder plasmar un terreno curvo o desigual sobre una superficie plana. Me gusta representar gráficamente las distintas direcciones y así poder estudiar todas las posibilidades desde cualquier ángulo posible. Me gusta sentarme al volante, escoger una zona y ver si soy capaz de dibujar el mapa de esa área... —Meneó la cabeza pensativo y volvió a mirarme—. Es algo así como mi excentricidad, es lo que hago cuando necesito pensar.

Bajé la vista hacia el dibujo de su mapa en mi piel. Cass me imitó.

—No lo has borrado —observó con una sonrisa.

—Solo ha pasado un día y medio y lo hiciste con permanente. No es como si no fuera a lavarme la mano nunca más ni nada por el estilo. Ni que fueras el Papa o una celebridad...

—Definitivamente no soy el Papa.

Apoyó los antebrazos en el colchón, se recostó un poco más en la cama y me miró a través de sus largas pestañas. Estaba muy muy quieto y me acerqué un poco más a él.

¡Olía tan bien! A toallas de playa, a agua de una piscina bañada por el sol, a jabón de ducha.

¿Qué? ¿Ahora estaba olfateándolo? Lo cierto es que no había puesto mucho empeño en borrar la tinta permanente de mi mano. ¿Qué me estaba pasando?

Antes de que tuviera oportunidad de hacer otra cosa insensata o un tanto friki, la puerta se abrió con brusquedad y Trevor Sharpe asomó la cabeza. Ambos nos sobresaltamos.

—*Solete*, ¿dónde está el segundo barril de cerveza? Por favor, dime que hay otro. ¡Ah! Nos estamos quedando sin hielo. Dime que hay más hielo. Channing dice que tenemos que cambiar ese muermo de música. El ambiente está decayendo, la verdad.

Cass meneó la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—El barril está en el garaje y el hielo también. Dile a Spence que puede hacer lo que le salga de las narices con la música.

Trevor murmuró algo entre dientes que no alcancé a entender.

—Cierra el pico —le ordenó Cass en un tono enfadado impropio de él.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, se dejó caer sobre la cama y entrelazó las manos bajo su cabeza.

—Creo que no he planeado la fiesta muy bien. No estaba por la labor de comprar muchos barriles de cerveza, pero... ¿Quieres que sigamos con la visita a la casa o... me cuentas cuál es tu excentricidad? Al fin y al cabo, yo te he enseñado la mía.

Soltó un grito ahogado, como si se le hubiesen escapado aquellas palabras de los labios sin pensarlo. Sacó una mano, tiró del cuello de la camisa y se puso a balancear un pie adelante y atrás.

—Mmm... —comencé a decir—. Bueno, para empezar, siento un apego un tanto extraño por mi abrigo. Estamos muy unidos.

—Es bueno saberlo. Entonces significa mucho que al final me lo hayas entregado.

—Muchísimo. Una barbaridad.

—¿Ah, sí? —preguntó casi murmurando. Tuve que acercarme un poco más para poder oírlo. ¿Por qué lo habría hecho, si no?—. Y... ¿aparte de eso?

De repente se oyó un coro de voces en el piso de abajo: «¿Qué hacemos con un marinero borracho?», y alguien llamó a la puerta.

—¡Solete, ya ha caído uno! Mitchell ha vomitado en la alfombra de la habitación gris.

—Límpialo —respondió Cass sin apartar la vista de mí.

—Ni hablar. Es tu casa.

Estuve a punto de ofrecermelo para ir a limpiarlo yo. En serio.

Su teléfono móvil empezó a sonar y Cass contestó.

—Sí, sí. Lo tengo controlado —dijo bajando la voz y volviéndose hacia el otro lado—. Oye, este no es un buen momento, pero todo está bajo control.

Si sus amigotes iban a tirar de teléfono móvil para llamar su atención, solo era cuestión de tiempo que volvieran a interrumpir. Me puse en pie, me enrosqué el cabello y volví a soltarlo.

—¿Algo más? —insistió—. Lo del abrigo no cuela.

De pronto volvieron a mi mente las palabras que alguien escribió en la pared del baño de las chicas después de que el novio de Connie Blythe me arrinconara junto a las taquillas y me besara en Primero; aunque lo más probable es que Cass no estuviera al corriente de aquel incidente, ya que este era su primer año en el Instituto Stony Bay.

—Oh, yo no tengo secretos —exclamé—. Todo el mundo está al tanto de mi vida.

Mi comentario sonó algo distinto de lo que pretendía: triste, casi teñido por la vergüenza. Cass me miró de forma inquisitiva y se puso en pie de un salto.

—Eh, ¿te apetece ir a la playa? Podíamos dar un paseo.

La playa... De acuerdo. Era una gran idea. La playa era mi hogar, mi terreno. Igualaría la situación, algo que necesitaba desesperadamente, ya que a pesar de la inutilidad del hecho, no pude evitar catalogar las diferencias entre su vida y la mía cuando al salir recorrimos de nuevo los pasillos de su casa. En nuestro comedor apilábamos cajas de plástico azules, esas que se usan para transportar las botellas de leche, para hacer las veces de estanterías. También albergaban las novelas rosa de mi madre, los libros de entrenamiento de Nic, los cuentos a todo color de Em, mis... No importa.

Pero en esta casa había vitrinas iluminadas con luz tenue repletas de libros encuadernados en cuero. Nuestra pintura estaba levantada, y el papel de las paredes descolorido y rasgado. Ellos habían contratado a un decorador y tenían un «concepto».

Sin embargo, la playa, con la arena y la visión familiar del océano... La playa sería como un empate.

La luna llena brillaba sobre el agua. Hacía un frío tremendo y apenas podíamos ver ninguna estrella. Cass exhaló una bocanada de aire blanco y soltó una risita prácticamente inaudible cuando la nieve crujió bajo nuestros pies. Al volver la vista atrás percibí varias siluetas entrelazadas en el porche. Era evidente que la música no había hecho decaer el ambiente del todo.

Cass caminaba con decisión, lo que me hizo vacilar de pronto. Quizás había una casita de invitados y ese hubiera sido su objetivo desde el principio. Él no decía nada y el sonido de nuestras pisadas en aquel absoluto silencio estaba empezando a ponerme nerviosa. Cada paso parecía decir una cosa distinta, como cuando se deshoja una margarita: «Le gusto de verdad. No le gusto. Esto no va solo de sexo. O sí».

—¿Sabías que los primeros mapas que se crearon fueron de las estrellas y no de la Tierra? —comentó en un susurro—. Los que se han encontrado pintados en las paredes de las cuevas. Siempre me ha parecido algo curioso.

—¿Y por qué no al revés? ¿Lo sabes?

—No con seguridad, pero tengo mis propias teorías. Por ejemplo, que entonces pensaran que la Tierra era demasiado grande para representarla, pero sí podían ver el cielo entero. Ignoraban que en realidad es al revés.

«Esto no va solo de sexo», pensé. Imposible. No eran las típicas frases que usan los tipos para ligar, ni se parecía a nada de lo que Alex o Jim Oberman me habían dicho en el pasado.

—Siento lo de allí —dijo, señalando hacia su casa—. Como te he dicho, subestimé todo el asunto de la fiesta. Solo la he organizado... para que tú vinieras.

Me quedé inmóvil.

—¡No puede ser!

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. Se le pusieron las orejas coloradas, aunque tal vez fuera a consecuencia del frío.

—¿No habría sido mejor que me hubieses pedido una cita?

—Creía que no te iban mucho.

¿Cómo se suponía que debía tomármelo? Acababa de pisar con el pie de «No le gusto».

—¿Qué? ¿Crees que solo me abro de piernas? ¿De ahí el beso que me diste el otro día en el Kia?

Cass se detuvo.

—¡No! A ver, sí, me gustas, pero yo no... De acuerdo, sí, he pensado en eso, quiero decir, en ti...

Mi mal genio iba en aumento a una velocidad vertiginosa y el frío desapareció para mí.

—¿Tienes idea de lo que intentas decirme? —dije—. Porque yo no entiendo nada. ¿En qué narices has pensado?

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Cass dándole una patada a un trozo de hielo—. ¿Qué quieres que diga? En ti. He pensado en ti.

«¿En mí, o en acostarte conmigo? ¿O en ambas cosas?».

—¿Por qué no volvemos a la fiesta? —dije—. Al fin y al cabo, a mí no me van las citas.

Soltó un bufido blanco de exasperación en contraste con el ambiente oscuro.

—Cree o escucha lo que quieras, pero me gustas de verdad. Vamos, Gwen. Simplemente sigamos paseando.

Me ofreció la mano con la palma hacia arriba, y la dejó allí firme en el aire mientras yo ponderaba la sinceridad de su mirada.

La acepté. Sus dedos se cerraron alrededor de los míos e introdujo nuestras manos entrelazadas en el bolsillo de su abrigo. Caminamos durante un rato en silencio.

—Estás temblando —observó minutos más tarde—. Al parecer, estoy decidido a causarte una hipotermia.

A esas alturas, después del culebrón, había perdido la noción de dónde nos encontrábamos. Al echar un vistazo a mi alrededor descubrí para mi sorpresa que habíamos descrito un círculo completo en torno a la casa y que nos encontrábamos muy cerca de donde había aparcado el Bronco. ¿Sería una señal de que debía marcharme a casa?

—Gwen... quiero que todo el mundo se vaya, excepto tú. No sé cómo se me pudo ocurrir que una fiesta sería una buena idea. Supongo que creí que sería más fácil si había más gente. ¿Qué te parece si nos refugiamos un rato en tu camioneta antes de enfrentarnos de nuevo a todos esos borrachuzos?

Parecía una pregunta inocente.

Desde la casa nos llegaba el jaleo de la gente y el estruendo de la música, pero fuera se respiraba paz y soplaban una suave brisa procedente del río. No era capaz de descifrar la expresión de Cass, aunque me moría de ganas de hacerlo. Quería quedarme allí fuera con él y charlar como lo habíamos hecho en su cuarto.

—Podemos entrar en calor —le dije señalando con la cabeza hacia el Bronco.

Me abrió la puerta del conductor, no la del asiento trasero, e hizo un gesto caballeroso con la mano para que pasara. Luego rodeó el vehículo y entró en el lado del copiloto. Introduje la llave en el contacto, puse la calefacción y silencié rápidamente a Raffi y su perorata sobre el *bananáfono*.

—Esto... —comencé, pero no sabía muy bien cómo seguir.

Quizá debería contarle algo íntimo y personal sobre mí misma, a cambio de lo que él me había confesado sobre sus mapas. Sin embargo, opté por otra cosa.

—¿Esa habilidad tuya con los mapas hace que nunca te pierdas?

—A veces me pierdo —afirmó—. Como ahora. No tengo ni idea de lo que estás pensando de mí.

Aunque puede que no fuera del todo cierto, porque sus pupilas se dilataron y se inclinó hacia mí tan poco a poco que apenas me di cuenta de que se estaba moviendo.

¿O la que me moví fui yo?

Al instante siguiente sus labios ya estaban sobre los míos. Una mano helada me acarició la nuca y la otra descendió poco a poco por mi costado hasta detenerse justo encima de la cinturilla de mis *jeans*. Se me escapó un ruidito que debería haber sido de sorpresa, o incluso protesta, pero no un gemido de placer.

Sin embargo, eso es lo que fue, porque Cass Somers era un virtuoso de los besos, un auténtico maestro que imponía su voluntad y aceptaba la mía a partes iguales. Como la vez anterior, no se precipitó buscando un beso apasionado, sino que empezó presionando suavemente sus labios sobre los míos, luego se trasladó a mi mejilla y fue recorriendo el camino de vuelta hacia mis labios, rondándome, esperando a que fuera yo la que se entregara a él.

Y así lo hice.

Antes de darme cuenta estaba recorriendo su espalda con las manos y sus dedos ascendieron por mi costado hasta mi sujetador. Se abrochaba por delante y allí es donde fueron a parar: un tiro certero. Pero entonces se detuvo.

—Lo siento —murmuró cerca de mis labios—. Yo... Yo... Dios, Gwen.

—Mmm... —respondí antes de inclinar su barbilla para que estuviera frente a la mía y atraer sus labios de nuevo hacia los míos.

«No hables». Si hablaba, pensaría y detendría aquellos dedos que me habían bajado los tirantes y ascendían hasta mis hombros erizándome la piel con su caricia.

Cass interrumpió el beso. Sus ojos eran de un color azul como el mar intenso, y sus pupilas, negras y dilatadas. Lo miré fijamente, sorprendida, mientras el buen juicio regresaba despacio, algo que debió de plasmarse en mi rostro, ya que se apartó un poco y carraspeó.

—¿Quieres que pare? —preguntó.

Negar con rotundidad fue un error, así como levantar el apoyabrazos y acercarme más a su cuerpo. El resultado: Cass me atrajo hacia sí y me sentó sobre su regazo.

Deslicé las manos por su cabello (cálido en la raíz, helado en las puntas) y seguí bajando. ¿Qué estaba haciendo? Exactamente lo mismo que Cass pensaba. Nuestras manos se encontraron en la palanca que reclinaba el asiento y... ¡bum! Un segundo después, estaba tumbada encima de él y sus manos cubrían cada centímetro de mi espalda. Me echó el pelo a un lado para poder recorrer mi cuello con los labios.

¡Oh, Dios mío! Cass Somers tenía reflejos ultrasónicos, y de cada poro de su piel emanaba una poción mágica que disolvía mi autocontrol, mi prudencia y mi buen juicio. Mi mente estaba en blanco y únicamente era capaz de pensar en que aquella era la mejor decisión que había tomado nunca.

Fui yo la que se puso a horcajadas sobre él y la que deslizó las manos bajo su camisa y le acarició. Al cabo de unos minutos, sin embargo, Cass detuvo mis caricias apoyando sus manos sobre las mías.

—Gwen, espera. —Movió la cabeza mientras tomaba aire—. Vayamos más despacio. Sería mejor que...

Se enderezó y me obligó a sentarme.

—Volvamos adentro. No estoy pensando con claridad.

Entonces hablé, y no debería haber dicho:

—Pues... no lo hagas.

Pero lo hice.

Clavó sus ojos azules en mí y en ellos atisbé sorpresa, desconcierto y algo más que fui incapaz de comprender, aunque no perdí tiempo intentándolo. Me quité el jersey, hice que se reclinara con el peso de mi cuerpo y fui en busca de los botones de sus *jeans*.

—Gwen...

—¡Chsss!

—Yo no...

—Pero yo sí.

Y lo hicimos.

* * *

Después permanecemos un rato entrelazados en el asiento del copiloto. Cass bajó un brazo, recogió el abrigo que había abandonado y lo echó por encima de nuestros cuerpos. Yo tenía la mejilla apoyada en su pecho y estaba concentrada en el eco de sus latidos galopantes.

Él paseaba un dedo desde mi rodilla hasta mi cadera con un gesto suave y distraído. No me sentí cohibida, tampoco tenía ganas de salir corriendo, como me había ocurrido con Alex. Entonces aquellas frases que tanto había oído pero en las que nunca había creído («Parecía el momento oportuno» o «Simplemente se sabe») cobraron sentido.

Su mano se trasladó a mi espalda y me recorrió poco a poco la columna vertebral, sonriendo, deleitándose en cada cresta y en cada valle. Inspiró hondo de nuevo y agachó la cabeza para depositar un beso en mi frente.

—Gracias.

En ese momento no me pareció extraño, sino enterecedor. Parecía tan propio de Cass, un joven que había nacido para ser educado. Se comportaba como si le hubiese hecho un regalo, en lugar de pensar que habíamos abierto uno juntos.

Atraje su rostro y apoyé mi mejilla en la suya.

—Siempre hueles a cloro, incluso cuando hace una eternidad que no has pisado una piscina —susurré.

—Es muy probable que tenga los poros impregnados. Nado todos los días.

—¿Incluso cuando acaba la temporada?

—Todos los días.

Empezó a enroscar uno de mis rizos alrededor de su dedo, lo dejó ir y volvió a

empezar. En cierto modo, aquel gesto y el hecho de que tuviera ganas de seguir acariciándome se me antojaba tan íntimo como lo que acabábamos de hacer.

—Esto... —dijo—. Tenemos una piscina cubierta. Así que...

—El guía me ha estafado en la visita. No he visto la piscina.

—No me pareció buena idea comentarlo por si alguien andaba siguiéndonos. Antes de darme cuenta, la mitad del instituto habría estado allí metido, con ropa y todo. O totalmente en cueros.

Bajé la vista hacia mi cuerpo y subí el abrigo un poco más al recordar de pronto lo ligera de ropa que iba en ese momento.

—No lo hagas —susurró Cass.

Volvió a dejar el abrigo como antes y me acarició la espalda con el dedo índice.

Hundí la nariz en el hueco de su garganta y aspiré el olor a cloro y el leve rastro de sudor que emanaba de su piel.

Entonces, por algún motivo, quizá por el aroma a limpio que desprendía, me vino a la cabeza la imagen de aquella casa inmaculada abandonada en manos de los invitados mientras nosotros nos refugiábamos en nuestra burbuja particular.

—Temo que los invitados estén saqueando y desvalijando la casa mientras yo retengo al anfitrión.

Su pecho vibró bajo mi cuerpo.

—Sí —dijo riendo—. Puede que haya algún que otro saqueo. Imagino sobre todo una búsqueda del tesoro en masa para encontrar el mueble bar de las bebidas de mi padre. ¡Ah! Y para que lo sepas, soy yo el que te retiene a ti.

A pesar de la broma, su voz sonó un tanto preocupada, por lo que decidí incorporarme.

—Será mejor que volvamos a la fiesta.

Vivimos un momento incómodo mientras yo buscaba mi sujetador y él se abrochaba la bragueta con la cabeza agachada y la mirada hacia otro lado. Sin embargo, que fuera un instante incómodo no significa nada malo, sino más bien lo contrario. Fue incómodo en el buen sentido, sobre todo cuando me ayudó a abrocharme el abrigo y él mismo hizo la lazada del cinturón. Luego tomó mi mano y abrió la puerta.

—Después de ti.

—Eres tan educado... Eres incorregible. Tendrías que tratártelo. Solo tienes diecisiete años, deberías limitarte a señalar y gruñir.

—¿De verdad? Porque ahora mismo no tengo palabras...

Nos encaminamos hacia la casa acompañados por el crujir de la gravilla helada. Y entonces sucedió. Debimos de accionar algún detector de movimiento, pues las luces se encendieron súbitamente y nos iluminaron como si estuviéramos a pleno día. O quizás alguien las encendió, nunca llegué a saberlo. Fuera como fuese, nos vimos bañados por un resplandor azulado y cegador, y rodeados de aplausos, vítores y silbidos.

—¡Bien hecho, *Solete!* —gritó una voz que no logré identificar, acompañada de una carcajada.

Acto seguido, una voz que sí reconocí claramente emitió un silbido larguísimo.

—¡Sé que fui yo quien te dijo dónde podías canjear tu vale de la virginidad, pero jamás pensé que lo lograrías tan rápido! —gritó Spence—. ¡Buen trabajo!

Tropecé en el camino helado y se me resbaló un tacón cuando me volví para mirar con incredulidad a Cass mientras un coro de «Uuuuu» y «¿Has sido buena con él, Gwen?» nos envolvía. Estaba tan colorado que incluso irradiaba calor. De pronto, su «gracias» adquirió un significado totalmente distinto. Me solté de su mano, sacudí la cabeza y retrocedí unos pasos mientras esperaba a que él lo negara todo. Pero en lugar de eso, me miró fijamente, desvió la mirada al suelo y encorvó la espalda. Entonces lo vi en sus ojos.

La culpa.

Todo lo que había sentido —ternura, bienestar, felicidad— se desmoronó a mi alrededor.

Y me alejé de allí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Cierra el pico —oí en la distancia cómo decía Cass a alguien, pero yo no dejé de caminar.

Caminar, eso es lo que debería hacer ahora; caminar y alejarme de esos adolescentes que se dedican a confundirme y dejar que la brisa del mar me los quite de la cabeza, aunque esta última frase debería ir en singular.

* * *

Abandono mi vapuleada cama. Ni siquiera me he molestado en quitarme el bikini después de la clase de natación de Em; me vale con una camiseta de mi madre y unos pantalones cortos de deporte de Nic que recupero de la pila de ropa limpia que hay sobre Myrtle, no del montón maloliente que preside en la esquina de su habitación.

Mi abuelo va en bata, lo cual significa que piensa quedarse en casa y puedo salir sin Em. ¡Al fin una noche libre! Iré a buscar a Vivien. Inspecciono el camino de acceso a su casa desde la ventana. Tanto el Corolla de su madre como la furgoneta de *Catering Almeida* están allí; tiene que estar en casa.

Silbo a *Fabio* y agito su correa, pero él apenas levanta la cabeza del suelo la distancia suficiente para ofrecerme su mirada de «debes de estar de broma, estoy en modo letargo», y vuelve a desplomarse.

Vuelvo a agitar la correa. Entonces se percata de la *linguiça* que Emory se ha dejado en el plato y, ¡aleluya!, se obra el milagro. Aún sigue masticándola con la cabeza ladeada, ese gesto tan propio de los perros, cuando me aventuro al porche. Me detengo en seco.

Cass está subiendo los escalones. Lleva las manos metidas en los bolsillos de su

sudadera de color canela y su pelo rubio emite destellos.

Se detiene al verme.

Me quedo paralizada con la puerta medio abierta.

Cass espera en mi puerta.

¿Qué está haciendo en mi puerta?

¿Acaso lo he conjurado con mi recuerdo?

—Ven a navegar conmigo —me dice con brusquedad—. Esto... Por favor.

A mi espalda oigo a mi abuelo previniendo a Peter Pan acerca del cocodrilo.

—*Olhe para o crocodilo, menino.*

—*¡Crocodilo menino!* —repite Emory con voz cantarina.

Puede que yo también haya olvidado cuál es mi lengua habitual.

—¿Que vaya contigo a qué? ¿Con qué?

Cass señala el agua que asoma por las copas de los árboles, donde distingo un minúsculo triángulo blanco y unos cuantos focos balón a rayas que relucen por la incidencia de la luz cálida y oblicua del sol, que está bajo en el cielo, aunque todavía queda una hora para que se ponga del todo.

—Con una de esas cosas de ahí, aunque la mía está en el muelle. —Cass pasea el dedo índice entre él y una servidora intermitentemente—. Tú... Yo... —*Fabio* le lame los dedos de los pies. Cass se agacha y le rasca detrás de las orejas—. Tú no, amigo. No te ofendas.

—¿Porque no se puede confiar en su vejiga? —pregunto. Parece que al fin he recuperado la voz y los pensamientos coherentes.

—Porque solo tengo dos chalecos salvavidas.

CAPÍTULO 22

Por suerte para ambos, Cass no resulta ser ningún «pijo náutico». Así es como llamamos Nic, Viv y yo a esos jóvenes que se suben a un barco, sea del tamaño que sea, y se ponen a dar órdenes como locos, apropiándose de un puñado de términos náuticos y comportándose como si fueran el Capitán Sparrow.

Aunque, en realidad, Cass apenas abre la boca durante todo el camino hacia el muelle, salvo para decirme:

—En mar abierto hace un poco de fresco. ¿Llevas una sudadera?

E incluso después se limita a asuntos técnicos, por ejemplo, pidiéndome que envergue el foque, algo que hago solamente después de explicarme cómo.

¿Qué es lo que me espera allí: estar atrapada en medio del océano con ese Cass atípico y silencioso, o con el joven encantador que suele ser? Pero ¿por qué he venido, cuando antes apenas me ha dirigido la palabra?

En el otro extremo de la playa diviso una parrilla sobre las brasas y a Dom, Pam y un puñado de jóvenes de la isla disponiéndolo todo para una barbacoa. Podría acercarme a ellos, sentarme y encajar.

Sin embargo, parece que no nos han visto y Cass no les hace caso. Tiene la nariz quemada por el sol y siento ganas de apoyar el dedo índice sobre su piel en proceso de descamación. Cuando agacha la cabeza para ocuparse de la vela mayor, me percató de que su pelo se ha descolorido por arriba y ha adquirido el mismo tono rubio platino que tenía a los ocho años.

Se mueve con rapidez y eficiencia, pero sigue sin abrir la boca. Aun así, lo descubro mirándome en un par de ocasiones y me sonrío discretamente. El silencio empieza a parecer más propio de la calma que de la tensión. No obstante, me veo obligada a romperlo.

—¿Es tuyo?

—Ajá.

—¿Has venido navegando desde Stony Bay?

¿Le ha dado tiempo? ¿Se habrá duchado? Me inclino con discreción hacia él para averiguarlo. ¿Debería haberme duchado yo también? Suelo pasar más tiempo bajo la influencia de la autocompasión que de la ducha. Él tiene un aspecto impoluto. Bueno, Cass siempre lo tiene.

Responde negando con la cabeza mientras me pasa un chaleco salvavidas. Se abrocha el suyo y entorna los ojos, cegados por el sol, para contemplar el agua.

—¿Tienes un amarre aquí? —pregunto.

Los amarres en Seashell están muy controlados, pues hay gente que ha llegado a las manos intentando decidir quién se quedaba con uno o con otro, o sin ninguno.

—Mi padre —se limita a decir en tono neutro—. ¿Lista?

Llevo rodeada de barcos la mayor parte de mi vida, sobre todo barcos a motor, que tienen sus propios sonidos, olores y movimientos. Al dar marcha atrás para salir siempre desprenden un tufillo a gasolina y una mancha negra tiñe la superficie del agua, luego viene un tirón hacia delante y el *bang, bang, bang* de la proa arriba y abajo, si el mar está algo picado. Cuando izo el foque y Cass la vela mayor, es todo muy ruidoso. Un sinfín de ruiditos metálicos y las velas se agitan hasta que el viento actúa sobre ellas y las hincha, tirando del casco hacia arriba y hacia delante. El agua salpica nuestros rostros, nos dirigimos hacia mar abierto. No estoy preparada para el silencio y la paz que nos envuelven. Apenas hay sonidos, salvo el de las gaviotas carroñeras arrojándose en picado y el rumor de una avioneta en lo alto del cielo con destino a islas más alejadas.

Cass me pregunta si sé que he de agachar la cabeza por debajo de la botavara cuando el barco cambie de rumbo y le hago una demostración. Me enseña también a anclar los pies y echarme hacia atrás.

El mar está salpicado de barcos de todas las clases, especialmente hay enormes lanchas motoras y embarcaciones de recreo ostentosas que surcan las aguas dejando su estela. A lo lejos, una especie de ferri cuyo destino ignoro, y diviso en la línea del horizonte lo que me parece un petrolero.

—¿Tenemos destino?

—Este —responde Cass, como si estuviéramos anclados en un punto, en vez de ir surcando las aguas a toda velocidad—. A menos que quieras ir a otro sitio o en otra dirección.

El viento sopla con fuerza y me echa el pelo sobre los ojos y la boca. Lo aparto y lo enrosco en un improvisado moño a la altura de la nuca. Cass me observa con atención, como si acabara de sacar un conejo de una chistera.

—¡Cambiamos de rumbo!

Un solo viraje y ya estamos a favor del viento. Me siento como uno de los guijarros de Nic saltando sobre la superficie del océano con la suficiente ligereza como para no hundirme nunca. El agua a nuestro alrededor es de color verde esmeralda, salpicada de espuma blanca aquí y allá. Tengo ganas de extender el brazo y tocarla, incluso de zambullirme. Esto es mejor que saltar... Es más estimulante, más fascinante, más liberador, simplemente... ¡más!

Sonrí con tantas ganas que empiezan a dolerme las mejillas. Miro de reojo a Cass, que está concentrado en el agua y en el timón y ha adoptado su cara de póquer. Tengo que conseguir que se relaje. Lo de antes ha sido muy raro, y encima sigue sin hablarme.

Pero entonces carraspea y se arranca al fin.

—Gracias... por venir. Lamento haber sido un gruñón en la playa —dice inclinando la cabeza en dirección a la costa.

—Sí. Esto... ¿Qué te pasaba? —Aunque me apresuro a añadir—: Si es por las

clases, no tienes por qué hacerlo. Mi familia lo entenderá. Aunque haya ido muy bien, seguro que ahora todo será más fácil. Solo necesitaba superar su miedo al agua.

—Se necesita algo más que una hora para superar el miedo al agua. No se trata de eso. Estaba pensando en otras cosas. No tiene nada que ver con vosotros dos. Son cosas de mi familia.

Recuerdo que ya mencionó algo al respecto después del heroico rescate de *Escondrijo*.

—¿Debería preguntarte si tienes ganas de hablar de ello?

El foque se agita un poco y Cass tensa la cuerda casi de forma automática, sin ni siquiera tener que volverse, aprieta la mano y después la relaja. Baja la mirada un segundo antes de volver a concentrarse rápidamente en las abarrotadas aguas que nos rodean.

—¿Recuerdas la conversación con mi hermano? Esa que tú...

—¿Cotilleé?

Esboza una sonrisa.

—Sí, como yo hice con la que tú mantuviste con Alex en la cena de ensayo. Pues bien, tengo muchas charlas de ese estilo en casa últimamente.

—Ya me dio esa impresión. ¿Vas a contarme por fin cuál fue el pecado capital que cometiste?

Gira el timón hacia la izquierda para desviarse del trayecto de una motora llena de chicas en bikini.

—Hubo muchos.

—¿La mayoría relacionados con Spence?

Lamento mi pregunta en cuanto sale de mis labios. Doy por sentado que hará algún comentario sarcástico al respecto, como que formar parte de los pecados de Spence es algo que tenemos en común; o quizá vuelva a guardar silencio. Sin embargo, no hace ni lo uno ni lo otro.

—Sí, bueno... —comienza a hablar—. Empezamos juntos en Hodges en parvulitos. Por aquella época aquel lugar no era tan terrible, pero conforme te haces mayor, da más asco, empeora más. Con todas esas reglas y sermones sobre lo que importa y lo que no, y esa mier... basura. Spence lo odia tanto como yo, aunque no se molesta en disimularlo, así que empezaron los líos... —titubeó.

—Define líos.

Cass sonrío de oreja a oreja.

—No esa clase de líos, obviamente. Solo cosas como... Por ejemplo, hay una estatua enorme de mármol del tipo que fundó Hodges, con toga y corona de laurel incluidas...

—¿Hodges se fundó en la Antigua Roma?

—Ridículo, ¿verdad? Pues en Segundo, a Spence y a mí nos dio por dedicarnos a ponerle sujetador o colocarle un botellín de cerveza en la mano, y cosas así. Lo estuvimos haciendo durante varias semanas, hasta que nos pillaron.

—No me digas que os echaron por eso. Tendrías que hacer algo mucho peor en nuestro instituto para que te pusieran de patitas en la calle. El último a quien expulsaron prendió fuego a los uniformes del coro mientras se fumaba un pitillo a escondidas dentro de un armario.

—Vaya. Y por lo que he oído, iba colocado y lo que se estaba fumando no era precisamente un Marlboro. Ese tipo consiguió tres *strikes* y la expulsión en un solo día. Chan y yo... no fuimos tan hábiles. Así que, en fin, faltarle al respeto a nuestro ilustre fundador... —Dibuja unas comillas imaginarias en el aire al pronunciar las dos últimas palabras—. Primer *strike*. Luego tomamos prestado el carrito del encargado de mantenimiento de la pista de golf y lo despeñamos en el estanque de la escuela.

—Vaya delincuente de poca monta estás hecho, Somers.

Me echo hacia atrás y cruzo los brazos sobre el pecho, hasta que me doy cuenta de lo mal que debe de quedar con el chaleco puesto, por no decir que estoy imitando su postura. Por cierto, ¿no es la imitación una señal de apareamiento en el reino animal? Poco me falta ya para darme la vuelta y mostrarle mi punto débil.

—¿Quieres que te impresione con lo malo que puedo llegar a ser, Gwen? Espera y verás. Resulta que el comedor de Hodges se parece mucho a... —Se acaricia el lóbulo de la oreja buscando la palabra que necesita—: Hogwarts. ¡No, mucho peor! Es como la sala en la que Enrique VIII se daría un festín de venado, o algo así. O como el castillo de Nottingham. En fin, a Spence y a mí se nos ocurrió que podíamos mejorar la autenticidad de todo el tema medieval, así que tomamos prestada la llave del guarda y nos colamos de noche con un par de fardos de heno, los lebreles enormes del padre de Spence, un par de pollos y un cerdo barrigón. Resumiendo, resulta que el director no era tan amigo de la fidelidad histórica como uno habría creído. Y eso es todo. Tercer *strike*.

Me río a carcajada limpia.

—Odio decirte esto, pero vas a tener que trabajar mucho más, si quieres ir al infierno o incluso a la cárcel.

Sin embargo, él permanece serio y sigue concentrado, apretando su mano de vez en cuando.

—Oh, Dios, perdona —voy calmándome—. Es que no me parece tan malo. Honestamente, con un poco de sentido del humor... A ver, estoy segura de que tu familia es muy divertida; bueno, no divertida en plan friki, sino...

—Ya sé lo que quieres decir. Y sí, tienen sentido del humor, aunque no cuando la broma implica la expulsión de una escuela por la que ha pasado tu padre, tu madre, tus hermanos y hasta tu abuela. Por no mencionar que mi hermano Jake trabaja allí como entrenador. No fue plato de su gusto que expulsaran al fracasado de su hermano pequeño.

«¿Cass, un fracasado?».

—¡Vaya! Lo siento.

Apoyo mi mano sobre la suya, la que sujeta el timón, y la dejo allí unos segundos. Todas y cada una de mis terminaciones nerviosas vibran ante el contacto de su piel y un escalofrío asciende por mi brazo. Aparto los dedos y los ocupo en rehacerme el moño.

—Pues yo no lo siento. —Eleva el tono, como si intentara superponerse a la voz de otra persona y no solo al rumor de las olas—. Ese es el problema. Largarme de allí fue... algo maravilloso. No era mi sitio. El Instituto Stony Bay es... El entrenador me gusta más, el equipo es mejor, las clases están bien... Me alegro de estar donde estoy.

—¿Tu familia sigue enfadada? ¿Después de todo este tiempo?

En mi mente toma cuerpo la vívida imagen del padre de Cass llevando a un montón de críos (hijos de los veraneantes, niños de la isla) a dar una vuelta en su lancha motora aquel verano de hace mil años. Nos llevaba a hacer *tubing* o esquí acuático, actividades que los niños de la isla nunca teníamos oportunidad de practicar. Y podía pasarse el día entero dando viajes con tal de asegurarse de que todo el mundo que quisiera probar, pudiera hacerlo. También hacíamos turnos para colocarnos en proa y agarrarnos con fuerza mientras la motora saltaba sobre las olas. Acabábamos todos mojados. En una ocasión me clavé un anzuelo en el pie cuando caminábamos por el final del muelle y él me llevó a caballito hasta la casa que tenían alquilada para sacármelo con unos alicates y curarme la herida. El hombre no dejaba de contarme esos horribles chistes de «¿toc toc?» para distraerme.

—No están enfadados. Más bien, decepcionados.

En la lengua universal de los padres, «decepcionado» es casi siempre peor que «enfadado».

—¿Después de un año?

Debería cambiar de tema. Cass tiene los nudillos blancos. Aprieta la mano, relaja la mano.

—Desde ayer. Mi abuela y mi madre fueron a hablar con el director hace unos días. Dijo que lamentaba haberme expulsado, que estaba convencido de que yo no habría actuado así de no ser por la mala influencia de Spence. Aunque eso no es cierto. En fin, dijo que si me disculpaba y admitía que no había sido idea mía, podría volver. Sería bueno para mi expediente y seguramente me abriría las puertas a una universidad mejor y... ya conoces el resto del discurso.

Su voz se vuelve más grave y sarcástica en esta última frase. Está claro que ha tenido que escuchar esas mismas palabras muchas veces.

Claro que conozco el discurso. Me lo sé de memoria. Darme cuenta de que me lo sé y de que además me parece comprensible es como un jarro de agua helada, una especie de conmoción, pero también en cierta medida un alivio. Es cierto que nadie me imagina a mí en una universidad de prestigio, pero existe ese matiz de: «Y después ¿qué?». Vuelvo a fijarme en Cass, en todas las tonalidades de su pelo dorado, en su mirada, firme y decidida, en la mueca obstinada de sus labios. Esta es la parte más extraña y difícil de haber dejado de ser aquella niña descalza y aquel niño de

pelo pajizo que corrían por la playa en dirección al agua agitando los brazos y las piernas de manera desenfadada. De pronto, te aproximas al final de tu segunda década y, ¡boom!, tus decisiones importan. Ya no se trata de elegir entre chocolate y vainilla, entre el puente y el muelle, entre Sandy Claw y Abenaki. Se trata de toda tu vida. Como dijo Nic, estamos a muy poco de cagarla, o quizás de acertar. Ahora nuestras decisiones sí que importan.

Pero su mirada es de derrota. Vuelvo a apoyar mi mano sobre su puño. Él se vuelve hacia mí repentinamente y nuestros rostros quedan mucho más próximos.

En ese momento la motora llena de chicas en bikini da media vuelta y pasa a toda velocidad por nuestro lado una vez más. Una de las muchachas agita la parte de arriba de su bikini naranja en el aire mientras el sol hace brillar su piel bronceada. A esa no le hace falta sudadera ni chaleco salvavidas.

Las olas vienen a estrellarse contra el velero, nos salpican y hacen que nos zarandeemos peligrosamente.

—¿Amiguitas tuyas, Cass?

De pronto me sobrecoge el temor de que, en efecto, así sea. Antiguas compañeras de clase, socias del T&N, el Club de Tenis y Natación, lo que sea; la clase de gente con la que Cass tendría una relación, quiero decir, con la que se relacionaría.

—No. ¿Tuyas?

—A pesar de la reputación de las muchachas de la isla, no. Por lo general dejamos las payasadas en *topless* para la tierra.

—Entonces será mejor que regresemos —responde con absoluta seriedad.

Le arreo un porrazo en el hombro como si fuera Nic. Él hace una mueca y adopta una expresión que... definitivamente nada tiene que ver con el modo en que mi primo me mira. Una sonrisa se abre paso poco a poco en su rostro y vuelvo a sentir esa descarga de electricidad extendiéndose por mi piel. Nos miramos fijamente, igual que hicimos en la cocina de la señora Ellington o aquella noche de marzo.

Tensa la cuerda de la vela mayor sin apartar sus ojos de mí, esperando a que sea yo quien desvíe la mirada, pero sigo observándolo y me percató, en los pequeños confines de aquel barco velero y en la extraña quietud del momento, de cosas que no había visto hasta entonces: una minúscula cicatriz blanca que corta su oscura ceja izquierda en el extremo, unas débiles motas de verde en sus ojos azules, su pulso latiendo en la base de la garganta. No sé cuánto tiempo permanecemos mirándonos. Cuando aparto la mirada al fin, todo parece igual en el agua, pero tengo la sensación de que algo ha cambiado.

Cierro los ojos y busco con el rostro al sol y al viento. Cuando vuelvo a abrirlos, me doy cuenta de que hemos perdido la ráfaga y nos hemos detenido, a excepción de un ligero bamboleo provocado por el paso de una enorme lancha a motor llena de tipos con gafas de aviador.

—Bueno, ¿de qué va eso de las jóvenes de la isla? —me pregunta.

—Venga ya, Cass. No te hagas el tonto.

—Eh, necesito clases particulares, Gwen. Es obvio que soy tonto.

Me vuelvo hacia él con incredulidad. Mantiene la mirada. Parece que sus ojos puedan leer mi interior y sacar a la luz algo oculto.

—Eso es lo último que eres, Cass. A ver... En la isla somos como... Veamos, ¿sabes que en el instituto hay gente con clase y gente sin clase?

—Supongo —responde no muy convencido.

—Pues los jóvenes de la isla seríamos la gente sin clase, sobre todo nosotras. Somos una especie de distracción veraniega.

—¿Qué se supone que significa eso? —me interrumpe levantando un brazo rápidamente con la palma hacia mí y me escudriña con el ceño fruncido.

—Que somos como una cesta de pícnic: útiles, incluso algo que es agradable tener a mano cuando hace calor y se tiene hambre, pero ¿quién quiere una cesta de pícnic cuando el verano llega a su fin?

Cass no sabe qué responder a eso, o igual es cierto que de pronto se ve envuelto en una especie de crisis marítima que requiere toda su atención y le impide mirarme a los ojos. Empieza a tirar de esta cuerda, de la otra y de la de más allá y a gritarme órdenes en una especie de dialecto marinero que no entiendo, y no le queda más remedio que traducirme después de un par de rondas de muda incomprensión.

—Resulta que al final sí eras un «pijo náutico».

—¿Cómo? ¿Puedes mantener el timón así un momento? Así... Muy bien.

Toma mi mano un instante y siento su calor antes de soltarla.

—Eres uno de esos jóvenes que se vuelven unos mandones en el mar y no dejan de gritar términos náuticos.

—No es cierto. Solo sé lo que me hago. Sigue sujetándolo con firmeza. Recuperaré el viento enseguida.

Puesto que no tengo ni idea de navegar, ignoro si realmente necesita tirar, soltar y ajustar todos esos chismes o si solo es una forma de escurrir el bulto. Pero entonces se vuelve para mirarme, me sonríe y contemplo el brillo del agua reflejado en sus ojos.

—No te preocupes.

—No lo hago —me sorprende respondiendo.

Y es cierto, no estoy preocupada. No estoy incómoda ni cohibida. No estoy en ningún otro lugar, salvo allí. Me parece que hace una eternidad que no estoy «aquí» sin estar «allí» y «allí también» y un poco «en aquel otro sitio». Pero ninguno de esos sitios existe ahora. Solo Cass, el océano azul y yo.

Abre la boca para decir algo, pero el sonido queda ahogado por el rugido de una enorme lancha motora que pasa muy cerca de nosotros levantando una ola gigantesca a su paso.

Nos vemos sacudidos de un lado a otro durante unos minutos hasta que Cass decide que probablemente haya llegado la hora de salir de la trayectoria del inusual número de barcos que circula hoy por alta mar. No creo haber visto nunca tantas

velas, foques balón y estelas. ¿Acaso hay alguna competición? ¿O es que todo el mundo es tan reacio a que se acabe su paseo por alta mar como yo?

Navegamos en silencio hasta que el atardecer convierte el cielo en un arcoíris: fresa, limón, mandarina... sobre un fondo de algodón de azúcar de color azul. Luego ponemos rumbo a tierra y amarramos el barco. Desciendo de un salto y le devuelvo el chaleco salvavidas.

—Te acompañaría a casa, pero será mejor que lleve el barco de vuelta al amarre antes de que anochezca.

Le digo que lo entiendo, aunque me muero de ganas de que me acompañe a casa mientras la oscuridad nos envuelve.

—Mañana a las seis —me suelta Cass.

—¿Para?

—Las clases. No puedes posponerlo eternamente, Gwen. —Levanta una mano, con la palma encarada hacia él, y empieza a enumerar cosas con los dedos—: Me dijiste cómo le gusta tener el jardín a la anciana señora Partridge. Te herví las langostas...

—Pensaba que habíamos acordado no volver a sacar ese tema.

—Solo estoy haciendo un resumen. Me ayudaste con el seto y yo te he llevado a navegar...

Tiene aún cuatro dedos en alto.

—Le has dado una clase a Emory...

—Eso no cuenta. Estamos empatados. Y como me consta que te gusta ganar, Ginebra Castle, ha llegado la hora de que me des clases de repaso y descubras lo estúpido que soy.

—Nunca he pensado que...

Levanta el dedo índice.

—De verdad que tengo que irme —me dice—. Mañana, a las seis, en tu casa.

—¿Por qué no en La Garita?

¿Por qué de pronto tengo ganas de estar a solas con él?

—Aparte de que está todo por medio, está hecha un asco y huele a pis de perro. Tu abuelo me contó que de joven trabajó afilando cuchillos. No sé portugués, por lo que no estoy muy seguro de lo que dijo a continuación..., pero me dio la impresión de que me perseguiría con unos cuantos cuchillos afilados si se me ocurriera quedarme a solas contigo en mi apartamento —grita mientras se aleja—: ¡A las seis en tu casa!

CAPÍTULO 23

Mi hermano no puede, literalmente, dejar de hablar de las clases de natación, y cuando llega la hora de irse a dormir, aún sigue contándole la misma historia a mi abuelo una y otra vez.

—Fui muy valiente. Entré en agua. Superman ayudó, pero yo fui más valiente.

Al día siguiente viene a despertarme y agita su bañador delante de mi cara mientras pone todo su empeño en desabotonarse el pijama.

—Más clase hoy.

Suelto un gruñido.

—No, pequeñajo.

Me mira fijamente con exasperación y luego me da un golpecito en la barriga con su peluche.

—*Escondrijo* te ha mordido.

Al ver que me doy media vuelta y me cubro la cabeza con la almohada, le llega el turno a mi madre, luego a Nic y finalmente a mi abuelo. Como todos coincidimos en que hoy no hay clase, opta por ponerse el bañador y se sienta a esperar junto a la puerta con las piernas cruzadas y *Escondrijo* preparado sobre su regazo.

* * *

Comparto mis dudas con Vivien.

—No ha sido buena idea —le digo—. Está obsesionado con Cass.

—Al final tendrá que entrar en la familia.

Ladea la cabeza para estudiar con detenimiento la margarita que acaba de pintarme en la uña del dedo gordo del pie.

—Muy graciosa. Te estoy hablando en serio. Esto puede acabar mal. ¿Qué pasará cuando Cass se canse y lo deje? ¿Qué será de Em? Se quedará esperando a que Superman vuelva.

Mi amiga suelta un bufido.

—Dame el otro. Por Dios, Gwen, ¿qué les haces a tus pies? Tienes las plantas superásperas y el verano solo acaba de empezar. Es demasiado pronto para tener pies de verano.

—Yo los tengo así todo el año. Me preocupa Emory, Vivien. Préstame atención.

Rebusca en el enorme maletín de aluminio donde guarda sus accesorios para las uñas hasta que da con dos piedras pómez, las examina con detenimiento y se decanta por la más rugosa.

—Ya lo sé... Te estoy escuchando: te preocupa que Cassidy Somers entre en la vida de Emory, lo deslumbre y después pase de él. Mmm... Me pregunto de dónde vendrá ese miedo.

Suelta la piedra pómez, abre las palmas y une las yemas de los dedos de ambas manos imitando a los psicólogos de las películas.

—Gracias, doctor Freud. —Me lamento—. ¡Ay! No me arranques toda la piel, Viv. ¡Joder! No es algo tan descabellado. Él pasó de mí. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo con mi hermano? Quizá pasar de la gente sea su especialidad.

—Quizá la tuya sea esperar que todo lo bueno acabe mal. Cielo, son dos situaciones diferentes. Vosotros ya sois casi adultos. Os acostasteis sin apenas conoceros y eso nunca acaba bien. —Alza una mano para detener mi inevitable comentario—. Ya, ya, no me lo digas: y qué sé yo de eso, ¿verdad? Pero sí sé de lo que estoy hablando. Que mi relación con Nico sea estable no me impide ver y oír los culebrones del instituto. Mira a Ben Montoya y su historia interminable con Katie Clark. Ella se niega a acostarse con él, así que él se mete en la cama de cualquiera que le diga que sí, pero luego las deja tiradas por Katie, haciendo a todo el mundo desgraciado, incluido a sí mismo. ¿Y qué me dices de Thorpe? Está enamorado de Chris Fosse, que es heterosexual y nunca va a corresponderle. Así que se lio con el tipo ese de la universidad de White Bay, que se colgó de él, y ahora Thorpe se siente muy mal y le atormentan los remordimientos.

—¡Guau! De ese escándalo no me enteré.

—Oh, se ve que fue muy intenso. Al parecer, el universitario le dio una serenata a los pies de su ventana y Thorpe se vio obligado a salir del armario en su casa, ya que por lo visto sus padres eran las únicas personas que ignoraban su orientación sexual.

—¿Y dónde estaba yo cuando pasó?

—Suspirando por Cassidy Somers o quizá por Spence Channing —suelta Vivien sin apartar los ojos de su maletín mientras busca la crema para los pies.

—¡Oh, Dios, no! Jamás por Spence —gruño.

Me fulmina con la mirada por encima de las gafas. (Vivien no ve un pimiento de cerca y tiene que ponerse unas gafas minúsculas de abuela para hacer sus intrincados dibujos en las uñas de los pies). En el consecuente silencio me percaté de lo que he revelado con lo que he omitido. Me froto la frente.

—La verdad es que, Viv...

—Lo que digo —continúa ella con calma— es que en vuestro caso hay sexo de por medio, y eso complica las cosas. La relación con Emory es distinta: nada de hormonas ni de historias raras. Solo es un niño que necesita ayuda y Cass sabe cómo dársela. ¿Por qué iba a hacerle daño?

—¡Hubo! Hubo sexo de por medio —recalco—. Ya no tenemos esa clase de relación.

—Ajá. Por supuesto que no. Porque todos escogemos a quien escogemos con la cabeza y nada más. Tienes toda la razón, Gwen.

CAPÍTULO 24

—¿Estás segura de que no necesitas licencia para esto? —pregunta mi madre al verme alinear un puñado de lápices sobre la mesa de la cocina.

—Mamá, no voy a montar una guardería. Solo son unas clases de repaso.

Me observa con recelo mientras abro un paquete de libretas.

—Es ese joven tan educado, ¿verdad? El de los abdominales.

—Ya lo hemos hablado. Sí. El que está en el equipo de Nic. Voy a echarle una mano para que apruebe el examen de Literatura. Y no, sus abdominales no se van a ver envueltos en esto.

Mi madre no deja de merodear a mi alrededor, y ella nunca hace eso. Seguro que está al tanto de lo que pasa entre Nic y Vivien y, sin embargo, nunca la he visto insinuar nada, ni con la mirada ni con sus palabras, ni siquiera cuando Nic aparece al rayar el alba después de «haber cenado en casa de Viv», ni cuando ambos se escabullen a la habitación cuando mi abuelo no está en casa y Em está a mi cargo. ¿Por qué me llevo yo la mirada de sospecha?

Supongo que porque nunca he traído un chico a casa. «Está en el equipo de Nic» me sonaba bien, distante, oficial... algo inverosímil. Como si no fuera la versión real. Pero así es como suenan todas las formas que tengo de definir a Cass. Mi madre, que jamás me ha mirado de esa manera, sigue escudriñando mi rostro, por lo que intento con todas mis fuerzas no ponerme colorada.

Recoloca los manteles individuales dispuestos sobre la mesa. El de Nic, el de mi abuelo, el de Em, el suyo, el mío... Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Concentra su atención y reajusta el número cinco.

—Mamá, solo es una clase. No es una cita. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada, Gwen. Solo intento asegurarme.

* * *

Después de llamar un par de veces con decisión, Cass apoya su peso sobre los talones al otro lado de la puerta. Lleva unos *jeans* oscuros y una camisa de color azul cobalto abotonada hasta el cuello. Tiene la cara un poco colorada y es obvio que acaba de afeitarse, pues muestra un pequeño corte en la barbilla. Su pelo, aún mojado, parece recién peinado. Vamos, que da la impresión de haberse esmerado en su aspecto. No es una buena señal.

Aunque yo me haya cambiado cuatro veces, él no tiene forma humana de saberlo. Cass, sin embargo, parece la imagen de la pulcritud: solo le falta un ramo de flores

escondido detrás de la espalda.

—No hacía falta que te arreglaras —le digo de inmediato.

Echa un vistazo a su camisa y arquea las cejas.

—Era la única que me quedaba limpia que no era de color rosa.

—Ah, de acuerdo. Pasa.

En dos zancadas ya está dentro. Echa un vistazo curioso a su alrededor: a nuestra cocina/sala de estar/sala de ejercicios/habitación de juegos. Su rostro es del todo inexpresivo. En su casa hay esos techos enormes, esas lámparas caras, un montón de obras de arte, un millar de habitaciones... Y míranos a nosotros. Tenemos a Myrtle, que está totalmente hundida, un papel en las paredes desgastado que ha empezado a levantarse, las creaciones de Emory pegadas por las paredes, una foto de Rita Hayworth a la que mi abuelo tiene mucho aprecio, y en lo más alto, las tablas de ejercicios de Nic en orden secuencial. Sin olvidar el retrato solemne/altar sagrado de mi vovó y el juego de Ponle la cola al burro que colgamos en el último cumpleaños de Em y no hemos quitado porque le ayuda a mejorar sus habilidades motoras.

—Me gusta —afirma—. Tiene una gran personalidad.

—¿No es eso lo que dicen los tipos de las chicas feas?

—¿He llegado en mal momento o estás cabreada porque sí?

Se pasa la mano por el pelo y adquiere un aire de perfección desenfadada cuando concluye el gesto.

—No estoy cabreada porque sí. Estoy...

«Cabreada porque sí».

Estaba bien hace dos minutos, pero ahora estoy muy tensa. «No es una cita, solo es una clase».

Cass no me hace caso, se dirige a la mesa donde están dispuestas las libretas y los lápices y abre la mochila. Es la misma que llevó a la playa el otro día con Emory, y eso hace que me relaje de inmediato. Saca un ejemplar de *Tess, la de los d'Uberville*, lo deja boca abajo sobre la mesa, alza la vista y me sonrío mirándome a través de las pestañas. Tiene unas pestañas muy largas. ¿Por qué los hay que nacen con esas pestañas cuando se supone que somos nosotras las que las necesitamos?

—¿Nos ponemos aquí? —pregunta.

Aparta una silla, se deja caer a plomo, apoya los codos en la mesa y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Esto... Sí. Aquí está bien. Mi habitación es un poco pequeña y...

«Es mi habitación. Tiene una cama».

Justo en ese momento mi madre sale de nuestra habitación y se detiene en seco, como si no esperara tener visita.

Cass se pone en pie de un salto y extiende la mano.

—Hola, señora Castle. Soy Cass... Cassidy Somers. Gwen ha accedido a ayudarme con Literatura.

Mi madre se queda mirando la mano durante unos segundos, como si no tuviera

ni idea de qué hacer con ella; igual que reacciono yo cuando Cass hace uno de esos gestos supereducados. Finalmente extiende la suya con cautela y Cass se la estrecha. Me llega un aroma intenso a cítrico.

«¿*Aftershave*?».

Cass se ha puesto *aftershave*.

¡Ajá! Al parecer sí se ha esforzado. Me estremezco de alegría cuando hace tan solo unos segundos la misma idea me disgustó. Con cada minuto que pasa me vuelvo más bipolar. Puede que la culpa sea de la interacción de su *aftershave* con el perfume que me he puesto, uno que me regaló Vivien hará cuatro años. Lo más probable es que haya caducado y esté emitiendo gases tóxicos que me embotan el cerebro.

—Bien, pues... Perfecto. —Mi madre recupera el control de su mano—. Yo... seguiré. ¿Os apetece picar algo?

«¿Como qué, mamá: un vaso de leche con galletas o un delicioso plato precocinado sacado del congelador?».

—No, gracias, acabo de comer —dice Cass—. Gracias por dejarnos hacer la clase aquí, señora Castle.

De verdad, este muchacho es incorregible. Parece un adolescente hipereducado sacado de una serie de la década de 1950.

«¡Recórcholis, señora Castle! Es usted muy amable».

—Es un placer —le responde mi madre poniéndose a la altura de las circunstancias—. Como si estuvieras en tu casa, Cassidy. Yo seguiré limpiando. Ni os daréis cuenta de que estoy aquí.

«¿Limpiar? ¿Ahora?».

Se dirige hacia el armario de la cocina, saca la aspiradora, ajusta el filtro, la enciende y se lanza al asalto de Myrtle, cuyo tapizado ha debido de adquirir una expresión de sorpresa. Prácticamente nos hemos dado por vencidos en todo lo relativo a su mantenimiento. El ruido del aparato planea por la habitación como si fuera un reactor.

Cass parece reprimir una sonrisa.

—Supongo que deberíamos ir empezando —me dice por encima del estruendo dando un golpecito sobre la portada de *Tess*—. Tengo algunas preguntas.

—Dime —le contesto elevando la voz.

Mi madre está arremetiendo con auténtico frenesí contra la parte que queda oculta bajo los cojines. Oigo esos ruiditos metálicos de las cosas al ser succionadas sin piedad.

Debe de ser su forma de actuar como carabina, aunque, ahora en serio: ¿qué es lo que cree que vamos a hacer: lanzarnos el uno en brazos del otro dominados por la lujuria después de haber hablado de Thomas Hardy —cómo no, todo un afrodisíaco —, tirar las libretas y los lápices al suelo y hacerlo sobre la mesa?

Recuerdo la frente de Cass apoyada en la mía, nuestros cuerpos pegados por el sudor, su mano sobre mi nuca, la mía encima de su corazón galopante.

Me aclaro la garganta y me concentro en su ejemplar de *Tess, la de los d'Urberville*. No es difícil darse cuenta de que apenas lo ha abierto. El lomo no está agrietado, no hay notas en las páginas, ni esquinas dobladas, ni fragmentos subrayados.

—Lo admito —grita levantando un poco el libro mientras la aspiradora trata de absorber, con series dificultades, una bola de pelo de *Fabio*—. Ni siquiera llegué a leerme un tercio del libro. Odiaba a todos y cada uno de los personajes.

Se encorva un poco y empieza a jugar con una esquina ligeramente levantada del libro hasta que consigue despegarla aún más.

—Todo el mundo los odia —admito—. Es como «el clásico que no le gusta a nadie».

—¿De verdad? ¿Y aun así nos lo hacen leer?

—Sí.

—¿Por qué? —pregunta curioso—. Solo es un puñado de gente portándose mal.

—Gente portándose mal es lo que encontrarás en casi toda la literatura, Cass.

Él me mira de reojo.

—Supongo. Y en la vida, quizá.

—Quizá.

«¿Qué narices estamos diciendo?».

—Ese tal Angel Clare es un auténtico imbécil —afirma Cass.

Mi madre ha cambiado de objetivo: la alfombra, y acaba de aspirar algo que no deja de tintinear. Conversar aquí es como estar de pie en el malecón en mitad de un huracán y pretender que el otro te oiga.

¿Qué Angel? Ah, sí. Angel Clare, el héroe de *Tess*, que releí anoche para refrescarme la memoria a pesar de que ocupa el primer lugar de mi lista de «libros que me gustaría tirar desde el muelle».

—Creía que no te habías leído el libro entero —digo.

—El Rincón del Vago —admite con expresión de vergüenza.

—Tranquilo, todos lo hemos hecho, aunque, claro, solo como complemento.

Se encoge de hombros esbozando una sonrisa. Mi madre se acerca a sus pies con la boquilla de la aspiradora y él los levanta como un niño obediente. Meto la cabeza debajo de la mesa.

—Mamá, ¿de verdad tiene que ser ahora?

Por fin apaga ese chisme ensordecedor.

—Lo siento —se disculpa en voz baja—. Ya sabes cómo soy. No soporto que la casa esté patas arriba.

—Pues inténtalo hasta que acabemos —le indico en un susurro.

—Disculpa, cielo —responde en un tono de voz normal que estoy segura que Cass es capaz de oír—. No me había dado cuenta de que queríais estar solos.

—No queremos... —Al levantar la cabeza, me golpeo con la parte inferior de la mesa—. ¡Ay!

—¿Estás bien?

Cass me pasa la mano por la cabeza para aliviar el golpe y se encuentra con la mía, que se está encargando de frotar el punto dañado.

—¿Quieres que te traiga hielo?

—No. Estoy bien.

Aunque no es del todo cierto. Estoy viendo círculos de distintas tonalidades de rojo girando a mi alrededor mientras trato de recordar los nombres que vimos en la clase de plástica de Segundo: escarlata, carmesí, bermellón, burdeos.

—Sigamos —propongo.

Mi madre se pone a enrollar el cable de la aspiradora pasándoselo por la mano y el codo una y otra vez mientras se esfuerza por no mirarnos, como si, de hecho, ya nos hubiésemos puesto al lío sobre la mesa de la cocina.

La puerta se abre de golpe.

—¡Mami!

Em cruza la sala como un rayo hacia sus brazos perseguido por una versión sudorosa y particularmente apesosa de mi primo.

—¡Nico! ¡Hueles a calcetines sudados! —lo reprende mi madre—. Sal afuera, quítate esa camiseta y de cabeza a la ducha.

No obstante, Nic ha visto a Cass y su expresión se endurece y adquiere una seriedad inusual en él.

—He subido corriendo por Ocean Hill con Emory a caballito. Me pareció un buen ejercicio. Ahora me toca levantar unas cuantas pesas, así que la ducha tendrá que esperar.

La mezcla del fuerte olor del *aftershave* con el pestazo de Nic resulta un tanto mareante. Me preocupa que Cass caiga al suelo desplomado y tener que hacerle el boca a boca; si bien, dicha especulación no debería tomar el cariz de una fantasía.

Cass se muerde el labio inferior con la vista fija en el libro. No puedo ver bien su cara, por lo que ignoro si mi caos de familia le divierte o bien le horroriza.

—¡Hola! —A Emory se le ilumina el rostro—. Superman. ¡Hola!

El pequeño señala triunfante a Cass como diciendo «¡Tachán!».

—¡Hombre, pero si acaba de llegar *Superboy*! —lo saluda él en tono amistoso.

Mi hermano va corriendo hacia él, se lanza a su cuello y le da un beso. Sí, exacto, en el cuello.

Cass le da una palmadita en la espalda.

—¿Qué hay, camarada? —su voz queda ahogada bajo el cabello de mi hermano.

—Superman —repite.

Cass se aparta a un lado para dejarle espacio en la silla, pero mi hermano no lo entiende y se sienta sobre su regazo utilizando la técnica «aquí estoy yo», de la que *Fabio* se sirve siempre para ocupar mi cama.

Ha llegado la hora de intervenir.

—Em, tienes que dejar a Superman un poco de sitio. Tiene que...

—No pasa nada, Gwen —me interrumpe—. ¿Seguimos? Estabas a punto de explicarme por qué Angel Clare no era un gil... esto... un imbécil. Soy todo oídos.

—¡Es que sí que es un imbécil! A ver... Por favor. Ella le cuenta que la han violado y él es incapaz de perdonarla porque ya no es la mujer que pensaba que era. Por no mencionar la escena en la que se levanta sonámbulo, la arrastra hasta el cementerio y la mete en un ataúd.

—Por eso leo novela romántica —interviene mi madre dejando de fingir que no está prestando atención—. En mis libros no salen esa clase de disparates.

Cass se frota la nariz.

—¿En serio? —dice pensativo—. No llegué a esa parte y tampoco la mencionaban en el resumen que leí por Internet.

Agito la mano un tanto exasperada.

—Se supone que simboliza el hecho de que la persona que amaba ha muerto para él y... —me impaciento.

—Pero eso es muy retorcido... —interrumpe Cass.

La puerta de la habitación de Nic se abre de golpe y se planta en el umbral con una camiseta de interior blanca. Irrumpe en la sala de estar de forma intimidatoria, levanta su pesa de veinte kilos y se pone a hacer bíceps con una expresión beligerante, muy a lo Stanley Kowalski. ¡Pero si fue él quien me suplicó que aceptara lo de las clases!

Cass se queda mirando a Nic con una ceja levantada.

—Cruz, ¡Hey!

—Qué pasa... —contesta mi primo casi gruñendo.

Cambia la pesa de brazo. Más repeticiones. Más ceño fruncido. La ceja de Cass sigue en su posición expectante. ¿Cómo lo consigue?

—Estupendo de veras —concluye Cass.

Emory le alisa el pelo a Cass y se lo coloca detrás de una oreja. Me percató entonces de que lo lleva más largo que de costumbre y de que se le empieza a ondular. Realmente lo tiene muy brillante. Casi tengo que sentarme encima de mi mano para no extender el brazo y colocarle más mechones detrás de la otra oreja.

Necesito hacer algo para romper la tensión.

—¿Estás seguro de que no quieres comer nada?

He olvidado lo forzado que ha sonado por boca de mi madre.

—Qué va. Estoy bien, pero gracias.

Clava sus ojos en los míos y se recrea unos instantes antes de volver a concentrarse en el ejemplar de *Tess*, que empiezo a odiar incluso más que antes. «Vuelve a mirarme a mí. ¿Qué te ha pasado por la cabeza?».

Mi madre se ha acomodado en el sofá con un libro en las manos que, como es normal, tiene una de las portadas más sexualmente agresivas del mundo. La mayoría de sus libros no están tan mal, pero este muestra a un hombre sin camiseta que se sujeta la cinturilla de unos pantalones blancos e hiperceñidos con el pulgar mientras

llama con el dedo índice al espectador. «Ven a probarme, muñeca».

Nic deja la primera pesa en el suelo armando un gran escándalo y elige otra más pesada. Em apoya la cabeza en el hombro de Cass. Sus pestañas se cierran poco a poco, se abren de golpe, vuelven a descender. Está a punto de quedarse dormido.

La situación mejora por momentos.

Empiezo a explicarle algo, aunque no estoy muy segura de qué es, cuando llega el que faltaba: mi abuelo. Entra cargado con una bolsa de plástico enorme en la que, a juzgar por el tamaño de las aletas de esa cola viscosa y tiesa que asoma por la parte superior, lleva un pez gigantesco muerto. En la otra mano, una bolsa con una col rizada y unos cuantos tubérculos comestibles. Luce una sonrisa de oreja a oreja en la que destacan sus paletas prominentes.

—Mirad lo que ha pescado Marco en el muelle de Sandy Claw. Llevaba otros tres que eran incluso más grandes que este monstruo. —Baja la voz—. Superan el límite legal, aunque ¡qué diablos! ¿Os lo podéis creer? ¡Esta noche nos daremos un festín! —Hace un alto al percatarse de la presencia de Cass—. Ah, el joven jardinero. *Como vai, meu filho?* —Su sonrisa se ensancha aún más al pasear la mirada entre alumno y profesora—. *Você tem uma namorada?*

«Cass me dijo que no hablaba portugués. Por favor, señor, que sea cierto». No solo mi abuelo acaba de preguntarle si tiene novia, es que si contesta que sí, voy a golpearle en la cabeza con una de las pesas de Nic. Con la de veintitantos kilos servirá.

Por suerte, se vuelve hacia mí con ojos inquisitivos y espera a que yo le traduzca.

—Quiere saber cómo estás y si te gusta... esto... el pescado.

—Por supuesto, gracias. Y estoy bien.

Emory se ha dormido del todo y está llenando de babas la única camisa limpia que le queda a Cass.

—¡Te quedas a cenar! —ordena mi abuelo señalándolo con el dedo como un auténtico tirano portugués—. *Você vai jantar conosco!* —Saca un ramillete de lavanda de la bolsa de las verduras, lo coloca en el jarrón que hay junto a la foto de mi vovó y le lanza un beso. Luego se dirige con majestuosidad hacia la encimera de la cocina preguntando a Cass en la distancia—: ¿Sí? ¿Sí?

—Me encantaría —le responde Cass—. Estoy muerto de hambre.

En esta ocasión no me cabe la menor duda: su mirada es risueña. Tampoco se me escapa la forma en que baja la vista rápidamente hacia mis labios y vuelve a subirla con aire inocente a la altura de mis ojos.

¡Me rindo! Hundo el rostro en las manos.

—Me lo estoy pasando bien —me asegura tan bajito que cabe la posibilidad de que la cotilla de mi madre y el ruidoso de mi primo no se hayan enterado—. No pasa nada.

¿En serio? Lo único que sé es que al parecer no puedo detener el circo que tiene lugar a mi alrededor, ni siquiera controlarlo un poco, como tampoco logro recordar

por qué me gustaría conseguirlo.

* * *

He aquí lo que pasa antes de la cena. Nic por fin da por concluida su sesión de entrenamiento y se encamina hacia la ducha sacando pecho. Solo lleva una toalla alrededor de la cintura y, por lo visto, no puede evitar pasar demasiado cerca de Cass y golpear su silla al hacerlo. Traducción: «Tengo más músculos que tú, nadador de poca monta, y podría darte una paliza, llegado el caso». Pero Cass no parece nada intimidado.

Mi madre pide a nuestro invitado que deje a Emory en el sofá, pero mi hermano se despierta a medio camino —puede que porque Cass lo transporta en una postura un tanto incómoda: echado sobre el hombro y con la cabeza colgando— y se pone a lloriquear hasta que Cass accede a leerle su cuento favorito de esta semana, protagonizado por «una adorable y diminuta hada que vivía bajo la hoja de una petunia». Siete veces. Hasta que mi madre se apiada de Cass, o tal vez de mí, y anuncia que ha llegado la hora de su baño, adonde el pequeño se dirige arrastrando los pies.

Mi abuelo, haciendo gala de una dosis de machismo propia del Viejo Mundo y reencarnándose de pronto en un antiguo vendedor de cuchillos (¿En serio trabajó de eso? Nunca lo había mencionado hasta ahora), decide que tiene que cortarle la cabeza al pescado de un solo machetazo y picar todas las hortalizas con una especie de cuchillo de carnicero enorme. Cass y yo intentamos sumergirnos de nuevo en *Tess*, pero no dejamos de ser interrumpidos por los escandalosos golpetazos y las palabrotas en portugués que provienen de la cocina.

Nic vuelve a entrar en escena, y Cass y él entablan otra de esas conversaciones tan varoniles que se componen solo por monosílabos y en las que no se dice básicamente nada.

—¡Eh, tú!

—Qué hay...

Mientras acaba de cocinarse el pescado, mi abuelo viene a la mesa y se instala enfrente de nosotros. Sonríe ampliamente, igual que antes. Cierro los ojos y espero a que empiece a interrogar a Cass sobre sus dotes maritales, pero en lugar de eso...

—*¡Coitadinho!* —exclama con tono perplejo y preocupado—. *¡Olhe para os seus dedos! ¡Olhe a sua mão!*

Abro los ojos y veo a mi abuelo arrebatándole el lápiz que tiene en la mano y haciéndole gestos a mi madre.

—Ven a ver esto, Lucía —exclama mi abuelo.

Mi madre se cubre la boca con la mano.

—¡Oh, pobrecito!

—¿Qué pasa? —pregunto un tanto exaltada.

A Cass se le ponen las orejas coloradas y el rubor se extiende con celeridad hacia sus mejillas.

—Vaya manos, cielo —se dirige mi madre a Cass—. ¿Cuánto hace que las tienes así?

—No es nada —responde en un susurro tratando de liberar su brazo—. Las he tenido mucho peor.

—¿Con qué te las estás lavando? —interviene mi abuelo.

Cass cierra las manos en un puño y las esconde bajo la mesa, para impedir que se las vean.

—Esto... Con agua oxigenada. Pero de verdad que no es nada.

Mi abuelo se pega con la mano en la frente con aire teatral.

—¡No, no, no! El agua oxigenada no cura la infección, *na infecção*. Puedes acabar enfermando de septicemia.

—¿Qué es lo que pasa? —intervengo.

Tomo la mano derecha de Cass casi esperando ver brotar sangre de cada uno de sus poros. No me percaté de nada extraño el otro día, ni durante la clase de natación de Em, ni en nuestro paseo en barco.

—Nada —susurra—. No es para tanto. Solo me han salido unas cuantas ampollas, Gwen. No estoy acostumbrado a usar la segadora más de una vez por semana.

Extiendo su mano con la palma hacia arriba, separo sus dedos con cuidado y dejo escapar un grito ahogado. Tiene la mano llena de ampollas, nuevas y viejas, reventadas y sin reventar, algunas incluso llenas de sangre. Duele con solo mirarlas.

Mi abuelo le da unas cuantas órdenes en portugués a mi madre.

—No se preocupen —continúa Cass con tono urgente—. Yo me las voy reventando y espero hasta que vuelven a cerrarse. No es para tanto. La otra mano ni siquiera está tan mal.

—¡No! —brama mi abuelo justo cuando mi madre se acerca con un barreño lleno de agua caliente y jabón—. Eso es precisamente lo que no se tiene que hacer. Tienes que esperar a que revienten solas y cicatricen bajo los guantes. Si no, pillarás la *infecção*. Porque llevas guantes, ¿verdad?

Cass hace una mueca, no sé si porque mi abuelo le está obligando a sumergir las manos en el agua hirviendo o porque se siente terriblemente cohibido al estar recibiendo tanta atención. O puede que por ambas razones.

—Bueno... No.

—¿Tu padre ha criado a un idiota?

«Lo que faltaba, abuelo».

—¿Tienes que frotar tan fuerte? —pregunto a mi madre.

—¿Quieres que tu novio acabe en la cama con fiebre? —me suelta sin dejar de frotar.

—Pues claro que no.

Ni me molesto en desmentir lo de novio.

—¿Te duele mucho? —pregunto a Cass en medio del caos.

—Solo mi orgullo. Estoy bien.

El tono de voz de Cass es mucho más alegre de lo que era hace un momento.

Al fin mi abuelo termina con su triaje y le da una nueva orden a mi madre, que regresa un minuto después con una toalla limpia y se afana en secarle las manos a Cass con delicadeza.

—De momento vamos a vendártelas —le explica—. Solo hasta que se sequen. Por la noche te quitas la venda y te pones una crema que lleve antibiótico. Mañana te las vuelves a lavar con jabón, las dejas secar al aire y vuelves a vendártelas. Y ponte guantes de tela para trabajar.

—Ni siquiera tiene guantes —farfulla mi abuelo—. Idiota. Mañana iré a la Ferretería Garret y le compraré unos como Dios manda.

Después del espectáculo la cena resulta incluso demasiado normal, protagonizada tan solo por el tintineo de los cubiertos y un montón de «pásame tal o pásame cual». Contengo las ganas de cortarle la comida a Cass, que con las manos así, vendadas, parece una momia o la víctima de un terrible incendio.

—Acompáñale a La Garita, Gwen —me ordena mi abuelo—. No va a poder meter la llave en la cerradura.

¿Ahora me sugiere que vaya sola al apartamento de Cass? ¿Qué ha sido del vendedor de cuchillos?

—Es cierto, cielo —añade mi madre—. Seguro que le duelen mucho las manos. No sé cómo has sido capaz de hacer nada, Cassidy. Debes de ser un tipo duro.

Cass se encoge de hombros. Es obvio que se siente cohibido.

¿Un tipo duro, mamá? ¿En serio?

Toda su prudencia y su vigilancia se han esfumado al descubrir el estado de sus manos. A mi madre le encantan las víctimas, aunque se trate de una que se ha autoinflingido su dolencia. O quizá sea por su encanto personal y no por sus manos, ya que este puede hacer que uno baje la guardia sin poder evitarlo. Al menos, conmigo lo consigue.

* * *

Es una noche sin luna y el cielo está cubierto de nubes, por lo que resulta difícil ver nada en esa calle desprovista de farolas. Tropezco con algo y Cass me sujeta de inmediato por el brazo.

—¡Cuidado!

—¿Qué haces? —le riño—. Te duelen las manos.

Aparto el brazo.

—Tengo ampollas, no metralla. No me duele más de lo que ya me dolía. De

verdad, no es...

—Si vuelves a decirme que no es para tanto, te vas a enterar.

Cass se echa a reír y su risa se incrementa más y más hasta el punto que tiene que detenerse en mitad de la calle, que está sumida en la penumbra. Apenas puedo distinguir el brillo de sus ojos, sus dientes y poco más.

—Envías más señales confusas que nadie de este planeta —me suelta, cuando por fin logra recuperar la compostura—. Tendrías que venir con un maldito vídeo de instrucciones, como esos de Youtube.

—No es verdad. Soy una persona muy clara.

Más risas. Está casi sin resuello. Es muy difícil oír a alguien reírse de esa manera y no contagiarse de la diversión.

—Nunca te he enviado señales confusas —me justifico—. Los mensajes han cambiado. Eso es todo.

—Y han vuelto a cambiar, y otra vez, y una vez más.

—Yo no hago eso —se me quiebra la voz.

¿De verdad soy tan veleta como las cabezas de chorlito que protagonizan las películas de mi abuelo, esas a las que les darías una bofetada? Yo no soy así, ¿verdad?

—Cuidado, ahí está la segadora —me previene, al tiempo que me aparta con destreza apoyando el antebrazo en mi espalda. Casi parece un movimiento de baile.

A continuación abre la puerta. Sin llave.

—No habías cerrado con llave.

—Pues claro que no. ¿Qué van a robarme? No me imagino a la anciana señora Partridge colándose en mi casa a hurtadillas para birlarme los pantalones cortos de gimnasia y una lata de atún.

—¡Pero la única razón por la que te he acompañado a casa es para que no tuvieras que pelearte con la llave!

—Yo no me he inventado esa excusa —me recuerda—, pero hubiese sido un necio si no la hubiese aprovechado.

Tantea la pared hasta dar con el interruptor y la luz se abre paso en la noche sumiéndolo en las sombras, arrancando destellos a su cabello y cegándome por un momento.

—Buenas noches, Gwen.

Pero al llegar al pie de la escalera, añade algo más:

—¿Estás segura de que esa era la única razón?

CAPÍTULO 25

Mi padre llama a la puerta mosquitera con los nudillos.

—En marcha, Gwen. Y tú también, Nico. Esta vez no tenéis elección. Os necesito.

Nic se levanta del sofá, deja caer con decisión su ejemplar de la revista *Fitness Men's Health*, se vuelve hacia mí y se encoge de hombros.

Ambos llevamos años haciendo esto, al menos desde que mi padre se marchó. Se presenta en casa, nos dice que necesita ayuda y lo seguimos sin tener ni idea de lo que acabaremos haciendo: quitar los percebes adheridos en el casco de su barco, ir al supermercado a comprar suministros para el restaurante cuando los proveedores se retrasan, jugar a minigolf en Stony Bay... Sin embargo, este año aún no habíamos tenido ninguna excursión misteriosa y ahora me pregunto si no será por la tirantez existente entre él y Nic.

Nos acomodamos en la parte delantera de la camioneta: yo me coloco en el medio y Nic coloca los pies sobre la guantera y se hunde en el asiento a mi lado. Mi padre frunce el ceño cuando el motor refunfuña durante unos segundos antes de ponerse en marcha, luego vira con impaciencia para evitar un grupo de chicos reunidos frente a la barrera de Seashell y acelera calle abajo.

—¿Piensas darnos una pista de cuál es nuestro destino? —pregunta Nic al cabo de un rato.

—Vamos a buscar almejas. El plato especial de esta semana son las almejas rellenas y vosotros ya sabéis que están más sabrosas recién traídas que descongeladas —aclarar—. En Comidas Esquidero no se les ha ocurrido otra cosa que celebrar la semana de la chirla americana precisamente ahora. Hijos de perra... Pero no pienso permitir que me jodan la marrana.

—¿No hay ningún motivo más? —añade Nic.

Su voz se tiñe de un aire suspicaz.

—¿Acaso necesito un motivo para veros? —le suelta mi padre sin apenas detenerse en el Stop—. Ninguno de los dos trabajáis en el restaurante este año y tú te saltas casi todas las cenas, Nico.

Nic se pone a tamborilear con el pulgar sobre la rodilla. Luego cambia la emisora de radio y sustituye al tipo que vocifera furioso en una tertulia por un poco de rock melódico.

Mi padre vuelve a cambiarla.

No puedo evitar sentir que hay algo más que esta historia de las almejas. ¿Me han traído para amortiguar los golpes, o como aliada?

—¿Qué tal te van las cosas con la joven Almeida? —pregunta mi padre sin venir

a cuento.

Tomamos un desvío hacia el arrecife. La tarea que nos ocupa es mejor allí, ya que el agua es menos profunda que en el resto de las playas de la isla.

Nic ladea la cabeza sorprendido. Mi padre suele lavarse las manos en lo que respecta a las charlas sobre amoríos. Ese es terreno de mi madre.

—¿A qué te refieres?

—Lo que he dicho. —Mi padre no aparta la vista del camino—. Vosotros dos aún...

—Sí. —Lo interrumpe Cass—. ¿Por qué?

—¿Estás actuando con cabeza?

El acento de mi padre se vuelve más marcado cuando está enfadado o incómodo.

—¿Con qué, tío Mike?

Mi padre lo examina con el ceño fruncido. Y Nic lo fulmina con la mirada. Cómo desearía estampar sus duras cabezas la una contra la otra. Pero entonces Nic se ablanda.

—Sí. Siempre. —Nic hace una pausa—. Los dos. ¿Por qué?

—Es mi labor preguntar.

—¿Desde cuándo? —Nic parece darse cuenta de lo beligerante que ha sonado su comentario, ya que se aclara la garganta antes de proseguir—. Estamos siendo buenos. No tienes de qué preocuparte, no tendrás sobrinos-nietos correteando por ahí en un futuro próximo.

Mi padre emite un gruñido. Tanto la nuca de mi primo como la suya han adquirido el mismo tono escarlata.

—Perfecto —concluye mi padre en tono seco.

—¿Ahora viene el abrazo de grupo? —intervengo—. Ha sido tan dulce... Me siento mucho más unida a vosotros desde que me habéis abierto vuestro corazón de este modo.

Nic me da un codazo en las costillas, aunque una sonrisilla se ha hecho con sus labios. Da la impresión como si mi padre estuviera planteándose esbozar una sonrisa burlona, pero desestima la idea.

Por fin llegamos a destino.

—Sacad los rastrillos —indica señalando con la cabeza la parte trasera de la camioneta.

Nos adentramos en el agua llevando los rastrillos al hombro y un cubo en la otra mano. Nic me da un golpecito en la pantorrilla con el rastrillo.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta en un susurro—: ¿el «Póntelo. Pónselo» de tío Mike?

Me encojo de hombros.

—Nunca había hablado de este tema conmigo, ni una sola vez, ni siquiera cuando me hubiese venido bien su consejo —continúa—. Entonces ¿por qué ahora?

—Quizá crea que ha llegado el momento.

Aunque si mi padre pensaba que con ello estrecharía lazos familiares, necesitaba mejorar su técnica con urgencia.

Nos dispersamos por el agua y trabajamos separados y en silencio. Cualquiera iniciado en el arte de buscar almejas sabe que es un trabajo arenoso, sucio y en el que uno acaba deslomado. En invierno los dedos se te congelan mientras revuelves la arena granulosa en busca de las conchas, y en verano se te quema la nuca, pues tienes que pasar un montón de horas mirando abajo. No es como la pesca, que te lleva en mitad del océano o te sitúa pacíficamente en un muelle con una caña y te recompensa con el subidón que supone notar un tirón en el sedal.

Aun así, a mí siempre me ha gustado. De pequeña jugaba a hacer guerras de barro con Nic y adoraba los concursos que organizaba mi abuelo para ver quién encontraba más almejas, quién conseguía la más grande, la más pequeña, la que tenía la forma más extraña. También me encantaba la comida que preparaba después: sopa de almejas con maíz recién cosechado y tomates a un lado, o espagueti con salsa de almejas rica en ajo y perejil.

Y todavía me gusta. Hay algo especial en el hecho de pasarte un buen rato con la mano sumergida en el agua, concentrada en lo que puedes encontrar y sentir con los dedos, pensando en tus cosas y sin dejar que los problemas te abrumen. Aunque hoy no está funcionando.

«¿Estás segura de que esa era la única razón?».

Mis dedos inspeccionan la arena de forma automática. Me aparto un tábano del brazo.

Saco una almeja enorme del agua, casi del tamaño de mi mano abierta, y la coloco en la cesta de alambre, luego inspiro hondo y me llevo la mano mojada al corazón, con lo que sin darme cuenta dejo una mancha en mi camiseta de tirantes blanca.

Mi cesta está prácticamente llena.

Chapoteo hacia la orilla mientras me seco el sudor de la frente con la mano y sin duda dejo un reguero de arena. Tengo el pelo pringoso de arena y agua de mar y lo llevo pegado a la nuca.

—¿Y qué pasa con ese joven... —Oigo decir a mis espaldas. Ni siquiera me había percatado de que se acercaba mi padre—, con el hijo de Aidan Somers?

—Está enseñándole a nadar a Em. Y su nombre es Cass, papá. No es solo el hijo de su padre.

Veo un pequeño boquete en la arena, como un orificio minúsculo, hundo la mano y la cierro alrededor de una almeja.

—Demasiado raquítica —observa mi padre—. Tamaño uniforme, hija, ya lo sabes. —Me mira con atención—. Lo conozco, a Aidan Somers, o lo conocí hace muchos años. El muchacho se parece a él.

—Supongo —respondo con cautela.

¿A dónde querrá ir a parar?

—Trabajé un verano en el astillero de Veleros Somers cuando tenía diecisiete años.

Me enderezo y me limpio la mano en los pantalones. Nunca había oído que mi padre hubiese trabajado en otro sitio aparte del restaurante que empezó y acabó su padre.

Nic se sitúa a mi vera y mueve la cabeza en dirección a mi padre, luego me lanza una rápida mirada llena de perplejidad.

—El mejor verano de mi vida. Menudos barcos, ¡señor! —Echa hacia atrás la cabeza, cierra los ojos y su expresión se suaviza—. Mi trabajo consistía en tripular el barco y llevarlo hasta las personas que pagaban un dineral por poseer uno de esos ejemplares.

—Ni siquiera sabía que supieras manejar un barco de vela —comenta mi primo.

—¿Por qué no tienes tu propio velero, papá? —pregunto al mismo tiempo.

Se endereza la espalda.

—La clase de barcos que puedo permitirme, pues... En fin, dar un paseo en un velero O'Day no tiene nada que ver con salir a navegar en uno de los que fabrica Somers. No hay color. Llevé un Sparkman & Stephens hasta Charleston con Aidan Somers. Qué barco... —Tiene la mirada perdida, ¡mi padre!, que no es ningún soñador—. Parecía como si ni siquiera tocara el agua. Es lo más cerca que he estado nunca del... cielo. Todo parecía encajar. Y se me daba bien, realmente bien. Somers, Aidan, me ofreció un empleo.

Tanto Nic como yo hemos dejado de inspeccionar la arena y nos ponemos, allí plantados, a escucharle como si se tratara de un cuento de hadas. Mi madre y mi abuelo son los que siempre cuentan batallitas, pero no mi padre. Él siempre está centrado en el presente y no vuelve la vista atrás.

—¿Y...? —lo azuza Nic.

—Tu cubo está medio vacío, Nic. Sigue con lo que estabas haciendo. Los dos. ¿Y? Pues nada. Mi padre murió, Luce se enteró de que estaba embarazada y Gulia anunció que no podía hacerse cargo de su bebé. Yo no podía dedicarme a andar navegando. Fin de la historia.

Dejo escapar el aire que sin darme cuenta he estado reteniendo.

* * *

Nic y mi padre se montan en el barco y cruzan la bahía de Stony Bay a toda velocidad. Su objetivo es limpiar las almejas y meterlas en hielo lo antes posible. Como premio de consolación, mi padre me manda a casa con un cubo lleno de chirlas. Llevo puestos unos pantalones cortos de mi primo porque no quería ensuciarme los míos (y seamos sinceros, los suyos siempre están sucios).

El modo en que arrastro los pies colina arriba, más y más despacio con cada paso,

no se debe tan solo a que las almejas parecen estar reproduciéndose en el cubo, haciendo que pese más, sino porque también la densidad de mis pies está aumentando, lo juro.

Un río de sudor se desliza por mi espalda cuando consigo llegar a lo alto de la colina y me dispongo a girar a la altura de La Garita. El BMW de Cass color rojo sopa de tomate está aparcado delante, pero no hay ni rastro de él.

Entonces oigo un leve rumor, seguido del chirrido de unos frenos, y un Porsche plateado se detiene frente a la puerta. Spence está al volante y va acompañado del resto de la panda de The Hill: Trevor Sharpe, Jimmy Pieretti y Thorpe Minot. Todos despeinados por el viento y riéndose a carcajadas. Spence lleva una camisa de color mandarina.

—¡Anda, Somers! —vocifera tras apoyar la mano en el claxon—. Mueve tu culito de clase trabajadora hasta aquí.

Son la versión 2.0 de *El gran Gatsby*: despreocupados, alocados, seguros de sí mismos... Se abre entonces la puerta del apartamento de La Garita y aparece Cass convertido en uno de ellos.

Me he acostumbrado a verle por Seashell sin que desentone con este lugar, con el pelo despeinado por el viento y su incesante manoseo, con la camiseta empapada en sudor, arrugada, de un color dudoso. Sin embargo, hoy es todo un ejemplar de The Hill. Luce una camisa de color azul oscuro que, a juzgar por cómo esculpe su torso, debe de ser de marca, y unos pantalones con la raya perfectamente dibujada, aunque dudo que se los haya planchado él mismo. Ni una sola arruga, nada fuera de lugar.

—¡Mirad lo limpito que viene! —exclama entonces Thorpe entre risas—. Venga, *Solete*, vamos a llevarte por ahí para que te olvides de tus problemas.

¿Qué problemas?

—¡Mira lo que tengo! —Jimmy balancea en el aire una botella de cristal marrón oscuro que contiene lo que parece ser una cerveza muy cara—. Hay muchas más donde he conseguido esta.

Cass se echa a reír y se aparta el pelo de la frente con ese aire de «acabo de salir de la piscina», aunque en este momento no parece querer librarse de las gotas de agua que normalmente resbalan hasta sus ojos, sino más bien del polvo de esta isla de mala muerte. Abre la puerta del asiento de detrás del copiloto y, sin dejar de sonreír, aparta a Jimmy con un golpe de cadera. Ni siquiera vuelve la mirada hacia mí, porque ni siquiera me ve.

Experimento una sensación de pérdida de lo más extraña. Es como si durante el tiempo que Cass lleva en Seashell se hubiese ido convirtiendo un poco en una parte de nosotros, casi en un isleño de pura cepa, y de pronto hubiese descubierto que, después de todo, su sitio seguía estando al otro lado del puente.

CAPÍTULO 26

—«**S**u cuerpo era como ese país sin descubrir con el que ella había soñado pero que jamás había encontrado. Y entonces la tomó, plantando su bandera en las regiones inexploradas de ella, como solo un hombre puede tomar a una mujer a la que anhela poseer apasionada, carnal y ardientemente» —leo a mi público entregado.

La señora Ellington no es la única a la que le gustan las novelas románticas. Nuestro club de lectura se ha ampliado para acoger a la enjuta señora Cole, acompañada de *Phelps*, a la señora McCloud sénior y a Avis King. No se me puede acusar de corrupción de menores, ya que la señora Cole es la más joven del grupo y supera los setenta, pero aun así me siento un tanto incómoda con todo esto. No sé si porque fue mi madre quien me prestó el libro, o quizá porque Avis King me ha hecho releer hasta tres veces uno de los pasajes de seducción más exóticos de la princesa encinta a manos del pirata mientras intentaban decidir entre todas si la descripción del pirata era físicamente posible: «¿Su bandera? ¿En serio?».

Avis King inicia el debate con su voz de carretera.

—Tendría que estar en una forma física extraordinaria.

—Estoy convencida de que todos los piratas lo estaban, con tanto saqueo y tanto pillaje... —replica la señora Cole en un tono agudo y a la defensiva.

—Clarissa, has vuelto a hacerte un lío, como siempre. Eran los vikingos los que se dedicaban a saquear y pillar. Los piratas se pasaban mucho tiempo en alta mar encerrados en un barco estrecho donde no había espacio para hacer ejercicio.

—Pues este hace un montón de ejercicio —opina la señora Ellington con aprobación—. Me encantan estos libros modernos. Se acabó por fin esa tontería de cortar la escena y dar paso a la siguiente cuando la cosa se ponía interesante.

—Los piratas tenían una dentadura horrible y el escorbuto —interviene la señora McCloud sénior con el tono imperioso de una reina.

—¿Y si seguimos, señoras? —las corta Avis King.

Aunque solo puedo seguir leyendo durante unos pocos minutos antes de que vuelvan a surgir las especulaciones.

—La princesa trae un niño, porque si no, en su estado, no estaría tan dispuesta a hacer travesuras con el pirata.

—Oh, Clarissa, eso es un mito —la reprende Avis King—. Yo no noté diferencia alguna en lo que sentía por Malcolm cuando estaba embarazada de Susanna o de William.

—No sé yo... —observa pensativa la señora Cole—. Yo apenas soportaba comer en la misma mesa que Richard cuando estaba esperando a Linda; sin embargo, con Douglas y Peter... —Hace una pausa y esboza una sonrisa evocadora.

Por suerte, llegados a este punto, las damas me piden que les sirva un té helado. La señora Cole me sigue hasta la cocina.

—Esto es muy duro —me confiesa en un susurro con su voz de niña pequeña.

Doy por supuesto que se está refiriendo al pirata, la princesa y a todo el cónclave.

—Sí, ya. Es un tanto explícito y puede resultar desconcertante.

—¡Oh, por todos los cielos, eso no! —exclama agitando la mano—. ¿Crees que nací ayer?

Bueno, ¡no!, pero eso es lo que lo hace más incómodo.

—No —confiesa la señora Cole—. Me refiero a que Rose haya trastocado todas nuestras costumbres veraniegas. Ahora se pasa mucho tiempo sentada, sin hacer nada, ni siquiera planes. Eso es lo que más odio, que no haga planes. Como si para ella no hubiese futuro —susurra en confianza—. Es la mayor de todas nosotras, pero nunca lo ha parecido. No sé en qué narices está pensando Henry Ellington al dejarla aquí tanto tiempo sola. Cuando mi marido se rompió la cadera, nuestros hijos y nuestros nietos se pasaron todo el verano en la isla desviviéndose por él. Lo sacaban de quicio, si quieres que te diga la verdad, pero mucho mejor eso que esta... ausencia.

En ese preciso instante suena el teléfono. Como si respondiera a nuestros pensamientos, oigo la voz de Henry Ellington al otro lado.

—¿Gwen? ¿Qué tal va mi madre?

El problema es que como solo hemos hablado de ella la friolera de una vez, no sé muy bien cuánta verdad quiere oír. Menciono que tiene buen apetito, que hemos ido a la playa...

—¿Qué hay de sus horas de sueño? —me interrumpe—. ¿Se echa la siesta a la misma hora cada día, como acordamos?

¿Tanta importancia tiene la hora? Se echa la siesta, sí, pero, a ver... a veces llegamos más tarde de la playa o vamos hasta Maplecrest para comprar directamente a los agricultores esos melocotones blancos que tanto le gustan y que tan difíciles son de encontrar. Le digo entre tartamudeos que así lo intento.

—Estoy seguro —dice suavizando la voz—. Soy consciente de que mi madre tiene una voluntad de hierro, pero haz todo lo que esté en tus manos. Por cierto, esta tarde iré a verla, aunque creo que llegaré hacia la hora de la siesta. Me gustaría prepararle la cena. ¿Te sentirías ofendida si te envío a comprar algunas cosas al mercado? Es el cumpleaños de mi padre y siempre se pone triste. Se me ha ocurrido cocinarle su comida favorita, ya que eso es lo que solían hacer cada año.

Efectivamente, la señora Ellington se vuelve un tanto quejicosa y quisquillosa hacia primera hora de la tarde. A pesar de que accede a meterse en la cama un poco más pronto, no deja de llamarme para que le abra la ventana, o le cierre una de las contraventanas, o le suba una taza de leche caliente con nuez moscada. Luego refunfuña porque le he puesto mucha miel, porque no le he puesto suficiente nuez moscada, porque la leche está demasiado caliente, porque hay una capa de nata. Al

fin me deja marchar. Me siento frente a su puerta y apoyo la espalda en la pared mientras leo los mensajes que me han enviado Viv y Nic y espero el siguiente sermón, pero todo está en calma. Así pues, bajo las escaleras con sumo cuidado, saltando el cuarto escalón, ese que cruje como un demonio si pisas en el lado equivocado.

Me siento en el jardín de delante, me bajo los tirantes para igualar el moreno y deshacerme de esas dichosas marcas blancas y me sumerjo en las travesuras del pirata y la princesa. Veo entonces salir a mi madre y su ejército de la casa de los Tucker, que está al otro lado de la calle. Van cargadas con cubos y mopas, lo que significa que ya han acabado y que la estancia de los Robinson en la isla ha llegado a su fin. «Hasta nunca, Alex». Me pongo en pie y me encamino hacia ellas. Al verme, mi madre me saluda con entusiasmo, luego se abanica el rostro y adopta un rictus de exasperación con el que pretende decirme que su equipo no ha salido mejor parado. Angela Castle, que es la hija del primo de mi padre, arrastra la aspiradora escaleras abajo. Luce una expresión avinagrada y una camiseta por encima del ombligo. Según mi madre, Angela solo aceptó el empleo con la esperanza de conseguir la mano de algún veraneante rico. «Como si no nos hubiésemos tragado todas el cuento de Cenicienta. ¡Sí, claro! ¡Seguro que pasa! Como si no hubiese nada más *sexy* que ver a una mujer fregando el suelo», suele decir mi madre.

Angela lleva los enseres hasta el Bronco mientras mi madre busca una Coca-Cola *light* en el frigorífico que guarda en el maletero.

—Espero que haya quedado todo bien —me dice discretamente—. Los Robinson son bastante particulares. Cuando me marchó, lo inspeccionan todo con lupa. Pero nosotras siempre nos dejamos algo, porque, «sintiéndolo mucho, no pueden pagarnos la tarifa completa». ¡Que se vayan a freír espárragos!

Me parece oír a la señora Ellington llamándome, aunque todo está en silencio cuando subo con sigilo las escaleras y pego la oreja a la puerta de su habitación. Al bajar, Henry Ellington entra por la puerta. Lleva un jersey de cachemir de punto de trenza en color beige alrededor del cuello y un maletín en la mano. Lo acompaña un tipo con aspecto de ratón de biblioteca, pelirrojo donde el pelo aún no le clarea y al que me presenta como Gavin Gage, «un colega». El señor Gage es una de esas personas que no te mira a los ojos cuando te estrecha la mano, sino que se dedica a inspeccionar todo lo que contiene la sala a su alrededor.

Henry saca una lista del bolsillo, escrita en el reverso de un sobre bancario, y me indica que vaya a la pescadería Fillerman después de pasar por la tienda de comestibles, ya que allí es donde se puede comprar «el salmón más fresco». Mi abuelo echa pestes de ese sitio, porque según él, dejan el pescado en remojo con leche para eliminar el tufo a viejo. Durante un segundo, como si las palabras de mi padre en Sandy Claw introdujeran una serpiente traicionera en mi cerebro, me quedo mirando el billete de cien dólares que me ofrece Henry mientras me pregunto con cuánto podría quedarme si les pidiera a mi abuelo o alguno de sus compinches que me

pescaran un salmón. En realidad le estaría haciendo un favor, ya que el pescado sería cien veces mejor.

—Le traeré todos los tickets —me apresuro a decir para apartar esa clase de pensamientos.

—Por supuesto. —Henry se desata el jersey y lo deja sobre la silla de la cocina—. ¿Un *bourbon*, Gavin? Gwen, llévate el Cadillac de mi madre. —Y me tiende las llaves, que están colgadas en una gaviota tallada en madera.

No debería intimidarme conducir un Cadillac, y menos, después de nuestros viajes al mercado y las excursiones por los alrededores, pero la verdad es que me impone. Los asientos son de piel color crema, y la pintura del exterior es de un tono marfil brillante. Parece como si acabara de salir del concesionario. Recorro un tanto insegura el camino de entrada mientras los neumáticos hacen crujir las conchas marinas que lo recubren. Es como si condujera una enorme nube con ruedas.

En ese preciso momento hace su aparición la camioneta verde oscuro del equipo de mantenimiento de Seashell y aparca acompañada de un chirrido de ruedas. Tony se apea de la parte delantera y Cass baja dando un salto de la trasera, donde hay apiladas un montón de tijeras de podar. Tony le grita algo que no alcanzo a oír y le señala con la barbilla el asiento del copiloto. Cass introduce medio cuerpo y vuelve a salir con una desbrozadora en las manos. Su jefe se inclina hacia él y le da una serie de instrucciones al oído mientras señala con la cabeza hacia la casa de los Robinson/Tucker. Es probable que le esté diciendo lo mismo que le dijo mi madre a su equipo: que son exigentes y quisquillosos en extremo.

La situación no carece de ironía, pues no hay duda de que Cass es tan rico como los Robinson, si no más; aunque en tan solo un mes Tony y Marco lo han aceptado como uno más de la isla. Está claro que no lo vieron anoche subiéndose al Porsche, totalmente despreocupado, riendo, a gusto, rezumando aristocracia por cada poro de su piel.

Cass agita la desbrozadora en el aire y Tony le da una palmadita en la espalda. A continuación ambos se ponen a inspeccionar los bojes, sin duda en busca de una toma de corriente. Conforme me alejo, me permito echar un vistazo por el retrovisor y recrearme en el trasero de Cass. El de Tony no me atrae tanto, la verdad.

No lleva guantes. ¡Cass!

Me afano en encontrar todas las cosas de la lista con la mayor celeridad, aunque me siento un tanto frustrada, pues Henry ha especificado los sitios donde debo comprar cada uno de los artículos y estos están esparcidos por toda la ciudad. ¡Por todos los santos! Aparte de tener que ir a la pescadería Fillerman a por el salmón, me toca conducir hasta una panadería concreta de White Bay para comprar unos panecillos especiales y luego hasta Stop&Shop a por el resto de cosas.

Siguiente parada: la ferretería Garrett para adquirir una tabla de cedro sobre la que cocinar el salmón. Aquí pierdo un montón de tiempo, ya que no doy con la tabla, la tienda es un auténtico caos y el pelirrojo ese tan mono que hay detrás del

mostrador está totalmente absorto en una joven que acaba de entrar con unos *jeans* supercortos. Por si fuera poco, remoloneo delante de la sección de guantes de trabajo. ¿Debería...? No, sería raro. Muy raro. Después, a por sorbete y merengue a Homelyke y, por último, a la licorería, de donde Henry quiere prosecco. Ni siquiera sé lo que es, aunque imagino que no tengo edad suficiente para comprarlo y Dom D'Ofrio, el dependiente, lo sabe de sobra. Le digo que es para mi jefe y él pone los ojos en blanco.

—Esa aún no la había oído —responde.

Una hora y media más tarde, bañada en sudor, aparco de nuevo el Cadillac en el camino de entrada, donde el Subaru de Henry sigue bloqueando el paso. Al entrar en la cocina cargada con las bolsas, oigo su voz característica en el pasillo de la parte delantera.

—Este, obviamente, es un Audubon. Mi bisabuelo Howard, por parte de madre, invirtió mucho en arte. Tenemos algunos más en la casa de Park Avenue.

—Es una copia —afirma con seguridad Gage—. ¿Has llevado los otros a autenticar?

—No. Naturalmente eres el primero al que recurro —hace una larga pausa—. ¿Cómo es posible que no sea el original?

Oigo una especie de arañazo, como si el señor Gage estuviera bajando el cuadro de la pared.

—Aquí. Mira. Henry, te aseguro que no eres la primera generación de una familia que se enfrenta a problemas de dinero. Ayer, sin ir más lejos, me enviaron a White Bay a inspeccionar un collar de Tiffany que al parecer había ido pasando de padres a hijos desde 1840. Todas las piedras eran de bisutería. Una baratija. Pasa más a menudo de lo que crees. Tengo un cliente en Westwood que mandó hacer copias de todas las obras de arte que había en su casa. Sus padres fueron unos coleccionistas muy famosos. Le dijo a su mujer que tenía miedo de los ladrones; que pensaba poner las obras auténticas a buen recaudo y expondría las copias. Pero los originales me los vendió a mí.

—Parece un matrimonio sólido —observa con ironía—. Pero la cuestión es: ¿hay algo en esta casa que tenga algún valor?

Las bolsas de la compra son de papel, por lo que me esfuerzo en dejarlas sobre la encimera con el mayor de los cuidados para que el ruido no alerte a Henry de mi presencia, pues está claro que no es bienvenida. Llevo toda la vida escuchando eso de «No hay que meter las narices en los asuntos de los demás, Gwen. Nuestro trabajo es mantener su casa limpia y la boca cerrada». Pero, por mucho que quiero, no puedo desconectar mi cerebro.

¿Qué está pasando aquí?

Continúa la conversación entre ellos.

—Henry, ya sabes que haré todo lo que esté en mi mano por ti. Hay algunos muebles de valor. La mesita de Nantucket de Eldred Wheeler que hay en el vestíbulo

valdrá unos ochocientos dólares, y la mesa de nogal del comedor, más o menos lo mismo. El jarrón de porcelana Meissen que hay sobre la repisa de la chimenea te reportaría unos trescientos. Aunque el artículo más valioso que he visto es la butaca de haya que está en el jardín de invierno, que rondará los dos mil dólares.

—Gavin... —dice Henry con voz ronca. Se aclara la garganta—. Ninguno me soluciona nada, por no mencionar que mi madre se daría cuenta si la mesa del comedor o su sillón favorito desaparecieran. Estoy seguro de que entiendes la situación en la que me encuentro.

Detienen sus pasos al otro lado de la puerta de la cocina. El corazón me golpea el pecho con fuerza. Tengo la sensación de que están a punto de pillarme, de que voy a caer en desgracia, casi como si realmente hubiese robado todas las cosas de valor de la casa.

Levanto con sigilo las tres bolsas que acabo de entrar y salgo de nuevo al exterior, dando gracias porque su puerta mosquitera no chirríe como la nuestra.

Acto seguido subo las escaleras dando fuertes pisotones, abro la puerta con un gran escándalo y entro en la cocina como un terremoto.

—¡Ya estoy aquí! —grito—. Siento el retraso, señor Ellington. Había... tráfico en el puente y, esto... en la ferretería se habían quedado sin tablas de cedro y me ha tocado ir a otro sitio. La señora Ellington no se ha despertado aún, ¿no?

Henry abre con ímpetu la puerta de la cocina. Tiene las mejillas encendidas.

—No, aún no, Gwen. No ha rechistado en todo este rato. ¿Qué suele dormir, unas dos horas?

Estoy segura de que también yo estoy colorada. Al dejar las bolsas sobre la mesa de la cocina le doy un golpe sin querer al jarrón de cristal con las hortensias. Las flores se desparraman por la mesa y, aunque el jarrón no llega a caer al suelo, sí lo hace el agua que contiene. Alcanzo el rollo de papel de cocina y me pongo a secar el desastre mientras Henry se dirige al mueble bar y le pregunta al señor Gage si quiere otra copa. Este responde que no, pero Henry sí quiere una.

—Tal vez si echo un vistazo al piso de arriba... —comienza el señor Gage mientras el anfitrión pica un poco de hielo con una especie de martillo.

—Las vistas son sin duda espectaculares —se apresura a decir en un tono de voz demasiado notorio y un tanto exagerado, seguramente similar al que he usado yo hace apenas un momento—, pero mi madre está durmiendo. Quizá podrías esperar a que se despierte.

Guardo la compra en el frigorífico como la empleada eficiente, íntegra y honesta que debería ser, en lugar de la cotilla en la que al parecer me he convertido. Me tiemblan las manos.

Noto la mano de otra persona sobre mi hombro.

—Perdona, Ginebra.

Me doy la vuelta para mirar a la cara a Henry Ellington.

—Mi madre me ha dicho que trabajas duro y aprecio tu... —Se detiene y

carraspea—... esfuerzo infatigable con ella.

Se lleva la mano al bolsillo, saca algo, lo extiende sobre la mesa de la cocina y se inclina para escribir algo.

Un cheque.

—Rose Ellington no es fácil —prosigue—. Está acostumbrada a ciertos estándares de calidad y tú los cumples. Creo que te mereces esto... Es un pequeño extra.

Lo dobla por la mitad y me lo tiende.

Me quedo petrificada mirando su mano como si me estuviese ofreciendo algo sumamente mortífero en lugar de un simple trozo de papel. Transcurridos unos segundos, como si esa hubiese sido su intención desde el principio, Henry deposita el cheque sobre la mesa de la cocina en un lugar seco y despejado entre la zona que se ha empapado de agua y donde he dejado la compra. Es como si ese hubiese sido siempre su sitio. Encaja tanto como las bolsas o el agua, pues resulta tan natural como las primeras y tan imprevisto como la segunda.

CAPÍTULO 27

—Le está robando en sus propias narices —observa Vivien. Gira la furgoneta de *Catering Almeida* bruscamente hacia la izquierda y nos envía a Nic y a mí contra la puerta del pasajero—. Está divorciado, ¿no? Engañó a su mujer con la niñera, una joven menor de edad, y ahora la familia de ella le exige una buena suma con la que comprar su silencio y su ex lo ha dejado en pañales, a pesar de que tenía un lío con el conserje. Además, no tiene ni un duro porque está desfalcando los fondos de su jefe y espera que mami le saque las castañas del fuego, aunque sin saberlo siquiera.

—¡Guau! ¿Has deducido todo eso de lo que yo te he contado? —exclamo.

—Es la reina del culebrón —afirma Nic.

—No, no lo soy.

Viv da un volantazo para tomar la calle Mayor, los neumáticos chirrían y acabo estampada contra la puerta.

—¿Y no puede pedirle el dinero directamente? —pregunto.

Me enderezo y recoloco la bolsa de almejas que llevo entre los pies. Vamos a servir un guiso de almejas en la iglesia de San Juan de Brito esta noche.

—Esta gente no habla —responde Vivien—. Te lo juro. Hoy hemos pintado el comedor de los Beineke. Todos los muebles estaban cubiertos de sábanas y protegidos, y Hoop y yo estábamos repasando los cantos, pero han insistido en comer allí. El señor Beineke, su mujer y su pobre nieta. Se han pasado todo el rato: «Sophie, ¿puedes pedirle a tu abuela que te pase la mantequilla?» o «Sophie, por favor, dile a tu abuela que nos estamos quedando sin sal», a pesar de que estaban sentados a una mesa cuadrada de un metro de ancho y que los dos se oían perfectamente. Esta gente no habla de las cosas importantes.

—La pregunta es: ¿debería decir yo algo? —insisto—. ¿O sería mejor que...?

—¡Por aquí, a la izquierda! —exclama Nic señalando a la derecha.

Viv gira a la izquierda.

—¡No! ¡Al otro lado! —grita Nic de nuevo.

Viv maldice por lo bajo y hace un cambio de sentido que nos envía a Nic y a mí de nuevo contra la puerta.

—¿Crees que esto será un obstáculo, Viv? —pregunta Nic—. ¿Crees que la academia me rechazará porque siempre tengo que mirarme las manos para distinguir la derecha de la izquierda?

—Quizá te den una beca especial —se burla Vivien dándole un golpecito en el hombro y sonriéndome a través del espejo retrovisor—. Gwenners, la verdad es que en realidad no sabes nada. Solo llevas unas semanas trabajando para ellos. Han tenido toda una vida para complicar y fastidiar su relación. No te metas.

No te metas. No pienses en ello. *Nas histórias de outras pessoas.*

Esa clase de pensamientos son como el botón de un viejo despertador que de tanto apretarlo ha dejado de funcionar.

* * *

—¡Santo cielo, Gwen! ¿Dónde tienes hoy la cabeza?

La señora Ellington agita la mano delante de mi cara, obligándome así a regresar al presente; a su porche, casi al final del día, un día que he pasado soñando despierta con Cass, preocupada por el asunto de Henry y disimulando delante de ella, aunque no se lo merece.

—Clarissa Cole me ha dicho que ese jardinero jovencito, nuestro querido Cassidy, está enseñando a nadar a tu hermano.

Los cotilleos cruzan la isla más rápido que las balas.

La señora Ellington apoya su mano, ligera como una pluma, sobre mi brazo.

—¡Oh! Ah, sí. Es cierto. Em tiene su próxima clase mañana.

—¿Sería pedir demasiado si esta anciana dijera de acompañaros?

—¿Para nadar?

—Solo para mirar. Paso mucho tiempo en compañía de gente mayor o... —baja la voz, aunque *Miss Simpatía*, es decir, la enfermera Joy, no ha llegado aún. (Ha llamado para decir que se le había hecho tarde y ha conseguido que pareciera que yo tenía la culpa)—... de gente malhumorada. Últimamente me he perdido unas cuantas excursiones a la playa con las damas, me temo que por pereza. Me encantaría ver cómo se las apaña tu novio.

—No es mi novio, señora Ellington. Solamente vamos juntos al instituto.

Baja la vista y se pone a jugar con el fino brazalete de oro que lleva en la muñeca, pero yo ya he advertido el brillo de diversión infantil en su mirada.

—Lo que tú digas. De acuerdo. Hace mucho tiempo que fui joven, pero no puedo fingir que no me he dado cuenta de que mi jardín recibe una gran cantidad de atenciones, mientras que la hierba de los vecinos alcanza una altura considerable y sus caminitos están plagados de malas hierbas.

Tengo que admitir que yo también me he dado cuenta de eso. Y cuando Cass llamó ayer para fijar la hora de la clase de Em, ambos nos hicimos los remolones para colgar.

Cass: Bueno, tengo que dejarte... [No colgó]. Mmm...

Yo: Bien. Eso es todo. [No colgué]. ¿Otro compromiso familiar?

Cass: [Bufido]. Sí. Hoy toca sesión de fotos.

Yo: [Con aire incrédulo]. ¿Tu compromiso familiar es un reportaje fotográfico en familia?

Cass: No te rías. Pero sí. Tenemos que hacernos nuestra foto anual para la web de la empresa de mi padre. Es una tradición... un tanto embarazosa, pero bueno...

Y entonces, de repente, lo recordé: el señor Somers y sus tres hijos (no llegué a verla, pero la madre de Cass no debía de andar muy lejos) de pie en la cubierta de su enorme velero, amarrado en el muelle de la playa de Abenaki, con sendas camisetas blancas, pantalones caquis y rostros bronceados. Cass doblaba las rodillas para intentar mecer la embarcación y sus hermanos no dejaban de reírse. Yo empecé a bajar la escalera para subir a bordo, pero mi padre me detuvo: «No, hija, tú no eres de la familia».

Yo: ¿Aún la hacéis?

Cass: Cada año. Puede que sea la oveja negra de la familia, pero tengo que quedar bien en las fotos.

Lo dijo en un tono despreocupado, aunque percibí un deje de amargura tras sus palabras.

Silencio. Si yo lo oía respirar, seguro que él me oía tragar saliva.

Yo: Cass...

Cass: Aquí sigo.

Yo: ¿Vas a hacer lo que quiere tu familia: decir que fue idea de Spence y regresar a Hodges?

Cass: [Suspiro largo. Lo imaginé apretando la mano y relajándola]. Debería ser más fácil de lo que es. [Pausa]. Blanco y negro. Spence es mi mejor amigo, pero yo... Mis hermanos... Quiero decir...

Divagar no era propio de él. Me acerqué el teléfono a la mejilla.

Yo: ¿Sí?

Cass: No soy Bill, el as de las finanzas, ni Jake, el deportista con matrícula.

Yo: ¿Y por qué deberías serlo?

Cass: Ellos solo quieren lo mejor para mí. Me refiero a mis padres, a mi familia.

En ese momento entró mi madre en la habitación, soltó un sonoro suspiro, se libró de las zapatillas de deporte y encendió nuestro ruidoso ventilador. Le dije a Cass que esperara un momento, saqué el teléfono al jardín trasero, me tumbé en la hierba boca arriba y contemplé la inmensidad del cielo azul. Nunca habíamos hablado de ese modo. Su voz me parecía tan cercana, como si me estuviera susurrando las palabras al oído.

Yo: Ya estoy aquí. ¿Y qué es lo mejor para ti?

Cass: El paquete completo: una buena universidad, un buen trabajo, todo eso. Puede que no sea tan

inteligente como mis hermanos, pero sé... que graduarse en Hodges queda mejor a los ojos de los demás.

Debería haberle dicho que lo que piensen los demás no importa, pero era incapaz de mentirle. Sabía que lo que decía era cierto.

Yo: ¿Es eso lo que a ti te importa, las apariencias?

Otro suspiro. Un nuevo silencio. Un silencio largo.

Recordé la conversación con su hermano en la terraza de Castle's a principios de verano. Dijo que Spence siempre caía de pie.

Yo: ¿Y no podría Spence conseguir que lo readmitieran? Puede ser bastante persuasivo. Además, ¿no consiguió su padre que la expulsión no constara en su expediente?

Cass: Sí, bueno. Pero si lo vendo, constará en el mío. En su memoria, en la mía. Lo que quiero decir es... ¿En qué tipo de persona me convertiría esa traición?

No pude evitar pensar: «¿Me lo preguntas? ¿Es eso lo que te preocupa? Te convertiría en la persona que no creí que fueras».

Finalmente Cass: Bueno, de verdad tengo que dejarte.

Yo: Sí. Y yo. Cuelgo ya. [No colgué].

Cass: Quizá si lo hiciéramos a la de tres... Uno, dos, tres.

No colgué. Y tampoco Cass.

Cass: [Riendo]. Hasta mañana, Gwen. [Pausa]. Tres.

Yo: [También riendo]. De acuerdo. Tres.

Los dos teléfonos: clic.

* * *

La señora Ellington insiste en que vayamos en su Cadillac a recoger a Emory para llevarlo a su clase de natación en la playa. Mi hermano no oculta su sorpresa ante el hecho de que el vehículo no haga ruidos extraños como el de mi madre, o que los asientos sean blanditos y cómodos y no estén destrozados como los de la camioneta de mi padre.

—Vamos en burbuja —afirma fascinado sin dejar de acariciar los suaves y mullidos asientos de piel de color blanco—. Como el Hada Buena del Norte. —Tiene los ojos como platos.

Cass ha traído más muñecos de Superman para que Emory los rescate y una

canica en tonos azules del tamaño de un puño que sitúa donde el agua ya cubre un poco más. Le explica a Em que tiene que hundir toda la cara bajo el agua para poder atraparla, pero el pequeño duda. Cass espera.

Aprieto la mano de la señora Ellington. La he acomodado en una silla de playa y yo me siento sobre la arena a su lado.

—A mi Henry también le daba miedo el agua cuando era pequeño —me cuenta con un tono de voz pausado—. El capitán estaba de los nervios. Lo intentó todo, incluso decirle que descendía de William Wallace y que los Wallace no tenían miedo a nada, aunque dudo seriamente que William Wallace supiese nadar. Intentaba comprarlo con regalos o le amenazaba con darle una buena zurra. En aquella época era algo aceptable, pero es que Henry no quería ni acercarse al agua.

Cass se tumba boca abajo al lado de Em, una espalda bronceada y musculosa junto a otra enjuta, pálida y enclenque. No alcanzo a ver la expresión de Emory. Tengo que agarrarme al brazo de la silla para no ponerme en pie, ir hacia ellos y sacar a mi hermano del agua sin dejar de repetir que no ha sido buena idea. Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza: él es mi responsabilidad, no puede valerse por sí mismo, siempre será tarea mía. Empiezo a incorporarme, pero la señora Ellington me retiene por el hombro.

—No, querida. Dale tiempo. Yo tengo fe, y tú también deberías.

Vuelvo a sentarme.

—¿Y cómo aprendió Henry a nadar?

—Bueno, un día el capitán se lo llevó hasta el final del muelle y lo tiró al agua.

Estoy totalmente horrorizada.

—¿Y usted qué hizo?

—Yo no estaba. Me enteré después. Debes comprender que en aquella época algunas personas eran mucho más duras con los niños. Yo nunca se lo hubiese permitido, pero esa clase de cosas pasaban.

Cass se pone de lado y se apoya sobre el antebrazo para incorporarse un poco. Ladea la cabeza, la sumerge por completo en el agua, vuelve a sacarla y le dice a Emory algo que no consigo oír. Me llega la risa ronca de mi hermano, aunque sigue sin bajar la cabeza.

—¿Y qué pasó? ¿Se hundió? ¿Alguien se tiró al agua para sacarlo?

—No, pataleó como un perrillo hasta el muelle. Estaba demasiado aterrorizado como para no hacerlo, aunque estuvo dos semanas sin dirigirle la palabra a su padre.

No puedo decir que le culpe. El capitán me parece un cretino.

Poco a poco, muy poco a poco, Em agacha la cabeza. Contengo la respiración, como si pudiera contener el aire por él. Alarga el brazo más y más y de pronto saca la cabeza del agua al tiempo que su mano sostiene triunfante la canica.

—¡Bien hecho, *Superboy*! ¡Acabas de salvar el planeta! —grita eufórico Cass.

Em esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces ¿no es tu novio? —me pregunta la señora Ellington inclinándose

hacia adelante; su perfume de lavanda impregna el aire salado.

—No, no lo es.

Cass habla con Em, cierra los dedos alrededor de la canica y señala el final del muelle. Emory asiente con expresión seria.

—Pues puede que le pida si quiere ser el mío —concluye solemnemente la señora Ellington.

* * *

—¡Gwen, espera! —me llama Cass cuando estoy maniobrando para sacar el Cadillac del aparcamiento.

La señora Ellington y Emory están rendidos por igual y a punto de quedarse dormidos.

Cass lleva la mochila colgada al hombro y el pelo aún le gotea. Su camiseta se está poniendo perdida de agua.

—Me preguntaba si te apetecería que nos viéramos esta tarde.

Mi abuelo me ha informado esta mañana de que hoy le toca a él organizar la noche de bingo, así que ni hablar. Si la situación ya fue muy incómoda con mi familia por allí, todavía será peor con los amigos de mi abuelo subiendo y bajando las cejas y dándose codazos unos a otros ante el acontecimiento: la nieta de Ben Cruz por fin ha sido vista en compañía de *um joven*, aunque solo sea para ayudarle a aprobar un examen.

—No es un buen día para estudiar —le digo.

Bajo la vista hacia sus pies para no mirarle a la cara. Ay, por favor, si hasta sus pies son bonitos. Grandes, las uñas perfectamente cortadas, un buen empeine. ¿Le estoy dando un repaso a sus pies? ¡Por el amor de Dios! Aparta la gravilla cubierta de arena del aparcamiento con los dedos.

—Sí, bueno, no me refería a eso. Me preguntaba... si te apetecería solo... eso... que nos viéramos.

No me vuelvo para mirar a la señora Ellington. En realidad, no me hace falta, pues oigo su «te lo dije» alto y claro.

—¿Para ir a navegar? —pregunto.

Levanto la vista hacia al cielo con incertidumbre, se aproximan nubes de tormenta.

—O... dar un paseo... o lo que sea. —Cass se lleva la mano a la nuca y se pellizca los músculos de esa parte del cuerpo, luego menea la cabeza para apartarse el pelo de los ojos—. Podríamos hacer kayak.

Podría haber señalado las nubes grises que se estaban formando en el cielo o mencionar que se estaba levantando viento. Incluso podría haber adoptado su actitud distante y glamurosa del otro día, cuando le vi subirse al Porsche, y haber respondido:

«Ni lo sueñes». Y sin embargo...
—¿Sobre las seis?

CAPÍTULO 28

—**H**ola, señora Castle —suenan una voz en la entrada.

Estoy cambiándome en mi habitación (solo por segunda vez, ¡voy progresando!) cuando oigo el tono grave de Cass, seguido de la voz indecisa de mi madre.

—Oh, Cassidy. ¿Hoy tenéis clase? Gwen está acabando de ducharse. Pero ¡pasa! ¿Quieres tomar algo? Tenemos... sobras de pescado. Podría calentártelo. Estoy segura de que Gwen estará lista en un minuto. Ven aquí, siéntate. ¿Qué tal tienes las manos?

Hago una mueca. Es obvio que el parloteo nervioso me viene de familia.

—¿O has venido por Emory? ¿Cómo me has dicho que tenías las manos, cielo?

La sonrisa en la voz de Cass traspasa mi puerta cerrada como el sol se cuele por las ventanas.

—Están bien. Mejor. No quiero nada, gracias. No he venido por Emory ni a dar clase. Voy a llevar a Gwen a dar una vuelta.

—¿Nuestra Gwen?

Cierro los ojos y me apoyo contra la puerta. «Gracias, mamá».

—¡Oh! De acuerdo. Está... en la... La avisaré. ¡Ginebra!

Grita mi nombre como si viviéramos en una mansión y nos separaran cientos de estancias en vez de tan solo unos cinco metros.

Abandono mi habitación con rímel en las pestañas. Aún tengo el pelo mojado de la ducha, que dibuja un círculo húmedo en mi camiseta. Sin embargo, él me mira... en fin, como si nada de eso importara y, por lo tanto, en cierta medida deja de tener importancia.

—¿No quieres el pescado? —pregunta mi madre—. Puedo envolvértelo. No me cuesta nada. Debe de ser duro vivir por tu cuenta y prescindir de la comida casera. Estás en pleno desarrollo y ya me conozco yo los apetitos que tiene un adolescente.

Dime que no acaba de decir lo que ha dicho. Nota mental: «Estrangular a mi madre más tarde».

—¿Cómo? —suelta Cass sin apartar sus ojos de mí—. Disculpe, señora Castle. Estoy un tanto, cómo decirlo, distraído. Hoy ha sido un día muy largo. ¿Estás lista, Gwen?

—¿Estás seguro de que no quieres un poco de bacalao? —insiste mi madre; tiene el rostro colorado y está bastante nerviosa.

—No quiere bacalao, mamá —aseguro tajante.

—Estoy seguro de que está delicioso, señora Castle —suelta el príncipe de los buenos modales.

Al fin mi madre nos observa marchar, por suerte sin hacer ningún comentario

más.

¿Bacalao?

¡Oh, Dios mío!

—Siento lo que ha ocurrido ahí dentro. Se pone un poco... Mmm... Bueno... A ver, es que no está acostumbrada a que tenga una cita, aunque no estoy diciendo que esto lo sea. Quiero decir... ¿Debería ir a buscar mi ejemplar de *Tess*? Solo lo hemos hecho una vez. Me refiero a lo de las clases. —Noto cómo se me enciende el rostro—. ¿Cómo tienes las manos?

Cass estalla en carcajadas.

—Gwen, olvídate de mis manos y de *Tess*. Limitémonos a... ir a la playa y... una vez allí, sobre la marcha.

Todas estas preguntas se cuelan en mi cabeza: ¿Sobre la marcha qué? ¿Por qué estoy haciendo esto de nuevo? ¿O esta vez es distinto? Sin embargo, por primera vez, por primera vez desde aquella fiesta en casa de Cass en la que no pensé en nada, dejo a un lado mis dudas y mis miedos y me concentro en su mano, que tira de mí... y yo le dejo.

—De acuerdo.

* * *

Conforme descendemos por la colina me fijo en que las nubes que se estaban concentrando en el cielo hace un rato parecen haber vacilado y haber hecho un alto en el camino. Sopla una brisa fría y cortante que trae un ligero toque de sal. Marea alta.

—Lo he acabado —me dice Cass—. Anoche. *Tess*. Y sigo odiándolo. A ver, ¿qué sentido tiene toda la historia? Todo estaba perdido desde el principio. Todo el mundo estaba atrapado.

Como su «tutora», debería haberle llevado la contraria y haber dicho que fueron las elecciones de Tess y la incapacidad de Angel para perdonárselas lo que hizo caer la maldición sobre ellos; que el resultado final no era inevitable; que las cosas podían haber sido de otro modo. Sin embargo, esa es precisamente la razón por la que aborrezco el libro, porque todo el mundo ha perdido ya la esperanza al principio de la novela, hasta el caballo, pues uno sabe que va a caer muerto en el peor momento posible.

—¿Sabes qué fue lo que más rabia me dio de todo el libro, la frase que hizo que quisiera arrojarlo desde el muelle?

—Se me ocurren unas cuantas —observa Cass.

—Cuando Tess no deja de lamentarse: «Me da la sensación de que he malgastado mi vida anhelando una oportunidad». A ver, ya sé que la pobre tiene muy mala suerte, pero siente tanta lástima de sí misma que deja de importarte. O, al menos, a mí dejó de importarme.

—La parte que me gustó a mí —afirma en voz baja—, la única que me gustó en realidad, porque no era superdramática y no parecía un culebrón tonto, fue el párrafo sobre cómo uno puede dejar pasar su oportunidad.

—«En la ejecución imprudente de un plan prudente, la llamada rara vez obtiene respuesta, y el hombre al que amar casi nunca se presenta a la hora del amor» —cito.

—Exacto. —Suelta una bocanada de aire—. Ese. Cuando algo que podría haber sido bueno se presenta en un momento inoportuno.

Su frase queda suspendida en el ambiente como si la hubiese escrito con humo.

Carraspeo.

Cass aparta de un puntapié una piedra de la calzada y se echa a reír.

—No puedo creer que te lo sepas de memoria. —Me mira fijamente y yo me encojo de hombros, noto las mejillas a fuego vivo—. Bueno, en realidad sí. Me lo creo.

Baja la vista al suelo y esboza una sonrisa.

Volvemos a quedarnos en silencio.

—Pensaba que el problema era yo, que no entendía el libro —añade al cabo de un rato—. Soy incapaz de retener la mitad de lo que leo, o puede que más de la mitad, y tampoco me sirve de nada hacerme un resumen, porque las palabras... Lo que quiero decir carece de sentido cuando lo plasmo sobre el papel.

—Pero sabes exactamente lo que hay que hacer con Em —señalo aferrándome a nuestro nuevo tema de conversación como si fuera una balsa salvavidas.

Casi hemos llegado a la playa. Caminamos tan cerca el uno del otro que noto cómo sus nudillos toscos rozan mi brazo a cada paso.

—No es nada, Gwen. Como te dije, es lo mío. Puede que entrara a trabajar en Echa una mano, el campamento del que te hable, para mejorar mi expediente y gracias a la ayuda de mi padre, que es quien me ha conseguido todos los trabajos que he tenido, pero acabé involucrándome de veras. Nadar siempre ha sido muy importante para mí. Se me da bien descubrir cómo aplicarlo a otras facetas de mi vida. Y con Emory... es fácil. No es autista, ¿a que no?

Niego con la cabeza.

—No sabemos qué es lo que le pasa, pero no es autismo.

—Sí, me di cuenta de que se comportaba de forma distinta con el agua. Cuando enseñas a un niño autista, la mayoría de las veces se reduce a un problema sensorial. Tienes que sujetarlo muy fuerte, pero conseguir que entre en el agua es mucho más fácil que con Emory. Con él hay que ir poco a poco.

Aminoró la marcha y permanezco mirándolo fijamente. Luego vuelvo a situarme a su lado.

—¿Cómo sabes esas cosas? —le pregunto.

Es una faceta de Cass que desconocía.

—Cuando algo me interesa, pongo en ello toda mi atención.

Golpea una piedra de la carretera con el pie. Camina con las manos metidas en los

bolsillos y no se ha vuelto para mirarme.

Intento descifrar su humor, que no deja de cambiar, igual que el viento que sopla desde el océano. Ambos están cargados de electricidad. Se acerca una tormenta, puedo sentirlo.

Cuando llegamos a la playa Cass rebusca en sus bolsillos, saca un juego de llaves y abre un diminuto cobertizo para botes. El aire del interior es húmedo y bochornoso y las motas de polvo se arremolinan en el aire. El kayak de color verde oscuro se encuentra apilado debajo de otros, por lo que durante un rato no hay más que mucho trajín de un lado a otro y poca conversación.

Después de haber arrastrado el kayak playa abajo, Cass pone en mis manos un remo doble.

—¿Quieres dirigirlo tú? —me propone.

—Nunca he montado en kayak.

—Me apuesto lo que quieras a que aun así quieres dirigirlo —me suelta con una sonrisilla en los labios mientras empieza a remar rumbo a la ensenada que hay cerca de Sandy Claw.

Serpenteamos por la marisma bordeando un recodo tras otro. No dejo de sumergir el remo demasiado lejos o de sacarlo demasiado rápido, con lo que solo consigo salpicar agua y empapar a Cass. Las primeras veces hace como que no se da cuenta, pero a la cuarta se da la vuelta y levanta las cejas.

—Ha sido un accidente —me apresuro a decir.

—Quizá sea mejor que solo usemos uno. Tienes más peligro con un remo que con unas tijeras de podar. Venga, va, cambiemos de sitio.

Me agarro al lateral de la embarcación, pues el kayak no deja de balancearse precariamente en aquellas aguas poco profundas, e intercambio posiciones con Cass, que se sienta en la parte trasera y me hace gestos para que yo también tome asiento. Le obedezco. El suelo de la cabina está lleno de agua y me deja empapada la parte de abajo del bikini. Cass agarra mi pala y la deja en el suelo, sujeta una de mis manos y luego la otra, las coloca sobre su remo y las recubre con sus manos.

—¿Ves? Sigues teniendo el control. Sé lo importante que es para ti. —Me habla tan cerca que su aliento eriza los mechones de mi pelo que dibujan bucles detrás de mi oreja—. Sumerge bien uno de los lados y deja el otro levantado mientras nos movemos.

Sigo sus instrucciones y el kayak empieza a girar poco a poco. Durante un breve instante se queda atascado en la pradera marina, pero al final salimos hacia delante.

Estamos a unos pocos recodos de la playa cuando las nubes se resquebrajan al fin y unas gotas enormes empiezan a esparcirse a nuestro alrededor: ahora sobre el agua, ahora sobre mi hombro. Al principio no son más que unas pocas gotas aisladas, pero entonces el cielo se cubre y comienza el diluvio, como si alguien hubiese arrojado sobre nosotros una versión gigante del cubo de Emory. Ambos nos ponemos a remar como locos, pero yo lo hago hacia atrás y Cass en sentido opuesto, por lo que

permanecemos impertérritos hasta que él vuelve a apoyar su mano sobre la mía y la inmoviliza.

—Así —me indica sumergiendo el remo en la dirección correcta para que nos movamos al unísono.

* * *

Por fin llegamos a la playa y bajamos del kayak. Cass tira mientras yo empujo, y pronto lo tenemos delante de la puerta del cobertizo. Me grita algo, pero soy incapaz de oírlo con el estruendo de la lluvia. Con ayuda del pie le da la vuelta a la embarcación para que no se llene de agua, abre la puerta de golpe, tira de mi mano hacia el interior del cobertizo y cierra la puerta con un crujido.

—¡Debería haberlo planeado un poco mejor! —grita por encima del torrente de agua que aporrea el tejado como si se tratara de unas baquetas.

«Yo podía haber mencionado que sabía que iba a llover».

«Porque estaba segura al cien por cien».

«Y no dije nada».

Estamos empapados. Cass tiene el pelo pegado a la frente y por mi espalda descenden riachuelos de agua helada. En el cobertizo no hay luz, salvo la procedente de dos ventanas minúsculas y una claraboya insignificante. Fuera, lo único que alcanzamos a ver es una cortina grisácea de agua torrencial y, de pronto, el destello de un relámpago.

—Dios está jugando con el interruptor de la luz.

Cass se aparta mechones de la frente y me mira con los ojos entornados, como si estuviera evaluando mi nivel de locura, y deriva en más parloteo por mi parte.

—Mi abuelo solía decir eso cuando Nic y yo éramos pequeños y nos daban miedo las tormentas, los huracanes... Ya sabes, ese tipo de cosas. Cuando veíamos un relámpago era porque Dios estaba trasteando con el interruptor de la luz; cuando tronaba es porque estaba jugando a los bolos, y...

Ladea la cabeza y sonrío con aire confundido, como si le estuviera hablando en otro idioma.

Lo dejo correr.

—Mmm... No importa. ¿Qué piensas? —digo más calmada.

—Que he vuelto a conseguir que acabes empapada y muerta de frío.

Cass retuerce el dobladillo de su camiseta para eliminar el agua sobrante y opta por quitársela. Es como si acabara de detonar un arma en aquel espacio minúsculo y agobiante.

Me recorre un escalofrío. Echo un vistazo a mi alrededor buscando algo con que secarnos. Hay unas cuantas lonas apiladas en un rincón, aunque parecen demasiado toscas y como si estuvieran llenas de moho, por no mencionar que huelen fatal y es

probable que estén llenas de tijeretas y arañas venenosas. El fognazo de un nuevo relámpago, seguido de una grieta en el cielo, como si un gigante acabara de partir un palo enorme sobre su rodilla. La lluvia parece detenerse durante un breve instante para recuperar las fuerzas y retumba el estallido furioso de otro trueno.

—¡Qué tenemos aquí!

Cass se agacha y saca algo de detrás de la lancha neumática de los Hoblitzell, a la que han bautizado como «Chica mala», y me lo tiende. A mis pies aterriza una toalla de color rosa.

La recojo.

—No entrarás en calor si te pones la ropa seca encima de la mojada —cito esperando que recuerde que una vez me dijo esas mismas palabras.

Me sonrío con aire burlón.

—Eso dijo un hombre sabio —bromea él.

—¿Hombre?

—¿Me cuestionas lo de «hombre»? —dice sonriendo—. Y yo que pensaba que sería lo de «sabio»...

—¿Cuál de las dos opciones resultaría más insultante?

Se hace con otra toalla. A continuación apoya su mano en la parte posterior de mi cuello, me obliga a agachar la cabeza y empieza a frotarme el pelo.

Solo está secándome con una toalla. En realidad, no debería resultarme algo tan... ¡fascinante!

—¿Vamos a empezar a insultarnos el uno al otro, Gwen? ¿Así vamos a ocupar nuestro tiempo aquí? —me pregunta en voz baja muy cerca de mi oreja.

No tengo ni idea de cómo vamos a ocupar nuestro tiempo allí.

O quizá sí.

Deja de frotarme la cabeza y tira la toalla al suelo.

—Creo que así estarás bien.

—Sí, gracias.

Me enderezó, me quito la camiseta empapada que llevo encima del bikini y la tiro al suelo. Se oye un *chof*. Cass se queda inmóvil. De repente, el aire del cobertizo parece tener mayor carga eléctrica que la tormenta de fuera.

Solo nos separan unos centímetros.

—Tienes... Esto...

Se pasa los pulgares por debajo de los ojos, un gesto que no logro interpretar.

Un nuevo relámpago. El brutal estruendo de un trueno. Dado que no ha hecho ningún movimiento, me planteo durante un segundo si debería fingir que me asustan las tormentas como excusa para arrojarme en sus brazos. «¡Mi nivel de patetismo es increíble!».

Extiende el brazo muy despacio y me pasa el pulgar por debajo de un ojo. Cierro los dos y siento cómo repite el movimiento en el otro. Ambos inspiramos hondo, como si estuviéramos a punto de hablar, pero de mis labios no brota ninguna palabra.

Es Cass el que habla.

—Mmm... Tienes rímel... aquí.

Me acaricia con el pulgar.

Doy un paso atrás y me froto los ojos con la toalla rosa sin mostrar ni pizca de paciencia.

—Maquillaje. Puf, se me da fatal. Bueno, llego a lo básico, pero no soporto los rizadores de pestañas, que son como una especie de aparato de tortura de la época medieval y... Quizá debería rendirme y dejar de intentar parecer un poco femenina.

—Sería una pena. Espera, lo estás esparciendo más. Déjame a mí.

—Al menos debería haberme puesto uno... resistente al agua.

Apoya las manos en mi rostro, ha perdido las yemas de los dedos en mi pelo mojado y sus pulgares descansan sobre mis mejillas.

—El agua ayudaría a... limpiar los restos. —Su voz es tan pausada como la mía. Señala la puerta con la cabeza—. Podría salir y...

Otro relámpago, seguido casi de inmediato por el trueno. La tormenta está prácticamente encima de nosotros.

—¿Y arriesgarte a que te parta un rayo? Mejor, no.

No sé qué hacer con las manos. Bueno, sé lo que me gustaría hacer con ellas, pero...

Está tan oscuro a causa de la débil luz que se cuela por las ventanas que siento más de lo que soy capaz de ver. Distingo el perfil de su cabeza inclinándose hacia abajo, oigo el ris-ras de su incipiente barba contra mi mejilla, siento la aspereza de los callos que recubren su mano cuando la posa sobre mi cadera.

Y entonces se queda totalmente inmóvil.

Despacio, muy despacio, coloco mi mano encima de la suya y la aprieto. Recupera la respiración, aunque sigue sin moverse. Un nuevo flogonazo de luz. «Uno, dos, tres, cuatro». Es el modo de calcular la distancia a la que se encuentra la tormenta. El silencio nos envuelve de nuevo, ladeo la cabeza y junto sus labios con los míos. Por fin, ¡por fin!, he vuelto a besar a Cass Somers.

La mano que no estoy tocando desciende por mi espalda y me atrae hacia él, a continuación se recuesta en la pared y quedo pegada a su cuerpo. Su boca es caliente y sabe a lluvia y a agua de mar por igual. Hundo mi otra mano en su cabello mojado y brillante y enrosco un mechón en mis dedos. Separa las piernas para que esté aún más cerca. Entonces sus dedos suben poco a poco por mi espalda hasta mi nuca, donde descansa el nudo del bikini, dibujan el contorno de los tirantes, repasan el nudo y siguen hacia la zona de delante, descienden por el declive que describe la parte superior, abajo, abajo y de nuevo hacia arriba por el otro lado.

Despacio. Provocador. Oigo nacer en el fondo de mi garganta ese gemido de impaciencia. Aparta sus labios de los míos unos segundos, inspira hondo y vacila.

«No pienses, Cass».

Apoyo una mano en su mandíbula, subo la otra hasta el nudo del bikini y tiro de

él. He hecho doble nudo y se me resiste. Vuelvo a oír el mismo sonido de impaciencia, pero en esta ocasión ha sido él, no yo. Su mano recubre la mía, aparta mis dedos y desata el nudo. Esos dedos largos se mueven con la misma maestría que si estuviera manipulando las cuerdas del velero.

Me aparto un momento para dejar que la parte de arriba caiga hasta la cintura, cosa que no ocurre, pues la tengo pegada al cuerpo por el agua. Cass vuelve a tirar de mí y sitúa sus manos alrededor de mi cintura en lugar de hacer el movimiento que espero, o más bien, deseo.

Apenas hemos parado para respirar y ya estoy sin aliento. Echo hacia atrás la cabeza y aspiro en busca de aire como si saliera a la superficie después de haber estado buceando en el océano. Nos quedamos mirándonos, pero está demasiado oscuro para vernos los rostros. Inspiramos y espiramos; una vez... y después otra. Entonces hace un ruidito, como una especie de murmullo, y apoya la frente en mi hombro mientras describe círculos con el pulgar sobre mi barriga y lo introduce en mi ombligo.

Llegados a este punto, mi estómago decide intervenir con un indiscreto rugido.

—¿Ha sido un trueno? —me pregunta mientras la luz de los relámpagos ilumina su sonrisa—. Ha sonado muy cerca.

Me tapo los ojos con la mano y me echo a reír.

—No te preocupes, podemos solucionarlo —dice.

Su pulgar me acaricia la barriga con aire malicioso. Luego se aleja un poco y se dirige a un rincón. Algo cae al suelo con gran estrépito; debe de ser un remo, y eso que oigo ahora, seguramente el crujido de un papel. Está demasiado oscuro y no puedo ver qué está haciendo, aunque... ¡Un momento! ¿Por qué se ha apartado? Estamos el uno en brazos del otro en un espacio cerrado y a oscuras, piel mojada sobre piel mojada y él... ¿da marcha atrás? ¿No se suponía que estaba dejándose llevar? Recupero los tirantes del bikini y vuelvo a anudarlo.

Cass toma su toalla, que había dejado tirada sobre una pila de chalecos salvavidas, y la extiende sobre las tablas de madera recubiertas de serrín como si estuviéramos fuera, en la arena. Echa mano a algo y lo deja encima de la toalla en el mismo momento en que un relámpago ilumina dos bolsas blancas que no me son desconocidas. Ambas llevan un logo en negro que muestra a una sirena con un plato lleno de almejas rellenas en la mano. Cass se sienta con las piernas cruzadas, extiende el brazo, entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí con dulzura.

—¡Vamos! Yo también tengo hambre.

Me dejo caer de rodillas y apoyo el peso sobre los talones. Cass empieza a sacar cosas de una de las bolsas: una pieza grande de pan de molde, una cuña enorme de queso Brie, fresas, chocolate *gourmet*... Me conozco el contenido de memoria. He preparado toneladas de bolsas como esa para los turistas que deciden atracar su barco en Seashell y pasar el día en la isla.

—¿Has traído un Pícnic Costero?

—Mejor eso que un cartón de huevos crudos y una botella de Gatorade, que es lo único que tenía en casa.

Se corta una rebanada de pan y me tiende el resto.

No obstante, el fuego que me envolvía hace solo unos minutos se ha apagado y me he quedado helada. Cass tenía un pícnic preparado en el cobertizo de antemano.

—Lo tenías todo planeado...

—Bueno, sí, claro. En parte... —Su voz se vuelve más cautelosa—. ¿Es algo malo? ¿Qué es lo que he hecho?

En mi mente, como si se tratara de una sesión de viejas diapositivas que pasan de una escena a la siguiente, revivo la fiesta.

El Bronco.

Los tipos del insti y sus risas.

La culpa en los ojos de Cass.

Jim Oberman, en Primero, empujándome contra una taquilla para poner celosa a su novia; Alex, que solo quería una muchacha de la isla en su historial de conquistas; Spence, sexo sin más. ¿Es que nunca voy a ser nada más que la estrategia de alguien? ¿Un buen destino en un mapa de carreteras para hacer una parada técnica antes de proseguir su viaje hacia un lugar mejor?

—Lo tenías todo planeado —repito.

Cass deja el pan sobre la toalla, se sacude las manos y alza la vista hacia la claraboya como si implorara paciencia.

—En parte, sí. Ya te lo he dicho. No todo, porque nada sale nunca como uno lo planea. Al menos, a mí no. Quería sacarte al mar para que ambos nos relajáramos, para poder estar solos. Así que sí, eso lo tenía planeado. El kayak no es mío, tuve que pedirlo prestado. Eso también implica premeditación.

—¿Y lo de tener preparadas unas toallas en el cobertizo?

—¡Solo son toallas de playa! —Su voz se vuelve más dura—. Pensé que igual nos apetecía darnos un baño después del paseo en kayak. Quizá también picar algo en la playa. No planeé la tormenta, Gwen. Ni siquiera consulté el tiempo. Y solo son toallas, no es como si hubiese traído un saco de dormir y una caja extragrande de condones. —Su voz, que ha ido elevándose progresivamente, se quiebra llegado a este punto—. No busco eso.

—¿Ni siquiera lo has pensado?

¡Fantástico! He sonado decepcionada.

Parece que la tormenta se está alejando, ya que ya no hay relámpagos que iluminen su rostro.

—Gwen, mentiría si dijera que no, y no tengo intención de mentirte. Jamás. Pero si respondo que sí, me harás picadillo o volverás a ignorarme. O puede que te largues de aquí y regresemos al punto en el que hemos pasado la primavera. ¿Cómo te lo vas a tomar?

—¿Yo? No soy yo la que pasa de caliente a frío constantemente.

—Nooo, claro... Tú no, ¿verdad? —me suelta poniéndose en pie—. Desde mi posición, eso es exactamente lo que haces. Nunca sé con qué Gwen me voy a encontrar: con la que actúa como si fuera una piedra en su camino o la que...

—¿Te desabrocha los pantalones? —interrumpo con ironía.

Se golpea la frente con la palma de la mano.

—¡Claro! —dice él—. Porque es imposible que yo pueda querer algo más que un revolcón.

Me pongo en pie.

—No es más que una puesta en escena, Cass. Igual que en marzo. Solo soy un medio para conseguir un fin: yo, o esto, o lo que sea.

Sus reflejos son ultrarrápidos. Antes de poder asimilar lo que está pasando, se agacha, recoge la bolsa y la estampa contra la pared. Algo se hace añicos, las botellas se rompen en mil pedazos y el refresco de interior sale disparado a presión.

Doy un paso atrás. Cass mete las manos en los bolsillos del bañador y me da la espalda.

—Estupendo, Gwen. Me has pillado. Has descubierto mi malévol plan. Aclárame una cosa entonces. ¿Por qué pierdo el tiempo contigo? ¿No sería mejor que me diera de cabezazos contra la pared? Sería más fácil y, desde luego, menos doloroso. ¿Cómo puedes estar tan... tan cegada por la rabia como... como para que no te des cuenta de todo lo que hago? No soy el desgraciado de Alex Robinson. Ni ese cretino de último curso del que me habló Vivien, el que tenía una novia pirada. No soy... No soy Spence. ¿Es que no lo ves? ¡Dios! ¿Cómo es posible que no tengas ningún problema para ver que dos personajes ficticios se están comportando de forma estúpida y estés tan ciega en lo que nos concierne a ti y a mí?

—¡Porque nunca me dijiste la verdad! Eres Cass, el joven encantador, *la la la*, que viene a hervir tus langostas y te embauca para que te bajes los pantalones. Pero nada de eso es cierto.

Inspira hondo y vuelve a llevarse la mano a la frente, como si quisiera comprobar si tiene fiebre.

—Necesitas superar lo de las langostas de una vez por todas.

La tormenta se está disipando y la oscuridad del exterior está perdiendo intensidad, de modo que puedo ver cómo baja la mano despacio y se cubre los ojos mientras meneaba la cabeza. Permanece así un buen rato. Al fin baja la mano y abre los ojos, aunque sigue con la vista clavada en el suelo.

—Gwen, yo no miento. No soy ningún mentiroso, ni ningún aprovechado, ni lo que sea que pienses de mí. Solo soy yo. Pensaba que estabas empezando a conocerme de verdad, que ese había pasado a ser el objetivo del verano.

Levanta la cabeza.

—No sé cuál es el objetivo de este verano —admito.

—Pues yo sí —afirma con un ligero deje de amargura en la voz.

Entonces se vuelve hacia mí y me mira a los ojos.

No, no es amargura. Es dolor.

Casi soy capaz de ver cómo se desmoronan todas sus armas, todos los escudos que ha levantado (su aire distante, su pose de niño rico, sus ademanes encantadores), casi puedo oír el jaleo que arman al estamparse contra el suelo.

Deja caer las manos a ambos lados de su cuerpo, levanta la vista y me permite leer en sus ojos todo lo que esconde.

Dolor.

Honestidad.

Esperanza.

Lo que descubro se presenta ante mí de forma tan rápida, brusca y aplastante como el súbito choque de la bolsa contra la pared.

No soy la única que puede salir mal parada con esto. O que salió mal parada. No logro distinguir su expresión en la oscuridad, aunque en estos momentos no necesito luz para verlo claro.

Él tenía razón: debería venir con un vídeo de instrucciones o puede que mejor con todo un pack. ¿Cómo pretendo que él me entienda, si ni siquiera yo lo hago? Y lo que es peor, soy una auténtica hipócrita. Me duele y me enfurece que se le haya pasado por la cabeza tener sexo conmigo cuando yo misma lo he pensado un millón de veces. Sigo sin entender qué pasó aquella noche cuando salimos del Bronco; ni siquiera sé lo que pasó mientras estuvimos dentro. Pero tal vez... Tal vez haya otra explicación distinta a la que yo me he aferrado con tanta fuerza. Porque Cass no es, ni lo ha sido nunca, «un rollo sin importancia».

Todo está sumido en la calma. La lluvia se ha perdido en la lejanía, el viento ha sido aplacado. No me queda nada en lo que ahogar mis pensamientos o las palabras que debería decir, que tengo que decir.

—Supongo que deberíamos irnos —resuelve Cass. Su voz vuelve a ser distante, como si se hubiese convencido de que lo nuestro es imposible.

Me agacho y recojo la bolsa arrugada llena de cristales rotos, de cuyo fondo empapado nace un reguero de frescos. La envuelvo con una de las toallas de playa. Luego me encargo de los restos del pícnic, el queso, el pan, las fresas. Lo guardo todo junto. La perfecta hija de una mujer que se dedica a limpiar casas.

Pero no soy solo eso.

—Cass... —Trago saliva—. Pue... puedo superar lo de las langostas. De verdad.

—Es un principio —me asegura con voz calmada.

—¿Puedo acompañarte a casa? Para que no tengas que pelearte con la llave.

Un silencio prolongado.

—¿Estás segura de que esa es la única razón?

Inspiro hondo. Vuelvo a hacerlo.

—Puede que no sea la única razón.

* * *

La marea ha bajado y las olas lamen perezosamente la arena bastante lejos de la línea de playa. Los únicos restos de la tormenta son hoyos que el torrente de lluvia ha formado en la arena y la cantidad de algas, piedras y caracolillos de mar que ensucian la playa.

—Vaticino un día muy duro recogiendo desechos para el jardinero —digo, intentando dar a mis palabras de un aire despreocupado.

Cass asiente con la cabeza como única respuesta.

Tropiezo con algo y estoy a punto de caer; él extiende el brazo de forma instintiva para impedirlo, pero lo baja antes de llegar a tocarme.

Despacio, muy pero que muy despacio, como si temiera que moviéndome rápido fuera a asustarlo, tomo su mano, entrelazo mis dedos con los suyos, acoplo mi palma con su palma.

Silencio mientras intento pensar qué decir.

—Gracias —se me adelanta Cass.

Ha sido muy parecido al que dijo aquella noche en el Bronco.

Sus buenos modales. Se me ocurre que quizá se deba más a su buen fondo que a una cuestión de costumbre o encanto.

Entonces, como si supiera lo que estoy pensando, y para darme más muestras de ello, estrecha la distancia que nos separa, de modo que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, y me aprieta la mano. Aun así, el ascenso de la colina resulta largo y silencioso.

Cuando llegamos arriba, me vuelvo para mirarlo a la cara.

—Si no tenía nada que ver con una caja extragrande de condones, ni con que pensaras que yo era fácil, ¿por qué te interesaste por mí?

—¿Quieres hablar al fin? —pregunta Cass.

—¿Al fin?

Tomo aire.

—Sí, pero no vamos a hablar en la calle —resuelve él—. Ven.

Me guía hacia el armazón oscuro que aparece recortado en un cielo lleno de estrellas... La Garita. Subo a buen ritmo los escalones de madera gastados y lo sigo hasta su horrible apartamento de paredes amarillas. De pronto me parece un lugar demasiado desprotegido y abierto, sin nada que medie entre nosotros: sin una fiesta llena de gente, sin una docena de posibles testigos como si hubiésemos charlado en plena calle, sin *Fabio*, sin Spence. Solo aire y nosotros dos.

Tomamos asiento en el sofá y Cass inspira hondo. Una vez más. Está nervioso. Baja la vista hacia su mano. Aprieta, relaja.

—Suéltalo de una vez —le ordeno.

«Muy bonito». Seguro que mi voz ha sonado muy armoniosa.

Vuelve a inspirar hondo.

—Creo que necesito un vaso de agua.

—Pues yo creo que no es más que otra excusa. Por favor, Cass.

Apoyo la mano en su brazo. Se vuelve para mirarme y el sofá cruje. No hay duda de que es un pariente lejano de Myrtle. No deja de ser curioso que a los muebles de mi vida les cueste menos hablar que a mí.

—Te echaré una mano. Spence te dijo que yo era fácil. Por eso... te lo dijo, ¿a que sí?

—¿Quieres escuchar la verdad? En efecto. Dijo que tenías daños estructurales importantes.

—¿Qué narices es eso de los daños estructurales?

—La bazofia de Spence. Le gusta elaborar teorías sobre las chicas y cómo ligárselas.

—Como él es el Don Juan que acabó con cinco en un *jacuzzi*...

—En realidad solo fueron tres. Y encima, una de ellas era su prima, que andaba por allí porque compite profesionalmente y le dolían los músculos después de haber corrido un maratón. Su teoría es que hay que buscar los daños estructurales de una conquista, los aspectos que hacen que ella se sienta mal consigo misma, y cosas así. De ese modo la tienes en el punto justo para que haga cosas que en condiciones normales no haría.

—Es la teoría más repulsiva que he oído nunca.

«Y me temo que totalmente cierta», pienso al recordar la fiesta de Spence y aquella estancia apartada. Aquello no tuvo nada que ver con mis sentimientos por él.

—Estoy de acuerdo —añade él—, pero también es efectiva al cien por cien cuando Spence la pone en práctica. En fin, él... esto... Me dijo que tenías cierta reputación.

Hago una mueca. Él alza una mano para impedir que me enzarce en una perorata sin sentido.

—¿Y qué, Gwen? Yo también tengo una reputación dentro de mi propia familia, por no mencionar la que tengo en Hodges. Esas cosas pasan.

Cierra los ojos y hace una pausa, luego vuelve a abrirlos y continúa con su relato. Las palabras brotan de sus labios de forma atropellada y poco clara.

—Cada vez que te mencionaba, con su teoría de los daños estructurales, lo mandaba a paseo. Es cierto, sí, lo dijo, y también escuché otras cosas. Rumores de vestuario. Pero Gwen... Yo te conocía. Bueno, nos conocíamos. Había pasado mucho tiempo, pero... da igual. No cambiaba nada. Nos conocimos aquel verano. Nos pasamos todo el tiempo en la playa o en mi barco o jugando a la búsqueda del tesoro. No me acerqué a ti por lo que Spence me dijo. Al mirarte no veía tan solo tus curvas. Y te juro que no me acosté contigo porque Spence me lo dijera. Lo que pasó no tuvo nada que ver con nadie que no fuéramos tú y yo. Te pedí que vinieras a la fiesta porque me gustabas de verdad.

—¿Y por qué no me pediste una cita... antes de nada?

—Porque no sabía qué pensabas de mí. Creía que me dirías que no. No se me dan bien estas cosas y detesto hacer algo que no se me da bien.

Le observo fijamente.

—Vaya motivos más estúpidos —digo.

—«Porque Spence me dijo que lo hiciera» me parece un motivo aún más estúpido. Pensé que tal vez la oportunidad se presentaría por sí sola. Cuando te arrojaste al agua en tu heroico intento de salvarme, supuse que yo también debía de gustarte.

Hace una pausa y espera a que diga algo, a que confirme algo, pero me ha dejado una cosa clara: es mucho más valiente que yo, pues me limito a mirarlo en silencio alentándolo a que continúe.

—Como ya te dije, pensaba que lo de las citas no te iba. Eso es lo que todo el mundo me dijo cuando pregunté, porque lo hice, de veras, pregunté mucho. —Deja escapar un suspiro, se frota la nuca y mira hacia otro lado—. Por eso me inventé lo de la fiesta. Pero me di cuenta de que había sido una estupidez, pero en su momento fue todo cuanto me atreví a hacer. Quería estar contigo fuera como fuese.

—Cass...

Me arrimo un poco más a él y dejo la mano sobre su rodilla. Él apoya su mano encima de la mía.

—Mira, prefiero sacarlo todo, así que... por favor, escucha.

—Estoy escuchándote. Fui a la fiesta y nosotros...

Dejo la frase inacabada y me concentro en tirar de un hilito elástico que sale de la costura de la braga de mi bikini.

—Para que conste, ya que estamos sincerándonos, no fui yo solo —continúa él—. No puedes... no puedes quedarte ahí sentada y actuar como... como si me hubiese aprovechado de ti. Porque... porque puede que yo no supiera muy bien... Pero tú también estabas allí. Lo sé. Lo sentí. Lo recuerdo todo. ¡Todo!

Un escalofrío me recorre la piel con el recuerdo de aquella noche.

—¡No tenía planeado hacerlo contigo! Te lo prometo. Fuiste tú quien...

Se interrumpe en seco.

—Forzó las cosas, ¿no?

—¡No! No. Fuimos los dos. Solo quiero que sepas que no había planeado que la cosa llegara tan lejos. De ser así... De ser así, habría llevado protección y, no sé si te acuerdas, pero no era el caso. De hecho, después me acojoné bastante. Te negabas a hablar conmigo y me mirabas como si fuera escoria.

—Tomo la píldora.

—¿Y cómo querías que yo lo supiera? Podrías haber dicho algo.

—No me preguntaste.

—De todas formas, deberíamos haber usado un condón, pero apenas podía pensar, Gwen. Solo nos estábamos besando y, de pronto, te quitaste el jersey y... ¡adiós! Mi cerebro se desconectó.

—¿Tu inteligencia desaparece en presencia de unos pechos?

Estudia mi rostro durante unos segundos y entonces, al ver mi sonrisa, sus labios

dan paso a una también. Luego vuelve a ponerse serio.

—¿De los tuyos? Pues, sí. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que lo que pasó entre nosotros no tuvo nada que ver con lo que Spence dijo de ti. Salvo que luego lo estropeó todo. Bueno, él y los demás. Y yo.

—Y yo —musito.

Casi espero que no me haya oído. Sin embargo, cuando levanto la cabeza, descubro que su rostro está muy cerca del mío. Lo más probable es que se haya enterado.

—¿Te lo he aclarado ya? —me pregunta con dulzura clavando sus ojos en los míos.

—Por supuesto.

Bajo la cabeza.

«Y yo».

Tengo que decírselo.

—También... también yo lo fastidié con... lo que hice después.

A Dios gracias que tengo el hilito del bañador. Tiro de él, hago una maraña, me lo enrosco alrededor del dedo. Absorbe toda mi atención, hasta que Cass vuelve a apoyar su mano sobre la mía. Sus callos me arañan los nudillos. Entonces se queda inmóvil y su semblante se vuelve inexpresivo. Preferiría no hablar de esto, ni tener que recordar lo sucedido, pero tengo que contárselo. Se lo debo.

—Al acostarme con Spence.

Su mirada, tan directa y sincera hace tan solo un segundo, se vuelve distante de nuevo. Juguetea con la uña de su pulgar. Tiene la mandíbula tensa. Cuando finalmente dice algo, su voz es tan débil que tengo que inclinarme hacia delante para oírle bien.

—Sí... Tú... Mmm... ¿A qué vino eso?

—¡Una estupidez más de las mías! —Dejo escapar un suspiro—. Estaba... —«Bebida. Asustada. Herida. Fuera de lugar. Llena de daños estructurales». Todas las opciones son válidas, pero...—. Intentando hacerte daño.

Se mantiene cabizbajo, concentrado como estaba en esa fascinante uña. Ahora, sin embargo, me mira directamente a los ojos y me suelta con una voz tan dura y fría como su mirada:

—Misión cumplida.

Siento un nudo en el estómago.

Llevo meses sintiéndome estúpida por lo que pasó con Alex, dolida por cómo acabó todo en la fiesta de Cass, avergonzada por lo de Spence; si bien en este instante tengo la sensación de que esos sentimientos no han sido reales, que no me han dolido de verdad y que alguien acaba de elevar la intensidad de todos ellos a la enésima potencia. He sido una imbécil con los hombres. Irreflexiva, promiscua, estúpida. Y he tratado fatal a Cass.

Durante todo este tiempo he creído que lo que se interponía entre nosotros era lo

que él me había hecho. Pensaba que no podía ni debía perdonar que hubiese sido esa clase de chico conmigo, cuando en realidad he estado ignorando lo que yo le había hecho a él. No quería admitir que había sido esa clase de chica.

Siento un picor en la nariz y las lágrimas se agolpan en el fondo de mi garganta.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —admito con voz pesarosa.

El silencio nos envuelve de forma tan aplastante que soy capaz de oír mi propio corazón.

Cass ladea la cabeza, por lo que distingo en el hueco de su garganta su pulso intermitente marcando los segundos de silencio que nos separan.

Entonces levanta la cabeza despacio y me seca las lágrimas con el pulgar mientras esboza una sonrisa casi imperceptible. Esta vez estoy segura de que se trata de un gesto romántico, ya que hace una eternidad que se ha esfumado el rímel que llevaba.

—Yo también.

Tomo una gran bocanada de aire, como si estuviera a punto de arrojarme de lo alto del puente. Aunque así es exactamente como me siento al dar el paso que voy a dar: tomo aire, contengo la respiración, salto al vacío y me hundo sin perder la esperanza de que el otro me saque a la superficie.

—Entonces... —digo con un hilo de voz—, yo te hice daño. Tú me lo hiciste a mí. ¿Ves alguna posibilidad de que podamos superarlo?

Cass baja la mirada e inspira hondo. Contengo la respiración.

—Bueno... —dice lentamente—. Tendrás que prometerme...

Asiento.

Sí.

Pues claro.

Te lo prometo.

—Que has superado de verdad todo lo de las langostas.

Esbozo una sonrisa.

—¿Langostas? ¿Qué langostas?

Se echa a reír.

Espero a que se incline hacia mí, pero en lugar de eso, se echa hacia atrás y arquea las cejas.

Vuelve a ser mi turno.

Aun después de todo, debo hacer acopio de coraje para hacer lo que hago a continuación. No importa. Echo mano del valor que guardo en mi interior y lo utilizo para acercarme a él y besar primero un hoyuelo, luego el otro y finalmente esos labios sonrientes.

CAPÍTULO 29

El cielo se ha despejado y se muestra cubierto de estrellas que brillan como la mica. La noche huele a limpio y a paz. Cass me está acompañando a casa, cómo no. A estas alturas ambos estamos ya cansados y no dejamos de bostezar. Caminamos en silencio, aunque se trata de un silencio totalmente distinto al que hemos mantenido camino a la playa o al volver hacia La Garita. Resulta curioso los distintos matices que puede llegar a tener el silencio.

Estamos muy cerca, tanto que siento el calor que emana de su cuerpo, pero no nos tocamos ni vamos de la mano como hemos hecho al subir la colina. Desearía que lo hiciera, que tomara mi mano, un gesto de lo más simple que supondría un puente entre nosotros.

No obstante, Cass mira hacia arriba y se pierde un buen rato en la inmensidad del cielo nocturno. Las nubes han desaparecido por completo y unas luces parpadean en la lejanía. Luciérnagas, como estrellas a nuestro alrededor.

—«Los primeros mapas que se hicieron fueron de las estrellas» —cito.

—Correcto. ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo que tenías tus propias teorías al respecto. Pensabas que entre carrera y carrera, huyendo de los mastodontes o de lo que fuera, levantaron la vista y sintieron deseos de dibujar lo que veían.

—Quizá les recordara que había algo más por lo que vivir, aparte de los mastodontes —observa Cass.

Me acerco un poco más y acaricio el reverso de su mano con la mía. Pero todavía, nada.

«Algo más por lo que vivir que aquello que te asusta». Esta vez nada de mensajes confusos. Extiendo el brazo y entrelazo mis dedos con los suyos.

No sé si es consciente de que quitarme el jersey me resultó mucho más fácil que este gesto... o que disculparme por lo de Spence. Aunque creo que lo sabe, porque sus dedos me aprietan cariñosamente la mano durante un segundo.

Hemos tomado el camino que lleva hasta la puerta de mi casa. El farolillo que hay junto a ella está inclinado de forma peligrosa hacia un lado y solo funciona una de las bombillas, que emite una luz anaranjada y no deja de parpadear; la otra está fundida. Oigo la voz de Nic en mi cabeza, «Ya lo arreglaré», y la de mi padre reprendiéndolo por no haberlo hecho todavía.

Cass se sitúa frente a mí y agacha la cabeza. Oigo un zumbido en los oídos. Bueno, en realidad, solo en uno. Su mano pasa rozando mi mejilla y se dirige hacia mi pelo. Un tirón.

—¡Ay!

—Lo siento. —Abre la mano esbozando una sonrisa—. Has capturado una luciérnaga.

El punto negro remolonea en su mano unos segundos, luego se enciende y emprende el vuelo hacia el cielo. Entonces Cass me levanta hasta ponerme de puntillas, como si fuera mucho más bajita que él o no pesara nada, y me besa apasionadamente.

—Buenas noches, Gwen. Hasta mañana.

* * *

Es Navidad.

O, al menos, me siento como si lo fuera.

En el mismo instante en que abro los ojos noto un subidón de adrenalina y se me pone la piel de gallina. Tengo la certeza de que, pase lo que pase, hoy será un día mágico.

Si fuera un típico 25 de diciembre en Seashell, lo primero que habría oído al despertarme habrían sido las quejas de las cañerías mientras mi madre se daba una ducha, o la voz de mi abuelo explicándole por enésima vez a Emory por qué debe esperar hasta que todo el mundo esté levantado para ver qué le ha traído Santa Claus, o los gritos de Nic: «¡Gwen, no hace falta que envuelva tu regalo!, ¿verdad? ¡Total, lo abrirás dentro de dos segundos más o menos!».

Pero hoy no me encuentro con eso. Hoy la esencia del verano se cuele por mi ventana: la fragancia que desprende la rosa rugosa, el olor intenso y margoso del mantillo de cedro rojo, el aroma de la hierba recién cortada secándose al sol. Escucho a mi abuelo cantando una canción de Sinatra en nuestro minúsculo jardín trasero y a mi madre acompañándolo desde la cocina.

—*Luck be a lady...*

Me permito el lujo de desperezarme con ganas. Siento como si todo fuera nuevo, aunque llevo la misma ropa con la que me dejé caer anoche sobre la cama y *Fabio* está a mi lado como todas las mañanas acaparando el colchón, con las patas estiradas y las zarpas colgando por el borde, sin duda perfumando mi cara con su aliento pestilente. Aun así, es como si alguien hubiese zarandeado el universo entero y hubiese vuelto a recomponer todos sus átomos.

Si sigo por este camino, acabaré componiendo la clase de poemas vergonzosos que suele publicar la revista literaria de nuestro instituto. Pero es que es la primera vez que la «mañana del día después» me parece preciosa y no nauseabunda; aunque sea la mañana «después» de no haber hecho nada más que hablar mucho y besarnos un poco.

Aunque parezca mentira, Nic ha dejado un poco de agua caliente en la ducha. Me lavo el pelo y me paso una cantidad de tiempo ridícula frente al espejo probando

diferentes peinados para acabar con el mismo de siempre. Le pregunto a gritos a mi madre si conoce el paradero de mi camiseta de color verde oscuro, que no logro encontrar. Viene a la habitación y hace eso tan molesto que hacen las madres de encontrar en cinco segundos algo que tú llevas diez minutos buscando como loca por todos los cajones.

—¿Estás bien? —me pregunta apoyando la mano en mi frente—. Parece como si tuvieras fiebre.

—Estoy bien, mamá. ¿Crees que debería ponerme la camiseta verde o la burdeos? ¿O quizá la blanca?

Tengo los nervios a flor de piel. Soy como la bengala que uno enciende, empieza a arder, llamea y produce un ruido sibilante. Ella es la calma personificada.

—Estoy segura de que a la señora Ellington le dará igual, cielo.

Me coloco una delante del torso, luego la otra y, por último, la tercera.

—¿Cuál queda mejor? Lo digo en serio, mamá, necesito que me digas la verdad.

En su rostro se dibuja una expresión fugaz, sinónimo de «¡Ajá!», aunque se abstiene de hacer ningún comentario.

—La verde resalta el esmeralda de tus ojos.

—Mis ojos son marrones.

—Turmalina, con toques dorados y esmeralda —me corrige mi madre con una sonrisa.

Se la devuelvo, aunque soy consciente de que mis ojos son marrones a secas.

Me doy la vuelta y me pongo la camiseta verde.

—¿Os pilló la tormenta? —pregunta mientras se pone a doblar el batiburrillo de ropa de mi cajón—. No te oí llegar. Debía de ser muy tarde.

—Mmm... Sí. Esto... Vimos una peli e hicimos palomitas.

«Y tuvimos las manos quietas».

—Ese Cassidy es un muchacho agradable —dice con suavidad—. Tiene muy buenos modales. No es una cualidad muy común en los jóvenes de vuestra edad.

Una de las particularidades de cómo me siento esta mañana es que quiero agarrarme a cualquier mención de Cass para ponerme a hablar de él.

—Sí, siempre ha sido muy educado. Es tan... tan... ¿Crees que debería ponerme los pantalones caquis o la falda negra?

—Esa falda es bastante corta, ¿no crees? La señora Ellington no es tan conservadora como otras personas de su edad, pero no creo que quieras arriesgarte a que te llame la atención. Pensaba que sería más engreído. Los muchachos que son tan guapos suelen serlo, pero no me lo pareció en absoluto.

—No lo es —confirmo de forma escueta aunque soñadora.

Poesía embarazosa, allá voy.

Me miro en el espejo que hay encima del tocador y me pongo brillo de labios, aunque entonces recuerdo lo que Nic me dijo acerca de que los tipos lo odian porque es pegajoso, y opto por quitármelo. Mi madre se sitúa a mi espalda, me rodea la

cintura con los brazos, apoya la barbilla en mi hombro y contempla nuestro reflejo.

Mi padre siempre está diciendo cuánto nos parecemos, aunque por lo general yo no suelo verlo; lo que sí veo son las minucias que nos diferencian: las canas que asoman en la melena de mi madre; la forma en que la comisura de mis ojos tiende hacia arriba, como los de mi padre; el hecho de que sus mejillas estén cubiertas de pecas y yo no tenga ninguna; o que mi piel sea más morena que la suya. Hoy, sin embargo, nuestro parecido se presenta ante mis ojos como nunca lo ha hecho. No estoy segura de a qué se debe hasta que me percató de un detalle: el optimismo patente en nuestras sonrisas.

Todo es perfecto, salvo por el hecho de que no tengo ni idea de cómo comportarme en ese mundo lleno de sol y mariposas por todas partes. Cuando bajo los escalones de la entrada enfundada en unos zapatos de tacón que no me pongo nunca, estoy histérica.

¿Y si las cosas son distintas a la luz del día? Y si no, ¿cómo voy a comportarme? ¿Me abalanzo sobre él cuando me lo encuentre manos a la obra con la segadora? ¿O preferirá que mantengamos las formas en horario laboral? ¿Será más fácil para los demás? Porque en lo que a mí respecta, no tengo ni idea de en qué me estoy metiendo.

Agudizo el oído intentando localizar el ruido la segadora, pero no oigo nada. Tampoco veo ninguna flecha gigante sobre un jardín a modo de «Cass está aquí».

Me estoy emparanoiando. Me limitaré a ir a trabajar. Voy camino de la casa de la señora Ellington cuando siento una mano cálida en torno a mi tobillo. Casi suelto un chillido.

—¡Lo siento! —Cass surge de entre los arbustos morados que hay junto a la casa de los Beineke—. Estoy quitando las malas hierbas. Me ha dado la impresión de que no me habías visto.

Retrocede un poco, se pone en pie y me sonrío de oreja a oreja.

«Deja de sonreír como una boba».

—Esto... Hola, Cass.

Se sacude las manos —¡Sigue sin ponerse guantes!—, se dirige hacia la puertecita del jardín y sale a la acera. Lleva puestos unos pantalones cortos y una camiseta negra.

—Puedes hacerlo mejor —me dice mientras me rodea la cintura con sus brazos y me atrae hacia sí.

—¿Dónde tienes los guantes?

—Mejor que eso, incluso. —Me da un beso en la clavícula—: Me alegro de verte, Cass... He soñado contigo, Cass... Eres completamente libre de improvisar.

—¿No se supone que tienes que ponerte guantes para trabajar? Si no, tus pobres manos jamás se...

¡¡¡Aaagggghh!!! Sueno igual que mi madre o la enfermera del instituto.

Esto no se me da bien.

Por suerte, a Cass se le da bien por los dos.

—Te he echado de menos, Gwen. Me alegro de verte, Gwen. He soñado contigo, Gwen. Bueno, de acuerdo. Aún no he tenido tiempo de ir a comprarme los guantes. He tenido otras cosas más importantes en la cabeza. ¿Quieres que te las cuente?

—¿Puedo volver a empezar?

Él asiente con la cabeza.

—Por supuesto —afirma sonriente—. Creía que eso ya había quedado claro.

Sus manos recorren mi espalda. Quiero decirle que pare o se hará daño, pero no quiero volver a hablar como una enfermera.

Acaricio con el dedo la cicatriz que tiene en la ceja izquierda.

—¿Cómo te la hiciste?

—Mi hermano Jake me tiró un bastón de esquí en Aspen cuando tenía siete años. Para ser justos, yo no dejaba de hacer ruiditos de besos mientras él ayudaba a su novia a ponerse las botas. Por aquella época aún tenía novias. ¿Decías?

—Yo... Yo... —Me rindo—. Se me han agotado las palabras.

—Mejor.

A lo que le sigue un montón de besos; al parecer demasiados, ya que un par de muchachitos nos silban al pasar por nuestro lado.

—Eh, oye, ve a inspeccionarle las amígdalas en privado —farfulla uno de ellos.

Cass se aparta un poco, riendo, aunque sus manos siguen ancladas a mi cintura.

—Tengo la impresión de que el jardinero va a ser hoy aún más inútil de lo que ya es normalmente.

—Mientras no te acerques a unas tijeras de podar, todo irá bien, José. Se me ocurren un par de cosas para las que podrías ser útil.

Acaricio la comisura de su boca con los labios hasta que consigo abrirla.

—Para matar arañas —murmura antes de devolverme el beso sin reservas—, abrir tarros...

—Etcétera —susurro.

Al cabo de un rato se separa de nuevo de mí. Es la primera vez que lo veo incómodo en todo este rato.

—Verás, no puedo quedar contigo esta noche. Tengo otro... compromiso familiar.

—Ah, claro, lo entiendo —me apresuro a añadir—. No hay ningún problema. Yo tengo que...

Toma mis manos y espera hasta que vuelvo la cabeza para mirarlo de frente.

—Ya estaba previsto antes de que pasara nada entre tú y yo... Es una especie de tregua a la que me vi obligado a acceder.

—¿Irás tu abuela?

—Y unos cuantos administradores de Hodges. Será la bomba.

* * *

Por la noche mi padre irrumpe en nuestro salón dando un portazo y blandiendo un trozo de papel arrugado. Al hombro lleva su habitual bolsa de la colada.

—¿Qué narices es esto?

Deja la bolsa en el suelo y le da un capirotazo a la hoja de papel. La irritación que emana de su cuerpo es tan palpable como el olor a fritanga. Son las once de la noche; debe de acabar de cerrar el restaurante, aunque no es la hora a la que suele traer su ropa sucia.

—¿A ti qué te parece que es? —pregunta impertérrita mi madre sin apenas levantar la vista del libro que tiene en las manos—. Estoy anunciando mi negocio.

Apago el televisor y observo a uno y a otro.

—Te dedicas a limpiar casas. Eso no es ningún negocio.

—Pues te aseguro yo que un *hobby* no es, Mike. Limpio casas y quiero limpiar más porque «necesitamos el dinero», tal y como no dejas de repetir una y otra vez. Por eso he puesto un anuncio. —Le arranca el papel de las manos y pasa los dedos por encima—. ¿A que ha quedado bien?

Mi padre carraspea. Cuando vuelve a hablar, lo hace con una voz más pausada y menos agresiva.

—Luce, ya sabes cómo es Seashell. Si ven esto por ahí, pensarán que necesitas trabajo porque vas mal de pasta, y antes de que puedas darte cuenta, desaparecerá algún brazalete de oro de la bisabuela Suzy y todos los dedos te señalarán.

—No seas tonto.

Fabio sube de un salto al sofá y apoya la cabeza en el regazo de mi madre mientras trata de recuperar el aliento. Ella le rasca detrás de las orejas y él resopla de placer sin perder de vista el bol en el que se derriten los restos de un helado. Levanta las orejas.

—Mis clientes me conocen un poco mejor. Llevo más de veinte años trabajando para la mayor parte de las familias de Seashell.

Mi padre se desploma a su lado, apoya los codos en las piernas y hunde el rostro en las manos. En su nuca se dibuja una línea de piel blanca que destaca con respecto al resto de piel quemada por el sol, seguramente como resultado de su última excursión en barco.

—Eso no importa. Lo cierto es que no formas parte de su clan.

—Mike, eres un auténtico pesimista. Ten un poco de fe en la bondad del ser humano.

Ante mi mirada de perplejidad, mi madre despeina el pelo de mi padre con la mano y le da un golpecito en el hombro. No recuerdo haberlos visto tocarse nunca, y menos aún, intercambiar un gesto de cariño. De hecho, el corazón me da un vuelco cuando mi padre levanta la vista y la mira con unos ojos castaños grandes y suplicantes, con cierto aire ausente, iguales que los de Emory.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad, Luce? Aún crees que este maldito mundo está lleno de finales felices esperándote. ¿No te has percatado de que tu príncipe azul aún

no ha aparecido?

—Sí, cielo —afirma cortante—. De eso ya me he dado cuenta.

Mi padre esboza una sonrisa.

Me da miedo hasta respirar. Mis padres están protagonizando un alto el fuego, un instante de auténtica conexión. Por un segundo (de verdad, por primera vez en mi vida) entiendo por qué se casaron (más allá del hecho de que yo estuviera en camino).

Alguien llama a la puerta con los nudillos.

—Puede que sea él —especula mi madre sonriéndole.

Pero es Cass, recibíendome con una sonrisa de oreja a oreja que es sustituida rápidamente por cierto aire de culpabilidad.

—Ya sé que es un poco tarde...

—Casi medianoche. —Mi padre aparece detrás de mí—. ¿Quién eres tú?

Cass se presenta.

—Eres el hijo de Aidan Somers, ¿no? ¿El hermano del entrenador Somers? Rollito de langosta con la mayonesa aparte y doble ración de patatas fritas.

Cass parpadea, está un poco confuso.

—Esto... Sí, ese es Jake.

—Es un poco tarde para una clase de natación, ¿no crees? —Mi padre lo inspecciona de los pies a la cabeza. Lleva un *blazer* azul, corbata y unos pantalones caquis con la raya planchada—. Y no vas precisamente vestido para la ocasión, muchacho.

—No seas tonto, Mike. Ha venido a buscar a Gwen —suelta mi madre como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Me preguntaba si le gustaría dar un paseo conmigo —aclara—. Ya sé que es un poco tarde... —repite al ver la expresión de mi padre.

—Me encantaría —respondo al instante tomando su mano—. ¡Vamos!

—Espera un momento —ordena mi padre—. ¿Cuántos años tienes, Cassidy?

—Diecisiete.

—Yo también tuve diecisiete años una vez —empieza de forma nada prometedora—. Y llevé a un montón de chicas a la playa en plena noche...

—Estupendo, papá. Ya nos acabarás de contar la historia otro día.

Tiro de Cass hacia fuera justo cuando interviene mi madre.

—¿Un montón? Eso es pasarse un poco, ¿no, Mike? Solo fue a mí y a esa borrachina de Candy Herlihy.

* * *

—¿Llegará el día en que no tenga que disculparme por el comportamiento de mi familia?

—En realidad no tienes por qué. Soy yo el que se ha presentado a una hora un

tanto inapropiada.

Cass tira de su corbata, afloja el nudo, se la quita y la guarda en el bolsillo del *blazer*. Luego abre la puerta del viejo BMW, que está aparcado frente a la entrada de mi casa, entre la camioneta de mi padre y el Bronco de mi madre, se deshace del *blazer* y lo arroja en el interior del vehículo.

Empieza a desabrocharse el cinturón.

—¡Ey! Si haces un *estriptis* delante de mi casa, mi padre va a pensar que tus intenciones no son muy honestas.

Se echa a reír. Deja sobre el asiento el cinturón, los zapatos y hasta los calcetines y se saca la camisa por fuera antes de cerrar la puerta.

—No podía respirar con todo eso. Iba camino de casa, pero he visto que tenías la luz encendida y... tenía ganas de verte.

Toma mi mano de nuevo y echamos a caminar calle abajo. Me encanta Seashell de noche. Las siluetas de las casas, el rumor del océano... Tengo la sensación de que es el único momento del día en que la isla entera me pertenece.

—¿Qué tal los administradores? —pregunto.

—Rancios como ellos solos, lo mismo que la atmósfera del Club. —Cass inspira hondo—. Qué distinto es este olor. —Me atrae hacia él—. O este otro. —Baja la cabeza y hunde su nariz en mi pelo.

Rodeo su cuello con los brazos y me acerco más hasta sentir el calor de su piel bajo el tacto frío de su camisa. Él da un paso atrás.

—De acuerdo, muchachita de la isla, ¿qué me dices de una visita nocturna a los entresijos de Seashell?

—O podríamos ir directamente a La Garita —propongo guiñándole un ojo.

—Te dije que esto no tenía nada que ver con una caja extragrande de condones, ¿recuerdas? Venga, seguro que tienes algún lugar secreto que nadie conoce.

Vamos hasta Green Woods y recorremos el túnel que forman los árboles hasta el sombrero de piedra de la bruja. El bosque está lleno de sonidos de la noche. Oímos el ulular grave de un búho por encima del rumor distante del agua. Cass se detiene y apoya una mano en mi brazo.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Se respira tanta paz... —Cierra los ojos y se empapa de esa calma—. Hoy era noche de música de barbería en el Club.

Catering Almeida ha conseguido un contrato para preparar los *caterings* del T&N, el Club de Tenis y Natación de Stony Bay; por eso sé que no está de guasa.

Se queda allí plantado unos minutos más.

—Ven, se está mejor junto al agua —le susurro.

—Eso siempre, Gwen.

La luna confiere un halo plateado al agua del riachuelo y al puente que se alza sobre ella, al tiempo que arranca destellos a las rocas de la orilla. Una brisa acaricia la marisma y trae un aroma dulce a la pradera marina y a la madera húmeda de los

pilones. Cass se sienta en el suelo, se recuesta sobre los antebrazos y alza la vista al cielo, que esta noche es de color añil y está totalmente desprovisto de nubes. Vacilo unos instantes mientras aspiro aquel aire fresco. Al cabo de unos minutos decido alejarme, quitarme los pantalones cortos y zambullirme en el agua. Buceo un poco antes de emerger para dejar que la corriente, que es mucho más fuerte y rápida en la superficie que en las profundidades, me guíe.

Sin embargo, las manos de Cass me atrapan por la cintura, sus piernas acarician las mías, su barbilla se acomoda en la curva de mi hombro.

Dado que el riachuelo discurre desde las marismas saladas hasta el océano, el agua está caliente y es en parte dulce y en parte salada. La pruebo de sus labios.

* * *

Como ha ocurrido otras veces, las cosas van rápido entre nosotros. Los reflejos de Cass son inigualables y mis manos se mueven con curiosidad y anhelo por su cuerpo. Me saca del agua, tan seguro de su objetivo —un círculo de hierba mullida entre los arbustos que coronan la ribera— como si hubiese visitado el lugar con anterioridad y hubiese memorizado el recorrido. «Aquí es donde nos acomodaremos». Me recuesto sobre el codo y ladeo la cabeza mientras los labios de Cass ascienden poco a poco desde mi hombro hasta mi oreja. Sus labios son tan suaves como un susurro, aunque lo suficientemente firmes como para borrar de un plumazo todos mis pensamientos.

—Mi cuerpo traicionero... —susurro.

Es la típica frase que aparece en las novelas que leen mi madre y la señora Ellington. Una excusa muy práctica para las heroínas, algo así como «Oh, Dios mío, sé que debería parar y ser “buena”, pero mi cuerpo traidor...».

Me he sentido así antes. O como si yo estuviera en un sitio y mi mente en otro muy muy lejano, observando, tratando con todo el empeño de no hacerlo.

Sin embargo, hoy no es el caso.

No siento que mi cuerpo me esté traicionando, como si fuera un ente separado. Ni estoy acallando mis pensamientos. Simplemente me concentro en las sensaciones que experimento. Acaricio la larga línea de la mandíbula de Cass, introduzco mi dedo en uno de sus hoyuelos y noto cómo se hunde más cuando sonrío. Al acariciar su costado, secando a mi paso su piel mojada, ascendiendo y descendiendo por la cordillera de sus costillas, noto cómo se estremece y le sacude el temblor de una risilla.

—¿Tienes cosquillas?

—Estoy feliz.

Recubre mi nuca con una mano mientras con la otra me baja el escote de la camiseta. No obstante, mucho antes de que la cosa acabe en un simple revolcón, le ponemos freno. Yo apoyo las manos en su pecho y él se aparta un poco.

—Lo siento —me asegura con la respiración entrecortada—. No pretendía...

El rubor se extiende desde sus orejas hasta la totalidad de su rostro.

—Lo sé, pero será mejor que paremos aquí —digo.

Vuelve a colocar los tirantes de mi camiseta en su posición original sin levantar la vista y asiente con la cabeza.

—No para siempre, claro. Pero sí esta noche —me disculpo titubeando—. Porque quiero...

Cass me observa con la cabeza ladeada.

«Quiero...». El principio de esa frase parece el banco de arena en el que me quedaré encallada. Vuelvo a probar.

—No quiero...

—Una caja extragrande de condones —concluye Cass.

—No lo descarto; al menos, no para siempre, porque... ¡Dios! Esto es muy incómodo. Puedes interrumpirme si quieres.

—Te cabreas cuando acudo en tu ayuda, Gwen.

—Pues aún me cabrea más verte ahí tan tranquilo mientras yo...

—¿Tranquilo? —Coloca sus manos sobre mis hombros y me da una sacudida casi imperceptible—. Lo dudo. Porque no, no quiero parar. Vamos... —Baja la vista hacia el punto donde nuestros cuerpos siguen tocándose—. Es evidente. Pero tienes todo el derecho. Los dos lo tenemos.

—¿Derecho a qué?

No sé muy bien a qué se refiere.

—A cambiar nuestro recuerdo, a mejorarlo. En definitiva, a una segunda primera vez. Si... Esto... Si vuelve a surgir la ocasión entre... —Mueve el dedo de un lado a otro entre nosotros.

—Cuando —espeto—... cuando vuelva a surgir. Estamos siendo sinceros, ¿no?

Me aprieta los hombros y me da un beso rápido y apasionado.

—Entendido —añade—. Cuando vuelva a surgir, lo haremos donde y cuando los dos lo decidamos. Ni en el asiento de un automóvil, ni en un sofá deprisa y corriendo.

—Ni en un barco, ni en un charco —añado sin poder evitarlo.

Me ha recordado sobremanera a uno de los cuentos de Emory.

—No y no —confirma Cass sin poder dejar de reír—. Lo haremos en una cama. Nada de charcos.

—Eres tan convencional —bromeo dándole un empujoncito en el pecho.

—Solo la primera vez. Después abriré la veda. Además, cuando lo hagamos quiero contar con algo más que el condón que llevo en la cartera desde los dieciséis años.

No es la primera vez que me pregunto por qué no lo ha usado antes, ese o cualquier otro. ¿A qué habrá estado esperando exactamente?

* * *

Me apoyo en la barandilla de nuestro porche y espero a que la oscuridad de la noche engulla la silueta de Cass antes de precipitarme escaleras abajo. Necesito el subidón de adrenalina y la paz que me proporcionará saltar desde el muelle y nadar un rato a solas.

Nadar con Cass en el riachuelo, haber fundido nuestros cuerpos en el agua, piel con piel, resbalando el uno contra el otro, más el hecho de que él se haya echado atrás y me haya dado esquinazo ha sido de todo menos relajante.

Pero ¿no se supone que ellos son los incapaces de pensar con claridad, que el cuerpo inutiliza su cerebro cuando el placer entra en acción? ¿O solo es otro rumor que alguien inició sin tener en cuenta a quién haría sufrir o a quién confundiría?

Hoy hay luna llena, por lo que la playa de Abenaki está tan iluminada como si fuera de día, aunque sin la consecuente aglomeración, a excepción de un vehículo solitario detenido en un rincón alejado del aparcamiento de arena, casi oculto por el barrón. Si bien, no distingo ninguna silueta en el embarcadero ni barco alguno en el agua.

Camino del muelle oigo un ruido por encima de las olas: una especie de gemido que resuena en la noche. Me quedo inmóvil, vuelvo la cabeza e inspecciono la playa. Se me ha puesto la piel de gallina. Pero no veo nada, salvo los habituales montoncitos de algas y alguna que otra piedra aquí y allá.

Debo de habérmelo imaginado.

Entonces distingo el rumor grave de una voz masculina y el tono agudo de una femenina. Parece que él le hace una pregunta, pues la melodía se eleva al final. Ella suelta una risita gutural. Sonrío sin poder evitarlo. Aquella pareja ha decidido sacar provecho de la atmósfera, de la luz de la luna y de la privacidad que les ofrece la playa, tal y como Cass y yo hemos hecho hace un rato. Inspecciono la arena y finalmente los localizo a lo lejos, pasado el cobertizo para botes, enmarañados el uno con el otro sobre una toalla.

La joven dice algo, a lo que él responde con una risita. Están demasiado lejos para distinguir sus palabras y... Entorno los ojos durante unos segundos tratando de identificarlos, pero entonces me percato de lo repulsivo que resulta mi comportamiento y retomo mi camino hacia el muelle.

Poco después la nube que cubría parcialmente la luna, decide proseguir su camino y el vehículo queda iluminado por un haz de luz plateada. ¿Qué narices hace Spence Channing tonteando en una playa de Seashell a medianoche, cuando su casa es como un maldito hotel?

Y entonces caigo en la cuenta de que si Cass conoce el número exacto de personas que había en aquel *jacuzzi*, es porque él no andaba lejos. ¿Qué hacía mientras su amigo se entregaba al «sexo sin más»? ¿Servía las bebidas? ¿Cómo es posible que dos personas sean tan distintas y, aun así, inseparables?

Una pregunta un tanto incómoda para un momento nada oportuno. Ahora no. Echo a correr y salto al agua desde el muelle, emerjo y vuelvo a sumergirme en las

aguas frías y purificantes.

* * *

Distingo la luz de un cigarro en mitad de la oscuridad. Mi primo está sentado en las escaleras de nuestro porche, aunque no es más que una silueta negra frente a la luz que se filtra por la puerta de la cocina.

Acelero el paso, le arrebató el cigarrillo de sus dedos inquietos y lo arrojé al suelo, donde sigue brillando entre las conchas marinas.

—Pensaba que lo de fumar solo había sido una noche, Nico.

—Sí, ya. Las historias de una noche...

Se pone en pie, hace crujir sus nudillos a la altura de la nuca y entra en casa dando un portazo (la parte superior de la mosquitera emite un golpe seco y la inferior una especie de traqueteo). Su voz me llega a través de la puerta.

—Siempre encuentran el modo de volver a repetirse, ¿no es cierto, primita?

—¿Qué se supone que significa eso?

Extiende el brazo para hacerse con el bol de palomitas que hay junto a Myrtle, pero descubre que *Fabio* ha dado buena cuenta de su contenido. Nuestro perro levanta la vista para mirarlo sin dejar de relamer la mantequilla que se le ha quedado pegada en el morro, aunque al ver la expresión de mi primo, corre a esconderse bajo el sofá, olvidándose como siempre de la cola.

—Significa: ¿qué pasa entre Somers y tú? Al parecer, tía Luce cree que hay algo entre vosotros.

—¿Y a ti qué más te da? Ni que tú me lo contaras todo. ¿Cuándo pensabas...

—No puedes casarte —me interrumpe.

«¿... decirme lo del anillo?».

Espera. ¿Qué? ¿Estamos hablando de lo mismo?

—Tranquilo, Cass aún no me lo ha pedido —bromeo. No quiero espantarlo—. Nosotros solamente...

No sé qué es lo que «solamente» somos, ni tan siquiera si ya «solamente» sigue valiendo para nosotros.

—No me refería a Somers —dice abatido—. Hablaba de mí y de la Guardia Costera.

Se desploma sobre Myrtle. Me siento junto a él, apoyo la espalda desnuda en el respaldo lleno de bultos y aparto sus piernas para hacerme sitio.

Nic se acaricia el bíceps con la palma de la mano. Tiene la mandíbula apretada y ahora nadie diría que solo tiene dieciocho años.

—He ido a visitar la Academia de la Guardia Costera esta mañana con Hoop. Gwen... Quiero entrar allí incluso más que antes, pero... lo que no sabía... es que no puedes tener «cargas personales serias». Eso es lo que me han dicho.

Entorno los ojos, como si al conseguir enfocarlos también consiguiera arrojar luz sobre todo lo demás.

—¿Y quién no tiene cargas personales serias? A ver, ¿qué tienes que ser: huérfano y un paria social?

—No puedes tener personas a tu cargo. —Nic se pasa las manos nerviosamente por la cara—. Eso es un problema.

Me tomo un momento para responder.

—Bueno, solo es un problema si andas por ahí comprando anillos de compromiso a los dieciocho, primito.

Nic se vuelve hacia mí.

—Un momento... ¿Lo sabes? Acordamos no contárselo a nadie.

—¿Viv no te lo dijo? Pues claro que lo sé. En Seashell no puedes guardar un secreto más de diez minutos. Alguien os vio en el Centro Comercial.

Nic suelta un suspiro.

—Viv siempre ha aborrecido la idea de que entre en la Guardia Costera. Tú sí lo sabías, ¿verdad?

Mi amiga se ha esforzado por ocultarle sus dudas con respecto a la carrera que ha escogido, aunque está claro que él ha acabado dándose cuenta de todos modos... Aun así, me limito a seguir con el dedo el borde desgastado del cojín inferior de Myrtle y me abstengo de hacer ningún comentario.

—Ella no quiere que me marche, quiere que... que me aposente en Seashell para siempre.

Su voz se quiebra en el «para siempre».

—¿Y tú no quieres? —pregunto con cuidado.

Sus ojos marrones centellean.

—Tengo dieciocho años. No sé qué narices quiero. Vivien es mi sostén. La quiero. Siempre la he querido, pero... ¿cómo sé lo que sentiré dentro de cuatro años? ¿O dentro de ocho, cuando acabe el servicio? No tengo ni idea y se supone que no tengo por qué saberlo.

Revivo un sinfín de momentos de Nic y Viv como si mi propia vida pasara ante mis ojos, aunque en cierto modo así es: Nic llevándola a hombros para librar una batalla en el agua en Sandy Claw; ella chinchándole por su falta de habilidad para montar una tienda de campaña cuando decidimos acampar en el jardín trasero de casa y echándose a reír como una histérica cuando todo el tenderete se vino abajo sobre ellos como una oleada de nylon desmadrado; él presentándose en su casa el día del baile con un esmoquin espantoso de color granate y una camisa con chorreras que Dom D'Ofrio le había prestado, aunque al final acabó sacando del maletero un esmoquin negro tradicional y un ramillete al ver la expresión de ella; los tres sentados en el muelle observando la luna brillar sobre el agua... En todas sus fases, sus manos siempre entrelazadas sobre nuestras cabezas, incluso cuando era yo la que estaba en medio. Nic preparó al más mínimo detalle su primera noche juntos, como si fuera un

director de cine. Fue antes al hotel para poder esparcir pétalos de rosa sobre la cama, y cuando finalmente se tumbó a su lado, le susurró al oído: «Quiero que esta noche sea perfecta para ti». Estaba muerto de vergüenza cuando descubrió que Vivien me lo había contado. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Pero... Pero tú siempre lo has tenido claro —le dije—. Lleváis juntos toda la vida. Es lo que siempre has querido. Estaba escrito en tu cuaderno de objetivos futuros.

—Sabía que lo habías leído —farfulla—. Sí, a ver... pues claro. Sí, siempre, pero no es... lo único que quiero.

Noto un hormigueo extraño en la mano y me percató de que he tomado prestado el gesto de Cass. Tengo el puño cerrado y las uñas se me clavan en la palma. Relajo la mano. Inspiro hondo, como cuando uno está a punto de decir algo importante que cambiará el curso de las cosas, pero entonces me doy cuenta de que no se me ocurre nada. No tengo ninguna revelación importante ni sabia que proporcione un cambio de rumbo a la conversación y me devuelva a un terreno donde sepa cómo desenvolverse. Nic se frota los ojos con los dedos. Parece exhausto, superado, como después de una competición en la que han perdido.

—¡Bien! —Ha sonado demasiado entusiasta, como si fuera a anunciar un producto nuevo o sugerir una forma divertida de pasar un sábado—. De todas formas, ¿por qué tenéis que prometeros ya, Nico? ¿Por qué no le dices que es la política de la academia, que no es tu elección, que así es la vida?

—Eso es lo que le he dicho. Esta noche. Deberías haber visto su cara. Tenía esa mirada de pánico. De repente se ha puesto toda pálida y ha empezado a pestañear como si estuviera a punto de llorar, aunque ha intentado hacer como si no pasara nada.

Asiento. Conozco esa cara. Es la misma que pone cuando al acabar un servicio, Al le enumera a gritos las cosas que ha hecho mal.

Nic continúa hablando. Las palabras se agolpan unas contra otras como si hubiesen permanecido bastante tiempo retenidas tras un dique que acabara de resquebrajarse y fueran el agua que invade hasta el último rincón y lo sumerge todo a su paso.

—Es la misma cara que pone cada vez que hablamos de lo que supondrá mi ingreso en la academia, del tiempo que voy a tener que dedicarle. Por eso se me ocurrió lo del anillo. Verás, Viv sabe exactamente lo que quiere. Al y su madre planean retirarse en unos años. Tienen intención de recorrer el país en caravana, por lo que nosotros podríamos mudarnos a su casa. Su madre lleva toda la vida planeándolo. De hecho, tiene hasta una carpeta llena de mapas e historias, todo está estudiado al detalle. Su vida, nuestra vida... Nosotros podemos hacernos cargo de *Catering Almeida*. Viv ni siquiera piensa ir a la universidad. Creí que sería buena idea hacerle una promesa, para que no tuviera miedo, para que supiera que siempre volvería a su lado, como si fuera su... balsa salvavidas. Y ahora soy yo el que lo está.

Muerto de miedo, me refiero. Coincidimos con Marco y Tony el jueves pasado en una de las casas que estábamos pintando y aquel par no dejaba de carcajearse, ¡carcajearse!, al recordar que Marco quería entrar en las Fuerzas Aéreas y Tony soñaba con convertirse en luchador profesional. Y todo era: «Ja, ja, ja, podríamos haber sido rivales». Como si fuera la monda haber acabado arrancando los percebes de los yates de otras personas y pintando sus asquerosos cuartos de baño en lugar de haber hecho lo que tenían pensado.

Enrollo un mechón de pelo de mi nuca, lo suelto y vuelvo a enrollarlo mientras me estrujo el cerebro pensando qué decir, por dónde empezar.

—Bueno, Nico, es obvio que yo no sé nada de relaciones que salen bien...

Él suelta una risotada amarga.

—Pero... —continúo— estoy bastante segura de que para que un matrimonio tenga alguna posibilidad de funcionar, ambas partes deben estar seguras al cien por cien.

—Quiero a Viv —repite—. No me imagino a mí mismo queriendo a otra persona...

Deja la frase inacabada, agacha la cabeza, sube las rodillas y apoya la frente sobre ellas. Inspira hondo, de forma agitada, y murmura algo que no alcanzo a oír.

—¿Nic?

—Pero...

Traga saliva. Su nuez sube y baja con brusquedad. Le acaricio la nuca.

—¿Pero?

—Pero antes de que aquel guardacostas viniera al instituto a dar su charla, jamás se me había pasado por la cabeza que eso fuera lo que quería hacer con mi vida. Así que... puede que haya por ahí otras cosas con las que me pase lo mismo, solo que ahora soy incapaz de verlo.

Ha dicho la última parte muy rápido, atropellando las palabras. Se pasa la mano por el pelo y desciende hasta cubrirse la cara de nuevo con la palma, como si no quisiera mirar y descubrir la verdad que tiene delante de los ojos.

Tampoco yo quiero hacerlo y durante un momento el silencio se hace denso a nuestro alrededor. No quiero que lo que está pasando sea real. Nuestro «ahora» hará que todos nuestros «después» nos parezcan distantes y obsoletos. Pero...

Vivien quiere a Nic con todo su corazón, sin reservas.

Pero él es mi primo.

Por lo tanto, inspiro hondo, echo los hombros atrás y apoyo mi mano sobre la suya.

Voy a decirle la verdad que necesita escuchar, en lugar de aquella en la que yo quiero creer.

—No «puede que haya otras cosas», Nico. Es que las hay.

Levanta la vista hacia mí y, para mi sorpresa, descubro que sus ojos están llenos de lágrimas.

—Lo sé. Pero es que ya me siento como si la estuviera engañando solo por querer algo distinto a lo que ella desea.

Le paso el brazo por encima de los hombros mientras él se seca los ojos con la mano. Entonces apoya la cabeza en mi omóplato y busca el hueco más cómodo para instalarse, igual que suele hacer mi hermano Emory. Huele a sudor, a sal, a arena; en definitiva: a familia, a Seashell. La noche está sumida en el más absoluto silencio, de no ser por los habituales sonidos del verano: el shhhhh de las olas, el cri-cri de los grillos, el ladrido de un perro defendiendo su hogar a lo lejos, muy lejos. *Fabio*, que no ha dejado de roncar en todo este rato debajo del sofá, suelta un resoplido, deja escapar una ventosidad y vuelve a quedarse callado. A Nic y a mí nos llega sin problemas el dueto nocturno de Emory y mi abuelo.

Mi abuelo: sorbo, sorbo, sorbo... silencio... resoplido.

Emory: (cumpliendo con los clichés establecidos) rrrrrr... shhhhhh... rrrrrr... shhhhhh...

—¿Y qué pasa con Em? —pregunta Nic. Pasa sus largas piernas por encima de las mías y agita el pie—. ¿Cómo encaja él en todo este rollo de las obligaciones personales?

Exacto. Em. Mi padre dijo que si Nic se marchaba, yo tendría que asumir toda la responsabilidad sola. Y cuando me vaya a la universidad... ¿qué pasará entonces? Me froto el pecho para intentar deshacerme de la presión que siento de pronto. Eso, si aún puedo ir a la universidad. ¿O Em va a ser responsabilidad mía para siempre? Bueno, sí, claro que será mi responsabilidad para siempre. Nic y yo ya lo hemos hablado. Lo más probable es que acabemos dividiéndonos su cuidado durante el resto de nuestras vidas, aunque ambos pensábamos que eso no sucedería hasta más adelante, mucho más adelante. Y seguramente así sea, pues mi madre solo tiene treinta y seis años. No obstante...

Quiero a mi hermano más de lo que soy capaz de expresar con palabras, pero al igual que mi primo, quiero marcharme de esta isla. Al menos, durante un tiempo. Si por lo que sea acabo viviendo aquí, quiero que sea elección mía.

—Primita... —Nic me acaricia la mejilla—. No pasa nada. Por favor, no te conviertas en la segunda joven a la que hago llorar en tres horas. Ya lo arreglaré. —Se da golpecitos en una de las sienes y esboza una sonrisa—. Siempre lo hago. Y... esto... hablando de solucionar cosas, ¿tienes algo que contarme acerca de Somers?

Por fin un tema más agradable en el que concentrar mis pensamientos. Me llevo la mano a los labios sin darme cuenta.

Nic me observa detenidamente.

—De acueeeerdo —se apresura Nic—. Lo pillo. Nada de detalles. Solo necesito saber una cosa: ¿te trata bien?

—Es un perfecto caballero.

—Más le vale —murmura.

Sacude los hombros, como si intentara quitarse de la cabeza una imagen de Cass

y yo juntos.

—Quiero decir que él... que nosotros...

—¡Chist! Sin detalles, por el amor de Dios. ¿Eres feliz, Gwen?

—Sí.

—Es lo único que necesito saber. Voy afuera. —Se pone en pie y se encamina hacia la ducha que hay en el jardín. Pero antes de salir por la puerta, se da la vuelta—. Si eso cambia, me lo cargo. Lo sabes, ¿verdad, primita?

CAPÍTULO 30

—De acuerdo, camarada. Ha llegado el gran día. ¿Estás listo?

«Yo no».

Em tiene curvados los dedos de los pies sobre el borde de la plataforma flotante, listo para saltar. Hoy no lleva su chaleco salvavidas, solo uno de esos churros de espuma blanditos y de color chillón colocado debajo de las axilas. Su reflejo aparece en el agua. Al igual que nos sucedió a Nic y a mí anoche, Em se asoma a lo desconocido.

Pero no estamos hablando de Nic o de mí, sino de Em. Cass y yo hemos discutido la idoneidad de este plan hasta tres veces de camino a la playa y dos más mientras nadábamos hasta la plataforma flotante. Cass se encarga de nadar con Emory subido a su espalda mientras yo cierro la marcha, llevando el churro y todas mis preocupaciones.

Descendemos la colina debatiendo el plan y tirando de la carretilla roja mientras Emory, el rey de la calma y el aplomo, le va narrando a *Escondrijo* por qué hoy es un día tan especial. *Fabio* va henchido de orgullo, con la cabeza levantada, y me recuerda a un alto cargo subido en una carroza en día de desfile.

Incluso cuando alcanzamos la playa, yo aún iba diciendo que Em no estaba listo para dar el gran salto, como mínimo no sin algún artilugio que lo mantuviese total y absolutamente a flote, a poder ser, aprobado por los guardacostas. Cass me asegura que tendrá algo preparado para subirlo si es necesario, pero que debía quedar en manos de Em; que él debería tener el control de la situación, a nivel psicológico.

—Sé lo que me hago. Confía en mí, Gwen —me repite.

—No estoy segura de que Em tenga nivel psicológico, Cass. Él no piensa de ese modo.

Al hablar en voz alta de las limitaciones de mi hermano, me siento como si lo estuviese traicionando. Siempre nos hemos esforzado por evitar mencionar lo que no puede hacer o lo que jamás será capaz de hacer, como si no fuera con nosotros.

—Preparados, listos... —anuncia Em.

Tiene el ceño fruncido a causa de la concentración mientras hace equilibrios para mantenerse en el borde de la plataforma. Agarro el extremo del churro, aunque esa no es la solución. Cass levanta una ceja y aparta mis dedos de la goma amarilla con delicadeza.

Bajo la vista hacia el agua. Parece una balsa verde y transparente y atisbo las ondas de la arena en el fondo y los cangrejos que corretean entre las algas. Suspiro y doy un paso atrás. Emory inspira hondo, se echa el pelo hacia atrás exactamente igual que hace Cass y examina la superficie del agua con el mismo semblante ceñudo que

pone él. Al parecer, ha estudiado algo más que sus movimientos al nadar.

—La marea está baja y no hay olas —me dice Cass—. Si confías en el agua, te mantiene a flote. Los dos estamos aquí. No pasará nada.

Emory inspira hondo, enfoca la mirada y se concentra en el agua.

—¿Es un pájaro? ¿Es un avión? Es...

Mi hermano pequeño tiene el churro sujeto con fuerza bajo los brazos; los extremos se extienden a ambos lados como si de unas alas se tratara. Su mirada es seria y concentrada en el horizonte. Se da la vuelta y me sonrío. Luego a Cass, con una sonrisa aún mayor.

—Es... Yo... ¡Superman! —grita.

Se arroja al agua y penetra en el mundo con un chillido.

* * *

Y todo sale bien. Emerge un segundo después y se sacude el agua del pelo. No puede dejar de reír. Levanta los brazos para dibujar una V de victoria y se hunde por consiguiente de nuevo en el agua. Vuelve a sacar la cabeza, continúa riéndose, y empieza a nadar hacia nosotros.

Hago ademán de acercarme al borde de la plataforma, pero Cass me retiene por el brazo.

—Puede hacerlo solo.

Y así es. Agita los pies como suelen hacer los niños pequeños, salpicándolo todo, levanta los brazos hacia la escalera de madera, espera hasta tener los pies apoyados en el escalón y trepa hacia arriba. Arroja el churro a la cubierta de la plataforma, con naturalidad, con confianza.

—Yo Superman —repite pronunciando a las mil maravillas la S y esbozando una sonrisa de oreja a oreja con la que deja al descubierto todos y cada uno de sus dientes.

Em ha saltado de una plataforma flotante y ha vuelto nadando hasta ella a los ocho años, a la misma edad que lo hicimos Nic, Viv, Cass y una servidora.

Cass se relaja y se deshace de la tensión que lo invadía y de la que ni siquiera me he percatado hasta ahora. Deja las piernas colgando por el borde de la plataforma y se recuesta sobre los antebrazos. Emory lo imita y se pone a agitar los pies. ¡Paf, zas! Luce una sonrisa radiante.

Inspiro hondo, como si también yo fuera a saltar al agua, pero en lugar de eso me quedo mirando a mi hermano, tumbado sobre la plataforma. Su cuerpecillo de niño está totalmente recto, los brazos a ambos lados y sigue esbozando esa felicidad. Me vuelvo hacia Cass, que tiene los ojos cerrados y está absorbiendo los rayos de sol que arrancan destellos a su pelo y a las gotas de agua que descansan sobre sus hombros. Desde aquí, mirando a la derecha, puede divisarse la silueta de Whale Rock, la hierba que asciende hasta la casa de los Ellington, la curva, cual fiel reflejo del dibujo de la

costa de Seashell, que conduce hacia un lugar que no puede verse.

Cuando abres los ojos, cuando das un salto de fe... te das cuenta de que había algo más por lo que vivir, aparte de los mastodontes.

CAPÍTULO 31

—¿Es la segunda parte de *Tess*?

Vuelvo a la realidad de golpe. Me he quedado dormida en el columpio mientras la señora Ellington se entregaba a su siesta. Cass está inclinado sobre mí y sostiene uno de los libros picantes de mi protegida. Esta portada en concreto muestra a un hombre con un parche en el ojo y poco más, y a una mujer de aspecto atolondrado con un vestido extremadamente escotado que él intenta bajar aún más. Como no podía ser de otro modo, están encaramados en lo alto de un acantilado en mitad de una tormenta.

—No estoy muy seguro de que eso sea físicamente posible —observa Cass pensativo escudriñando la portada.

—¿El qué, sus pechos?

Me incorporo un poco para echar un vistazo al libro.

—No, no estaba pensando en eso, aunque ahora que lo mencionas... No importa... ¿Dónde tiene él la mano?

—¿No es esta? —digo señalando.

—Pensaba que era la de ella...

—No, es la de él. Estoy segura.

—¿Y esta, entonces?

Estudio la imagen. Al mirarla con atención, me percató de que, en efecto, ella tiene apéndices de menos, y él, de más.

—Levanta —me ordena—. Si pongo una mano aquí, sobre tu hombro, y tú te dejas caer hacia atrás como ella... Un poco más, Gwen. Tendría que ponerte la otra mano en la espalda para que no te cayeras por el precipicio; pero, en lugar de eso, su otra mano está sobre sus tetitas... ¿Cómo es que la mujer no se despeña?

—¿Tetitas, Cass? ¿En serio?

—Ya lo sé. No hay ninguna palabra apropiada.

—Tal vez sea una gimnasta con un control extraordinario de sus músculos.

—Tendría que formar parte del elenco del Cirque du Soleil para conseguir esta postura. Mira, si quito esta mano, te...

Caigo de espaldas sobre el columpio, cuyos muelles emiten un lastimero chirrido.

—Te tengo exactamente donde yo quiero.

* * *

No soy de esas personas que suelen olvidar dónde están, pero es que nunca antes había estado tumbada en un columpio mecido por la suave brisa que discurre en un

porche junto al mar besando a un joven apuesto. «No pienses». Toda mi atención y todos mis pensamientos están fijos en este momento: en los ruiditos que ambos hacemos, en los ocasionales chirridos de los muelles... El resto del mundo ha pasado a ser una música de fondo.

Hasta que...

—¿Qué narices está pasando aquí?

Cass se aparta de mí con más pena que gloria y acaba dando con el trasero en el suelo. Al levantar la vista, se encuentra con Henry Ellington. Su expresión de desconcierto debe de ser similar a la mía.

Detrás de él está Gavin Gage, que muestra una expresión serena y neutra. Henry, en cambio, es un auténtico nubarrón, un nubarrón apocalíptico que se vuelve más y más rojo escarlata. Cass se sitúa delante de mí y aprovecho para bajarme la camiseta.

—No es lo que... —inicia Cass.

Pero deja la frase a medias, ya que es la excusa más trillada de la historia, junto con «No significó nada» y «Podemos seguir siendo amigos». Así que decide cambiarla por...

—Ha sido culpa mía.

—¿Dónde está mi madre mientras vosotros hacéis guarradas?

Me pongo en pie de un salto y me coloco al lado de Cass. Me apresuro a explicarle con el rostro en llamas que su madre está bien, que está durmiendo la siesta. Pero solo empeoro las cosas.

—Si esta es tu idea de lo que es un comportamiento aceptable mientras una pobre anciana indefensa descansa, ¡en su propia casa!, y yo te estoy pagando, estás muy equivocada. —Se vuelve hacia Cass—. ¿Y quién diablos eres tú?

—Esto... El jardinero.

—No por mucho tiempo —responde Henry en pocas palabras—. Tampoco requeriremos tus servicios algo dudosos como cuidadora de ahora en adelante, Ginebra.

Tiene los labios apretados en una línea firme y está tieso como un palo. Si fuera profesor y estuviéramos en una novela histórica, ahora mismo estaría agitando una regla que acabaría tatuándose en nuestros nudillos.

La rabia toma cuerpo dentro de mí, como el vapor que se acumula en una tetera a punto de hervir.

—Henry, quizá sería mejor que todos respirásemos hondo y nos tranquilizáramos un poco —interviene Gavin Gage de forma inesperada—. Recuerda cuando tú y yo teníamos su edad...

—Eso no viene al caso —gruñe Henry—. Recoge lo que hayas traído contigo y márchate. —Su voz es más calmada ahora, pero no por ello menos tajante—. Has abusado de mi confianza y de la de una anciana indefensa. Esto tendrá consecuencias más allá de la pérdida de un trabajo. Te lo aseguro.

Odio que pueda hacer realidad su amenaza. Y por supuesto, puede. Sus palabras

tendrán un impacto que escapará de esta pequeña isla. Mi mente trabaja a toda velocidad. Rememoro nuestra primera conversación, si se le puede llamar así. «Inventariados» fue su primera amenaza velada; la conversación susurrada que mantuvo con Gavin Gage al otro lado de la puerta de la cocina; la forma en que dobló aquel cheque, me lo tendió y finalmente lo dejó sobre la mesa como si fuera el as de picas. No puedo evitarlo... Soy incapaz de morderme la lengua.

—Escuche —digo de repente—: ¿qué le hace pensar que puede...?

Cass apoya su mano en mi brazo para que me contenga.

Emito un sonido ahogado, pero me trago mis palabras.

No se trata solo de mí.

Puede que yo necesite el dinero, pero fue el padre de Cass quien le consiguió este trabajo. Si lo despiden, lo decepcionará una vez más, y por la forma en que evita mi mirada, soy consciente de que él ha llegado a la misma conclusión.

—¡Por el amor de Dios, Henry! ¡Cierra esa boca! —grita la señora Ellington desde el otro lado de la puerta mosquitera—. ¿O acaso no has tenido suficiente con despertar a tu madre? Seguro que Ada Partridge es capaz de oír tus berridos desde su casa y ya sabes lo que hará esa mujer. Si la policía se presenta aquí y te detienen por escándalo público, se me caerá la cara de vergüenza.

Henry le ofrece una explicación que resulta de lo más indecorosa para Cass y para mí; palabras como «lascivos», «depravados» y «libertinos» aparecen con más frecuencia de lo que uno consideraría posible, salvo quizás en *La letra escarlata*. ¡Por todos los santos! Pero si solo nos estábamos besando.

En lugar de soltar un grito ahogado de espanto al final de su relato, la señora Ellington se echa a reír a carcajada limpia.

—¿Por eso has montado todo este escándalo? Estos jóvenes solo estaban... cumpliendo con mis deseos.

Henry, Cass y yo ponemos ojos como platos. Gavin Gage toma asiento en una de las butacas de mimbre, cruza los tobillos y observa el espectáculo con mirada risueña. Lo único que le falta es un bol de palomitas y un refresco.

La anciana abre la puerta ayudándose de su bastón y sale al porche.

—Ya sabes que adoro el teatro —observa con calma—. Por desgracia, asistir a una representación en Nueva York ya no es una opción para mí, pues hay demasiada gente. Sin embargo, deseaba con todo mi corazón volver a ver mi obra favorita, *Mucho ruido y pocas nueces*. Tu padre me llevó a verla en uno de nuestros viajes a Londres. —Deja el bastón sobre las tablas desgastadas del porche, entrelaza las manos, apoya sobre ellas la barbilla y ladea la cabeza con aire melancólico—. Aún recuerdo mi frase favorita: «Quiero vivir en tu corazón, morir en tu seno y ser enterrado en tus ojos...».

Una risita asoma a los labios de Cass y se ve obligado a agachar la cabeza para ocultarla.

—No recuerdo que hubiese tanto roce en esa obra —replica Henry como un niño

malhumorado.

La señora Ellington agita una mano para quitar importancia al comentario.

—Shakespeare, querido mío, era un viejo verde. Nuestra querida Ginebra y Cassidy no estaban de acuerdo al principio. De hecho, tuve que insistirles para que fueran fieles al texto y ensayaran con asiduidad.

La historia, que ya era ridícula desde un principio, ha alcanzado oficialmente un nivel surrealista. Henry mira a su madre poco convencido, pero esta le obsequia con la más benevolente de sus sonrisas.

Una larga pausa. Hasta que Henry admite, por fin, que quizás haya malinterpretado lo que ha presenciado. Su madre acepta su disculpa con elegancia. En cuestión de minutos ambos hemos recuperado nuestro empleo.

Cass se excusa diciendo que tiene que volver al trabajo y yo me dirijo a la cocina para preparar té. Una vez allí, Cass asoma la cabeza por la ventana.

—¿Una pobre anciana indefensa? ¡Y un cuerno!

CAPÍTULO 32

La señora Ellington me ha ayudado a conservar mi empleo. Además ha intercedido por Cass. Y yo, durante las dos horas siguientes, voy y la traiciono.

* * *

En la mirada de Gavin Gage no hay rastro de avaricia; tampoco en sus ojos brilla el signo del dólar, como en los dibujos animados. No obstante, mientras cumplo con todos los pasos que requiere el ritual del té, del que soy ya casi profesional, me percató de que su faceta de tasador despiadado emerge cada vez que agarro una pieza de la cubertería.

La señora Ellington conversa despreocupadamente con él. Le pregunta por su familia, recuerda anécdotas de su amistad con Henry: que se conocieron en Exeter, que estaban en el equipo de vela juntos, el profesor de francés tal, el entrenador de *lacrosse* pascual, etcétera, etcétera. Gavin responde de forma educada y amable, e incluso se permite el lujo de revivir cierto viaje que hicieron de jóvenes con el capitán a Captiva.

Mi único consuelo es que Henry Ellington parece más incómodo que yo. Mi abuelo le daría una paliza al póquer. No deja de sonreír, de removerse en su asiento y de ajustarse el cuello de la camisa. Cuando su madre intenta involucrarlo en la conversación por educación, se muestra distraído y la anciana se ve obligada a repetirle la pregunta.

—Necesito tomar el aire —suelta él con brusquedad al cabo de un rato.

Y se marcha al porche.

Su madre lo observa alejarse y enseguida trata de excusar su comportamiento.

—Lo siento, Gavin. Mi querido Henry no pretendía ser maleducado. Es que el pobre trabaja tanto...

—No se preocupe. Lo entiendo.

Es una versión tan alejada de lo que está pasando en realidad que siento ganas de gritar.

* * *

Por la tarde me siento junto a mi abuelo en los maltrechos escalones de nuestro porche mientras cumple con su propio ritual con el mismo metodismo que la señora

Ellington emplea en el suyo: vacía la pipa, le da unos golpecitos a la petaca para sacar el tabaco y rellena de nuevo la cazoleta.

Se lo cuento todo, o más bien casi todo. Obvio el detalle de que Henry nos sorprendiera a Cass y a mí en una situación comprometida, pero le cuento lo demás. No levanto la voz más allá de un susurro, si bien en mis oídos es como si estuviera hablando a gritos. Tengo miedo de que Emory se despierte de un momento a otro, pues se ha acurrucado en Myrtle y se ha quedado frito gracias a la soporífera Dora; pero el pequeño aguanta, lo que le da un momento libre a mi abuelo para fumar en su pipa, algo que odia hacer delante de Em, debido a su asma. Durante un buen rato no hace ningún comentario. Hasta que por fin enciende su pipa y sus legañosos ojos marrones se vuelven un tanto vidriosos a causa del humo.

—No sabemos lo que pasa.

«¿Y ya está?».

—Sí, es cierto, abuelo, pero... pero... está claro que Henry tampoco quiere que su madre se entere. No es buena señal.

—También hay cosas que tú no quieres que Lucía sepa y no por ello son cosas malas.

Noto cómo el calor se extiende por mis mejillas.

—No, pero eso es dist... Son cosas personales.

—Per-so-na-les.

Repito la palabra marcando muy bien las distintas sílabas, como si no recordara su significado. Le pasa de vez en cuando. Más este año que el pasado, y el año pasado con más frecuencia que el anterior.

—Personales. Que solo me incumben a mí —aclaro.

Ladea la cabeza, como si siguiera sin tenerlo claro. Luego mete la mano en el bolsillo, saca una cartera de piel negra y ajada, la abre y me tiende una fotografía: mi *vovó*.

Oh, no. Esa no. Se me hace un nudo en el estómago.

Creo que ya sé adónde quiere ir a parar.

Recuerdo a mi *vovó* pálida y demacrada hacia el final, pero en esta foto está fuerte y sana. En sus brazos bronceados sostiene un pez plateado casi tan grande como ella y se está riendo. Es la abuela que yo recuerdo, cariñosa y real, siempre sonriendo, una imagen muy alejada de la persona solemne y formal que permanece colgada en la pared y anquilosada en el tiempo.

Miro la foto durante un minuto antes de devolvérsela. Sé lo que quiere decirme sin necesidad de que lo haga. No deseo oírlo, no deseo pensar en ello, pero lo digo en voz alta de todos modos:

—No hay que meter las narices en los asuntos de los demás.

Él asiente con la cabeza y esboza una sonrisilla.

—Aún lo recuerdas. *Sim. Histórias de outras pessoas...*

Esto es lo más cerca que hemos estado de hablar de ello. Otro recuerdo de aquel

verano lejano de hace nueve años, el año en que la familia de Cass se alojó en la isla.

Fue uno de esos veranos raros de Nueva Inglaterra en los que hizo mal tiempo. La temporada de huracanes abarca de junio a noviembre, aunque es un fenómeno que no suele afectarnos. Normalmente azotan la costa de México y se pierden en el mar mucho antes de llegar aquí. Marco y Tony controlan su curso en el Canal Meteorológico, atienden a las llamadas de los veraneantes y se abastecen de tablones por si, llegado el caso, tuvieran que tapiar las ventanas que dan a la playa. A nosotros, los isleños, no es algo que nos preocupe en exceso. Nuestras casas están cerca del suelo para sobrevivir a las tormentas y a prácticamente todo. Sin embargo, aquel año el tiempo en Seashell se volvió loco e impredecible. Había corrientes y ráfagas de viento en todas direcciones, y casi todas las noches había tormenta eléctrica, como un vaticinio violento de lo que estaba por llegar, aunque al final no pasó nada.

Aquel verano Nic y yo disponíamos de la isla a nuestra entera disposición. Teníamos siete y ocho años, respectivamente. Marco y Tony nos habían contratado para la pesca del cangrejo azul. Los capturábamos desde el puente que hay sobre el riachuelo con un anzuelo desprovisto de punta, para nuestra seguridad, y los metíamos en cubiletes de helado vacíos que nos proporcionaba mi padre. Y esa era nuestra única actividad estructurada.

Podíamos subirnos al barco de los Somers siempre que quisiéramos para arrojarnos después al mar. Podíamos montar guerras de arena con Vivien en la playa. Podíamos retarnos a ver quién llegaba hasta la plataforma flotante o el rompeolas. Esos eran nuestros grandes propósitos aquel verano. Mi padre se pasaba todo el día en Castle's, pues acababa de ampliar el horario de apertura. Mi madre volvía a estar embarazada, esta vez de Em, y sentía náuseas casi todo el tiempo. Siempre y cuando le dejáramos a mano una caja de galletas saladas y una pila de libros baratos y sucios sacados de la biblioteca o comprados en algún rastrillo, podíamos andar por ahí hasta que se hiciese de noche.

Mi vovó también sentía náuseas, pero por una razón muy distinta; una de la que en teoría yo no debería haber estado al tanto.

—Solo conseguiremos preocupar a tu madre —me explicó mi padre, tajante, mirándome por el espejo retrovisor cuando volvíamos de llevar a mi abuela al médico—. Ya lo está pasando bastante mal.

El hecho de que hablara con más acento del habitual significaba que estaba preocupado.

—Se pondrá bien —afirmó mi abuelo categóricamente—. Glauca, tu vovó, lleva combatiendo gérmenes toda la vida.

Pero, claro, aquellos no se iban frotando y con un buen detergente. Vovó empeoró. A mi madre le dijimos que la razón por la que venía a verla menos y estaba más delgada era porque trabajaba más horas. Yo dejé de estar preocupada y pasé a estar asustada.

Y por eso se lo conté. Creo que empezó a llorar en ese instante y no paró hasta

que terminó el verano.

Nunca he visto a mi abuelo tan enfadado como aquel día. Al enterarse, se le cayó la sartén al suelo —hasta ese día jamás había visto que se le cayera nada— y puso unos ojos como platos, casi tan abiertos como los míos cuando la sartén tocó el suelo y los huevos y la *linguiça* salieron disparados en todas direcciones. Me gritó un montón de palabras que jamás había oído y que juntas formaban frases que era incapaz de comprender, a excepción de una, pues no sería la última vez que la oyera: «*Histórias de outras pessoas*». Los asuntos de los demás. Mi madre volvería a repetírnosla más adelante cuando Nic y yo llegamos a casa con algún cotilleo jocoso de la isla, solo una pizca de información que compartir durante la cena. «*Deixe que as histórias de outras pessoas sejam contadas por elas*». No hay que meter las narices en los asuntos de los demás.

Mi abuelo extiende el brazo y me da un golpecito con los nudillos debajo de la barbilla. Una vez, dos veces. Pero no me vuelvo para mirarlo. Me siento un poco incómoda, pues nunca hemos vuelto a sacar el tema. Todo aquel asunto y mi participación quedaron enterrados cuando aquella sartén tocó el suelo; o quizá más tarde, cuando me trajo un cucurucho, me agarró del mentón cariñosamente, me pidió disculpas y me dijo que no volveríamos a hablar de ese tema.

—Pufff... —Agita la mano en el aire con brío, como si estuviera espantando moscas—. Basta. Fuera esa cara larga. Eh, *querida*. —Vuelve a cachearse las caderas, mete la mano en el bolsillo y saca un puñado de billetes enrollados sujetos con una goma. La cartera es solo para las fotos. Separa dos billetes de cinco dólares y me los da—. Sal con el joven jardinero y sé feliz.

—¿Y qué hay de la Rosa de la Isla?

—Para sobrevivir a la sal, al calor y al viento, las rosas de la isla deben ser muy fuertes.

—Suenas como una galleta de la fortuna, abuelo.

Me guiña un ojo y esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Rose es fuerte, Ginebra. Es lo único que sabemos con seguridad. Mira, por ahí viene tu novio.

Casi como si tratara de parar un taxi, mi abuelo saluda con efusividad a Cass, que viene hacia nosotros con las manos en los bolsillos. ¡Empieza el espectáculo! Mi abuelo le pide por favor que se siente en los escalones e inspecciona el estado de sus ampollas antes de darle una palmadita en la espalda y guiñarle un ojo.

—Llévate a esta joven preciosidad a dar una vuelta. Aun con ese aspecto, *eu a deixo em suas mãos*. ¡Ja, ja, ja!

¿Qué, «que me deja en sus manos»?

¡Oh, por Dios! ¿Qué ha sido del exvendedor de cuchillos?

—¿Estás seguro de que no entiendes portugués? —le pregunto.

—Tenemos que trabajar seriamente esos saludos, Gwen. «¿Qué hay, mocetón?» estaría mucho mejor.

—No pienso llamarte mocetón. Jamás. Responde a mi pregunta.

—Ni una palabra. Lo único que he pillado es que parecía contento. ¡Fiuuu! Pensaba que se habría enterado de lo de Henry Ellington —dice señalando con la cabeza en dirección a la casa de los Ellington—. Casi te meto en un buen lío.

Estoy tan contenta de protagonizar aquella historia que me doy media vuelta y lo atraigo hacia mí rápidamente. Cass suelta un grito ahogado de sorpresa. Descubro que se ha dejado una zona minúscula sin afeitar en la barbilla y que sus pestañas son rubias en la base y se vuelven más oscuras en las puntas.

—Juro que ha valido la pena —digo.

—Olvida lo que he dicho —responde Cass—. Tus saludos son perfectos.

Estoy a punto de acariciar sus labios con los míos cuando...

—¡Ni se os ocurra hacer eso aquí!

Me percató entonces de que estamos delante del jardín de la señora Partridge, que está junto a la acera peleándose con el buzón.

Intento hacerme a un lado, pero Cass coloca su mano en mi espalda como un rayo y me impide moverme.

—Buenas tardes, señora Partridge.

—Déjate estar de buenas tardes, José. Esas cosas no se hacen en mitad de la calle.

—No es el mejor lugar, lo admito, pero es que hace una tarde de verano tan bonita... Y mire qué preciosidad, señora Partridge.

—Mira a esa preciosidad en otra parte —suelta enojada.

Sin embargo, hay un tono pizpireto en su voz y se mete en casa sin hostigarnos más.

La observo totalmente estupefacta.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Solo es humana —dice Cass—. Me parece que está un poco sola. ¿Y bien? ¿Por dónde íbamos?

* * *

El viernes, alrededor de la media tarde, volvemos a salir con el velero, echamos el ancla en Seldon's Cove y nos tumbamos apaciblemente sobre la cubierta. Cass tiene la cabeza apoyada sobre unos cuantos cojines y un salvavidas, y yo sobre su pecho. Oigo latir su corazón pegado a mi oreja. Puesto que la cala está protegida por dos salientes de tierra que la rodean describiendo una C, el movimiento del agua aquí resulta más apacible que en mar abierto, como si alguien nos meciera en una cuna gigantesca.

Cierro los ojos y distingo los destellos anaranjados del sol a través de las pestañas. A continuación noto cómo el pulgar de Cass asciende por el perímetro de mi brazo y vuelve a descender por el lado interno del mismo. Su piel está casi curada,

pero su tacto sigue siendo áspero. Repite el proceso en mi otro brazo. Me asaltan las cosquillas y empiezo a revolverme.

—Quieta. Estoy haciendo un mapa de tu cuerpo —me susurra al odio.

Sus caricias pasan ahora a la línea de mi mandíbula y prosiguen por mis labios hasta el surco que hay encima de ellos.

—Dato inútil —le informo—. A eso se le llama surco nasolabial.

—Dato útil —replica él—. Los mapas surgieron mucho antes que la escritura.

Acaricia la línea de mi barbilla, por debajo de mi oreja... Sigue descendiendo y vuelve a subir. ¿Mi barbilla? Nadie se había interesado antes por esa parte de mi cuerpo. Contengo las ganas de agarrar su mano y situarla en una zona algo más picante.

—Había oído hablar de los frikis de las matemáticas, pero no de frikis de los mapas.

—Los mapas son la clave de todo —responde con aire ausente—. Te ayudan a encontrar el camino. —Carraspea—. Esto... Gwen, conozco al tipo que estaba en casa de la señora Ellington con su hijo. El padre de Spence le compra cuadros, antigüedades y esas cosas.

—¿Es una persona despreciable? Porque Henry Ellington sí me lo parece.

De mis labios brota atropelladamente toda la historia: lo que he visto, lo que creo saber... Excepto el asunto del cheque, que me está haciendo un agujero en el bolsillo. Desearía que ese cliché se hiciera realidad, que se consumiera por combustión espontánea y el viento se llevara sus cenizas hasta el océano, en lugar de aguardar agazapado en el bolsillo de lo que sea que llevara aquel día. Porque jamás fui a... Ni siquiera llegué a sacarlo del bolsillo.

—¿Se lo dirías? —le pregunto—. Si supieras un secreto que pudiera herir a alguien que te importara...

Cass frunce el ceño y toma mi barbilla.

—¡Ay! —me quejo, sorprendida.

—Oh, Dios, lo siento —Cass se disculpa—. Me ha dado un calambre. ¿Quieres decir... si estuviera en tu lugar? ¿En este caso?

—Si la señora Ellington fuera tu abuela y te percataras de lo que está pasando.

Mira más allá de mí y reposa la mirada en el agua durante unos instantes, como si leyera la respuesta en las olas.

—Mmm... No es una pregunta fácil. Sería una situación del todo distinta entonces. Hablaríamos de alguien de tu familia, en lugar de alguien para quien trabajas. Recuerda ese rollo de lo de manteneros en nuestro sitio y todas esas memeces.

—¡Ajá! —suelto sonriendo—. Admites entonces que ya has descubierto cuál es tu sitio. Al final Seashell te ha lavado el cerebro, José.

—Este es mi sitio. —Apoya la cabeza sobre los cojines con energía y acurruca mi cabeza junto a su pecho—. Justo aquí.

Como si yo fuera un destino que ya ha alcanzado, un destino que ha estado buscando durante tiempo, la X en un mapa del tesoro.

—Cass, ¿significa eso que... somos...?

Las palabras brotan de mis labios muy poco a poco, no solo por el letargo de la tarde o el arrullo del agua, sino porque no tengo ni idea de cuáles usar. Le doy vueltas a cómo expresarlo sin perder la esperanza de que sea capaz de leerme la mente y rellenar mis lagunas...

—¿De qué tiene miedo Nic, Gwen?

—Mmm... ¿Nic? De casi nada. ¿Por qué?

—Porque no deja de darme largas con lo de ir a nadar, como me hacías tú con las clases, aunque no creo que en su caso sea porque tenga miedo de sucumbir a mis encantos. No dejo de enviarle mensajes para quedar los tres, Spence, él y yo, para practicar. Tenemos que entrenar como un equipo, pero no deja de evitarme. Spence también, pero a Chan sé cómo manejarlo. Te necesito a ti en lo que respecta a Nic.

—Conseguir el puesto de capitán es muy importante para él.

—Por eso no entiendo que me dé largas. Y es decisivo para los tres. Nic no tiene el monopolio.

—Pero él lo necesita...

Dejo la frase inacabada antes de caer en la cancioncilla de siempre. Nic lo necesita más que vosotros. Si tropieza o fracasa, no habrá red de seguridad para él. Sin embargo, recuerdo que el hermano de Cass, Bill, le dijo en una ocasión que tenía que esforzarse más, que él no se iría de rositas.

—Hablando de cosas importantes —dice con voz más ronca, menos melosa—. Por si no te has dado cuenta, esto lo es. Nosotros lo somos. Al menos, para mí. Tu primo y yo no vamos a convertirnos en hermanos de sangre. Mi mejor amigo no será una de tus personas favoritas. Lo acepto. Pero no quiero que eso nos afecte a ti y a mí.

Pronuncia esta última frase con tanta fuerza que me deja un tanto sorprendida. Al no contestarle de inmediato, se incorpora y me mira a los ojos.

—¿Qué me dices?

—Entonces ¿tú y yo...? —«¿Somos novios? ¿Somos pareja? ¿Estamos juntos?»—. ¿Estamos saliendo? Eso no significa que tengas que llevarme a conocer a tu familia, ni nada por el estilo.

Cass suelta un gruñido.

—¿Todas las jóvenes de la isla están tan piradas o es que me ha tocado la lotería?

Dejo escapar un suspiro.

—Bueno, ya sabes. Somos como una cesta de pícnic.

—Gwen, voy a decírtelo de la forma más suave que pueda. Tú nunca serás una cesta de pícnic, aunque es una de las cosas que más ado... —Deja la frase a medias, inspira hondo y vuelve a empezar—. ¿Podemos olvidarnos de toda esa historia de las cestas igual que hicimos con lo de las langostas? Por cierto, para que quede claro,

vamos a hacer las cosas bien.

—El hombre con un mapa para todo.

Niega con la cabeza, se pone en pie y retrocede de espaldas hasta la barandilla del barco. Saca el forro de uno de sus bolsillos, después el otro y luego coloca las palmas hacia arriba.

—No tengo mapas —afirma con rotundidad y lógica en su tono de voz—. ¿Y ahora qué? ¿Necesitaré apuntes? Eres mi novia, no una cesta de pícnic, ni ninguna otra de esas dichosas metáforas. —Y añade al cabo de un largo silencio—: A menos que yo sea tu cesta de pícnic...

Me echo a reír, pero él ni siquiera está sonriendo. Parece esperar algo, aunque no sé qué es o cómo dárselo exactamente.

—Pienso en ti más como un Pícnic Costero —observo con aire despreocupado.

Me acerco a su lado, me inclino y apoyo mi mano sobre su corazón. Ojalá lo que siento pudiera fluir entre nosotros gracias a este gesto, sin tener que acabar enredándome con palabras.

* * *

De vuelta a casa después del paseo apenas hablamos. No dejo de bostezar, igual que él, pues ha sido un día largo de sol y mar. Caminamos de la mano y me parece perfecto.

Ya una vez en casa, mientras me enjabono en la ducha del jardín, me doy cuenta de que no ha llegado a decirme qué es lo que haría si estuviera en mi lugar.

CAPÍTULO 33

Spence y Cass vienen de camino hacia Sandy Claw, pero Nic ya está en el agua entregado a sus ejercicios de natación. El que está haciendo ahora sirve para mejorar el movimiento del codo al principio de cada brazada y consiste en nadar con las manos cerradas en un puño. También tiene los ojos cerrados, lo que le da un aire de concentración total, de mayor intensidad.

El cielo es de un color azul intenso y brillante, de un típico día de verano; el sol arranca destellos a las olas y el horizonte está salpicado de veleros, goletas y barcos de todos los tamaños, pues el océano es suficientemente grande para albergarlos a todos. Mientras observo nadar a Nic, Viv se deja caer a mi lado y ocupa su posición habitual. Hoy lleva su oscura melena al viento y no hay ni rastro de los recogidos a los que nos tiene acostumbrados. Nuestras piernas se balancean juntas en el borde del muelle, como en los viejos tiempos.

—Jamás se olvida —me dice acariciando el montón de guijarros que hay junto al pilar—. Así es él.

—Ya andaba buscando la forma de reclamar tus besos incluso antes de saber cómo eran —le digo.

Gira la cabeza durante un instante hacia el agua y luego se concentra en la uña de su dedo anular. Empieza a levantar la pintura de la flor que la adorna.

—¿Te has fijado en Nic últimamente? ¿Lo ves bien? —pregunta sin mirarme.

Nunca he tenido que ser neutral con Nic y Viv, respetar lazos, fronteras y ese tipo de cosas. Cuando éramos pequeños nos lo contábamos todo. Cuando se convirtieron en pareja las cosas cambiaron un poco: Nic me lo contaba por un lado, Viv por el otro; pero al final el resultado era el mismo. Ahora, sin embargo...

Jamás pensé que tendría que escoger entre qué verdad contar. Nunca pensé que eso de «los asuntos de los demás» se aplicaría a nosotros tres, pues los tres habíamos sido siempre un mismo asunto.

—Tenso —respondo al fin—. ¿Contigo también? Pensaba que solo estaba raro conmigo por... Bueno, por lo mío con Cass. ¿Ha hablado contigo de ese tema?

Viv se encoge de hombros y se muerde el labio. Reconozco esa expresión, es la que suele poner cuando se ve entre la espada y la pared.

—Siempre se pone en plan machote delante de él y le mira como diciendo: «si pones un dedo encima a mi prima...» —arranco esperando a que ella se anime a hablar.

—Sí. —Suelta un suspiro—. Últimamente va un poco sobrado de testosterona.

Espero a que haga algún chiste al respecto, que diga algo así como que ella sale beneficiada con eso, pero no es así.

—¿Crees que está... tomándose algo? —sigue indagándome.

—¿Te refieres a algo como esteroides? ¡Dios, no! Hablamos de Nic. Él nunca...

Sé que no es algo que él haría, pero su apatía, su mal humor, su obsesión con las pesas, la tensión con mi padre... No. No va con él.

Viv no me mira. Sus ojos continúan fijos en el agua, en Nic, que ahora está boca arriba nadando de espaldas. Su ejecución es tan perfecta, casi mecánica, como la del Superman submarinista con el que Em juega en la bañera.

—Nunca haría algo así —repito—. Lo sabes, ¿verdad? Lo conoces mejor que nadie.

Tiro de su mano para obligarla a mirarme, pero entonces me doy cuenta de que le estoy pidiendo que me tranquilice, cuando debería ser yo quien lo hiciera. Rodeo sus hombros con mi brazo y le doy un achuchón.

—Nico ni siquiera toma aspirinas —bromeo.

Agarra uno de los guijarros y lo estudia dándole vueltas en la mano. Es anaranjado, oscuro, liso por la acción de un número infinito de olas. Está lleno de agujeros. Es un ladrillo. Seguramente procede de los escalones de alguna de las casas que hay en Sandy Claw, construidas inconscientemente sobre la arena. El mar debió de tragárselo en algún huracán que ya nadie recuerda.

—Tienes razón. ¡Puf! No me hagas caso. Al ha conseguido un contrato para un gran acontecimiento político y no ha dejado de darme la lata durante todo el día. He estado llamando a Nic para hablar con él, pero no me ha respondido ni una sola vez. Pensaba que quizás estaba..., no sé, haciéndome lo mismo que le hace a tu padre. Mike lo estuvo llamando el otro día mientras me ayudaba a empaquetar un millón de almejas para un *catering* al aire libre. Nic miraba la pantalla cada vez que sonaba, pero no se dignó a descolgar. Quizá me estoy volviendo un poco paranoica.

—Sí, el asunto de mi padre... —Muevo la cabeza—. ¿Alguna vez habláis de eso? Los preciosos ojos verdes de Viv me parecen tristes.

—No mucho.

Extiendo el meñique y lo entrelazo con el suyo.

—Al menos nosotras estamos bien, ¿verdad?

Ella imita mi gesto y tira un poco de mi dedo sin dejar de mirar el agua.

—Sí...

—Viv, mírame.

Se vuelve de inmediato y me obsequia con una versión bastante lograda de su radiante sonrisa.

—Mejor imposible —me asegura.

Elijo un guijarro yo también y le doy vueltas y más vueltas en la mano. La mica que contiene brilla con los rayos del sol. Tomo impulso con el brazo y lo lanzo al agua sesgado.

Una, dos... hasta siete veces roza el agua, se eleva y planea en el aire. Lejos, lejos, más lejos aún, lo más lejos que he llegado nunca. Viv me da un golpecito con

su hombro escuálido y bronceado.

—¿Vas a ir a exigirle tus besos a alguien? Vamos, pequeña, quiero ver qué te ha enseñado Cass Somers.

Pongo los ojos en blanco.

—¿No se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor soy yo quien le ha enseñado algo a él?

Alguien se aclara la garganta justo detrás de nosotras. ¡Fantástico! Cass y Spence ya han llegado. El primero luce una expresión impertérrita, y el segundo una indescifrable muy parecida a la de su amigo. ¿Cómo narices han recorrido todo el muelle sin que los hayamos oído? Nic asciende por la escalera y sacude la cabeza empapándonos a todos, igual que hace *Fabio* cuando lo lavamos.

—¿Jugando con ventaja, Cruz? —pregunta Spence—. He oído decir que es lo que te gusta, rapiñar algunos segundos. Todo por ganar.

—Supongo que me aplico más. Eso es todo —responde Nic inexpresivo.

—¿Cuántos ejercicios llevas ya? —interviene Cass en tono neutro.

Nic se encoge de hombros, como si estuviera tan en forma que en realidad no hubiese diferencia.

—Unos cuantos.

—Pues hagamos unos cuantos más. —Cass se vuelve hacia Spence—. ¿Qué te parece, Chan? ¿*Crossovers* o con un solo brazo?

—Mejor con un brazo, dado el problemilla del amigo, que le impulsa a zambullirse demasiado pronto... Así se hundirá hacia abajo en lugar de avanzar adelante, que lo convertirá en una carga aún mayor y retrasará a todo el equipo.

Es impresionante cómo logran que una simple técnica de natación suene como un insulto.

—¡Pero que tipos tan...! —me dice Vivien en un volumen lo bastante alto como para que lo oigan los tres—. Tenemos tanta suerte de ser mujeres, Gwen...

—Al menos dos de los tres aquí presentes estamos de acuerdo contigo, Vivien —observa Spence antes de guiñarle un ojo.

Viv se gira para mirar a Nic, cuyo rostro parece a punto de estallar, si bien evita su mirada con un movimiento esquivo y se vuelve hacia el agua de nuevo. Acto seguido junta las manos con demasiada energía.

—¡Vamos allá! —dice Viv—. Creo que los tres necesitáis un buen baño de agua fría.

—Un minuto —solicita Cass a sus compañeros. Toma mi mano y me arrastra hasta el extremo del muelle para que los demás no nos oigan. Se inclina sobre mi oreja—: Digamos que en lo que respecta a ese rollo de quién enseña a quién, estamos empatados. Aunque tengas más experiencia que yo en otros aspectos.

—¿Podando setos?

—No estaba pensando en eso.

—¡Venga, Romeo! —grita Spence—. Vivien tiene razón. Todos necesitamos

relajarnos un poco y nadar un rato.

—Habla por ti —rebuzna a lo lejos mi primo.

—Siempre lo hago, Cruz. Siempre.

Viv se pone en pie y me sitúo justo a su lado. Al menos, hay algo que no ha cambiado: seguimos leyéndonos la mente. Apoya una mano reconfortante en la espalda de Nic y yo hago lo mismo en la de Spence. Cass se coloca a nuestro lado. Sin que les dé tiempo a reaccionar, Viv y yo los arrojamos a los tres al agua. Estallo en carcajadas. Sin embargo, Viv ha perdido el equilibrio demasiado cerca del borde y pone unos ojos como platos. Echa mano de mí y, aunque intento resistirme, acaba arrastrándome sobre una maraña de brazos y piernas. Acabamos todos en el agua, chapoteando y farfullando a un tiempo, y es casi imposible decir a quién pertenece cada miembro hasta que no vemos la cara sonriente que lo acompaña.

CAPÍTULO 34

—Hace un día espléndido como para encerrarse dentro de casa —expresa Avis King con determinación—. Propongo que traslademos nuestra sesión de lectura a la playa en vez de quedarnos en un porche maloliente.

Las damas anuncian su consentimiento a coro, aunque «maloliente» no sea el adjetivo más apropiado para el porche de la señora Ellington.

—Personalmente estoy por la labor de rebelarme y pasar hoy de mi siesta. ¡Por favor! Henry se está volviendo más quisquilloso que una anciana. Me llamó ayer por la noche para recordarme que debía dormir de una a tres. Odio que me mangoneen —afirma enojada la señora Ellington.

No obstante, dado que no nos hemos traído ningún libro a la playa, me toca regresar a casa a por *Los pecados sensuales de lady Sarah*.

Al llegar, no me sorprende encontrar el automóvil de Henry aparcado en el camino de entrada. Cuando abro la puerta mosquitera, me invade una oleada de cansancio, seguida de una embestida de furia. «No hay que meter las narices en los asuntos de los demás», me repito mentalmente.

—¡Hola! —grito después de que la puerta se cierre con estrépito tras de mí.

Es la táctica que he aprendido a usar cuando Nic y Viv están solos en casa: «Hola. He llegado. Un testigo. No dejes que te sorprenda con las manos en la masa».

Henry Ellington se da media vuelta, sobresaltado. Está delante del fregadero bebiendo un vaso de agua. No tiene buen aspecto. Está pálido, casi ceniciento, y tiene la frente empapada en sudor.

Desparramados por la mesa de la cocina están los cuenquecitos de plata, todos esos extraños chismes que forman parte del juego de té y las tacitas con asas, las que tienen las iniciales grabadas y unos osos plateados trepando por ellas. Con el paso del verano se han convertido en algo más que chismes que debía limpiar y abrillantar. Conozco sus historias: el tamizador de azúcar glasé que usaba el padre de la señora Ellington cuando la cocinera hacía fiesta para espolvorear las torrijas (era lo único que sabía cocinar) que les preparaba a ella y a sus hermanos; los ceniceros que el capitán y ella compraron en la tienda más famosa de utensilios de plata de todo Londres... «Eran tan bonitos. Ninguno de los dos fumaba, pero solo hay que verlos», me decía la señora Ellington; o aquella historia de las tijeras para uvas: «Nos regalaron cinco para nuestra boda, mi querida Gwen. Me hizo gracia pensar que todos los invitados, que bailaban por el salón con tanto decoro, nos imaginaban dándonos uvas el uno al otro, como si fuéramos un par de dioses griegos libertinos».

Sobre la mesa hay un sinfín de momentos de la señora Ellington expuestos, igual que se exhibe el pescado sobre un montón de hielo en la pescadería. Me pregunto si

Henry conocerá esas anécdotas. Porque, de ser así, ¿cómo es posible que se atreva a venderlos?

—¡Ginebra! ¿Dónde está mi madre? —pregunta frunciendo el ceño. Pone la espalda totalmente derecha, como si pretendiera con ello crecer unos centímetros—. Supuse que la encontraría durmiendo, pero al llegar no había ni rastro de ella, ni de ti.

—En Abenaki, con sus amigas.

¡Dios mío! De pronto me siento agotada. Podría sentarme en la silla de color azul, apoyar la cabeza en los brazos y quedarme dormida. Pero primero tendría que apartar la plata.

—¿Has dejado a mi madre sola en la playa con casi noventa años? ¿Y sus niñeras son un puñado de ancianas de ochenta y tantos? ¿En serio te parece algo responsable por tu parte?

Me mira con suficiencia a través de sus gafas de cerca, literalmente desde una posición más elevada que la mía.

Hasta que no meto la mano en el bolsillo de mi falda de denim y oigo el frufrú del papel no recuerdo de qué se trata. Mi padre ha estado trayendo mucha más ropa para lavar últimamente, por lo que solo me quedaba una falda limpia. No he caído en la cuenta cuando me la he puesto esta mañana.

Sin que se dé cuenta, saco el cheque que él me dio. El día que me lo ofreció lo acepté sin más. No necesito volver a abrirlo para ver el importe, garabateado con destreza en tinta azul. No lo he ingresado, aunque tampoco lo he hecho añicos ni lo he tirado a la basura.

—¿Piensas responder a mi pregunta, Ginebra?

Anoche le pregunté por fin a mi madre por qué me había puesto el nombre de una persona a la que nadie admiraba. Estábamos comiendo helado en el porche, pasándonos la cuchara por encima de la cabeza para esquivar los saltos esperanzados que daba *Fabio*.

—¿Me lo preguntas en serio, cielo? —dijo mi madre—. A mí siempre me ha gustado. No era frágil y simplona como Elaine. No se sentía indefensa, ni necesitaba que nadie la rescatara. Sabía que los amaba a los dos: al caballero honorable y al heroico. A Arturo y a Lancelot. Siempre he pensado que era la protagonista de su propia historia. Al menos era consciente de lo que pasaba.

Y yo también.

Así que sí, pienso responder a su pregunta.

Dejo el cheque sobre la mesa de la cocina junto a los cuchillos para el pescado, los ceniceros y todas aquellas historias. Henry Ellington baja la vista y lo contempla con una expresión impasible.

El día que mi padre me contó todo aquello de que la señora Ellington estaba forrada y estaba perdiendo la chaveta, jamás pensé que yo fuera a ser capaz de poner en práctica sus consejos. Y definitivamente, no de este modo.

Tomo aire.

—Señor Ellington, me dijo que este cheque era porque me merecía un poco más, pero no creo que lo dijera en serio. Creo que no admira mi ética en el trabajo, ni siquiera pienso que yo le guste o que valore mis servicios. Creo que lo único que espera es mi silencio.

Se le descompone el rostro. Sus mejillas, sus ojos, todo en él se ha contraído, se ha quedado helado. Alza una mano con la palma hacia mí, como si intentara detener el tráfico de mis palabras.

—No creo que entiendas cuál es mi posición, Ginebra. Estoy protegiendo a mi madre, una pobre anciana indefensa.

«¿Una pobre anciana indefensa? ¡Y un cuerno!».

—Señor Ellington. —Cierro los ojos. Inspiro hondo. Los abro—. ¿De verdad cree que quiere... o necesita su... «protección»? —suelto dibujando unas comillas en el aire al pronunciar la última palabra.

Su rostro se vuelve de color escarlata.

—Es mi labor. Mi madre está mayor. No está en plena posesión de sus... —Echa un vistazo por la ventana para asegurarse de que nadie nos oye, aunque acto seguido eleva aún más la voz—. ¡Por todos los santos! ¿Qué hago dándote explicaciones? Mi madre se hace mayor, los tiempos han cambiado, pero ella se niega a ver la realidad. Cuando muera tendré que hacerme cargo de esta enorme casa, de sus promesas y unas deudas de honor que ya no tienen ningún sentido; de su generosidad con unas escuelas por las que pasó hace más de setenta años, o con ciertas personas, como Beth McHenry, que se encargaba de limpiarnos la casa. ¡Nos limpiaba la casa, por el amor de Dios! Fregaba los inodoros y cambiaba las sábanas mientras yo me mataba a trabajar para mantener esta residencia de verano —dice lo de residencia de verano como si fuera una palabrota—, un lugar que apenas tengo oportunidad de visitar, un estilo de vida que se ha perdido. Entre el jardinero, la enfermera de noche, el servicio de mantenimiento, la cocinera, la asistente, tú... y encima esa carísima fiesta que da todos los años al final del verano, sus finanzas, todas nuestras finanzas en realidad, se han pegado un batacazo en la bolsa. Pero ¡a ver quién se lo dice a ella! ¡Nunca ha tenido que preocuparse ni de llevar una triste chequera!

Se dirige hacia el bar, vierte un poco de líquido ámbar en un vaso y abre el congelador para sacar la cubitera. En lugar de tomarse su tiempo para picar el hielo con ese martillo pequeño tan particular, se limita a estrellar los cubitos con fuerza en el fregadero. Recoge los pedazos, los introduce en el vaso, echa la cabeza hacia atrás y da un buen sorbo.

—Este... contratiempo... solo conseguiría disgustarla.

«No le des un disgusto a tu madre». Las palabras de mi padre el verano que vovó se puso enferma.

—No puedo decírselo —repite.

¿No puede o no piensa decírselo? ¿O le da miedo?

Conozco muy bien las tres sensaciones.

—¿Lo ha... Lo ha intentado?

Las palabras se atascan en mi garganta, pues decirlas en voz alta resulta demasiado duro. Solo es un trabajo. No te olvides de cuál es tu sitio. Sin embargo...

No me responde. Da un nuevo sorbo.

Se produce un silencio largo.

Me observa por encima del borde del vaso y yo clavo la vista en su cuello. Coloco un dedo encima del cheque deliberadamente y lo arrastro por la mesa como si le estuviera entregando una simple servilleta, como si me limitara a hacer mi trabajo.

—¿Estoy despedida, señor Ellington? Porque si no lo estoy, será mejor que vuelva a la playa.

* * *

La señora Ellington ha sobrevivido a mi abandono. Me las encuentro a todas la mar de felices echadas en sus respectivas sillas de playa observando, con un nivel de apreciación preocupante, cómo Cass rastrilla la arena.

Dispuestas en círculo, se han plantado la toalla sobre los hombros. Unas llevan su pelo plateado a lo *garçon*; otras se han hecho la permanente en su melena blanca; aún queda alguna que otra trenza que supuestamente debería enroscarse en un moño, un estilo que pasó de moda hace ya varias generaciones.

—Si tuviera treinta años menos... —comenta Avis King asintiendo con aprobación mientras Cass dirige las algas hacia las hierbas altas.

La señora McCloud sénior se la queda mirando con suspicacia.

—De acuerdo... Cuarenta —reconoce—. ¿Es tu novio, Gwen? Es sencillamente adorable.

«Adorable» parece un calificativo más apropiado para un gatito peludo al que aún no le han crecido los dientes ni las uñas. Pero no me parece que pueda aplicarse a Cass, ni a lo que siento por él. Él vuelve la vista hacia mí y me sorprende mirándolo, así que me sonrío con complicidad antes de seguir dándole al rastrillo.

—Absolutamente adorable. —La señora Cole suspira—. ¡Por todos los dioses!

—Un pajarito me ha dicho que esta noche habrá hoguera —observa Avis King—. ¿No os parece espléndido que aún se conserve esa tradición? ¿Recordáis las nuestras? ¡Oh, ese Ben Cruz y su magnífica espalda! Siempre bronceado... y ¡qué bien le sentaban los pantalones cortos!

Sí, esto es raro. Creo que acaba de describir a mi abuelo como el guapetón de su generación.

—Siempre traía langosta. ¿Y quién compraba el pan en aquella panadería portuguesa de la ciudad? Era dulzón y muy regular. Tocábamos a diez rebanadas por cabeza. Lo tostábamos en el fuego y lo untábamos de mantequilla.

—Glaucia —responde Beth McHenry—. Fue la primera en sacarse el carné de

conducir. ¿Os acordáis? Solía pasearse por la ciudad en aquella vieja camioneta gris y siempre venía cargada de patatas, *linguiça* y *malassadas* que compraba en la tienda de Pedrinho.

La señora Cole asiente.

—Siempre sentí debilidad por los merengues.

—¿Recordáis aquella vez que el capitán trajo la red del campo de voleibol y la decoramos con las lucecitas de Navidad?

—Era el primer lunes de septiembre, el Día del Trabajo... —responde la señora Ellington—. La última fiesta del verano. Decidimos vestirnos todos de blanco, ya que en aquellos días no se podía llevar ese color después del Día del Trabajo. Fue nuestro último ¡hurra! Nuestra gran rebelión.

—Ellos llevaban americana blanca, si la tenían —prosigue la señora McCloud—. Arthur tenía un montón. Le dejó una a Ben, otra a Mathias y a cualquiera que la necesitara. También ofreció zapatos de ante en color beige, aunque la mayoría iban descalzos. Nos parecían unos auténticos rebeldes.

—Jugamos a voleibol con los vestidos largos —explica Avis King—. Dejé acongojadito al pobre Malcolm. Me propuso matrimonio esa misma noche.

—¿Era más fácil entonces? —pregunta pensativa la señora Ellington—. Yo creo que sí. Nuestras revueltas eran más insignificantes. Era más fácil responder a nuestras preguntas, pues había reglas para todas ellas. «¿Puedo ir a visitarte cuando regreses de tu viaje por Europa?» fue la forma que tuvo el capitán de decirme que yo le interesaba. No creo que eso se pueda transmitir en un mensaje de teléfono móvil.

Se pasan un rato dándole vueltas al tema: ¿deberíamos mantener la fiesta del Día del Trabajo, uno de los grandes rituales de la isla, o su tiempo ya pasó?

—Podíamos volver a organizarla —propone la señora Cole—. ¿No somos el actual comité de entretenimiento de la isla? No hay ninguna regla que nos lo prohíba. Bueno, ya no hay reglas como las que solía haber entonces.

Conozco todas esas reglas de las películas antiguas, aunque no las he vivido en mi propia piel: hay que combinar zapato blanco con americana blanca; no hay que vestirse de blanco después del Día del Trabajo; hay que llevar tal con cual; hay que salir con una joven apropiada, no con esa. Había un calendario social de lo más estricto, en una época en la que parecía que todo eso tenía una importancia trascendental. No obstante, todavía hay reglas. No tienen mucho que ver con lo que vestimos, pero sí con cómo nos comportamos o lo que hacemos. Otras costumbres, otros rituales, otras reglas. Nuevos asuntos importantes que no se pronuncian en voz alta.

¿Le dirá algo Henry a su madre?

Y lo que es más importante: ¿lo haré yo?

CAPÍTULO 35

Esta noche hay una hoguera en la playa. Conforme el BMW desciende por la colina, atisbo las chispas que expulsan las llamas hacia arriba e iluminan con su chisporroteo el cielo del final del día. A Dom D'Ofrio siempre se le va la mano con el queroseno. La columna de fuego alcanza una altura de casi tres metros.

—Parece que vayamos a celebrar un sacrificio a los druidas en lugar de tostar unos inofensivos malvaviscos —observa Cass cuando nos acercamos a la playa.

Un sol que tiñe el cielo de naranja y morado se esconde tras las verdes aguas del océano.

Cuando Cass pasó a recogerme descubrí, para mi sorpresa, que Spence estaba hundido en el asiento trasero con el ceño fruncido.

—Ha tenido un mal día. Pensé que quizás así se animaría un poco. ¿Te importa? —me susurra Cass.

—Ey, Castle —me saluda Spence en un tono apático muy alejado de su habitual engreimiento—. ¿*Solete* ya te ha metido mano?

—No seas imbécil —le responde Cass sin alterarse.

—Es lo que mejor se me da —observa con amargura antes de sacar la cabeza por la ventanilla para mirar el panorama.

Ha acudido mucha más gente que a la primera hoguera del verano. Los hijos de los veraneantes las han descubierto y se dejan caer en grupitos, aunque aún hay quien se aventura solo en las filas enemigas y toma asiento entre gente nueva mientras evalúa las posibilidades. Pam y Shauneen se sientan al lado de Audrey Partridge, la biznieta de la señora Partridge. Manny le está dando fuego a Sophie Tucker, una joven rubia y de buen aspecto, prima de los dueños de la casa que alquilan los Robinson. Alguien ha traído una parrilla, y Dom está entretenido añadiendo queroseno en cantidades industriales a las briquetas de carbón.

Cass aparca en un lugar con relativamente poca arena y nos bajamos los tres. Viv, de pie y cerca del agua, contempla las islas vecinas cubriéndose el pecho con los brazos. El viento agita su coleta. Hoy el cielo está tan despejado que parece como si al extender la mano fuéramos a tocarlas. Viv no se da la vuelta y, por lo tanto, no me ve llegar. Manny se acerca a ella, le da un golpecito en el hombro, le ofrece un vaso de plástico rojo, de esos que se aplastan con facilidad, y vuelve a donde están los demás. Entonces nos ve y ladea un poco la cabeza al percatarse del brazo de Cass protegiendo mi hombro.

—Bonita camisa —murmura al pasar por mi lado.

Es una de las camisas Oxford de Cass. Me queda un poco ancha, aunque la llevo anudada en la cintura, enseñando el ombligo. Llevo también unos *jeans* con el

dobladillo hacia arriba. Es la primera vez que me atrevo con un *look* similar.

Si no recuerdo mal, Manny fue quien dio la bienvenida a Cass a la isla debido a su nuevo estatus de jardinero. ¿Y ahora qué pasa? ¿No se puede circular por esa carretera en los dos sentidos?

Me acerco al frigorífico portátil y me hago con una cerveza que ni siquiera me apetece. No hay ni rastro de Nic, ni de Hoop.

—¿Quién es ese tipo bajito y rechoncho, *Solete*?

—Manny. Es un buen tipo. Relájate, Spence. —Cass toma mi mano y me susurra algo aparte—. No hagas caso de lo que te diga. Está de un humor de perros.

—Hacéis buena pareja —suelta de pronto, y parece sorprendentemente sincero—. Me dais náuseas.

—¿Está borracho? —vocalizo en un susurro casi imperceptible.

Cass niega con la cabeza.

—No se trata de eso.

—Solo siento lástima de mí mismo, Castle. Hazlo, *Solete*. Véndeme y vuelve a Hodges.

—No soy esa clase de persona —afirma Cass con demasiada rotundidad. ¿Está intentando convencer a Spence o a sí mismo?—. Olvidémonos de todo por esta noche y relajémonos.

Durante un rato triunfamos en nuestro propósito de relajarnos. Pam está al cargo de la música y consigue un buen equilibrio entre los clásicos y los éxitos más actuales. Es una noche calurosa. El cielo está bañado de un halo dorado que perfila el contorno de las nubes y envía destellos rosáceos sobre la superficie del agua. El carbón ha proporcionado un buen fuego y su agradable aroma invade nuestro olfato.

Cass y yo estamos echando ketchup y mostaza en los perritos calientes cuando veo a Nic aparecer en el camino que separa la playa del aparcamiento. Lleva las manos ocultas en los bolsillos y nos observa fijamente. Hoop le sigue, como una sombra pequeña, fachosa y colérica.

Mi primo se ha quedado pálido y parece furioso, sus rasgos están congelados en una mueca iracunda, como si estuviera contemplando su peor pesadilla convertida en realidad.

—¡Vaticino problemas! —canturrea Spence apretando el bote de mostaza con tanta fuerza que acaba salpicando la arena.

—No empeores las cosas —le ordena Cass al tiempo que le pasa una servilleta.

En cuestión de minutos las cosas se ponen muy pero que muy feas. Empieza Nic con esos aplausos lentos que suele hacer y sacan de quicio a cualquiera.

—Buen trabajo, pareja. El nuevo capitán y su segundo. ¿Cómo se le llama a eso? ¿Golpe? Ha sido un golpe maestro.

Cass no hace ningún comentario y se concentra en su perrito caliente. Spence también permanece callado.

Nic se acerca un poco más con la barbilla levantada.

—Ha sido un golpe maestro —repite.

—No lo entiendes, hombre —es todo lo que Cass responde.

—Ah, ¿no?

—No. No se trata de favoritismos —empieza Cass. Vivien se acerca a nosotros en ese momento. Cass la mira primero a ella y luego se vuelve de nuevo hacia Nic—. Durante los últimos meses... o, más bien, durante todo el curso pasado te has obsesionado con la técnica, Nicolas Cruz, y has dejado de lado todo lo relacionado con el trabajo en equipo. No pareces ser consciente de lo que significa. Si merecieras el puesto de capitán o el de subcapitán, estarías intentando ayudarnos en todo lo posible y no actuando de este modo.

—Vaya montón de mierda —suelta Nic—. Todos sabemos que hay un «yo» detrás de tanto «equipo». No nadarás para dejarme a mí bien. Cada uno se preocupa solo de su propio pellejo. Así que lo diré alto y claro: yo necesito el puesto, Somers; tú no. ¿Y Channing? Para nada.

—¿Ahora quieres darnos pena? —interviene Spence—. Pues yo sí que siento lástima por ti. Y *Solete* también. Todo este melodrama a lo *West Side Story*, esa mierda de nosotros contra ellos y tu espantosa actitud es lo que no te permite avanzar, Cruz. Nada más y nada menos.

—¿Te atreves a darme lecciones? —vocifera Nic—. ¿Precisamente tú? ¿Conque debería estar satisfecho con mi suerte? ¡Esta sí que es buena! Tú, que eres quien tiene que quedarse con todo lo que no es suyo.

Viv se lleva la mano a la boca. Spence da un paso adelante y echa los hombros hacia atrás, pero Cass lo sujeta por el brazo.

Dom, Pam, Shaunee y Manny se apartan del fuego y se acercan movidos por la curiosidad. Hooper ha asumido el mismo papel detrás de Nic que Cass con Spence, aunque sin sujetarlo. Su mano está levantada en el aire, preparada para aplacar a mi primo; o puede que simplemente no esté muy segura de lo que está pasando.

—Al menos, sé honesto contigo mismo. No te he quitado nada que merecieras poseer —expone Spence con calma.

Cass tira de él y lo aparta hacia un lado.

—No sigas, Spence —le suplica Cass.

Pero Spence da otro paso adelante y se zafa de su mano.

—No los mereces —le repite a Nic—. Ninguno de los dos puestos, y mucho menos a ella.

El puño de Nic sale disparado a tanta velocidad que no es más que un borrón que manda el rostro de Spence despedido hacia la izquierda. Este se tambalea hacia atrás durante unos instantes. Los allí presentes lo vemos perder el equilibrio como si se tratara de una película a cámara lenta, si bien una de lo más surrealista. Nic carga hacia delante con los ojos desorbitados, dispuesto a atacar de nuevo, pero Cass se interpone entre ambos. Inmoviliza a mi primo apoyando el antebrazo en su pecho a la vez que sujeta con firmeza el brazo de Spence y le obliga a retroceder.

Vivien pasa por mi lado a toda velocidad. Intento retenerla, no quiero que se interponga en el camino de Nic, pues no parece dueño de sus actos. Sin embargo, su objetivo no es él, sino Spence. Se pone a secar la sangre que brota de su nariz con una mano mientras le sujeta la nuca con la otra.

Nic los observa fijamente sin dejar de pestañear, como si acabara de despertar de un sueño. Luego aparta el brazo de Cass de una sacudida y retrocede de espaldas un par de pasos.

—Estoy bien. No te preocupes por mí —dice Spence a Vivien.

¿Qué hace Vivien tranquilizando a Spence?

—Estás herido... —exclama ella con la voz quebrada.

—No es más que una herida superficial. —Y le sonrío de un modo que no le he visto hacer con nadie—. No, por el amor de Dios. Viv, no llores, por favor. Ya sabes que es mi debilidad.

Hooper y yo los miramos boquiabiertos, como casi todos los presentes, la verdad.

—¡Vaya! —exclama Nic—. Esto es... es... Da igual... ¡A la mierda!

Se da media vuelta, se frota los ojos con la mano y se encamina hacia el aparcamiento.

—¡Joder! —suelta Hoop.

—Ve tras él, Gwen —me ordena Vivien llorando mientras taponaba la herida a Spence.

Pero ¿por quién llora ella: por Nic, por Spence? No saber por quién azuza las brasas de mi furia.

—¿Yo? ¿Y qué tal si vas tú? ¿Y tú qué, Spence? ¿A qué ha venido todo esto? ¿No te bastaba con arrebatarse el puesto de subcapitán? ¿También tenías que quitarle la novia?

—La historia es un poco más complicada, Gwen —interviene Cass.

Spence no se digna a levantar la vista del suelo.

—¿La historia? —exclamo—. ¡Ah! ¿Que hay una historia? ¿Y tú lo sabías? ¿Cuándo pensabas contármelo? Si es que pensabas hacerlo... ¿Qué hay de eso de «no tengo intención de mentirte, Gwen»?

Cass no deja de pasarse la mano por el pelo. Tiene la misma cara que la noche del Bronco.

«Culpa».

Viv no deja de llorar. Con el reverso de la mano Spence se seca la sangre que sigue brotando de su nariz.

—¿Sabes qué? No he tomado suficiente cerveza para asimilar todo esto —murmura Hoop.

Pam, Manny y el resto de la panda de la isla siguen por ahí sin saber muy bien qué hacer, entregados a los cuchicheos. Y yo soy incapaz de controlar mi boca.

—Y vosotros dos, ¿qué habéis hecho para conseguir tales honores? —pregunto con ironía.

—¿Cómo que qué hemos hecho? —replica Cass en voz baja, aunque visiblemente ofendido—. Nadar. Me lo he ganado, y Spence también. No tiene nada que ver con el dinero, sino con el trabajo en equipo, y tú lo sabes. Puede que a Nic eso se le diera bien antes, pero ya no. No sé cuál es la razón, pero sabes que lo que digo es cierto. Hace trampas.

—Muy bonito, Cass. Primero le quitas el puesto de capitán y ahora le privas de su dignidad. Eso es tener clase.

—Yo no le he quitado nada, Gwen.

Empiezo a retroceder y me alejo de todo aquello; de todo y de todos.

—No le he quitado nada —repite antes de darse la vuelta.

Me dirijo al aparcamiento sin dejar de tropezar, pero ya no hay ni rastro de Nic.

* * *

Come fly, come fly, come fly with me... canta Sinatra a todo volumen con su alto elegante y seductor. Emory se balancea al ritmo de la música y hace su intento de chasquear los dedos, un intento que consiste en golpear el dedo índice contra el pulgar, aunque se le ve contento y mueve al compás la cabeza arriba y abajo. Mi abuelo está liado con la cena mientras meneas sus enjutas caderas al ritmo de la música. Bajo un poco a Frank, siempre tan entusiasta, pero aun así, no me queda más remedio que gritar cuando interrogo a mi abuelo por Nic.

Mi abuelo se encoge de hombros.

—¿No ha vuelto a casa? —insisto—. ¿Dónde diablos se habrá metido? ¿Dónde está mamá?

Mi abuelo chasquea la lengua.

—Ginebra, esa boca. Nic no estaba aquí cuando he vuelto del mercado, y tu madre tiene una cita.

«¿Cómo?».

Nic se ha dado a la fuga, Viv sigue consolando a Spence, Cass lo sabía y yo lo he enviado a freír espárragos, aun cuando yo... yo... Y mi madre tiene una cita. «¿De quién es esta vida?».

Mi abuelo vuelve a encogerse de hombros y me señala el mensaje que mi madre ha garabateado en la pizarra pegada en el frigorífico: «*Papai*, he ido a dar una vuelta por la isla con un amigo. Si ves a Nic, habla con él».

—Si aparece por aquí, no le dejes salir —le digo dando media vuelta—. Voy a buscarlo.

Me llevo las llaves del Bronco y bajo las escaleras a toda prisa, pero cuando doy marcha atrás caigo en la cuenta de algo: ¿qué le hace pensar a mi abuelo que «estoy dando una vuelta por la isla con un amigo» significa «tengo una cita»?

CAPÍTULO 36

Caminan uno junto al otro, no van de la mano, aunque no por ello deja de ser chocante ver a mi madre con un hombre que no forma parte de la portada de uno de sus libros. Detengo el Bronco.

—Mamá. Entrenador... ¿Dónde está Nic? ¿Lo habéis visto?

Mi madre frunce el ceño, preocupada. El entrenador está más colorado de lo habitual, si es que eso es posible. Está fuera de su elemento, no lleva su silbato y viste una cazadora ancha de color amarillo que le confiere un aspecto más tristón y menos oficial que su uniforme del equipo.

—Pensábamos que estaba contigo —dice mi madre inquieta—. Ha salido hacia la hoguera. No ha querido hablar conmigo, estaba decepcionado de narices.

«De narices», la coletilla favorita de mi padre.

—Ni que lo digas.

Intento no mirar al entrenador. Él solo ha hecho su trabajo y en realidad no es responsable de todo este lío.

—Verás, Gwen —comienza él con voz cansada pero resuelta—. Este año hemos estado a esto de ganar el campeonato estatal. Por eso necesitamos capitanes que no tengan nada que demostrar. Es un requisito indispensable. Nic es muy bueno... pero últimamente no trabaja en equipo.

—Debería haberle insistido para que hablara conmigo —prosigue mi madre—. He intentado llamarle después, pero no deja de saltarme el dichoso contestador. Siempre está sin batería. —Saca el teléfono móvil, marca un número y menea la cabeza—. El estúpido contestador otra vez. —Las arrugas de su frente se acrecientan—. Busca a Vivien. Ella sabrá dónde está.

* * *

No está en Abenaki. Concentro la mirada e inspecciono las aguas más allá del muelle, pero solo diviso una bandada de gaviotas y un solitario kayak en la lejanía.

El puente de Green Woods también parece desierto. Allí de pie, siento una punzada en el corazón. Aquel solía ser nuestro sitio, de Nic y mío; tenemos recuerdos de años y años. Sin embargo, ahora es como si nos perteneciera a Cass y a mí, y ese pensamiento me hace sentir como si lo hubiese traicionado. ¿Cómo pude no darme cuenta de lo de Viv? Me siento tan perdida. El suelo se balancea bajo mis pies, como al bajar de un barco, y no sé muy bien cómo recuperar el equilibrio.

Conduzco de vuelta a Sandy Claw, pero los troncos de la hoguera han quedado

reducidos a ascuas y no se ve ni un alma por allí. Tampoco hay nadie en la reserva de frailecillos, ni siquiera los propios frailecillos, que han puesto sus huevos y ya se han marchado. Enfilo el camino de acceso a casa de Hoop y me lo encuentro sentado en las escaleras fumando.

—¿No está aquí?

—No. —Hoop tira el cigarrillo y lo aplasta con el talón de la chancleta—. Al ver el Bronco, he pensado que sería él. No contesta a mis mensajes. No sé dónde está, pero va a pie, eso seguro, porque a la playa fuimos en mi camioneta. ¿Una cerveza?

Niego con la cabeza y le pido que me envíe un mensaje si aparece por allí. Él asiente, enciende otro cigarro y abre una cerveza. Mientras me alejo, lo observo por el espejo retrovisor. Lleva una camisa arrugada y tiene la espalda arqueada. ¿Seguirá así dentro de veinte años, sentado en los mismos escalones y haciendo lo mismo que ahora?

De repente caigo en la cuenta de que he puesto rumbo a Castle's.

Son las diez y media de una noche tranquila, por lo que ya están cerrando. Hace mucho que los empleados se han ido a casa y solo queda mi padre. Lo encuentro echando agua sobre la plancha para rascar los restos incrustados de todo lo que ha pasado por allí. Luego recubre las tarrinas de helado que hay en el congelador con papel film para que no les salga costra hasta que vuelva a hincarles el diente. Después toca cortar cebollas y pimientos para las *hash brown* de mañana. El cuchillo se mueve tan rápido que es tan solo un borrón. Todas estas tareas me son tan familiares... Las he hecho todas. Mi padre trabaja tan concentrado que no levanta la vista ni descubre que estoy observándolo.

Este es el último lugar al que acudiría Nic.

Ni siquiera sé por qué he venido. ¿Por esas ganas que me entran a veces de pedirle a mi padre que solucione todos mis problemas? Casi puedo oír a Cass en mi cabeza: «Te cabreas cuando acudo en tu ayuda». Trago saliva para librarme del nudo que se ha formado en mi garganta.

Iba todo tan bien hasta hace tan solo un segundo...

* * *

Conduzco de vuelta a Seashell. En el punto donde acaba la ciudad y empieza la isla veo el BMW de Cass acercándose en la dirección opuesta. Circula un poco más rápido de lo permitido. Ambos nos detenemos. Nuestros respectivos faros iluminan solo algunas briznas de hierba escogidas de los jardines cortados con esmero que se extienden a ambos lados de la calle. La luz hace que su verdor se vuelva grisáceo, casi blanco.

Se abre la puerta del copiloto y desciende Viv. Se dirige hacia mi ventanilla.

—¿Vas a escucharme? —pregunta.

—¿Vas a ayudarme a buscar a Nic? —replico.

Da la vuelta al automóvil, abre la puerta y toma asiento a mi lado.

Pensaba que Cass se alejaría de inmediato a toda velocidad, pero no es así. El BMW remolonea unos instantes en el arcén de la carretera, como si esperara... ¿A qué? ¿A que me baje y hable con él? ¿Y qué se supone que voy a decirle?

Me quedo donde estoy, y al cabo de unos minutos Cass acelera y nos deja sumidas en el silencio de la noche.

—Fue sin querer —me dice Viv rápidamente, como si acabara de romper un plato o algo similar.

Reduzco la velocidad al aproximarme al único Stop de la isla y hago un cambio de sentido para detener el Bronco, puesto que no llevo a nadie detrás. Nadie tiene prisa a estas horas de la noche. Bueno, en realidad, nadie tiene prisa nunca en Seashell. Es una de las leyendas que deberían constar en el cartel que marca la llegada por carretera a la isla: «Todo el tiempo del mundo». Excepto que es una promesa que nadie puede cumplir: para siempre.

—¿Te has liado con Spence sin querer?

Enseguida me arrepiento de lo bruscas que han sonado mis palabras. Si alguien puede entenderlo, esa soy yo. Pero se supone que Viv no tiene «daños estructurales» o, al menos, no de esa clase. Y si los tenía, ¿por qué no confió en mí?

Viv apoya la cabeza en el asiento y cierra los ojos.

—¿Qué puedo decir, Gwen? Odio que te hayas enterado, pero me alegro de que lo hayas hecho. Me gustaría poner una y mil excusas... Me gustaría decir que ya basta de excusas, pero no es cierto. Le he hecho daño a Nic y también a ti. Aunque no te he mentado, tampoco te he dicho la verdad, incluso después de haberte prometido que entre nosotras no habría secretos. Me ha salido el tiro por la culata, porque, reconozcámoslo, en mi cabeza he sido muy dura contigo y con alguna de tus elecciones. Alex, el repelente de Jim, en Primero. ¡Puaj! Cass, la primera vez. Spence... Aparenté que no te juzgaba, pero... sí lo hacía. Como era incapaz de entender qué se te pasaba por la cabeza, supuse que lo que hacías estaba mal. Creo que tú lo sabías, debiste de notarlo. Supongo que esa es la razón por la que hemos sido incapaces de hablar con sinceridad este verano. Y entonces lo entendí, aunque... ¡hubiese preferido no hacerlo! Yo quería estar con Nic, solo con él, para siempre, hasta... hasta que un día eso cambió y no supe qué hacer al respecto.

¿Acaso no lo sabía yo, muy en el fondo? Tal vez. He tenido una sensación extraña durante todo el verano. Pensaba que era porque las cosas eran distintas ahora. Todo ese rollo del tercero en discordia... ¡Como si ya no fuéramos un trío! Aunque puede que de algún modo percibiese que realmente habíamos dejado de ser un trío para siempre.

Apoyo la frente en el volante.

—Pero... ¿Y Spence, Viv? ¿Por qué él, entre todo el mundo? —Me vuelvo para mirarla—. ¿Lo has hecho para... para hacerle daño a Nic? ¿Por eso lo has elegido a

él?

Al terminar de formular mi pregunta siento, muy a mi pesar, una punzada de compasión por Spence, un arma a mano en una guerra que no es la suya; un papel que ya ha interpretado antes.

—No, no, para nada. —Se sonroja—. Mierda, Gwen. Pensaba que Nic y yo estábamos... juntos en esto y entonces él de repente... decide alejarse ocho años de mí. ¡Ocho años enteros! ¿Qué se supone que debo hacer yo mientras él está por ahí viviendo aventuras y conociendo a mujeres que..., ¡qué sé yo!, que se descuelgan por una cuerda con los dientes? ¿Se supone que seguiré prendado de la joven que se asegura de que todo el mundo tenga su vaso lleno de agua? Lo dudo mucho. No... no puedo competir con eso y tampoco... quiero hacerlo. ¿Qué hay de malo en querer quedarse aquí? ¿Qué pasa si lo que yo quiero es menos ambicioso o menos noble que lo que él quiere? ¿Me convierte eso en una perdedora? Esa es la cuestión. Con Spence no me siento una fracasada. Él... Yo... A finales de primavera Al consiguió ese contrato para trabajar en el T&N. Era como si a todas horas nos tropezáramos con él, porque a pesar de que el propietario es su padre, digamos que está un poco ausente. Al principio empezamos a hablar solo por temas de trabajo, pero luego... No es la persona que yo creía. Ni de cerca.

Empiezo a preguntarme quién lo es realmente. Para ser justos, por un lado tenemos a Spence con sus seis conquistas, o las que fueran, en un *jacuzzi*; y por otro, la lealtad incondicional que le profesa Cass y esos momentos de autenticidad que yo misma he percibido.

—Empecé a sentir que... me gustaba de verdad. Por eso quería que Nic me comprara el anillo. Pensé que me ayudaría a dejar de pensar en Spence y así me centraría en Nicky.

—Eres consciente de que eso no tiene ningún sentido, ¿verdad?

Levanta las manos en señal de defensa.

—¡No eres la única que puede estar ciega y hacer estupideces, Gwen!

—Pues bienvenida a mi mundo.

A pesar de todo, me echo a reír. Pero entonces me enderezo un poco y la observo fijamente. Es amiga mía desde la infancia. Mi mirada recae en los *piercings* que se hizo en la oreja y que Nic tanto odiaba. Jamás se lo dijo porque sabía que ella los quería. Me duele tanto por él... por lo que tenía, por lo que ha perdido. Me veo obligada a cruzarme de brazos para contener el dolor.

—Viv, ¿alguna vez lo quisiste de verdad?

Ojalá no hubiese hecho esa pregunta, porque no estoy segura de querer saber la respuesta.

—Siempre lo querré. —Me responde tan rápido que sé que es cierto—. Fue mi primer... todo. Jamás pensé... Jamás planeé que sería otra cosa que mi único todo. Pero las cosas han cambiado estos últimos meses y especialmente estas últimas semanas. Él... ha cambiado.

—Quizás ha sido por toda la tensión a la que ha estado sometido. Quizás...

Pero no acabo la frase. Viv apoya su mano sobre la mía, que está aferrando el volante, y la aprieta con cariño. Quizás he dejado de hablar porque no sé cómo seguir o quizá porque por fin he entendido que a veces nos aferramos a las cosas (a una persona, a un resentimiento, a un hecho del que nos arrepentimos o a la idea de lo que somos) porque no sabemos qué nos espera después. Como si lo que hemos hecho hasta ahora tuviera que ser lo mismo que haremos a continuación. Como si solo existiesen segundas partes y no nuevos inicios.

Y quizá... quizá haya aprendido la lección.

* * *

No conseguimos dar con Nic por ninguna parte. Volvemos a inspeccionar uno a uno los sitios de siempre, pero no hay suerte. Le enviamos mensajes y lo llamamos. Nada.

A Viv han empezado a cerrársele los ojos. De camino al puente, por enésima vez, se queda finalmente dormida con la mejilla pegada a la puerta del Bronco, así que conduzco con suavidad de vuelta a casa de los Almeida, la despierto y la acompaño adentro. Por suerte, ni su madre ni Al están en casa, por lo que solo tengo que guiarla hasta su habitación, quitarle los zapatos y tapparla con la misma colcha verde que conserva desde que éramos pequeñas.

* * *

Tiene que estar en el arroyo. Seguro que aún andaba por los bosques cuando pasamos por allí, pero ya debe de haber llegado al puente. Tiene que estar allí. Es un lugar peligroso, pero aun así, familiar para él. Detengo el Bronco y salgo como una bala. Ni siquiera me molesto en cerrar la puerta. Voy corriendo hasta el puente sin dejar de inspeccionar las aguas negras e insondables. El problema es que esta noche el cielo está cubierto de nubes y la luz de la luna no ilumina el lugar. Regreso al Bronco, lo aparco más cerca, dejo encendidas las luces y vuelvo a salir corriendo.

La luz de los faros proyecta sombras inhóspitas. Hay marea alta. Me coloco en el punto desde donde solemos saltar y escudriño el agua, pero no veo nada aparte de la silueta oscura de Seal Rock y el ensanchamiento gradual de las márgenes conforme el arroyo desemboca en el océano.

Cuando Nic y yo éramos pequeños la gente que no nos conocía solía preguntar si éramos gemelos, aun cuando yo era más morena que él y mi pelo más oscuro. Ojalá lo fuéramos y nos uniera ese vínculo innato del que todo el mundo habla. Ojalá pudiera concentrarme y saber, o simplemente sentir, dónde está. Pero cuando pienso en él... siento una opresión en el pecho.

Mi madre y mi abuelo están sentados en el sofá y se sobresaltan cuando entro. Inmediatamente se vuelven para mirar detrás de mí, pero sus rostros adquieren un cariz decepcionado al ver que regreso sola. Emory aún está despierto, tiene a *Escondrijo* en brazos y mira la tele con los ojos bien abiertos, a pesar de que ni siquiera está encendida.

—Que no cunda el pánico.

Mi abuelo trata de tranquilizar a mi madre, a pesar de que acto seguido se dirige al armario donde guarda la pipa y se pone a rellenarla de tabaco con unos movimientos rápidos y bruscos nada propios de él.

—No debería haber salido con Patrick. —Mi madre retuerce las manos con nerviosismo—. Lo único que hemos hecho ha sido hablar de Nico, pero aun así, sabía que algo no andaba bien. Deberíais haber visto la cara que puso cuando el entrenador se lo dijo. Como si se le acabara de escapar su último sueño.

A veces las frases melodramáticas que saca de sus novelas ayudan más bien poco.

—Pues no lo es —espeto—. Solo tiene dieciocho años. Tiene mucho tiempo por delante para soñar. Y aún le queda lo de la Guardia Costera.

«Aunque ya no tenga a Viv». Algo que probablemente mi madre y mi abuelo ignoran. Pero no pienso contárselo, ya que el torrente de preocupación que discurre por mi cabeza es tan oscuro y ruidoso como el agua del bosque. No necesitan estar ahí conmigo, indagando las sombras y temiendo encontrar lo que están buscando.

* * *

Me dejo caer en nuestros escalones y repaso con la mirada la calle arriba y abajo. Tengo la esperanza de ver aparecer de la nada la silueta corpulenta de Nic, iluminada por la luz anaranjada que despide la bombilla del porche. Pero no hay suerte. Solo distingo la calle en penumbra, las olas distantes y el armazón de las casas, sobre las que destaca La Garita, pues es un poco más alta que el resto.

Cinco casas más allá.

La Garita se encuentra a solo cinco casas de la mía. ¿Cuánto será eso? ¿Cien? ¿Doscientos metros? Podría acercarme hasta allí a pie, pero no voy a hacerlo, porque mi primer instinto fue decirle a Cass que él había causado todo este desastre. Justo cuando por fin habíamos tenido la dichosa conversación sobre si éramos o no pareja y acordamos hacer las cosas bien. ¿Lo hemos estropeado todo: él, al ocultarme algo vital, y yo, al abandonarlo sin decir nada, o más bien, diciendo lo que no debería y poniéndome del lado de mi primo sin dudarlo?

Cierro la puerta mosquitera de un portazo. Por fin entro en casa.

* * *

Recibo un mensaje de Vivien a las cinco de la mañana: «¿Sabes algo?».

—¿Nicky? —suena una vocecita—. ¿Nic? ¿Nic?

Em deshace la cama de mi primo como si estuviera convencido de encontrarlo bajo las sábanas.

Mi abuelo contempla taciturno su bol con salvado, pasas y pomelo. En lugar de ojear el periódico como hace habitualmente mientras desayuna y señalar los rastrillos que tendrán lugar durante el día, se concentra en la comida y solo levanta la vista de vez en cuando para mirar hacia la puerta.

Vuelvo a llamar a Nic al teléfono móvil, una y otra vez, pero no deja de saltarme el contestador. «Siempre está sin batería», me repito todas las veces. Tiene el móvil en el bolsillo, totalmente descargado; no está debajo del agua, ni en ningún lugar inhóspito al que mi primo se haya arrojado y del que no haya vuelto a emerger.

Mi madre ni se molesta en preguntar, solo me mira de forma inquisitiva al salir de la habitación, luego hunde los hombros y se pone a meter enseres y productos de limpieza en su cubo. Cuando acaba lo transporta al Bronco. Pero entonces se da media vuelta.

—¿No deberías estar ya vestida para ir a casa de los Ellington?

—Hoy no puedo ir, mamá.

Su amable rostro adquiere una severidad no habitual en ella.

—No te eduqué para que dejaras colgada a la gente. No permitiré que abandones a una anciana que depende de ti. Ve a trabajar, Gwen. Eso es lo que hacemos cuando no sabemos qué otra cosa hacer.

Así pues, me marchó a trabajar.

Me paso la mañana preocupada. No dejo de mirar la casa de los Tucker, que está al otro lado de la calle, por la ventana de delante, con la esperanza de ver aparecer la camioneta de Hoop y a Nic bajándose de ella, cubierto de pintura, renegando, resentido, o triste, o enfadado... o simplemente... vivo. O tal vez una camiseta rosa o un joven de pelo rubio.

Pero Cass, que al principio del verano estaba por todas partes, protagonizando mis días y mis noches últimamente, está desaparecido en combate. Más de una docena de veces mis dedos han vacilado sobre las teclas de mi teléfono móvil sin saber qué hacer. Al final, la señora Ellington opta por extender la mano, igual que hacen los profesores en el instituto, y confiscármelo.

—Te lo devolveré al final del día. Acordamos desde el principio que no serías una de esas adolescentes que se pasan el día enviando mensajes, y pienso obligarte a cumplirlo. Y ahora que este punto ya está resuelto, me apetecería una taza de té calentita, por favor. Creo que a ti también te vendría bien tomar una.

Empiezo con el ritual: preparo el cacharro de cortar el limón, la cuchara con forma de concha..., pero la jarrita de la leche y el azucarero de plata no aparecen por ningún sitio. ¡Fantástico! No sé cómo, pero desde el momento en que descubrí a Henry y a Gavin Gage haciendo... lo que quiera que estuvieran haciendo, supe que la

persona que estaría allí justo el día que desapareciera uno de esos artículos inventariados sería yo.

La señora Ellington se golpea la barbilla con un dedo y frunce el ceño.

—Los saqué hace un par de días para servir un té a mi querida Beth y sé que Joy los guardó en el armario después de eso, porque no dejó de refunfuñar por tener que hacerlo. Mira que es desagradable esa mujer. Creo que debería decirle a Henry que busque otra enfermera.

Abro la boca para decir algo. La cierro. Vuelvo a abrirla.

—Pareces un bacalao, Ginebra, y hoy estás de lo más distraída. Se suponía que tu joven galán iba a venir a podarme los bojes y no le he visto el pelo en todo el día. ¿Hay algo de lo que quieras hablar conmigo? Fui joven hace un millón de años, más o menos, pero aún me acuerdo de qué va la historia. A veces incluso mejor que de lo que pasó ayer, si te soy sincera.

Aparta la silla de la cocina lacada en azul aciano y me indica que me siente, luego toma mi mano entre las suyas, suaves y arrugadas.

—¿La gente se pasa la vida guardando secretos y mintiendo a los demás? —pregunto en un tono de voz un tanto elevado para aquella cocina silenciosa—. ¿Esa es la cruda realidad?

Agita sus pestañas grises debido a la sorpresa.

—¿Recuerda cuando me dijo que era imposible guardar un secreto en Seashell? Pues se equivocaba. En Seashell no hay más que secretos por todas partes. Parece como si en este enorme lugar al aire libre... Lo que quiero decir es que aquí nadie tiene vallas, apenas hay árboles, la gente deja las ventanas abiertas y algunos ni siquiera cierran sus casas con llave. Y sin embargo... Sin embargo, eso no cambia nada. Hay un sinfín de muros por salvar y... Nadie sabe lo que hacen los demás, o lo saben y se lo callan, o se lo confían a la persona equivocada. Lo único que quiero... Lo único que quiero es marcharme de aquí e irme a un lugar que no se le parezca en nada.

—Mi querida chiquilla, me temo que te va a ser imposible encontrar un lugar así fuera de los libros. E incluso en ellos, ¿de dónde nacen las historias, sino de los secretos? Fíjate en *lady Sylvia*. Si se hubiese limitado a confesarle a *sir Reginald* que ella era la misteriosa doncella con la que había compartido aquella noche de pasión, el libro no habría tenido más de veinte páginas.

Ahora no quiero pensar en el personaje de *lady Sylvia* y en sus indecorosos secretos.

Quiero la verdad.

La señora Ellington estudia mi rostro detenidamente.

—Jamás pensé que te vería hacer pucheros, Ginebra. Nunca me has parecido esa clase de joven. —Agarra la taza, toma un sorbo de té sin leche y sin azúcar y hace una mueca de disgusto—. Supongo que llegados a este punto me toca obsequiarte con un poco de la sabiduría que teóricamente he adquirido con la edad. —Vuelve a

tocarse la barbilla con el dedo—. No me resulta tarea fácil, ya que creo que a mis ochenta y tantos sé menos y estoy menos segura de nada que cuando era joven. Por cierto, el té está asqueroso sin azúcar, Gwen. ¿Podrías ponerle un poco directamente del bote, por favor, y nos olvidamos por una vez del juego de plata?

—No se preocupe, señora Ellington. No tiene por qué darme ningún consejo.

—¿Qué tal esto, querida? Creo que es lo mejor que puedo ofrecerte: resulta que sí, es sumamente difícil que dos personas sean sinceras la una con la otra. Sentimos miedo, nos invade la vergüenza... Todos queremos que los demás tengan una buena imagen de nosotros mismos. Yo llevaba cinco años casada con el capitán cuando me confesó que jamás había capitaneado un barco y que, de hecho, se mareaba cuando ponía los pies en uno. Yo siempre pensé que debió de haber tenido una mala experiencia en la guerra y ese era el motivo por el que no quería salir a navegar. Aunque en realidad jamás estuvo en la Marina... En fin, estoy divagando. Tal vez, mi querida Gwen, en lugar de sentirte traicionada cuando alguien te mienta, deberías pensar que el que dos seres humanos sean capaces de decirse la verdad es una experiencia maravillosa. —Me da unas palmaditas en la mano y me ofrece su sonrisa más alegre—. Así que no hagas pucheros. El viento podría cambiar de pronto y se te quedaría esa cara para siempre.

—Señora Ellington, su hijo está vendiendo sus cosas a sus espaldas. Ese amigo suyo... ha estado tasando la plata, los cuadros y las butacas. Los oí hablar...

Lo dejo ahí. Y espero a que su rostro se ensombrezca por la ira, hacia Henry o, más bien, hacia mí, la cotilla portadora de malas noticias, la persona que dice las cosas que nadie quiere oír. No obstante, en lugar de eso, se echa a reír a carcajada limpia y vuelve a darme palmaditas en la mano. Su reacción me deja totalmente confusa.

—Sí, querida —confirma al fin casi con lágrimas en los ojos.

—¿Lo sabía?

—Sí. Henry y yo mantuvimos una conversación muy interesante ayer, aunque ya antes de eso... No soy ninguna ingenua, querida chiquilla. Puede que Gavin Gage sea amigo de Henry desde hace muchos años, pero sus visitas me parecían demasiado seguidas como para deberse tan solo a una cortesía social. Todo el mundo en Seashell, más bien en toda Connecticut, sabe que Gavin Gage es el hombre al que hay que acudir cuando uno quiere desprenderse con discreción de alguna reliquia familiar inútil a cambio de un puñado de dólares mucho más útiles.

—Pero... Pero... su hijo actuaba con mucho sigilo, siempre se aseguraba de que usted estuviera durmiendo la siesta y le preocupaba mucho que descubriera que faltaba algo...

—¡Ay, doy gracias a Dios por no ser hombre! Las mujeres somos orgullosas, pero, entre tú y yo, ellos se llevan la palma. Verás, Henry y yo hablamos ayer largo y tendido después de que le pidiera que me enseñara las cuentas para ver si podía darte algo más por lo bien que te has portado conmigo este verano. Nunca había visto a

nadie hacerse tanto el remolón y poner mil excusas. Finalmente no le quedó más remedio que confesar que había hecho algunas inversiones desafortunadas y que ahora éramos, como la mayoría de las familias de Seashell, ricos en bienes inmuebles, pero pobres en cuanto a liquidez. ¡Ni que yo prefiriera ver cómo sufre un ataque al corazón antes que vender ese horrible anillo que perteneció a mi suegra!

Apura el té restante de un sorbo.

—Hoy hace un poco de fresco —continúa en un tono más alegre—. Demasiado para ir a la playa. Seguro que las damas estarán impacientes por saber algo más de los pecados de *lady* Sylvia. ¿Podrías preparar la deliciosa salsa de Ben para ellas? Marco se presentó aquí anoche con una langosta en su punto de parte de tu abuelo.

* * *

Nic lleva todo un día de trabajo desaparecido, uno que ya toca a su fin, aunque ni Tony ni Marco han llamado para preguntar por él. Supongo que Manny les habrá comentado algo. Mi madre se ha ido a limpiar ese edificio de oficinas en la ciudad, porque es jueves, y eso es lo que hace los jueves. Mi abuelo se ha marchado a su noche de bingo. Viv está sirviendo el *catering* de una cena de ensayo. Emory ha ido hoy a su sesión de terapia del habla y de terapia ocupacional, por lo que está cansado y quiere ver *La gran aventura de Winnie the Pooh*. Por lo tanto, aquí estoy, sentada junto a mi hermano pequeño, contemplando con la mirada perdida la pantalla y recordando todas las veces que Nic y yo nos hemos preguntado por qué narices Winnie the Pooh lleva una camiseta y no lleva pantalones.

Echo de menos a mi primo. Echo de menos a Cass. Echo de menos las cosas que pensaba que durarían para siempre, y aquella que pensaba y que por fin había empezado a creer que era real. Quiero rebobinar y poner esa película de nuevo.

—*Escondrijo* te quiere —susurra Emory acurrucándose a mi lado y colocando el cangrejo ermitaño en mis brazos.

Lloro sobre un crustáceo de peluche. Creo que esto es lo que se considera haber tocado fondo.

* * *

—¿Qué narices hace Emory despierto a estas horas? —pregunta mi padre enfadado.

Me despierto sobresaltada y Myrtle emite un gruñido. Mi padre arrastra su bolsa de ropa sucia por el salón y la deja donde siempre.

He perdido la noción del tiempo. Ya ha oscurecido. Emory está sentado a mi lado con los ojos como platos, viendo aún la película de Winnie the Pooh. ¿Me he quedado dormida durante unos pocos minutos? ¿O han sido horas?

El reloj digital marca las 23:20. Nic lleva desaparecido más de veinticuatro horas, por lo que ya podemos denunciar su desaparición, ¿verdad? ¿O tienen que ser cuarenta y ocho? El hecho de que tenga que preguntármelo me provoca una punzada de dolor en el estómago.

Mi madre y mi abuelo juegan a las cartas en la mesa. ¿Cómo pueden tener ganas de una partidita de *gin rummy*? Todos nos ponemos a hablar a la vez, incluido Em, que se incorpora, se acerca a mi padre y se cuelga de su cintura.

—¡Niiiiiiicky! —se lamenta Em.

Mi padre lo despeina distraídamente mientras clava la mirada en mi madre.

—Luce, no montes uno de tus dramas —avisa mi padre—. Gwen, pensaba que eras más lista. Ben, el muchacho está bien. Calmaos todos. Está conmigo en mi casa. Volverá mañana.

El hecho de que hable con más acento del habitual significa que no está tan tranquilo como quiere hacernos ver.

Nuestras voces siguen solapándose. Preguntamos si Nic está bien, le decimos lo preocupados que hemos estado, le contamos lo del puesto de capitán...

—¿Por qué no nos llamaste para decírnoslo, Mike? —pregunta mi madre casi gritando.

—Sé buena con papi —la reprende Emory.

—No pasa nada, Emmie —lo tranquiliza mi padre—. Lo sé todo. Lo del puesto de capitán, lo de la novia... Anoche se presentó en Castle's hecho una piltrafa, pero acababa de llegar un autobús lleno de turistas y tenía que atenderlos. Le dije que se fuera a mi casa, que recuperara la compostura y que se tomara todo esto como un hombre.

—¿Y qué se supone que debe hacer un hombre cuando descubre que a la joven que ha querido durante toda su vida le gusta otro, papá?

Mi madre y mi abuelo me miran boquiabiertos.

—No seas tan melodramática, hija. Espero más de ti. —Pero entonces me sonrío y eso le confiere un aspecto juvenil del todo inesperado, como si volviera a ser el muchacho de dieciocho años del que mi madre se enamoró—. Lo mismo que se hace ante cualquier problema: tomarse una cerveza, ver deportes en la tele y compadecerse de sí mismo. Solo por una noche. Y eso mismo es lo que estaba haciendo cuando me he ido. Se le pasará. ¡Por el amor de Dios! De cualquier cosa hacéis un culebrón.

* * *

Detengo a mi padre por el brazo cuando se mete en su camioneta. Quiero darle las gracias, sí, pero también preguntarle por qué ha permitido que estuviéramos preocupados sin motivo. Mi padre no es muy aficionado a los teléfonos móviles, pero aun así... ¿Tanto le costaba decirnos que Nic estaba bien?

—No te preocupes por él, Gwen. Está un poco hecho mierda ahora mismo, pero se le pasará. ¿Quién no necesita cortar con todo de vez en cuando? Le he dicho que si no se relaja un poco, acabará siendo como yo. —Vuelve a obsequiarme con esa sonrisilla infantil—. Eso acojona a cualquiera.

Me observa fijamente.

—Tú también tienes pinta de necesitar un reseteo, hija. Quizá te vendría bien perderte durante unas horas.

Hace una pausa, aunque no aparta la mirada. Se inclina hacia el asiento del copiloto, abre la puerta y me hace un gesto con la cabeza para que suba.

Le obedezco.

Echa marcha atrás haciendo chirriar las ruedas y luego acelera hacia delante. La barrera eléctrica de Seashell está programada para levantarse cuando uno está lo bastante cerca. Sin embargo, a mi padre le gusta forzar un poco las cosas. Siempre pienso que va a llevársela por delante, pero la barrera se levanta justo a tiempo.

Adoro vivir al abrigo sensato y cariñoso de mi madre y mi abuelo, pero a veces, como esta noche, el matiz alocado de mi padre resulta todo un alivio. Es como saltar de un puente. Un subidón.

Subo el volumen del CD que suena. En el Bronco siempre llevamos la música relajante que le gusta a Emory: Elmo, los éxitos de Disney, más Barrio Sésamo, Raffi... O los clásicos románticos y elegantes de mi abuelo. Salvo cuando le da por las tertulias de la radio, no me cabe la menor duda de que en la camioneta de mi padre sonará el chirrido furioso de los Rolling Stones o el bramido de frustración de Bruce Springsteen.

Tramps like us, baby we were born to run...

—Papá, tengo que contarte algo de los Ellington. No te gustará.

Mi padre baja el volumen, solo lo justo.

—Por Dios, entre Nic y tú no nos dais un minuto de descanso. ¿Qué ha pasado, Ginebra?

Le cuento lo de Henry Ellington. Mi padre se pone furioso, aunque por suerte no conmigo.

—¿Te dije que había contado hasta la última pinza para langostas?

Ya ha vuelto su acento.

—Eso es lo que me dijiste que hiciera, papá, que estuviera atenta a la mínima oportunidad. Esas fueron tus palabras exactas, que esta era «mi oportunidad». Pero yo no te hice caso. Jamás podría hacer algo así. ¿Lo decías en serio?

Pega un volantazo y detiene bruscamente la camioneta en el arcén, a medio camino entre un extremo y el otro de la carretera. Se pasa la mano por el pelo y mira hacia todos lados, menos a mí.

—Hija —se arranca al fin—, yo tenía dieciocho años cuando tu madre dio a luz. En el hospital ella no dejaba de gritar y llorar por el dolor, había sangre por todas partes y... lo único que yo quería era escapar a toda prisa. Parecía a un millón de

años luz de la noche en que empezó todo: un poco de diversión inocente en la playa, una hoguera, una joven hermosa..., ya sabes. Pero entonces nos entregaron al bebé, a ti, con tu mirada seria y ese gesto que haces con las cejas cuando estás preocupada. Como si ya supieras que no éramos los mejores. Y entonces se supone... se supone que de pronto nosotros tenemos que saber qué hacer y cómo arreglarlo todo. Y vaya si lo conseguimos. Luce sabía limpiar y yo sabía freír. Gulia ya era un desastre por aquella época (pastillas, alcohol, un cretino tras otro...). Éramos conscientes de lo que se nos venía encima: otro niño, Nic. Nosotros éramos su única oportunidad. No había más opción, así que, como sabes, nos hicimos cargo de él. Nic, tú, Emory, con su... lo que sea. Solo quería que vuestra vida fuera un poco más fácil, aunque quizá mi forma de expresarlo fue un tanto estúpida. Solo quería que vuestro camino fuera distinto al mío, porque el mío... En fin... Solo quería que tuvierais una vida mejor. Eso es todo.

Vuelve a arrancar la camioneta y pone rumbo a su casa sobre el agua.

Inspira hondo.

Pausa.

Vuelve a tomar aire.

Estoy esperando su infinita sabiduría de adulto.

—Hija...

—¿Papá?

—Nic está aquí y tú también. No lo avasalles. Estoy de acuerdo en que hay que hablar con él, pero Mario Kart da mucho de sí.

* * *

Nic se ha quedado dormido con la tele encendida y el mando a distancia en una mano. Mi padre le echa una sábana por encima, aunque es demasiado corta para sus zancas. A mí me prepara el sofá cama. Le envió un mensaje a mi madre, uno a Viv y otro a mi abuelo antes de quedarme dormida alrededor de las dos de la madrugada. Mi abuelo es un negado con los teléfonos móviles y mi madre siempre borra los mensajes al intentar abrirlos. Al menos, sé que Viv lo leerá.

* * *

Alguien me zarandea los hombros sin mucha delicadeza. Me incorporo en la cama con brusquedad y me golpeo la coronilla con la barbilla de Nic. Ambos soltamos un grito.

—Vamos, primita —me dice con voz de recién levantado.

Me pongo en pie, me envuelvo en el edredón y lo sigo hacia el exterior. Nic toma

asiento en los enormes tablones de madera que conectan la casa con tierra firme, que se elevan por encima de la marisma. Lleva unos calzoncillos descoloridos del equipo favorito de mi padre, los Red Sox. Balancea los pies en el borde del puente y prueba el agua con el dedo gordo del pie. Las ondas se multiplican en la superficie. La verdad es que tiene un aspecto horrible; los ojos como dos tomates, unas ojeras terribles y el pelo revuelto. Lleva puesta una de las camisas de franela a cuadros de mi padre, que le queda demasiado justa a la altura de los hombros y cuyos botones amenazan con salir disparados. Arrugo la nariz. Huele a cerveza y a sudor. ¡Puaj!

Carraspea.

—¿Quieres pegarte un bañito en el muelle? —dice.

—¡A quien quiero pegar es a ti! Te estuve buscando por todas partes, Nic. Pensaba... Bueno, ¡todos pensábamos que te habías ahogado a propósito en el arroyo!

—¿En serio? Yo nunca haría algo así, Gwen.

—Nic...

—Aquí no —me ordena—. Vamos.

La camioneta de mi padre ya está preparada, incluso el motor está en marcha. Es tan impropio de Nic premeditar las cosas... Pero todo ha cambiado.

Tomo asiento en el lado del copiloto, el que tiene la tapicería levantada y pegada con celo. Nic ajusta el espejo retrovisor, se pone el cinturón de seguridad y echa su asiento hacia atrás. Todas estas medidas de seguridad parecen más propias de un piloto de avioneta que del conductor de un Chevy, pero bueno.

Conducimos en silencio hasta el puente. Nic no reduce la velocidad al llegar al badén de Ocean Road y al pasar por encima parece como si la camioneta fuera a desmontarse. Está conduciendo como mi padre. Se detiene bruscamente, levantando arena, y de repente se vuelve hacia mí.

—¿Lo sabías? —preguntamos ambos al unísono.

—¿Lo de Vivien? —pregunto al ver que Nic no dice nada—. No tenía ni idea. Si lo hubiese sabido...

No sé lo que habría hecho, la verdad.

Salimos del vehículo y nos dirigimos a la playa. La arena está tan fría y húmeda que empiezo a tiritar. Cass habría traído una sudadera para mí o me habría prestado la suya. En este breve tiempo me he acostumbrado a esos detallitos, pequeñas muestras de cortesía cuya ausencia ha sido suficiente para valorar su presencia.

Nic se deja caer a plomo en la orilla del arroyo y yo tomo asiento a su lado. De pronto se pone de costado, rebusca en su bolsillo y saca un guijarro. Lo sopesa en la mano como si estuviera intentando calcular su peso y lo pondera como si jamás hubiese visto nada parecido.

Intento hacerme con él. Quiero arrojarlo al agua, pero no para ver cuántas veces rebota, sino simplemente para librarme de él y de los recuerdos que deben de estar pasándole por la mente a mi primo mientras se pregunta qué signos pasó por alto y

cómo lo que pensaba que era cierto acabó no teniendo nada que ver con la realidad.

Pero Nic cierra la mano alrededor de la piedra antes de que pueda arrebatársela.

—Parece ser que he sido un cretino últimamente —empieza.

—Bueno, sí. Bastante, la verdad. Aunque no creo que esa sea la razón por la que Vivien...

Abre la boca para responder, pero luego vuelve a cerrarla. Un músculo pequeño se tensa en su mandíbula.

—No estoy hablando de Viv.

—Nico...

Me hace callar con un movimiento de cabeza.

—El año pasado, o incluso esta primavera, ni por un segundo hubieras pensado que me arrojaría al torrente para suicidarme. O me equivoco...

Me mira fijamente con sus ojos marrones. Niego con la cabeza.

—¿Lo sabías? —pregunto—. ¿Lo de Spence?

Menea la cabeza y le da una patada al agua.

—Sí. No. Algo no iba bien. Ella estaba... Yo estaba... Supuse que tendría tiempo de arreglarlo más adelante. Total, ella no se iba a ir a ninguna parte, seguro. En cuanto consiguiera el puesto de capitán, me ocuparía de ese problema, pero... Después de lo que pasó en la playa, está claro que ese barco zarpó cuando yo ni siquiera estaba mirando.

Espero en silencio. Mi padre me aconsejó que no le presionara.

—Después de eso... Me sentía incapaz de miraros a la cara a tía Luce, al abuelo... y a ti. Todos ibais a compadecerme. —Mueve los hombros en círculos como si quisiera desprenderse de nuestra compasión imaginaria—. Sabía que el tío Mike reaccionaría de otro modo.

—¿Te dio su famoso discursito de «cómo se toma las cosas un hombre»?

—¡Puff! ¡Cómo no! Sabía que estarías muy preocupada por mí. Por eso le dije que te llamara, pero me contestó que los hombres hablan por sí mismos; que si yo no estaba listo para hablar contigo, él no pensaba mover un dedo por mí.

Vuelvo a abrir la boca, pero él me detiene con la mano o, mejor dicho, con el puño, pues aún mantiene dentro la piedra.

—¿Recuerdas, primita, cuando a la señora Partridge se le coló una mofeta debajo del porche? Tendríamos unos siete años. Llamó a tu padre para que le solucionase la papeleta. Él la envolvió en una toalla y me la pasó, pero el animal me mordió a través de la tela.

Sí. Recuerdo que Viv estuvo sujetándole la mano en el hospital y derramó las lágrimas que él jamás se permitiría.

¡Oh, Nic!

—Y Vivien... —intenté proseguir.

—Esto no tiene nada que ver con ella —Nic me interrumpe—. Tuvieron que ponerme la vacuna de la rabia, ¿te acuerdas? La enfermera sacó una jeringuilla que

era larga de narices. Tía Luce y vovó se echaron a llorar, el abuelo se puso a rezar y tú le preguntaste a la enfermera si funcionaría igual si te la ponían a ti en lugar de a mí. Yo pregunté si me dolería... El abuelo y tía Luce respondieron que no, pero tío Mike soltó que iba a dolerme de cojones. ¿Te acuerdas?

¡Cómo no! En parte porque hasta ese momento no había oído esa palabra.

—La cuestión es que tenía razón. Me dolió, pero saber lo que iba a pasar me ayudó mucho. Uno no puede asimilar la verdad si nadie se la dice, ¿no?

Asiento en silencio.

—He querido a esa joven durante toda mi vida —confiesa Nic.

—Lo sé.

Calcula el peso de la piedra, hace un juego de muñeca y la lanza sobre el agua.

Dos saltos.

No es su mejor tiro.

—Y sin embargo, me jode más no haber conseguido el puesto de capitán. ¿Me explicas qué coño significa?

Significa que lo que siempre has tenido no es lo que siempre tendrás; que lo que siempre has querido no es lo que querrás para siempre.

—Eso mismo. Lo has clavado.

Hasta que no oigo su respuesta, no me doy cuenta de que lo había expresado en voz alta.

* * *

Mi madre está poniéndose sus zapatillas de deporte en los escalones del porche. Una de las canciones de Mulan escapa a todo volumen por las ventanas. *Todo un hombre haré de ti*, canturrea Emory con voz aguda y dulce.

—¿Nic está bien? —pregunta mi madre.

—Lo estará —asiento.

Contempla mi rostro en silencio.

—Seguro que sí —dice con decisión—. Pero si no lo está, al menos durante un tiempo, tiene que solucionarlo él solo.

Una de sus deportivas Nike tiene un nudo que parece imposible. Mi madre intenta deshacerlo con las uñas, que se ve obligada a llevar muy cortas por su trabajo.

—Trae, déjame a mí —le digo tirando de la zapatilla.

—Gwen, puedo ocuparme yo.

Un tirón aquí y allá, y el nudo cede al fin. Se coloca la deportiva, recupera su lata de Coca-Cola *light* y da un sorbo cerrando los ojos. Así se abstrae ella del mundo, con sus libros, sus refrescos y sus historias.

Oímos removerse la gravilla y atisbamos un destello plateado. Ambas levantamos la vista para ver pasar el Porsche de Spence a toda velocidad. El joven lleva las gafas

de sol en la cabeza y el brazo derecho extendido en el asiento del copiloto. Toma el camino a la casa de los Almeida y aparca a sus anchas, igual que hizo aquel primer día de verano en Castle's, usando más espacio del que realmente necesita.

Viv baja corriendo los escalones del porche y se sube en el descapotable con su melena al viento.

—Nos va a llevar algún tiempo acostumbrarnos —comenta mi madre—. Ese muchacho parece completamente fuera de lugar.

Sí y no. Esa es la paradoja de Seashell. Ese es el tipo de vehículo que se ve por la isla, solo que está en el porche equivocado. Viv ya no ocupa el lugar que siempre fue suyo, el que siempre ha querido, y Nic ha perdido lo que temió que fuera lo único que conseguiría en la vida.

CAPÍTULO 37

Remoloneo en los escalones de La Garita algunos minutos mientras intento armarme de valor. Y cuando por fin alzo la mano para llamar a la puerta, se abre de pronto. Básicamente me topo con Cass, a punto de salir con una bolsa de reciclaje azul sobre el hombro.

—¡Ey! —exclamo.

Cass deja la bolsa en el suelo y se pone derecho. Su silueta aparece iluminada por la luz del interior, que propaga destellos en su pelo pero sume su rostro en la oscuridad. Silencio. Ni siquiera sus buenos modales me invitarán a entrar, a menos que hable rápido. Así que me pongo manos a la obra, y lo hago con tanta celeridad que las palabras se solapan unas con otras.

—Tengo que decirte unas cuantas cosas y preguntarte otras y tú tienes que dejarme entrar —enuncio casi sin respirar.

Él da un paso atrás y levanta una ceja.

—¿Es una orden? ¿Vuelvo a ser José?

—Te lo estoy pidiendo, no ordenando. ¿Puedo... entrar? Porque... Cass, déjame entrar. No quiero tener esta conversación en la puerta de tu casa. Seguro que la señora Partridge tiene un oído supersónico.

Abre más la puerta, aunque sin apartarse ni un solo centímetro, con lo cual, tengo que pasar rozándolo. Percibo el rastro de cloro en su piel bronceada.

Me acomodo en el horrible sofá de color verde y él se desploma en la butaca llena de manchas que hay enfrente. Tiro de mi falda hacia abajo. Él aprieta la mano y la relaja.

—Necesito hacerte una pregunta —le digo—. Bueno... más bien, tres.

—Adelante.

—Sabías lo de Spence y Viv, ¿verdad?

—Sí.

Solo una palabra. Yo esperaba una explicación, puede que incluso una disculpa, por lo que su respuesta me deja descolocada durante un segundo.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —indago.

—Me enteré al día siguiente de lo del cobertizo. Los sorprendí en el T&N aquella noche.

—De acuerdo. Siguiendo.

—¿Que por qué no te lo dije? —me interrumpe—. Yo...

—Chssss. No es esa. Aquel día en el cobertizo... ¿llevabas condones, aparte de las toallas y el Pícnic Costero? Dime la verdad.

Cass cierra los ojos.

—Sí, por si acaso. A ver, no es que ese fuera mi objetivo, ni lo único que me importara, pero... Ya sabes cómo van las cosas entre nosotros. No quería que me volviera a pillar desprevenido y hacer una estupidez... otra vez. Pero entonces, al día siguiente... No habían pasado ni veinticuatro horas, Gwen, y voy y descubro ese gran secreto que sé que te hará sufrir. Nada más decirte que iba a ser honesto contigo, cuando por fin habíamos salvado nuestras barreras y navegábamos en mar abierto...

—Es una metáfora contradictoria, pero bueno. Ahora ya lo sé. Ya lo he entendido. Esboza una sonrisilla.

—De acuerdo, mujer, ¿qué es lo que has entendido?

—Cuál es tu superpoder.

—¿Mi qué?

—Eres incapaz de mentir. Simplemente no lo haces. Te pregunté qué era lo que se había interpuesto entre nosotros hace unos meses y tú me respondiste la verdad sin miramientos, a pesar de que era un asunto delicado.

—Debería habértelo contado antes. Es solo que... no quería que Spence y Vivien, ni nada, se interpusiera entre nosotros. Yo... tan solo quería...

—A mí.

—Que hubiese un nosotros —me corrige.

Aún no hemos hablado de todo lo que deberíamos, pero necesito besarle. Me pongo en pie y él me imita, doy un par de pasos adelante y él avanza hacia mí. Entrelazo mis dedos en su nuca y él me atrae hacia su cuerpo por la cintura. Como es habitual, huele a todo aquello que implica limpieza y luminosidad, a jabón, a rayos de sol. Nuestro beso empieza poco a poco. Sus labios cálidos se deslizan con dulzura y con firmeza, con conocimiento y con calma, pero entonces se vuelven más salvajes, porque así es como también somos los dos. Coloca las manos en mi nuca y yo bajo las mías por su espalda y lo atraigo hacia mí. Me empapo de Cass, de este momento, de todo lo que envuelve este preciso instante y lo que conforma su persona. Parece como si jamás fuera a tener suficiente y él parece tan adicto como yo; no solo a mis besos, sino a todo mi ser.

* * *

Y durante un buen rato no hablamos de nada. Entonces...

—¿Cómo te sientes? —pregunta Cass, pero antes de que pueda responder, suelta un gruñido y baja la cabeza—. No puedo creer lo que acabo de preguntar.

—¿Y qué tiene de malo? A mí me ha parecido muy considerado por tu parte.

—Es la frase favorita de mi madre. —Se tiende boca arriba sobre la alfombra—. Viene con el paquete de terapeuta... «¿Cómo te sientes al respecto?». Es fantástica, de verdad, pero no quiero pensar en ella ahora mismo, ni mucho menos hablar como ella. ¡Joder!

Se endereza y deja que el rubor se extienda por sus mejillas bronceadas. Acaricio su pelo y se lo despeino un poco.

—La última pregunta —le digo—. Y respóndeme con sinceridad: ¿cómo es que nunca...? Ya sabes. Dices que no eres como Spence y eso lo noto, pero ¿qué hacías tú en esas fiestas mientras tu mejor amigo coleccionaba chicas en un *jacuzzi* como trofeos? ¿Recoger los botellines vacíos?

Cass suelta un resoplido.

—Eso no, te lo aseguro. No soy ningún santo. Simplemente no completé, cómo decirlo..., los mil quinientos metros.

Me echo a reír.

—¿Los mil quinientos metros? ¿Qué es eso, a ver, una metáfora de natación?

—¿Podrías no reírte? Ya me resulta bastante bochornoso.

Finge fulminarme con la mirada, aunque no puede evitar sonreír.

—¿Por qué bochornoso?

—Porque... Bueno, porque... creo que si me estás haciendo esta pregunta es porque he hecho algo mal, o porque no sé muy bien lo que estoy haciendo o porque... —Cass hace una mueca, se pasa la mano rápidamente por la cara y se apresura a añadir—: Aunque aprendo rápido. Bueno, si el tema me interesa y este...

—Cass... —Apoyo mi mano en su mejilla—. Si lo que te preocupa es que yo tenga más experiencia que tú... un poco más, en realidad, ¿puedo decirte lo que sé... por experiencia?

Asiente.

—Que prefiero mil veces estar con alguien para el que sea importante lo que hagamos, que alguien que sea un maestro en lo que hace.

Y ya volvemos a estar enzarzados en un beso apasionado.

CAPÍTULO 38

El bramido de un trueno nos separa durante un segundo, aunque Cass me atrae de nuevo hacia sí cuando las primeras gotas de lluvia caen sobre el tejado de La Garita. Abandonamos el sofá y recorremos el apartamento cerrando ventanas. Más ruido de truenos, más relámpagos. Otro verano tormentoso.

Al cerrar las contraventanas me acuerdo de lo que he traído y dejé escondido en los arbustos junto a la segadora antes de subir los escalones de la entrada.

—¡Oh, mierda! —exclamo dirigiéndome a toda prisa hacia la puerta.

Cass aparece detrás de mí casi de inmediato.

—No huyas.

—No pensaba hacerlo. —Me echo a reír—. De verdad. Volveré enseguida. Tú espérame aquí. No, mejor... Métete en el baño. Quédate allí hasta que te avise. Puedes... no sé, darte una ducha... o lo que sea. No necesito más de cinco minutos.

Cass me observa fijamente.

—¿Necesito una ducha? ¿Acaso huelo?

—No, no. Nada de eso. Hueles de maravilla. Lo que quiero decir es... Oh, Dios. —Me cubro los ojos con la mano y bajo la voz—. Lo que quiero decir es...

Los hoyuelos hacen su aparición.

—¿Que me meta en el baño y espere? No me dejarás ahí para siempre, ¿no?

La lluvia arrecia.

—Pues claro que no. Anda, entra.

Cass me obedece.

Gracias a los libros de mi madre y a las películas de mi abuelo, lo sé todo sobre cómo crear un ambiente romántico: velas, rosas, música romántica suave, un haz de luz dorada colándose por la ventana... Una puesta en escena de lo más cuidadosa.

No puedo hacer nada para conseguir ese halo dorado en la ventana, ni para remediar el hecho de que he dejado todo mi material a la intemperie, aunque reconozco que he preparado cuidadosamente el escenario. Aun así, estoy de los nervios; a pesar de haber pensado mucho en ello, haberlo planeado al dedillo y estar segura de que es lo correcto.

* * *

Adorno con velas la cómoda de su habitación, también la mesita de noche y el alféizar de la ventana. Menos mal que el joven jardinero no ha metido mano a los arbustos de La Garita con las tijeras de podar. La bolsa de lona que he escondido allí

ha quedado bien protegida. No se ha mojado casi nada con el chaparrón... salvo, cómo no, las cerillas. ¡Estupendo!

Me dirijo como un rayo a la cocina, aparto la bolsa que dejé sobre la encimera, la que contiene un fantástico Pícnic Costero, y enciendo una vela con el quemador. Uso esta para encender otra vela, esa para la siguiente, y así sucesivamente hasta que la estancia queda iluminada de una manera sutil. De pronto me alegro de que fuera esté lloviendo.

No tiene hecha la cama y la colcha forma un gran ovillo en el suelo. Como no podía ser de otro modo, las sábanas son... de un color rosa muy pálido. Estiro el edredón y ahueco las almohadas, aunque enseguida me arrepiento y trato de dejarlo todo como estaba. Sigo sin saber qué hacer con la cama cuando oigo la voz de Cass.

—¿Puedo...?

—¡Todavía no!

Gracias a Dios que mi vestido ni siquiera está húmedo.

* * *

—Muy bien, ya puedes salir —digo cantarina.

Cass abre la puerta del baño, dejando escapar una nube de vapor. Al final ha acabado duchándose y cambiándose de ropa. Al percatarse de mi vestido, los ojos se le salen de las órbitas y deja caer al suelo la toalla con la que estaba secándose el pelo.

—¡Vaya! —exclama.

—Esto... —respondo como si fuera una respuesta válida.

Me contempla de arriba abajo. Comienza por mi melena, desciende por el vestido negro atado al cuello y acaba en mis pies descalzos. Curvo los dedos de los pies, levanto la barbilla y finjo estar como pez en el agua.

Pero él me conoce. Cass me conoce muy bien.

—Vaya... Guau, Gwen.

—Creo que tenemos que acabar con esto de una vez por todas —le suelto.

Él se echa a reír.

—Justo lo que todos los tipos quieren escuchar. Todos queremos ser esa tirita que vosotras arrancáis de un tirón.

—No eres ninguna tirita. Quiero hacerlo. Lo que quiero decir es que... yo... yo... he traído velas.

—Y un Pícnic Costero —añade.

Se acerca hacia mí muy poco a poco y extiende sus manos sobre la encimera en la que estoy apoyada, una a cada lado de mi cuerpo. Me echo un poco hacia atrás.

—Lo tenías planeado —dice.

—Sí. Es cierto. Es... cierto.

Toma mi barbilla con una mano y me atrae para apoyar su frente en la mía. Y entonces me susurra la palabra que ya sé que empleará.

—Gracias.

—No estoy buscando un maratón de sexo.

—Nunca tuvo nada que ver con el sexo —me responde sin más.

Me pasa la mano por la mejilla y une sus labios a los míos.

EPÍLOGO

En el centro de un amplio cuadrado de hierba que se extiende entre Low Road y Beach Road, donde se celebran todas las bodas que tienen lugar en Seashell, se erige un castillo.

Bueno, más bien, una carpa con picos que me recuerda a un castillo. El ambiente es tan festivo que parece una escena sacada del reino de mi *alter ego*, Camelot. En lo alto de los torreones de lona ondean al viento orgullosos gallardetes en azul y blanco, los colores del Instituto Stony Bay; vigas y pilares engalanados con guirlandas de luces blancas; flores azules y blancas por todas partes.

El cartel de «¡Enhorabuena!» se exhibe torcido hacia un lado y Al Almeida no deja de hacer gestos con impaciencia para que alguien lo arregle. Si bien ese alguien no soy yo. Esta noche no. Ni Hoop, ni Pam, ni Nic, ni Viv. Esta noche nosotros somos los invitados y se nos permite dejar en casa las camisetas con el dibujo de la sirena o los esmóquines alquilados.

Es una tradición informal del Instituto Stony Bay que los alumnos del último curso abandonen la fiesta de graduación para ir al lago en las afueras de la ciudad a darse un baño completamente vestidos. Y todos seguimos dicha tradición: Hoop, Nic, Spence, Viv, Cass y yo.

Salimos disparados hacia el Porsche, el Bronco, la camioneta de Hoop y el BMW abollado de Cass y corremos para unirnos a nuestros compañeros, que ya estaban alineados, preparados para el chapuzón. Al saltar, todos proferimos un grito de júbilo. Después cruzamos el puente de vuelta a Seashell para nuestra propia celebración: saltar desde el muelle de Abenaki con la ropa ya empapada.

Hoop se queja de que el agua está helada. Cass, que ya nos sacaba bastante ventaja hacia el rompeolas, lo llama «nenaza». Spence se pone a nadar con parsimonia, dejando a un lado las fieras brazadas que, combinadas con la espalda de Nic y la impecable mariposa de Cass, han convertido al Instituto Stony Bay en campeón estatal por primera vez en toda su historia.

Y ahora regresamos a la fiesta. No se trata de ninguna tradición, sino de algo que solo ocurrirá una vez en la vida y que sirve para celebrar todo lo que vamos a dejar atrás, tanto nuestra vida pública como la privada, tanto en el instituto como en casa. El padre de Spence quería organizar un gran sarao en el T&N, pero al final, solo la opción de Seashell parecía encajar.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunté a Viv cuando me dio la noticia.

—He usado mis dotes de mando.

—Le has amenazado con echarte a llorar, como si lo viera. Es superior a sus fuerzas.

—No, yo no hago esas cosas. Cuando se trata de amor verdadero, no hacen falta triquiñuelas.

—Sigo pensando que deberías pedir trabajo en el sitio ese, donde hacen las tarjetas de San Valentín.

Vivien sacude la cabeza.

—Interferiría con mis clases.

Viv piensa apuntarse en otoño a un ciclo formativo de cocina en Stony Bay que le ayudará a conseguir créditos por los que hace un año ni se preocupaba. Si todo va bien, pedirá plaza en primavera en la Universidad Johnson & Wales, en Rhode Island. Spence irá a Harvard. Si su relación sobrevivirá o no a la distancia, es una incertidumbre que aún no han resuelto. De momento han sobrevivido al último curso; a eventos familiares de lo más incómodo en el Club, en los que Viv era la novia en lugar de la camarera; y a los comentarios de Spence, como «¡Guau! Nunca había sido fiel durante tanto tiempo. De acuerdo, nunca había sido fiel a nadie».

Los tacones me están matando. No son más que otro método de tortura femenina, como los rizadores de pestañas y el interminable flujo de artículos sobre «cómo conseguir un cuerpo escultural para este verano». Salgo de la carpa, me quito los zapatos y me quedo de pie descalza sobre la hierba mientras estiro los pies adelante y atrás de forma distraída. Veo a mi madre haciendo lo mismo a través de la portezuela trasera de la tienda. Se ha pasado las últimas semanas abriendo casas en Seashell, quitando las sábanas que recubren los muebles y limpiando telarañas.

Castle's abrió la semana pasada y mi padre no deja de quejarse de los autobuses de turistas que irrumpen en el local, porque cada cual quiere su bocadillo de una forma particular. Está frustrado porque nadie pide sus burritos de chova ahumada. Pero hoy es otro de los invitados a la fiesta. Lleva un *blazer* a cuadros que jamás le había visto y mantiene una conversación sobre trabajo con el padre de Cass mientras señala con el dedo al océano distante, donde un Herreshoff, uno de sus barcos soñados, surca las aguas de forma lenta y majestuosa, como si se tratara de un desfile real.

Nic está medio recostado sobre la mesa ultimando una Coca-Cola, pero no con aire taciturno. Ha conseguido entrar en la Academia de la Guardia Costera, donde empezará en otoño. Observa a Viv durante un minuto y luego sus ojos se pierden en el océano, allá a lo lejos, en su propio horizonte.

—¿Por qué no estás bailando? —me pregunta mi abuelo, que aparece de pronto a mi vera con Emory de la mano.

Esta noche viene de esmoquin y a Emory le ha colocado una réplica exacta en miniatura, lo cual resulta un tanto inquietante. Ambos decidieron completar su atuendo con pajaritas negras de aire desenfadado que mi abuelo encontró en uno de esos anuncios clasificados del periódico. Las trajo a casa como si se tratara de ese tesoro que tanto andaba buscando con su detector de metales, e insistió en que ambos se las probarían de inmediato.

—A lo Fred Astaire —dijo a Em—. Mira qué guapos, *coelho*. Si nos viera, se moriría de envidia.

—Pica. —Esa fue la respuesta de mi hermano—. Quiero el bañador. Ya.

Durante todo el invierno, mi abuelo y a veces mi padre, al disponer de más tiempo libre una vez concluida la temporada del restaurante, lo han estado llevando a clases de natación en el Centro de Jóvenes Cristianos de White Bay. Em ya sabe tirarse de cabeza con una técnica perfecta, de donde emerge siempre con una sonrisa. Y ahora *Escondrijo* huele a cloro.

Me distancio un poco caminando por la hierba y me vuelvo para contemplar la carpa, las ringleras de hierba, las mansiones de madera y las casas bajas. Seashell.

Todo sigue igual y, sin embargo... todo ha cambiado.

Hubo un período de tregua que no fue fácil. Todos tuvimos que adaptarnos y modificar nuestras antiguas alianzas. No obstante, en cierto modo, esto ya ha sucedido antes y, sin duda, volverá a suceder. El verano da paso al otoño, las ventiscas sustituyen a las brisas bochornosas con sabor a sal. Los pasillos del instituto, las clases y las piscinas cubiertas reemplazan a los caminos de arena que conducen al mar, al cobertizo para los botes, a las almejas fritas de Castle's y al vasto océano; mi abuelo, un joven pipiolo que marcaba músculo mientras cortaba la hierba del jardín y deleitaba a todos con su salsa especial para la langosta; mi abuela, la joven temeraria que conducía hasta la ciudad demasiado rápido. La distancia entre los veraneantes y los isleños es más corta que la carretera que une la isla con tierra firme; mide exactamente lo mismo que esa línea invisible que solo existe si uno se empeña en ella.

—¡Ey! —Cass viene hacia mí. Se ha quitado la americana y lleva la camisa remangada—. Te he buscado por todas partes.

El T&N ha contratado a una banda de *jazz* (menos mal que no se les ocurrió llamar al cuarteto de barbería) que nos deleita con sus fastuosas canciones de otra época, esas que tan bien conozco gracias a mi abuelo. La música sosegada se funde en la noche acallando el sonido de la marea baja.

Cass baila mejor que yo (eso no es muy difícil), aunque hemos aprendido a movernos juntos por la pista. Tira de mi mano y me hace girar al ritmo de unos pasos de baile que yo desconocía antes de estar con él.

—Estás llevando tú —me dice.

Su aliento me acaricia la mejilla.

Tiene razón.

—Lo siento —susurro.

—No pasa nada.

Y así es.

Por suerte y un poco también por nuestro empeño, iremos a la misma universidad. Él estudiará Cartografía y yo Literatura inglesa gracias a una beca para hijas de pescadores portugueses. En realidad, soy la nieta de un pescador portugués, pero mi

abuelo los convenció para que obviarán ese tecnicismo.

—Te quiero, ya lo sabes —le dije aquella noche en La Garita.

Fui un tanto brusca, pues empleé ese tono cortante que de inmediato deseé borrar. Pareció más un desafío que una confesión, pero Cass lo entendió. Él me entiende.

—Yo también —se limitó a responder.

Y supe que así era, que aquello sí era verdad.

Los clásicos dan paso a una música más moderna y marchosa. Cass toma mi mano y nos alejamos caminando por la hierba hasta lo más alto de Beach Road, desde donde podemos verlo todo: el océano, la playa, incluso un atisbo de la carretera muy, pero que muy lejos. Soy capaz de abarcarlo y de trazar el camino que hemos recorrido como si fueran las líneas de un mapa: cuatro niños tumbados en la arena observando fuegos artificiales tan brillantes como las estrellas fugaces. Dos amigos en el muelle mirando hacia lo desconocido. Un niño saltando al agua para salvar una vida, un joven haciendo lo mismo. Una luciérnaga brillando en la noche y dejándose atrapar por un joven que se la mostrará a una muchacha. Esa misma muchacha inclinándose hacia delante para perderse en el beso del joven. Una anciana que no ha olvidado lo que era ser joven, meciéndose en un columpio y arrastrando los pies por las tablas de madera del suelo mientras contempla las aguas de un océano que no deja de cambiar y sin embargo siempre es el mismo. Horizontes que parecen el final, pero que solo se curvan hacia el cielo y desembocan en algo nuevo que supone un nuevo principio.

Así una y otra vez.

AGRADECIMIENTOS

Publicar la segunda novela es una experiencia totalmente distinta a la primera, sobre todo porque en esta ocasión he sido muy consciente de cuánto talento, esfuerzo y voluntad se necesitan para convertir mi manuscrito en la novela que ahora tienes en tus manos.

Gracias hasta donde no alcanzan las palabras:

A mi familia y amigos. A mi padre, el mejor de los hombres; a Georgia, la mejor madrastra; a mi hermano Ted y a mi hermana deLancey; a todos mis primos de la rama de los Thomas; a Patricia y Kramer, mis compis de Concord y mis grandes amigos, que están lejos pero a la vez tan cerca y que me dieron unos consejos de lo más útil sobre navegación; y a Colette, Matthew y Luke. Porque, porque, porque...

A Christina Hogrebe, una agente inteligente, increíble y con un gran sentido común que trabajó sin descanso para asegurarse de que nadie arrinconara a *Baby* (encarnada por mi libro o mi persona). A Meg Ruley, Jane Berkey, Annelise Robey, Christina Prestia, Andrea Cirillo, Danielle Sickles y Liz Van Buren... Todas mis amigas de la agencia Jane Rotrosen.

A Jessica Garrison, cuyo sentido narrativo y experiencia editorial solo son equiparables a su dedicación y amabilidad; trabajó en más de una ocasión en vacaciones o hasta altas horas de la madrugada (tengo correos de las dos y media de la madrugada, de verdad) para conseguir que esta historia fuera todo lo buena que podía llegar a ser.

A Vanessa Han y Jasmin Rubero, por hacer que *Pensé que era cierto* fuera precioso por dentro y por fuera. A Molly Sardella, que se dejó la piel para promocionar *En la puerta de al lado*. A Jackie Engel, Doni Kay (y todo el fabuloso equipo de ventas de la editorial Penguin), Lily Malcom y Claire Evans, por el apoyo y entusiasmo que demostraron por esta novela. A Donne Forrest y Draga Malesevic, que trabajaron duro para que mis libros traspasaran nuestras fronteras. A Regina Castillo, que por suerte volvió a ser mi correctora y se aseguró de que mi gramática fuera correcta, que mi historia tuviera lógica y que la camiseta de Cass no cambiara de color, o incluso dejara de existir, en mitad de una escena. Un enorme gracias a Lauri Hornik por su fe en mí y en mis novelas. Y a Kristen Tozzo, que hizo que mi bebé cumpliera con todos los plazos.

Champán y flores virtuales para todos y cada uno de los miembros del CTRWA (Connecticut Chapter of Romance Writers of America), los mejores amigos que una escritora podría tener, pues acudieron en mi ayuda de inmediato cuando los necesité, ya fuera para compartir conmigo su saber informático, darme ánimos o sugerirme giros argumentales. En especial, a las monas de la trama: Karen Pinco, Shaunee Cole,

Jennifer Iszkiewicz y Kristan Higgins, que irradian imaginación y son personas extraordinarias en todas sus facetas; siempre me hacen reír hasta que me duele la barriga. Entre todas me salvasteis del peligro inminente de un enano en particular que me acechaba.

Y hablando de Kristan Higgins. Tú, amiga mía, recibe una dosis doble de agradecimientos. No podría haber terminado esta novela sin tus sugerencias, tus lecturas, tus consejos, tu brillantez y tu amabilidad infinita; eres una amiga de verdad, mi mentora, mi musa, mi hada madrina y la persona que, al igual que tus libros, siempre me hace reír y llorar.

Gracias también a mi queridísimo Gay Thomas, un amigo para toda la vida, y a Jessica Anderson, que leyeron mis borradores, me ofrecieron consejo y aplacaron mis nervios cuando perdí la perspectiva por completo en lo que respecta a esta novela.

Al equipo fabuloso y lleno de talento de The Apocalypsies, cuyos libros, calurosa acogida y sabiduría dieron un giro al 2012 y me mantuvieron todo lo cuerda que fue posible. Es el mejor club del mundo.

En la puerta de al lado, Pensé que era cierto y yo se lo debemos todo a los blogueros, lectores, libreros, profesores y bibliotecarios que leen de forma incansable y recomiendan libros por el mero placer de compartir una buena historia. Gracias por leer mis libros, por escribir reseñas, blogs y cartas y por brindarnos vuestras atenciones.



HUNTLEY FITZPATRICK. Creció siendo una soñadora y pensando en las nubes en el estado costero de Connecticut.

Floreció en una familia de lectores incansables donde todo el mundo tenía siempre la nariz metida en un libro. Mantenía de manera exhaustiva un diario de lo más concienzudo, lo que asustaba a la mayoría de sus novios, pero que probó resultar de lo más útil en su carrera como escritora.

Huntley pasó sus años universitarios especializándose en Shakespeare, tras lo cual pasó un tiempo trabajando como camarera.

Su primera novela, *En la puerta de al lado*, fue publicada en junio de 2012.

Huntley vive en la costa de Massachusetts con su marido y sus seis hijos.